El Rodrigo, Romance épico
Pedro Montengón




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# Libro I

La lamentable pérdida de España y la destrucción del imperio de los godos, la causa de ella y del horrible estrago de que cubrió sus reynos y provincias el árabe vencedor, permitiéndolo el destino por sus fines inescrutables, diré yo, penetrado del dolor que renueva en mi ánimo la triste memoria de tan grande desventura.

¡Ó, tú, que tienes reservados los antiguos sucesos de las historias, concédeme, Musa, el acceso en el frondoso sagrario del Pindo para que pueda descubrir el motivo del fiero despecho de una ilustre doncella que en su ayrado desvarío induxo a su padre a tomar una venganza tan injusta y cruel de su misma patria, moviendo contra ella la lanza del implacable moro! ¿Acaso la sangre toda de una entera nación bárbaramente degollada podía devolverle su perdida entereza?

¿O bien quiso servirse de la indignación del honor violado de una doncella, para hacer mayor alarde de su poder, el que levanta del polvo de la tierra los imperios y los reyes y al soplo de su enojo los atierra y disipa, como suele disipar el tempestuoso viento el polvo del camino?

Tú sola puedes aclararme la verdad de un suceso envuelto todavía en las tinieblas con que cubren los siglos los hechos de los mortales, desfigurados luego por la fama, que se complace en alterar la tradición para más preocupar las mentes de los hombres. Grangéeme tu favor el ser creído de ellos, e infunde vigor a mi fantasía para que iguale la grandeza del argumento a que doy principio.

Casi en medio del precioso seno de la Iberia, respira todavía la grandiosa magestad de sus augustas obras y edificios la real Toledo, cuyas plantas parece abrazar el Tajo en su curso caudaloso, ofreciéndole los tributos de sus arenas y los más ricos de las vegas que fertiliza. La prefirieron los reyes godos a todas las demás ciudades por asiento de su trono y en ella conservaban el carro de la victoria con que el grande Ataúlfo conquistó el reyno y levantó en él un nuevo imperio de los restos del poder romano, oprimido de su brazo victorioso.

Quedando sin embargo una nación conquistadora con la muerte violenta de su xefe y árbitra de elegirse a su grado el soberano y de degollarle a su antojo, cimentó con tan cruel autoridad una constitución dañosa al mismo pueblo, acortando insensiblemente con ella el plazo a su duración y la de su dominio, que estribando en la insolente libertad, vecina siempre a la ruina, la debía encontrar o en sus mismas violencias o en las de sus elegidos soberanos porque, privados éstos de la esperanza de ver brillar en las frentes de sus hijos y nietos la real corona, atendían sólo a satisfacer en su reynado sus ilustres caprichos y pasiones, menospreciando las leyes y los derechos de los pueblos y el bien y gloria de la nación, que era regida por sus monarcas semejante al trozo de rota nave que llevan los vientos a su antojo sobre las olas.

Pudo así fácilmente apresurar su ruina el Amor, que como destructor de otros imperios había también de contar entre sus triunfos el de la destrucción del reyno de los godos, sirviéndose de él los hados como de su ministro más poderoso. Él, pues, echando de ver que flaqueaba el imperio por su misma constitución y por los vicios de sus reyes, determinó darle de pie para derribarle enteramente, diciendo: «Aniquiló mi brazo el imperio de los frigios, de los asirios y medos, y dexará caer de por sí el de los godos sin apresurar su ruina, pudiendo así ostentar de nuevo mi poder a los reyes desvanecidos de su grandeza, con que les parece ser

iguales a los dioses en la tierra. Antes bien, hagámosles ver que, sujetos a mi poderío, lo están también a ser por él aniquilados».

Dicho esto, dexa el templo delicioso de Idalio, y teniendo meditados ya los medios de que debía servirse para llevar al cabo su intento toma el vuelo hacía la Iberia, ansioso de encontrar una hermosura cuyas gracias y perfecciones pudiesen suscitar una pasión vehemente en el ánimo de Rodrigo, de quien sabía por los hados que había de suceder luego en el trono al rey Vitiza. Aunque Rodrigo tenía por mujer a Egila, esta misma circunstancia era oportuna a los malignos fines del Amor, pues así quedaba impedido Rodrigo por su himeneo para poseer la doncella en cuya hermosura quería encender su pasión.

Pero de quantas doncellas hermosas ofreció a sus curiosos ojos la España, ninguna le pareció más cabal que Florinda, hija del conde D. Julián, así por su belleza superior como también por la entereza del inflexible honor y de la severa honestidad que la tenían en su guarda y que rechazarían todos los presentes y promesas que pudieran hacerle los más poderosos monarcas para rendirla. Aprobada su elección, traza inmediatamente que Rodrigo vea la doncella y aviva sus tiernas gracias y belleza con tan poderosos atractivos que, enagenado Rodrigo de su vista y perdido por ella, se abandona al furor de su encendida fantasía.

No contento con esto el Amor, a fin de poner mayores estorbos a la pasión de Rodrigo y de irritarla así mucho más, resolvió al mismo tiempo empeñar el inocente afecto de la doncella con un joven no menos ilustre que ella, qual lo era Evanio, hijo mayor del rey Vitiza, que con aprobación de su padre la solicitó luego en casamiento. Mas aunque aprobado también por el padre de la doncella y por ella misma, no pudo coronarles el himeneo en sus aras, impidiéndoselo la inesperada muerte del rey Vitiza, que trocó en duelo el contento de los amantes antes que se publicase el convenio de sus padres sobre su casamiento.

Entretanto se cumple en Rodrigo la disposición de los hados y sube al trono de los godos, eligiéndole la nación por su soberano, de quien esperaban todos que reparase los desaciertos de su antecesor Vitiza y que, devolviendo al reyno su antiguo esplendor, restableciese su felicidad, que tiene por cimiento las honestas costumbres del pueblo y su industria y riqueza. Fortalecía a estas lisonjas la opinión de su humanidad, justicia y clemencia, virtudes dignas de un rey, que acompañaban su subida al trono entre el fasto y real pompa que condecoraron su coronación.

Mas la mente mortal, que no puede lanzar su vista en el profundo seno de lo futuro, en medio de la alegría y alborozo con que solemnizaba el ensalzamiento del rey

Rodrigo, erigiendo altares en su honor y celebrando sus virtudes, vio trocarse de repente su consuelo en espanto y horror, que infundía en todos los ánimos el no esperado portento con que quiso el cielo dar funesto anuncio a la nación de su ruina y de la del imperio de los godos; porque apenas apartó el sol sus resplandores de las más elevadas cimas de los montes y la noche tendió el oscuro velo de sus calladas sombras, apareció en el cielo un horrible cometa, cuya vista hizo suspender todas las demostraciones del júbilo que ostentaba el pueblo en el día de la coronación de su soberano.

Ocupaba inmenso espacio del firmamento su cabellera centelleante, a par de un río de encendido azufre con cuya llama creen ver todos escrita su final sentencia y la de la destrucción del cielo y tierra, temiendo sus mentes penetradas del terror que los astros deshechos a pedazos se aplomasen sobre sus cabezas de un momento a otro o que la tierra, estremecida también en sus montes, tragase las enteras ciudades y pueblos, o que los inundasen los ríos, los quales, como si una oculta fuerza les obligase a retroceder hacia sus

fuentes rompiendo las riberas, se arrojaban con violencia y extendían su ondoso curso por los campos y valles, arrebatando tras sí con las cosechas, las selvas, los ganados y pastores.

Trocáronse así en espanto y lamentos las esperanzas y el gozo de la nación, que olvidando sus comenzadas solemnidades arrastraba sus mal seguros pasos hacia los templos; y abrazando los altares expresaban sus tristes súplicas con sollozos los asombrados pueblos, pareciendo cadáveres salidos de los sepulcros los que aquel mismo día desahogaban su júbilo con solemnes fiestas y banquetes. ¡Ó, quán deleznable es el gozo de los mortales y quán inciertas sus esperanzas cimentadas en lo por venir! ¿Quién podía prever que el día de mayor gozo para un reyno se hubiese de trocar en el más triste y más infausto?

Pero como el alma suele borrar luego el recuerdo de los pasados males a la manera que suele borrar el viento las señales grabadas en la arena movediza de una playa, así también el pueblo godo, luego que vio el cielo serenado y desaparecido al cometa, sosegada la tierra y los ríos vueltos a sus cauces, arrojó cada qual de su angustia- do pecho el terror padecido y recobró la serenidad y el gozo, que suele ser más dulce tras la sostenida zozobra, bien así como el navegante que, sorprendido en alta mar de repentina tempestad que trabaja su nave, implora con votos y con llanto sus deidades tutelares, mas luego que los vientos rebaxan sus iras se tranquiliza también su ánimo, y con el desvanecido temor olvida las deidades imploradas y sus votos.

Sólo el soberano, asombrado y triste como objeto principal de las amenazas de los cielos, no podía arrojar de sí el infundido terror y la cundida opinión de que tales prodigios anuncian corto plazo a las vidas de los reyes y a su reynado. Ni la ya poseída grandeza ni la gloria que la acompañaba y que comenzaba a adularle en el supremo asiento, recababan acallar sus funestos recelos, que le representaban a cada paso la muerte o la pérdida de su cetro y trono.

Agravaban a estos temores de Rodrigo no tanto la forzosa necesidad de pagar el tributo a la naturaleza quanto los hijos de su antecesor Vitiza, Evanio y Sigiberto, recelando de ellos Rodrigo que acechasen a su vida y que el destino se sirviese de sus ambiciosas miras para verificar en él sus funestos anuncios. Esto mismo los hacía a entrambos enemigos de su persona, aunque injustamente, porque lejos de aspirar ellos al trono que sabían no pertenecerles por ningún título, siendo derecho de la elección del pueblo por inviolable costumbre, habían ya acomodado sus ánimos a la suerte, y sin mira alguna ambiciosa solemnizaban el ensalzamiento de aquel mismo que los temía.

Ni al mayor, Evanio, le permitiera su blando y bondadoso genio fomentar tan alto atrevimiento, y mucho menos el amor, que sufocando en su pecho todo anhelo de ambición y de mayor grandeza le tenía sometido a la singular hermosura y gracias de Florinda, por la qual rehusara el mayor imperio de la tierra, haciéndole anhelar sólo que se acortase el duelo de la muerte de su padre para poseerla y para celebrar su ya establecido casamiento. Pero los hados, que todo lo disponen según sus miras inescrutables con modo imperceptible, sirviéndose de la combinación de los accidentes que ellos mismos mueven a sus fines, ponen nuevo estorbo a las esperanzas de Evanio y de Florinda con la muerte de su madre Endigilda, arrebatada en la flor de su edad, haciendo trocar el aparato nupcial y la alegría en tristeza y llanto de los infelices amantes, especialmente de Florinda, que oprimida del dolor se niega a todo alivio y consuelo.

Roba la misma su presencia a su amante Evanio, pasando los días y noches en continuas lágrimas y quejas contra su suerte; desecha todo vano ornato y cubierta de luto quería acompañar al sepulcro a su difunta madre, sin que pudiera recabar su amante y dolorido padre hacerla desistir de su funesta porfía ni acallar su duelo. Pero el tiempo, que borra solo la

memoria de los males y que templa el dolor más obstinado, consiguió también aliviar el de la triste doncella, que hubo de ceder a la forzosa ley de la necesidad y de la naturaleza.

Volvió entonces el amor a recobrar su imperio en el casto seno de la doncella y a encender de nuevo el afecto a su Evanio, y al mismo tiempo avivó en éste los deseos de poseerla, haciendo que solicitase públicamente las disposiciones y el aparato nupcial para poder celebrar su himeneo luego que se cumpliese el tiempo concedido al dolor y al luto; y enagenado de sus amorosas lisonjas destina el día de la celebración de sus desposorios, seguro de conseguir su anhelada dicha, olvidado de quán inciertos son los bienes de este suelo y quán expuesta a mudanzas la condición del hombre, pues lo que creía ser motivo de su mayor consuelo, eso mismo fue la causa de su mayor desventura.

Presenta ahora, Musa, a mi mente los intrincados medios de que se valió el destino para apresurar la ruina del reyno godo, y cómo el Amor se valió del ánimo vengativo de Guntrando, confidente del rey Rodrigo, para volver a suscitar en él el incendio de su pasión a Florinda, casi apagado de los terrores y funestos recelos que dexó en su real ánimo la aparición del cometa; y para que, impidiendo el casamiento de Florinda con Evanio, pudiese más fácilmente poseerla el más poderoso amante, inducido e impelido a ello de las persuasiones de su confidente Guntrando.

Había merecido éste toda la confianza del soberano, que con él dividía los cuidados y el peso del gobierno. Afable y blando en su aspecto, celebra con el fingido exterior los atroces y malvados sentimientos que regía con el freno de hidalga cortesanía, siendo tan sagaz y reservado adulador quanto maligno consejero; así juntaba quanto malo y loable pudiera convenir al excelso empleo que ejercía y que le había confiado el rey Rodrigo. Y hallándose ya con el poder y autoridad en su arbitrio, buscó luego ocasión ante todas cosas para perder a los hijos de Vitiza y desahogar en su ruina el antiguo resentimiento y ojeriza que conservaba contra su padre por haberle éste alejado de su corte.

Pero no hallando ocasión alguna que cohonestase sus atroces miras, sobreseyó por entonces a su intención, hasta que se la fomentó de nuevo el publicado casamiento de Evanio con Florinda. Porque sabiendo Guntrando quán prendado quedó el rey Rodrigo de la hermosura de la hija del conde Don Julián, pensó avivar aquellas amortecidas centellas en el corazón del rey, con fin no sólo de impedir aquel casamiento, sino también con la mira de borrar las tristes ideas y recelos que infundió en el ánimo de Rodrigo el aparecido cometa, esperando que recabaría con una fuerte pasión lo que no podía ningún consejo ni divertimiento.

Determinado pues a esto, luego que vio el tiempo y lugar para ello, después de un estudiado preámbulo con que engrandecía su reconocimiento a los excelsos honores con que se había dignado condecorarle el rey Rodrigo, para cohonestar la confianza con que le hablaba, a fin de acallar sus congojas sobre la aparición del cometa, se valió de ellas para introducir el meditado discurso, haciéndole ver primero la superstición de los pasados siglos sobre las apariciones de los astros, cuya vista extraordinaria era natural que causase terror; pero cesado el portento debía también cesar la impresión que dexaba en el ánimo, no habiéndose servido jamás los cielos de los astros para anunciar males a los hombres, sino que, en fuerza de su giro que hacían en el cielo, se dexaban ver en la tierra.

Que fue sólo opinión mal fundada que tales apariciones amenacen a los soberanos, como si solos ellos habían de ser notados de la mira de los astros; ser mucho más temibles que todos los anuncios celestiales la codicia y ambición de los hombres, cuya maldad anhelaba siempre levantarse, si podía, sobre los mismos tronos; que por lo tanto debía sacudir todo temor, asegurándose que el cielo había contribuido a su exaltación, y recelarse sólo de aquellos cuya

manifiesta ambición pudiera poner asechanzas a su vida, porque el que esperó llegar al trono jamás desesperaba de conseguirlo. Que no podía ignorar que había fomentado estas lisonjas el hijo mayor del rey Vitiza, ni los ilustres y poderosos partidarios que contaba; y que, no reynando ninguno con seguridad entre partidos, le había dado Vitiza el exemplo que debía seguir quando, sentado apenas en el trono, hizo quitar la vida a Teodofredo sólo porque tuvo por padre al claro rey Recesvinto.

Oído apenas esto de Rodrigo, atajó el discurso de Guntrando diciéndole:

«No, Guntrando, el caso fue muy sensible para mí siendo deudo mío Teodofredo, pero lo detesté sobrado y lo detesto todavía para que pueda yo seguirle y renovarle en mi antecesor. Mis congojas y recelos solos no los deben hacer delinqüentes. Si la crueldad debiera asegurarme en el trono, abominaría de la soberanía. Si tenéis algún motivo para sospechar en el hijo de Vitiza algún siniestro intento, decidlo, pues en tal caso se adjudicará al fuero de la justicia, mas no al del temor; no les debe condenar mi sospecha sino la ley: los reyes que abusan de su autoridad degeneran en tiranos». Queda sorprendido Guntrando y penetrado de la nobleza de los generosos sentimientos de Rodrigo, que rehusaba prestarse a sus crueles consejos. Mas sintiendo él perder el fruto que se prometía coger su venganza, se atrevió a explicarle, cubriendo sus vengativos intentos con el velo del respeto y del bien por la real persona, diciéndole:

«Quanto más hacéis, Señor, resplandecer vuestra generosa piedad y clemencia, tanto más cerca os veo, con dolor, del riesgo que mostráis querer despreciar. No hay duda que se deben adjudicar al fuero de la justicia los reos violadores de las leyes y perturbadores de la quietud y sosiego de sus iguales y conciudadanos.

Pero son muy diferentes los derechos de los soberanos. Hácese reo de lesa magestad el que da motivo a los reyes para ser temido. Ni hay derecho ni fuero superior al de la seguridad de la persona de un monarca, cuya sobrada clemencia se expone a quedar tal vez víctima de las intenciones de la maldad, si no la sacrifica a sus solas sospechas. Ningún delito, es verdad, tengo que imputar a Evanio ni a Sigiberto, ¿pero quién os asegura que no le cometan? Y si queréis fundamento para sospecharlo, ¿no debía bastar el establecido casamiento de Evanio con Florinda? No podéis dexar de conocer las fuerzas que va a cobrar su partido con tal alianza y parentesco, el qual, a más del justo temor que os debe infundir, pone estorbos a la posesión de un objeto cuya singular hermosura fuera el más eficaz remedio contra vuestras zozobras y recelos».

Qual pastor que descansando a la apacible sombra de una selva sobre el florido trono de verdura, que embelesado de la vista está ageno del rayo que, rasgando de repente el seno de una nube, hiere el tronco a que se halla recostado, dexándole atónitos sus sentidos, tal quedó el rey Rodrigo cuando Guntrando hirió su imaginación con aquel discurso que le renovaba la memoria de Florinda, sorprendiendo con ella las atónitas lisonjas de su concebida pasión y dexándole en terrible suspensión sin saber que responderle.

Lo echó de ver Guntrando, no ignorando él mismo el seguro estrago que había de causar en el ánimo del rey su poderosa sugestión, fortalecida de los alicientes y gracias de la doncella, y para asegurar el triunfo de su venganza con su astuta eloqüencia, apenas vio al rey suspenso y dudoso y casi propenso a ceder, luchando con sus encontrados afectos, añade inmediatamente nuevo pábulo a la llama realzando los temibles efectos de la unión de Evanio con Florinda, el auge y poder que cobraba el partido de Vitiza con el parentesco del conde Don Julián, en cuyas venas corría la sangre del rey Egica, con el qual le sería fácil revolver el reyno.

Daba el rey Rodrigo sosegada atención al discurso proseguido por Guntrando, sin mostrarse ya, como poco antes, indeterminado a seguir sus sugestiones. Su bondad y clemencia parecían vacilar al impulso del amor que le sugería razones para no dexar desatendidas las miras, al parecer prudentes, de Guntrando, representándoselas más como efectos de su sagaz consejo que de la cruel venganza que no echaba de ver en él. Ni obraba con tanta fuerza en su real ánimo el insinuado temor de que los hijos de Vitiza alborotasen el reyno, quanto los suscitados zelos que le infundía el casamiento de Evanio con Florinda, cuya imagen, recibiendo mayores quilates en su fantasía con el toque de los zelos, le inducía a no dexar a Evanio en la posesión de tan superior hermosura, que pudiera conseguir y disfrutar él mismo.

Luego su humanidad y justicia, haciéndole retraer de tal paso, le daban fuerza para sobreponerse a su dispertada pasión, y reprimir sus inmoderados afectos. Pero apenas llegaba su ánimo a probar la calma que da la virtud por premio del vencimiento, le perturbaba de nuevo el amor, que avivando la ardiente inclinación a la hermosura de Florinda le hacía sacudir el freno de la reserva y moderación, y como potro no enteramente domado arrastraba a su perdición el afecto del rey Rodrigo.

Todo corazón clemente y bondadoso, aunque padezca alguna quiebra del intruso vicio, no por eso degenera luego en cruel; y aunque el amor se muestre violento contra todos los obstáculos que cruzan su intento, el de Rodrigo no estaba enteramente destituido de las amarras de la clemencia para que le obligase a cometer una manifiesta crueldad. En vez, pues, de abandonarse a la violencia, busca expedientes para satisfacer sin ella las instigaciones del amor y sin nota ni menoscabo de sus clementes sentimientos.

El aparecido cometa y los olvidados portentos dexaron de ser objetos del temor de su ánimo. La dulce imagen de Florinda, como suave y resplandeciente aurora, tuvo fuerza para disipar las tristes y tenebrosas ideas de su mente y los funestos recelos engendrados del terror. Ella era la brillante estrella que regía su fantasía, agitada entre los medios y expedientes que debía escoger o que debía evitar para llegar sin riesgo al término de su ansiada posesión.

Evanio era sin duda el más temible y peligroso escollo para él, como más dichoso rival y como sospechoso objeto a la seguridad y sosiego de su persona y reyno. Le era, pues, por lo mismo, necesario quitar este primer estorbo que le iba a impedir el logro de belleza tan superior, ni le parecía poderle quitar si no abrazaba el cruel expediente que le había sugerido Guntrando quando le insinuó el exemplo de Vitiza, que hizo matar a Teodofredo, o bien con el destierro solo de Evanio, alejándole del reyno; pues aunque veía ser esto una injusticia manifiesta, era sin embargo el único y más acomodado partido y que menos desdecía de su clemencia, pudiendo templar el agravio con premios y con demostraciones generosas que recompensasen en cierto modo la pena padecida.

Todo lo facilita la ciega pasión, que no cree ser tan sensible el mal que causa quanto lo prueba aquel que lo padece. De aquí es que Rodrigo no tardó en aprobar esta resolución, persuadiéndose de contado que el solo alejamiento del reyno y destierro de Evanio le facilitaría la posesión de Florinda y quitaría al mismo tiempo de su reyno y de su ánimo todos los motivos del temor de los bandos y partidos que pudiesen inquietarle en su reynado, sin ser menester para ello quitar bárbaramente la vida a Evanio como Guntrando le aconsejaba, y a quien manifestó luego esta tomada resolución del destierro de Evanio, esperando que él también se la aprobase.

Pero Guntrando, aunque debía forzosamente aprobarla a lo menos en apariencia, y aunque se la aprobó de hecho, fue solo para recabar son más fino artificio de eloqüentes razones la muerte de Evanio y de Sigiberto, que era lo que él sólo anhelaba y lo que más que

nunca se lisonjeaba conseguir después que había reducido a tal término el ánimo del rey Rodrigo ¡Qué no consigue la maldad, apoderada del supremo poder y solapada con el manto del real interés! Halla siempre pretextos para justificar su proceder el que hace servir a su pasión el poder del soberano. No de otro modo en los templos de Delfos y de Dodona solían hacer juguete de sus antojos los sacerdotes y convertían en provecho propio la autoridad de los dioses, valiéndose de ella para avasallar los ánimos de los que con reverencia tímida los consultaban.

Apenas mostró aprobar Guntrando la resolución del rey sobre el destierro de Evanio, le añade:

«El remedio, pues, Señor, el más eficaz contra los males que se temen es el que más presto se pone en execución. Salgan desterrados de vuestro reyno los hijos de Vitiza, puesto que así lo tenéis determinado. Mas, ¿a qué parte los queréis alejar que no os sean en ella y se os declaren enemigos, y enemigos tanto más temibles quanto más ofendidos se reputarán con un expediente que les dexa entero arbitrio para vengar la recibida ofensa? La merecida pena, aunque se trueque en otra más suave y llevadera, ninguno la tiene en cuenta de favor. No puede haber medio, Señor, entre el justo y firme rigor y la vacilante clemencia. Quien quiere asegurarse en el trono es preciso que obre como tirano. Así solo se conserva la tranquilidad de un reyno que zozobra. Puede llevar visos de cruel mi consejo, pero quan verdadero es, es otro tanto útil y necesario. El poder y la autoridad del soberano no debe avasallarse a ninguna ley: su querer es la suprema ley en la tierra».

Pretendía proseguir Guntrando su mal intencionado razonamiento, pero le interrumpió el rey Rodrigo; revistiendo su aspecto de la severidad que suele tomar la resentida bondad, y desaprobando los crueles consejos de Guntrando, se le mostró resuelto a no querer ensangrentar su justicia en la vida de los hijos de su antecesor, persistiendo en querer que saliesen sólo desterrados del reyno.

En esto, pues, insiste lisonjeándose que, ausentes Evanio y Sigiberto y lejos de las sugestiones de sus partidarios, no tendrían ocasión ni lugar para mover alborotos en su reyno, y que la ausencia de Evanio, especialmente, le dexaría sin contraste en la posesión de Florinda. No echaba de ver el apasionado rey, ya enteramente olvidado de las amenazas de los cielos, que el amor hacía servir su misma bondad y clemencia para facilitar mejor su ruina y la de toda la nación.

Estaban entretanto muy agenos los infelices amantes del funesto rayo que les amenazaba su adversa suerte, contando los momentos del día de su himeneo, que el conde Don Julián quería se solemnizase con toda la pompa y fasto que competía a su ilustre estado y condición, no menos que al del noble esposo de su hija. Se disponían a este fin los más preciosos adornos, así en joyas como en muebles y en galas, con ostentoso aparato para las fiestas y banquetes con que se había de celebrar su casamiento.

Tan grandiosas disposiciones dieron motivo a la envidia y venganza de Guntrando para avivar las infundidas sospechas y recelos en el ánimo del rey Rodrigo, de suerte que llegó a hacer vacilar su clemencia haciéndole ver el peligro de la execución del orden del destierro, por el resentimiento de sus poderosos parientes y allegados y por los otros temibles efectos que pudiera tener, aun después de executado felizmente, ahora se retirasen a las Galias los desterrados, ahora al África, hasta donde habían extendido los árabes sus conquistas, amenazando desde allí la entrada y destrucción del reyno de los godos. Le añadió que saldría de un golpe de todos estos justos temores deshaciéndose de ellos, no con aparato de justicia, que tendría muchos mayores inconvenientes, sino por vía de asesinos, que le sería fácil

encontrar sin que llegase jamás a sospecharse quál era la mano de donde el golpe procedía, tomando para ello sus justas precauciones.

¿Qué corazón, aunque piadoso pero avasallado de una vehemente pasión amorosa, pudiera resistir a tan poderosas sugestiones? Quisiera resistirse sin embargo el rey Rodrigo; a lo menos hubiera querido ver cumplidos los anhelos de su pasión sin mostrar aprobar el sugerimiento de Guntrando, a que repugnaba su combatida clemencia, mas sin fuerza ya para desaprobarlo. De suerte que Guntrando, que sabía lo que podía prometerse en su privanza y que en un ánimo bondadoso la duda y la incertidumbre en determinarse a un hecho cruel se debía tomar por tácita aprobación, se vale de su confidente franqueza y se ausenta luego del rey sin prevenirle de su intención, determinado ya a trazar las muertes de Evanio y Sigiberto, lisonjeándose que Rodrigo las aprobaría después de executadas, por lo mismo que no le había desaprobado el consejo.

Pone a este fin los ojos en uno de sus antiguos criados, cuya robustez y fiero aspecto le habían grangeado la opinión de igual ánimo y sentimiento, confiando que los grandiosos ofrecimientos que le haría en recompensa del servicio, y el nombre del soberano que se lo encargaba, vencerían qualquier reparo que pudiera tener en hacerlo. Le llama, pues, en secreto; le dice que el rey, por justos motivos que tenía para ello, quería las cabezas de los hijos de Vitiza; que para esto echaba mano de él, prometiéndole, si tenía ánimo para executarlo, darle con la nobleza riquezas correspondientes a tal grado y todas las exenciones que descase.

¿Por ventura tiene aplazado el hombre el término de la vida, a pesar de los peligros y accidentes que le cercan, o le abandona a ellos su destino? Parecía que el apetecible ofrecimiento y las promesas grandiosas de Guntrando y el real nombre de que se servía habían de corromper el ánimo del generoso Acaredo (pues éste era su nombre, que no dexará en el seno del olvido la fama) y había de recabar de él la execución de las muertes de los infelices hijos de Vitiza, pero la combinación de los accidentes que sirve de resorte a las divinas determinaciones fue tal que Acaredo, que parecía el sugeto más cabal para el intento, era, al contrario, el más humano y honesto y aficionado al mismo tiempo a los hijos de Vitiza, habiendo servido de criado al menor, Sigiberto, en sus más tiernos años.

Éste, pues, oída la proposición de Guntrando, aunque horrorizado y sumamente sorprendido, se sintió impelido de sus generosos sentimientos a desecharla, pero en el mismo punto echando de ver su alma advertida el peligro que corría si rehusaba condescender a los intentos de un malvado, y que no por eso libraría de la muerte a los hijos de Vitiza, pues si él la rehusaba cometer encontraría otros que condescenderían a sus promesas, se reviste de disimulación y determina admitir la propuesta, no para satisfacerla sino para salvar mejor las vidas a Evanio y Sigiberto.

Se ofrece, pues, con resolución, a lo que se le proponía, pero con la condición que se le señalasen dos compañeros de igual ánimo que el suyo, requiriéndolo así la dificultad de la empresa. Pero la noche ya entrada impedía el hallazgo de los compañeros que Acaredo pedía, y obligó a diferir la elección al siguiente día, en que esperaba Acaredo avisar a Evanio y Sigiberto de lo que se intentaba contra sus vidas, para que pudiesen ponerse en salvo. Vio desvanecerse sus esperanzas y deseos con la reclusión a que le condenó el sagaz Guntrando, temiendo que de un modo u otro confiase a otros el secreto, hasta que se le diesen los pedidos compañeros.

Era cabalmente el siguiente día el del aniversario de la muerte del rey Vitiza, cuyas exequias habían de celebrar los hijos en la tumba de su padre, juntamente con su tío D. Oppas, que como prelado había de hacer las honras fúnebres en el real lucilo. Estaba éste erigido en

un espacioso soterráneo fabricado a manera de templo, sostenido de preciosas columnas, y en medio de él, junto al sepulcro, se había levantado el rico altar en donde Oppas había de celebrar. Evanio y Sigiberto, vestidos de luto, con gran acompañamiento de deudos y de criados, asistían al sacrificio, en que renovaron con llanto la memoria de su difunto padre, agenos del funesto anuncio que les había de dar.

Porque apenas Oppas acabó de llevar el incienso encendido en torno de la tumba y entregó el turíbulo al mayor, Evanio, para que hiciese por sí aquella piadosa ofrenda al alma de su padre, comenzó a temblar el soterráneo, y entreabriéndose luego la losa que cubría el sepulcro salió una voz que decía en flébil accento:

«Huid, hijos, huid de esta tierra en que se os amenaza la muerte; vuestra salvación depende de la pronta fuga. El reynado de vuestro padre os ha sido funesto.

Dicho esto, se cierra de por sí la losa, cuyo ruido agravó el espanto y terror de todos los presentes, especialmente de Oppas, que impelido del miedo iba a huir del altar con las vestiduras sagradas; mas contenido del horror del mismo portento quedó con los brazos extendidos mirando de través la losa y en postura de quien estando para huir se detiene para ver lo que le obliga a tomar la fuga. Evanio, trastornado, parecía haberse convertido en piedra con el turíbulo en las manos, y Sigiberto, que había echado a huir con algunos de sus criados, se contuvo apartado del sepulcro para oír lo que su padre le predecía. Pero apenas acabó de proferir el triste anuncio, sucedió al espanto no enteramente sosegado la confusión por el anunciado peligro.

Aturdido y temeroso Oppas, se da priesa en desnudarse de las vestiduras pontificales, y sacando a sus sobrinos, trastornados del miedo, del soterráneo, seguido de la numerosa comitiva de sus dependientes se encamina a su casa. Confiere allí inmediatamente con Evanio y Sigiberto el anuncio de su padre, e interpretadas sus palabras les aconseja a tomar sobre la marcha la fuga, pues lo que su padre les quería dar a entender, con lo que profirió de que les era funesto su reynado, no era otro sino que el golpe les venía de aquel que le había sucedido en el trono, y que por lo mismo les era inevitable.

Aseguraba más a Oppas en esta opinión el saber el mal ánimo que fomentaba Guntrando contra Vitiza, y después de muerto él contra sus hijos y familia, y que hallándose ahora con el poder en las manos no lo dexaría de executar, induciendo a ello, tarde o temprano, al rey Rodrigo, que se dexaba gobernar por sus consejos. Estas acertadas sospechas tuvieron fuerza en sus sobrinos, de los quales el menor, Sigiberto, de genio fiero y resoluto, resolvió de contado seguir el orden de su padre y el consejo de su tío Oppas sobre la fuga, tornándola indignado contra Rodrigo y contra Guntrando y jurando vengarse de ellos.

A este fin, sin esperar la resolución de su hermano Evanio, habiendo determinado huir los dos por diversos caminos para no dar sospechas de su fuga, tomó aquella misma noche el camino del África, queriendo acogerse allí de los árabes victoriosos, seguro de hallar entre ellos acogida y amparo distinguido, atendida la correspondencia que pasó entre el califa Ulit y su padre y los mutuos regalos que se hicieron. Mas Evanio, a quien más que el anuncio de su padre le estaba en el alma la bella Florinda, y que sentía haberse de ausentar para siempre de ella sin darle aviso de sus funestas circunstancias, como Oppas le aconsejaba para que por ninguna vía se pudiese sospechar su fuga, no podía determinarse a ella, especialmente en vísperas de su tan suspirado casamiento, tanta veces interrumpido.

Mas instando Oppas con severo afecto para que huyese sin dilación, hubo de condescender a sus imperiosas importunaciones y montar a caballo, acompañado de Eudas, su fiel criado, y que ignoraba el término de la fuga de Evanio, que era el mismo que seguía su

hermano Sigiberto por diferente camino. Regaba con sus lágrimas el amante Evanio el que tomaba con Eudas, pensando en su funesta desventura y en la pérdida de su amada Florinda. A la qual no pudiendo inducirse su corazón resolvió, lejos de la presencia de Oppas, quedar escondido entre las selvas de su patria como el amor le aconsejaba, lisonjeándole que si la suerte derribaba del trono a su perseguidor podría volver a poseer el adorado objeto de que le privaba.

¿Qué es lo que no espera un amante? ¿Y qué no obliga a tolerar el amor? Fortalecido el corazón de Evanio de esta esperanza, aunque tan remota, sentía menos la aflicción y los afanes que le causaba la privación de sus riquezas, honores y comodidades, especialmente de su amada Florinda, resuelto a vivir por ella escondido entre las selvas y ansiando que el alba disipase las tinieblas de la noche para encontrar a la luz del día algún parage escondido donde poner por obra su determinación, la que confió con lágrimas a Eudas para que se la facilitase. Éste, deseoso de satisfacer los intentos de Evanio, luego que se lo proporcionó la amanecida aurora le sugiere tomar una senda que se les presentaba, y encaminan por ella sus caballos fatigados, yendo a parar a un remoto valle por medio del qual corría un claro arroyo entre los muchos árboles que fertilizaba.

Descubre Evanio entre ellos a un viejo labrador que trabajaba la tierra y a quien preguntó, para disimular más su fuga, si habían errado el camino de Toledo hacia donde iban. Respondióle cortésmente el labrador que habían errado el camino, pero que lo encontrarían tomando la senda de la derecha, y les ofreció entretanto su propia habitación si querían descansar, imaginándose que hubiesen caminado toda la noche. Evanio, a quien le parecía ser a propósito aquel valle retirado para su intento, acepta inmediatamente el ofrecimiento del viejo labrador que se le mostraba tan oficioso, y le sigue con Eudas hasta su vecina habitación, en que recibieron nuevas demostraciones de respetuoso afecto de la muger del labrador, que era la sola compañía que él tenía en aquel páramo.

Muestra Evanio quedar sumamente prendado de la amenidad de aquel sitio, de las atenciones de sus huéspedes, envidiando el sosiego y la tranquilidad de su dichoso estado, aunque parecía estar allí olvidado de los demás hombres y ceñido al cultivo de aquel valle desconocido. Y pareciendo a Evanio que pudiera ser igualmente feliz y vivir como aquel labrador sustentándose con el trabajo de sus brazos, se siente impelido a ir a descubrir por aquellas cercanías otro valle semejante y lo executa, diciendo a Eudas y a sus huéspedes que luego volvería.

Pasado apenas el otero que cerraba el valle que cultivaba aquel labrador, descubre un extendido erial que en alguna distancia remataba en un espeso bosque, el qual se veía despuntar entre unos peñascos que parecían servirle de recinto. Alhagada su curiosidad de aquella vista, resuelve llegarse a aquel bosque y atraviesa el erial, venciendo con fatiga sus espesos matorrales. Así llegó a las penas que encerraban al bosque, que desde lejos descubría sin ver senda por donde pudiese entrar en él. Desistiendo entonces de su curioso empeño, cansado como estaba del largo camino y de los intrincados matorrales que debió atravesar, iba a sentarse al pie de una de aquellas rocas para poder volver quanto antes a la habitación del labrador, temiendo hacer esperar a Eudas.

Apenas sentado, hiere a su oído el rústico son de una zampoña que parecía tañesen dentro de aquel bosque, y que le induce no solamente a abandonar la resolución de la vuelta, sino también empeña sus deseos de ver al pastor que suponía tañese aquel rústico instrumento, y le diese razón de aquel sitio. A este fin se levanta, y dando vuelta a las rocas fue a dar en la senda que era la sola por donde se entraba en aquella encerrada selva, donde apenas entrado descubre al pobre zagal que tañía, sentado sobre la grama, rodeándole en tomo el rebaño que en ella se apacentaba, cubiertos de la sombra de aquel delicioso bosque.

Enamorado Evanio de aquella vista que le daban en conjunto el sitio, el ganado y el pastor, hubiera de contado abrazado aquella condición de vida si no le contuviera el temor de dar indicios de su persona con el rico trage que llevaba, y de dexar a Eudas sin haberle prevenido antes, ni haberse despedido de él ni haberle encargado lo que deseaba. Para remediar estos inconvenientes piensa tomar antes noticia del pastor sobre aquel sitio y si era conforme a lo que esperaba, para volver a despedirse de Eudas y darle parte del sitio en que le podría encontrar vuelto de Toledo e informarle de su amada Florinda, pues por ella sola iba a esconderse entre aquellos bosques y llevar una vida rústica, para poseerla con el tiempo.

«Porque, ¿quién, a sí mismo se decía, me podrá conocer en tal estado, o bien querrá creer que el hijo del rey Vitiza haya trocado sus honores y riquezas por el cayado y el rebaño en estas dehesas?» Determinado a esto se llega al pastor y le pregunta si habitaba en aquella selva y si era suyo aquel crecido rebaño. Le dice el pastor que la selva y el rebaño pertenecían a un rico labrador a quien él servía de zagal, y que vivía no lejos de aquel bosque. Con este motivo traba conversación Evanio con él, se informa de la vida que llevaba y de aquellas cercanías. De su relación asegurado Evanio que no podía escoger mejor sitio para su intento, se despide del pastor agradeciéndole sus atenciones y sale de la selva para volver a verse con Eudas, creyendo tomar el mismo camino por donde había llegado al bosque que descubrió desde el otero.

Pero en vez de tomar por norte el mismo collado en donde había quedado Eudas, se encaminó a otro a él inmediato, donde quanto más se empeñaba en salir de su error tanto más se alejaba del término deseado. Crecía su afán al paso que el sol iba declinando hacia el occidente, temiendo que la noche le sobrecogiese en aquel desierto sin tener algún abrigo, hallándose aquejado de la hambre y del cansancio y especialmente de la congoja de no poder ver la casa que deseaba y en que estaba Eudas y su huésped, no menos solícitos y afanados por él viendo que no comparecía, y habiendo ya pasado el sol la mitad de su carrera.

El cuidadoso Eudas salió entonces para ver si le descubría dándole voces por aquel páramo, sin poder encontrar ni ver alguno que pudiese darle de él ningún indicio. La noche, que ya llegaba, le obligó a retirarse a la casa del labrador, cansado de correr aquella vasta soledad y esperando que hubiese podido volver Evanio en el tiempo que él se había ausentado en su busca. Viendo burladas sus lisonjas, no dudó que hubiese puesto en práctica el intento, que le había confiado la noche antes, de vivir escondido entre las selvas para eludir las pesquisas del rey Rodrigo.

Entretanto Evanio, desesperando de dar en la casa del labrador, se vio precisado a recobrarse entre los espesos madroñales de un valle en que la noche le sorprendió, y pasarla allí con lágrimas y gemidos que le arrancaba la primera y ruda prueba a que le exponía su adversa suerte después de haberle quitado con todas sus comodidades y riquezas el mayor bien que estaba cerca de poseer en la bella Florinda, solo objeto de sus tristes pensamientos y llanto en aquella larga noche en que se le hacía tanto más sensible su pérdida, sin haberse podido despedir de ella ni darle parte de su tomada resolución para poderla merecer con el tiempo.

El deseo de hacer este encargo a Eudas era también lo que más le afanaba, y así, luego que comenzaron a rayar en el horizonte los primeros albores del día, dexó el valle en que había pasado la noche para volver con mayor afán al empeño de encontrar la habitación en que había dejado a Eudas, para hacerle el deseado encargo. Pero Eudas, luego que vio amanecido el día sin ver comparecer a Evanio, se confirmó más en la persuasión de que habría querido esconderse a su fidelidad, en la resolución hecha de vivir desconocido entre los montes; y creyendo que sería vano esperarle determinó volverse a Toledo y disimular con su pronta vuelta el oficio prestado a Evanio, y dar aviso de ello a Oppas.

Así, después que Evanio, reconocido su error, volvió a la casa deseada, viendo que Eudas le había desamparado y vuéltose a Toledo sin esperarle, se abandonó de nuevo al llanto y al dolor que le causaba su partida, empeñando con él los ánimos de sus buenos huéspedes en consolarle. Reconocido Evanio a sus atenciones, no duda en descubrírseles contándoles quién era, el motivo de su fuga y la determinación de quedar en aquellos valles. Conmovido y admirado el viejo labrador de ver en su casa al hijo de su rey Vitiza reducido a tal desventura, le ofrece su infeliz habitación por asilo y le promete guardar el secreto de lo que le acababa de confiar, hasta que el tiempo resarciese la adversidad de su fortuna.

Enamorado Evanio de tal cordialidad, resuelve aceptar su ofrecimiento y quedar allí con él, soportando su adversa suerte. Para esto y para no dar de sí ningún indicio se despojó de sus ricos vestidos y adornos, y se cubrió del humilde sayo de la condición que abrazaba con fortaleza, ofreciéndose a quedar allí con ellos y con el encargo de llevar a pacer un hato de ovejas que el labrador tenía, como empleo que era más conforme a su genio y que no requería exercicio y práctica para exercitarle, como la labranza.

Así pasaba el hijo del rey Vitiza su vida, amoldando poco a poco su ánimo a aquel estado rústico, lisonjeándose siempre que presto o tarde, compadecida la suerte de sus trabajos, le restituiría sus perdidos honores y riquezas con la posesión de su amada Florinda, por la qual día y noche suspiraba, ageno de llegarla a ver en aquellos mismos páramos conducida del Amor, que se la había destinado por esposa después que hizo servir de medio su hermosura para apresurar la ruina del imperio godo, induciendo al rey Rodrigo a violarla contra su voluntad, lo que dio motivo al conde Don Julián, su padre, para implorar las fuerzas del califa a fin de vengar el agravio del deshonor cometido en su hija.

# Libro II

Divulgada entretanto en Toledo la fuga de los hijos de Vitiza, y sabida por Guntrando en el mismo día en que había maquinado quitarles la vida, llegó a recelar que Acaredo, aunque guardado a vista, hubiese revelado la comisión que le confió, pues aunque se había también divulgado el prodigio de la tumba y la voz salida y oída de todos los presentes, con que exhortaba el padre a los hijos a evitar la amenazada muerte con la huida, lo creyó Guntrando pretexto especioso para encubrir el aviso que les pudo haber dado el guardado Acaredo por las mismas guardas de vista. O si no la había descubierto, a fin de asegurarse enteramente que no la revelase con el tiempo se valió del arbitrio de los tiranos, que fue hacer degollar secretamente a Acaredo y a las guardas sin que llegase a saberlo el rey Rodrigo.

Así murió desgraciadamente el infeliz Acaredo, digno de mejor suerte por su cariñosa fidelidad acreedora de la eterna memoria, mientras será detestada la de su matador Guntrando, que sintió ver malogrado su intento en la fuga de Evanio y Sigiberto, temiendo que, acogiéndose de los árabes, les incitasen a la conquista de la España. Se alegró al contrario sobremanera el rey Rodrigo, pues su espontánea fuga quitaba a la inclinación de su ánimo clemente la pena de abrazar el partido cruel que Guntrando le sugería. Y exento su corazón de este afán que le angustiaba, le parecía quedar sin ningún estorbo que le impidiera la posesión de la hermosa Florinda, que día y noche ocupaba su mente, pensando los medios más oportunos y seguros para conseguirla.

Esto le pareció fácil a primera vista, lisonjeado de que su misma grandeza y poder le allanarían todos los caminos y quitarían todos los inconvenientes que pudiera encontrar en su logro. Pero luego que comenzó a tentar el vado se le presentaron tantos reparos y obstáculos a sus deseos que, acobardado de ellos, hubiera renunciado a su empeño si hubiese sido otra la pasión que lo impelía que la que le había encendido el amor. Pero a pesar de las violentas instigaciones del mismo, se le hacía casi imposible el poder vencer la honradez del ilustre padre de la doncella, y mucho más el corromper con oro y con honores la inflexible entereza de la misma.

A más de esto, aunque valiéndose de su autoridad y riqueza quisiese tentar el ánimo del padre por vía de tercero, había primero de aplacar su resentimiento sobre la fuga del prometido esposo de su hija, con que quedaba disuelto su ya establecido casamiento, y desimpresionar su ánimo del recelo que pudiera tener de que él había sido la causa de ello, pues por más que se quieran ocultar las determinaciones de las cortes, los efectos mismos que causan las desmienten y convencen. ¿Pues qué si se hubiera apoderado el amor del ánimo de la doncella, como se había apoderado de hecho, haciendo inclinar su afecto y su genio a su prometido esposo Evanio?

Estos temores y recelos, que fomentaba el amor para irritar más su pasión, llevaban su ánimo como a una nave los contrarios vientos, ni acertaba el acongojado rey Rodrigo, puesto en igual tormenta, ver luz alguna ni ningún asomo de esperanza que pudiese asegurarle del deseado fin. Y aunque luego, exasperado de esto mismo, quería atropellar con todo y hacer que cediera todo a su suprema voluntad, al tiempo que lo iba a executar le retraía la misma dificultad; luego, perplexo y dudoso, desechaba los expedientes que acababa de aprobar, y determinado a tentar otro camino volvía atrás sin concierto ni razón en lo que quería. De modo que, desconfiando al cabo de sí mismo y de sus consejos, sin esfuerzo para sofocar su pasión, se vio precisado de recurrir a Guntrando.

Le descubre, pues, de nuevo sus congojas, causadas de las dificultades que encontraba para salir con el intento de la posesión de la hermosa Florinda sin haber de recurrir a la violencia, término que aborrecía y que estaba determinado a desechar aunque debiera sacrificar sus deseos.

No hay empleo, por despreciable y aborrecible que sea su exercicio, que no le ennoblezca el deseo soberano, ni faltará jamás quien se glorie de exercitarle. Satisfecho Guntrando de la nueva confianza que hacía de él el rey con aquel encargo con que iba a zanjar mucho más su valimiento, no tardó en allanar todas las sendas y quitar de ellas todos los obstáculos, sugiriéndole alejar del reyno al padre de la doncella con pretexto lisonjero a su ambición qual era el confiarle la defensa de las fronteras del África, empleo que acababa de vacar con la muerte del conde Rechila, que lo obtenía. Que este mismo honor que le haría al conde Don Julián lo podría engrandecer con otro que le facilitaría más el logro de sus intentos, ofreciéndose a tener en la corte, confiada al cuidado de la reyna Egila, su hija Florinda, lo que si conseguía del padre, como se lisonjeaba que lo conseguiría, todo lo demás se seguiría de por sí sin violencia alguna, andando de por medio el amor y el poder soberano, a cuyos alicientes no podría resistir largo tiempo la doncella, mucho menos si llegaba a descubrírsele amante apasionado.

Ningún sugerimiento, por dañoso que sea, alhaga más al ánimo que le recibe que el que satisface a las ansias de la pasión. De este carácter eran los ingeniosos y políticos expedientes que dio Guntrando a Rodrigo, los quales obraron de tal modo en su ánimo que, impelido del contento y de la satisfacción que le causaban, la desahogó con demostraciones que manifestaban el afecto y aprecio que Guntrando le merecía, y a los quales puso el colmo con nuevas mercedes y honores con que quiso condecorarle. Y sin esperar más entregó todas las

velas al lisonjero viento por la allanada mar, buscando sólo ocasión oportuna para poner por obra el consejo, sin echar de ver que la suerte le facilitaba en su enojo el camino mismo por donde iba a precipitarse en su ruina.

Quedaba, sin embargo, por vencer el resentimiento del conde Don Julián, agraviado del rey por suponerle autor de la fuga de Evanio y Sigiberto, y del disuelto casamiento con su hija; mas Guntrando halló remedio aconsejando al rey a que fuese en persona a verse con el mismo conde, con lo qual no solamente desimpresionaría su resentimiento, sino que también ganaría más su voluntad para hacerla servir a su intento. Y como no hay obsequio alguno que parezca sobrado al amor, así el rey no dudó de seguir el consejo de Guntrando, yendo a verle en persona a su propia casa con lucido acompañamiento y cortejo para hacer más solemne aquella honra, sin poder atinar ninguno en el fin de aquella salida extraordinaria del soberano hasta que le vieron desmontar de su ardiente caballo a la puerta de la magnífica casa del conde.

Ageno éste de un honor tan grande quanto menos esperado, recibe con agasajo y respetuosas atenciones al rey Rodrigo, disimulando su resentimiento, aunque ablandado ya en parte con aquella honra que el rey le hacía, y especialmente con el discurso que, estando a solas los dos, le comenzó a hacer diciéndole así:

«Dexaréis tal vez, conde, de extrañar mi venida y el fin de ella luego que os descubra el motivo con el qual está en cierto modo enlazada la gloria de mi reyno y también mía, y a la qual se hace acreedor el concepto que os han grangeado en el reyno vuestra fidelidad y vuestro esfuerzo.

No podéis ignorar quán temibles se hayan hecho y se hagan más de cada día a la España las fuerzas de los árabes y el nombre de Miramamolín, que aspira a la conquista de las provincias tingitanas, que ponían término a las conquistas hechas por él en la Libia. Para impedir, pues, sus intentos, exige de mí la prudencia que busque persona de prendas, carácter y esfuerzo necesario entre los principales señores de mi reyno para darle aquel encargo que confié al conde Rechila. Mas entre quantos se me han propuesto para ello, no veo ninguno en quien concurran más cabales circunstancias que en vos. Espero, por consiguiente, que no haréis salir vano mi concepto ni las esperanzas que pongo en vos rehusando un encargo que os vengo a ofrecer en persona.

Debo al mismo tiempo preveniros que si os retraxera de aceptarle el cuidado de la crianza de vuestra hija Florinda en una tierra expuesta a las armas de los árabes, quedara de buena gana encargada la reyna de su educación, y Florinda tendrá en ella otra madre que suplirá a los cuidados y tiernos esmeros de aquella que quiso el cielo para sí, y le proporcionará un ilustre casamiento, y no inferior al que oigo decir acaba de perder con la voluntaria ausencia del reyno del hijo de Vitiza, achacándoseme a mí la causa de ella tan injustamente por no sé qué anuncio, que han divulgado los interesados tal vez en ello haber salido del sepulcro del mismo Vitiza, para hacer odioso mi reynado».

Quedó atónito y sorprendido el conde Don Julián en el asiento que quiso el rey tomase en su presencia, sin acabar de creer lo que oía, viendo a un mismo tiempo empeñados su honor, su fidelidad, su zelo y esfuerzo con aquella dignación del monarca quando creía que éste le mirase con desagrado por el establecido casamiento de Evanio con su hija, como se había esparcido, y de cuya fuga se mostraba maravillado él mismo, dándole al mismo tiempo satisfacción tan cumplida; con lo qual, acabando de sufocar su concebido resentimiento le respondió de esta manera:

«Señor, la dignación con que quisisteis honrar mi casa y mi persona es tan estimable que obligaría a qualquier vasallo vuestro a sacrificar su vida y bienes para manifestaros el reconocimiento y aprecio que se merece; ¡quánto más lo debe ser a mí, especialmente no exigiendo por tal honra ningún sacrificio, antes bien ofreciéndome un cargo ilustre y apetecible a vuestros más allegados confidentes! y puesto que entre tantos y tan dignos vasallos vuestros tuvisteis por bien el distinguir con tal ofrecimiento al que es tal vez el menos digno, vuestra misma beneficencia y favor serán poderosos para que no lleguen jamás a degenerar el concepto y esfuerzo que os deben mi honradez y mi fidelidad. Por lo que toca también a mi hija Florinda, debo creer que no echará menos la eterna y sensible ausencia de su difunta madre en la bondad que la reyna se digna de manifestarla, y a cuyos cuidados desde ahora la ofrezco, lisonjeado que Florinda no desmerecerá su afecto ni se hará indigna del sublime honor con que os dignáis poner el colmo a vuestro real afecto y patrocinio».

Tan regalada al árido y abrasado suelo en el estío no llega a ser la blanda lluvia que cae con suave susurro sobre la sedienta yerba, ni tan apetecible es al herido ciervo la corriente que corre bulliciosa entre penas y se arroja por ellas para confortar a su aquejado pecho, quanto al rey Rodrigo el discurso del conde Don Julián, con el qual disipó enteramente de su pecho los dudosos afanes que tenían en sobresalto su corazón apasionado.

Impelido del vivo gozo confirma con sus brazos el aprecio que le merecía la condescendencia fatal del engañado padre de Florinda a su solapada pasión y siniestros intentos; pero la ciega pasión, ¿en qué repara, ni qué respeta? A los dados abrazos añade Rodrigo honores y promesas, con las quales cebada la ambición del conde quiere manifestar al rey su reconocimiento con la prueba mayor y más acepta al mismo, aunque otro tanto incauta y funesta para entrambos, queriendo presentarle su misma hija Florinda para que ésta obsequiase y agradeciese también al rey los honores que les hacía.

Luego que oyó el rey Rodrigo el nombre de la hermosa doncella y la obsequiosa intención del padre, apenas pudo tener en freno y disimular el transporte del contento que le causaba, y que le hacía palpitar en su pecho las ansias de recibir tan anhelado obsequio; e impaciente por verle quanto antes efectuado, se ofrece él mismo a prevenir en persona la atención del conde yendo al encuentro de Florinda en qualquiera parte que se encontrase, sin querer permitir que la hiciese llamar el padre, el qual, cediendo a la resuelta voluntad del soberano, se vio precisado a acompañarle al lugar donde se hallaba entonces la doncella.

Agena Florinda de que el monarca honrase la casa de su padre, y mucho más agena de las intenciones siniestras que celaba baxo aquella honra aparente, se estaba solazando a la amena sombra del jardín que ennoblecía a su casa, en compañía de otras nobles doncellas, semejante a la inocente Proserpina quando, acompañada de sus amadas ninfas, se recreaba por los vergeles del Etna, agena de las asechanzas que le ponía para robarla y poseerla el poderoso rey del Aqueronte.

De igual edad y de hermosura tal vez superior a la de la hija de la diosa Ceres era entonces Florinda, y no menos inocente y puro su ánimo amable, aunque hubiese ya dado cabida en su casto pecho a los primeros amores que le mereció el afecto y declaración de su prometido esposo Evanio, sin que ninguna idea impura hubiese llegado a empañar el candor de su mente ni movido el velo de su inocencia, teniéndola defendida el altivo y fiero honor que le dio en guarda la virtud, y que tenía cimentado en el pecho de la doncella su indomable e invencible señorío.

Orgullosa y ufana la naturaleza viendo en ella el conjunto de todas sus perfecciones, incitaba a la fama para que divulgase sus alabanzas y especialmente las de su cuerpo y gracias que realzaban tanto a su hermosura, con que le grangeó el más apetecible casamiento y más

ilustre, destinándola al hijo del rey Vitiza, que había de coronar su belleza con los honores próximos al supremo señorío que obtenía entonces el padre de Evanio. Mas su pronta muerte y la de Endigilda, madre de la doncella, hicieron diferir tanto su casamiento que pudo estorbarle la contraría suerte, obligando a Evanio a tomar la fuga y haciéndole trocar sus honores, comodidades y riquezas en la vida rústica y miserable que llevaba, desconocido a todos entre las selvas en que alimentaba su ganado.

No pudo ignorar Florinda la fuga de su esposo, viéndose precisado el padre a comunicársela, por estar ya inmediato el destinado día de su casamiento, quando se hubo de ausentar Evanio; pero para que no le fuese tan sensible la desgracia le encubrió el verdadero motivo de su ausencia diciéndole otro diverso que pudiese alimentar las esperanzas de su pronta vuelta. Y para no darla tiempo ni lugar a que las sospechas fomentasen en ella alguna tristeza, procuraba darla inocentes solaces y divertimientos semejantes a los que disfrutaba entonces con sus nobles compañeras quando llegó a su casa el rey Rodrigo, entreteniéndose en coger flores y yerbas olorosas y entretexiendo con ellas guirnaldas y ramilletes con que adornaban sus sienes y sus castos senos, ora en otros juegos propios de su sexo y edad, con que daban envidia a los céfiros que con su aliento suave templaban el ardor contraído de las mismas en sus recreos.

En ellos sorprendió a Florinda la no esperada vista del soberano, que la tuvo confusa y encogida; pero su padre, previniendo su encogimiento la dixo:

«Florinda, agradeced al rey la suma dignación con que quiso honrarnos y colmarnos de favores».

La inocente Florinda, tímida y sonroseada, obedeciendo a la voz de su padre iba a inclinarse para acatar al soberano doblándole la rodilla al tiempo que él, rehusando el respetuoso ademán de la doncella, le impidió la acción asiéndole de la mano y diciéndola:

«A vos, bella Florinda, es debido este tributo de rendimiento y obsequio. Las deidades como vos deben exigirle, mas no prestarle. Alzaos; espero que apreciaréis la atención y cuidado que quiere tomar de vos la reyna en la ausencia de vuestro padre».

Dicho esto, casi fuera de sí el rey Rodrigo con el tacto de la mano de aquella superior hermosura, la volvió a poner en la postura natural de sus gracias hechiceras, ardiendo en llamas su amante corazón, en el qual rebosaba la suma complacencia y satisfacción de que le inundó entonces el Amor, que esperaba con ansia este combinado instante para poder triunfar enteramente del ánimo de Rodrigo; y de que dio luego señal haciendo resonar en el ayre su maligna risa y arrojando de su diestra la tea ardiente que llevaba en ella para empuñar el arco, armándole de la flecha fatal cuya punta embota el afecto con el plomo que lleva en ella; y la dispara contra Florinda a fin de que no pudiera corresponder de ningún modo a la furiosa pasión del rey Rodrigo.

No sintió ella el golpe de la herida porque es insensible, pero concibió en aquel mismo punto suma aversión al rey mientras éste, ardiendo al contrario en viva llama, parte de la presencia de Florinda lisonjeado en su interior de haber rendido su afecto a su poder y grandeza, teniendo ya por segura la victoria de su entereza como el amor se lo prometía. Desde entonces ya no pensaba sino en combinar ocasiones y trazas para hacer más seguro el triunfo de su pasión, y en ello día y noche ocupaba sus deseos y pensamientos.

Allanaba por su parte Guntrando todas las ásperas sendas que se presentaban a las miras del rey y quitaba todos los obstáculos que ocurrían, cediendo todo a las miras de su sagaz mente, digna a la verdad de sostener el peso del gobierno del reyno que Rodrigo le confió

enteramente si a su vasto y político talento correspondiera la honradez de los sentimientos, los quales, avasallados de su codicia y de su ambición, servían a la fatal pasión del soberano sin perder por eso de mira ningún accidente que pudiera alterar el orden del gobierno o ser dañoso al reyno, y por consiguiente al honor que disfrutaba en el sublime empleo que obtenía.

Y aunque al principio pareció olvidar los huidos hijos de Vitiza y quedar contenta su venganza con la ausencia de entrambos del reyno, pero luego, echando de ver que podía ser funesta a la monarquía la distinguida acogida que dio el califa a Sigiberto, pues se ignoraba el paradero de Evanio, y haberle destinado empleo honroso en el exército de su general Tarif, pensó luego sacrificarle a su venganza comprando a precio de oro su cabeza. Ni dudó que el rey Rodrigo aprobase su consejo y determinación, haciéndole ver el daño que se le podía seguir a su reyno y a su corona si dexaba pacíficamente entre los árabes a Sigiberto.

Pero Rodrigo, cegado ya por el Amor y por su adversa suerte, que iba minando secretamente la ruina de la monarquía y de la nación goda, se opuso al consejo de Guntrando diciendo que no quería envilecer su clemencia poniendo precio a las cabezas de aquellos que, huidos de su reyno y lejos de él, no podían causar en él turbulencias y mucho menos inquietar su pasión, que era lo que importaba ya más que su reyno y su corona, pues la cediera de buena gana a trueque de poseer a Florinda. A tal grado encendió su corazón por ella el Amor, que asegurado ya de su empresa iba disponiendo todos los accidentes que pudiesen facilitarla.

Para ello era necesario apresurar la partida del conde Don Julián, para que Florinda pasase quanto antes al palacio, y asegurar así su violación en la ausencia del padre, lo que consiguió avivando los deseos de su ambición, haciéndole esmerar en el adorno y rico atavío con que convenía se presentase a la corte su hija y ostentase en ella las preciosas joyas y riqueza de que su casa abundaba. Mas la hermosa Florinda, afligida y triste por la partida y ausencia de su amado padre, no podía encontrar ningún consuelo en los honores y fortuna que el mismo padre la ponía a la vista, para hacérselos aceptar de buena gana y aliviar en cierto modo con ellos la aflicción por su partida.

Hubo de ceder, aunque de mala gana, a la forzosa necesidad de obedecer a la declarada voluntad de su padre, prestándose con llanto a los esmeros de sus esclavas, que apuraban su afanada industria en rizar con peynes de oro su hermosa y larga cabellera, repartiéndola en trenzas con hechicero artificio y adornándola con ricas preseas que formaban brillante corona a sus sienes. Ahora otras esclavas se afanaban en ajustar a su talle sutil el trage peregrino con que había de comparecer y que remedaba al que llevar solían las reynas bárbaras del Oriente, caracterizándole el velo delicado que, prendido de la rica mitra que se levantaba sobre su cabeza, se desprendía asido de ella por la gentil y graciosa espalda de Florinda.

Emprisionan otras esclavas en texidas sedas bordadas de diamantes el donayre de su pie, con que acrecientan sus alicientes, reservando las gracias y los amores el celar con más preciosos adornos la hermosura de su terso y casto pecho, mas de modo que, guardando el decoro de la inocente modestia de la doncella, dexase presa a la curiosidad de los ojos que habían de concebir a tal vista nuevo furor que le arrastrase e impeliese a su ruina, tan agena de quererla causar Florinda que, pudiendo complacerse del atavío de su hermosura, no cesaba de gemir en su tristeza por aquel mismo vano adorno que le iba a privar de la vista de su padre.

Antes bien, quanto más se acercaba el momento de presentarse a la corte tanta mayor aversión sentía, la que no pudo dexar ella de manifestar a su padre en el momento mismo que él se presentó para conducirla y dexarla encomendada a la reyna; ni su declaración quedó exenta de llanto y de gemidos, con que acompañaba los ardientes ruegos que hacía a su padre para que la llevase consigo antes que dexarla en la corte, como si su mente afligida presintiera en su repugnancia el fatal lance y la desgracia que le amagaba su adverso destino.

Mas el conde Don Julián su padre, ansioso de que ostentase en la corte su hermosura tan ricamente ataviada, reputando encogimiento inocente aquella repugnancia que Florinda le manifestaba, creyó vencerla diciéndole así:

«Hija, si hubiera yo podido prever el sentimiento y repugnancia que ahora me manifiestas a los favores con que se han dignado condecoramos los soberanos, me hubiera negado a ellos con tiempo, dexando de aceptarlos y rehusando admitirlos. Mas después que tengo ya empeñada con ellos mi palabra y aceptados sus honrosos ofrecimientos, no es posible rehusarlos sin menoscabo de mi decoro.

Toca a vos, amada hija mía, el haceros cargo de esta obligación que me impuso el deseo de vuestro mayor bien y gloria, a que creo os costará poco sacrificar vuestro sentimiento y repugnancia, sacrificándoles yo también por mi parte el consuelo y suma complacencia que tendría de llevaros conmigo al África, para que podáis disfrutar los esmeros y atenciones de la reyna, honor que puede recompensar a mi parecer qualquiera aflicción que podáis sentir por mi ausencia, mucho más no debiendo ser ésta eterna y proporcionándome la misma solicitar vuestro casamiento con Evanio, que llevado de un indiscreto temor del rey pasó allá donde se encuentra ahora, como me lo acaba de participar.

Creyó el conde con esta excusa sobre la fuga de Evanio consolar el ánimo de Florinda y arrojar de él la repugnancia que padecía de ir a la corte. Mas ella, sometiéndose antes a su declarada voluntad que a sus persuasiones, le respondió así:

«La sola obediencia y respeto que debo, padre mío, a la insinuación de vuestra voluntad me hacen someter a ella, sin que puedan alhagar a la invencible aversión que siento los honores con que nos condecoran los soberanos ni las grandezas de la corte, que nada mueven mi corazón en cotejo de vuestro afecto, a que se añade la noticia que me dais del paradero de mi esposo, sin que por eso se sosieguen mis esperanzas sobre el motivo de su ausencia. Mas puesto que vos me lo aseguráis, no debe retardar mi condescendencia a vuestra determinación, pronta siempre a obedecer a vuestras insinuaciones».

Prendado Don Julián de la respuesta de su hija, la abraza en el transporte de su tierno cariño, y después de haberla confortado apresura su ida a palacio, sin prever la fatal suerte que se iba a grangear él mismo, y de la qual arrastrada Florinda llegó a mostrar su singular belleza a la corte en la pompa de su rico atavío acompañada de sus amables gracias, semejante a una deidad que, apareciéndose en toda su brillante hermosura en vasto templo, atrae hacia sí la enagenada admiración y respeto del pueblo que contempla aquel singular prodigio.

Tal reputaban a Florinda los que, poniendo en ella y en su belleza su ojos atónitos, sentían excitarse en sus corazones un vivo incendio con que los enagenaban los hechiceros atractivos de su presencia y de su amabilidad modesta y recatada, que daban más estimable realce a su hermosura. Sintió sobre todos el rey Rodrigo la fuerza de los alicientes de las gracias de la doncella, que asaltando su corazón avivaron en él la satisfacción y el gozo que le causaba la persuasión de tener asegurada y contar ya por suya aquella doncellez más tersa y pura que la nieve que cae sobre las cumbres del Oca.

Absorta así su alma y enagenada del contento, vista apenas la doncella sintió trocarse luego su enagenamiento en violenta inquietud por la presencia de los grandes y cortesanos, que mal sufría por impedirle desahogar las encendidas ansias de su iritado amor, que le impelía a atropellar con el decorro de la magestad por satisfacerlas, semejante al león que, sufriendo mal el hierro que emprisiona su nativa libertad, le muerde para deshacerse de sus lazos. Pero la necesidad, que llega a amansar a las fieras, y la esperanza, que contiene los ímpetus del deseo, recabaron tener en freno los transportes del afecto del monarca, difiriendo

su desahogo a tiempo más oportuno, pero que apresuró él mismo introduciendo a Florinda y a su padre, que gozaba de la admiración y obsequios que se grangeaba de los grandes la hermosura de su hija no menos que su rico atavío.

No fueron menos agradables para el mismo las demostraciones del afecto y cariño con que recibió a Florinda la reyna Egila, no solamente por la amable y deliciosa presencia de la doncella sino también porque así se lo había encargado el monarca, que ocultándola las miras de su pasión hizo valer las razones de estado y la necesidad de ganar para sí y para el reyno la voluntad del conde Don Julián, el qual, agradecido por lo mismo al afecto que la reyna le manifestaba, la dixo así:

«¿Cómo pudiera yo, Señora, imaginarme que la suerte me proporcionara este honor que disfruta en su colmo un padre que viene a presentaros su hija y a dexárosla encomendada?

Las demostraciones de vuestro real cariño empeñan tanto más mi aprecio cuanto más ageno estaba de aspirar a lo que ninguno osara, queriendo vos que obtenga yo eso mismo y que pueda gloriarme de ello después de obtenido, previniendo el monarca mis deseos en el patrocinio que os dignáis conceder a esta hija mía que os presento, lleno de la persuasión y confianza del sagrado amparo en que la dexo».

Apenas dicho esto, le interrumpe la reyna diciéndole:

«Podéis estar asegurado, conde, del afecto que vuestra hija me merece. Id enhorabuena a donde el bien y la gloria del reyno os llama; Florinda quedará conmigo, ya no como hija vuestra mas como mía. Espero que perdonaréis este robo de mi voluntad a la satisfacción de tenerla como tal mientras durare vuestra ausencia».

Incitado el conde Don Julián de este breve discurso de la reyna, la agradeció sus expresiones y la pidió licencia para dar un abrazo a su hija que la dexaba encomendada, la qual no pudo contener el llanto en que prorumpió al tiempo que la abrazaba su padre, también enternecido, solicitando el monarca su separación para poner fin a la ternura de la hija y del padre, que engañado en su confianza salió de allí y de la corte para apresurar su ida al África, mientras los hados, que iban disponiendo en secreto la ruina de la nación y del trono de los godos, sembraban de honores y de glorias ideales a los ojos del conde el camino que iba a emprender, para convertírselas en la más sensible deshonra, de la qual irritado su pecho le induxera a ser el instrumento de sus decretos inevitables.

Florinda entretanto, sumamente triste y acongojada por la ausencia de su amado padre, parecía que presintiese la fatal suerte que la esperaba, sin poder hallar alivio ni consuelo su sentimiento en la real morada, que se la hacía aborrecible. Ni la grandeza ni los honores que en todas partes adulaban sus ojos podían merecer aprecio ni atención de su alma, hollando con doloroso desdén el oro y las joyas engastadas en los pavimentos. En vano la reyna, prendada de sus amables gracias y dulce genio, se esmeraba en serenar la tristeza que no podía encubrir Florinda, manifestándola su cariño ora con tiernas expresiones, ora con ricas preseas de que le hacía presentes a fin de aliviar su duelo.

En vano también el rey Rodrigo, encubriendo a la misma su ardiente pasión y ostentando cariño de padre, hacía alarde él con preciosos dones y con honrosas mercedes, con las quales se lisonjeaba disipar enteramente su aflicción y disponer poco a poco su agradecido afecto para grangeársele rendido y disponerle a la condescendencia que de ella deseaba, difiriendo la tentativa a más oportuno tiempo. Parecíale entonces peligroso en el sentimiento y aflicción de Florinda, ni dudaba que, vencida y disipada enteramente su tristeza, coronaría sus sienes con el idalio mirto, que prefería su amor al laurel de la más ilustre victoria.

Pervertido así su ánimo de su ciega pasión, atendía sólo a satisfacerla y en ello empleaba todos sus esmeros y cuidados, olvidado de su reyno y de su pueblo, que corrompido de antemano por los vicios que autorizó Vitiza con su exemplo apresuraba su destrucción sin tener algún freno que los contuviera, pues faltaba el rigor de la ley y de la justicia, que mal puede hacer valer el soberano que atropella con ella. De aquí es que fue siempre el exemplo más pernicioso el de los reyes, obligando a seguirle con tanta mayor fuerza quanto más debieran oponerse a lo que los mismos abrazan.

Ni Guntrando, en quien descansaba el peso del gobierno, quería grangearse la odiosidad de la nación ya corrompida poniendo freno con rigor importuno al vicio que, salido de sus torpes tinieblas, ostentaba sus sienes coronadas de rosas, aplaudido y cortejado de aquellos mismos que por razón de su sagrado carácter debían tentar a lo menos de arrojarle del santuario que profanaba. Antes bien, atendía sólo Guntrando a cebar más la pasión del monarca como más conveniente a sus miras ambiciosas, pues quanto más atado tenía al rey en su pasión tanto más acrecentaba su autoridad y valimiento y se aseguraba en el manejo de los negocios más importantes del reyno.

De este modo, perdido el resplandor que manifestaban las virtudes del rey Rodrigo en su ensalzamiento y subida al trono, parecían yacer envilecidas y avasalladas del amor que le tenía sometido a la hermosura de Florinda, cuyo severo pudor desdeñaba en su inocencia todos los esmeros y demostraciones con que el rey Rodrigo procuraba grangearse la correspondencia a su afecto. Mas como el desdén de una pretendida hermosura no llega jamás a destruir las esperanzas de la pasión, antes bien las irrita mucho más por ser ella el bien acerbo que jamás desampara el corazón amante, así a fuerza de sus cariñosas demostraciones se lisonjeaba vencer su inocente firmeza, mucho más habiendo conseguido serenar en parte su tristeza.

Luego, pues, que vio su hermoso semblante despejado y libre de casi toda nube de sentimiento, osó pedirla prendas de su afecto, aunque con recato, por temor de ofender su modestia, bien así como quien tienta un difícil y peligroso vado, teniendo atada su osadía al respeto que tan singular hermosura exigía, no menos que su pudor casto y su ilustre nacimiento. Por lo mismo comenzó a declararle su amor con expresiones oscuras y equívocos conceptos que dexaban sin lesión los oídos de la doncella inocente, la qual hacía comparecer más apreciable su recato y más temible, mostrando ella recelar aquello mismo que procuraba eludir no entendido.

No desistía por esto el amante monarca, esperando conseguir sus intentos persistiendo en sobornar poco a poco el severo recato de Florinda a la manera que el dios Marte en la guerra, que viendo rechazados sus asaltos de la fuerte roca que acomete, procura minar sus cimientos para entrarla luego que el estrago facilita a su esfuerzo el camino. Y para conseguirlo más fácilmente pensó Rodrigo quitar lo primero de los ojos de la inocencia el velo que los cubría, sugiriéndole a este fin el Amor que hiciese alarde de su grandeza ora en solemnes justas y torneos, ora en alegres danzas y banquetes, en que la pompa, la riqueza y ostentación pudiesen solicitar el ánimo de Florinda y hacer tenaz presa en él y en su vanidad, móvil creído el más seguro y poderoso para rendir el decoro y recato del sexo.

Quanto, pues, el genio sabía sugerir de más fino y elegante al gusto y al placer del ánimo lo daban executado las artes, al querer de aquel que las empleaba con el fin solo de enagenar el casto corazón de Florinda y de pervertir su mente honesta para rendirla más fácilmente a su pasión. Así ella, forzada de la necesidad de complacer al soberano, se veía contra su propia voluntad sobresalir en las justas, distinguiéndose entre las demás damas por sus ricos adornos y por los timbres superiores que se le daban, sin que éstos añadiesen lustre al timbre mayor de su hermosura.

Asimismo en las danzas que por ella se hacían recibía las primeras distinciones y obsequios, y en los banquetes tenidos en honor de ella se le hacían en preciosas copas los más alhagüeños brindis. Sudaban también por ella sola en otras justas los fatigados caballos y ufanos caballeros, que con los motes de sus insignias y colores de sus vestidos, tomados por honrar a la misma, acrecentaban los obsequiosos tributos con émula adulación al soberano, que por Florinda sólo los exigía y los recompensaba.

Pero si la vanidad de la ilustre doncella, provocada de tan hechiceros alicientes, cedía algún tanto a su alhagüeño poderío, sin embargo el honor que velaba en la defensa de su honestidad convertía aquellos atractivos del fasto y de la ostentación de la grandeza en más altivos y severos defensores de su pureza virginal, con que humillaba y hacía desvanecer las miras y esperanzas del amante monarca, el qual no tardó a echarlo de ver con grave sentimiento suyo, que llegó a declinar con ayrado despecho que le impelía a la venganza. Mas contenida ésta del mismo ardiente amor le serenaba, aconsejándose a disimular por entonces su resentimiento y a trocarle en dulces reproches que le podrían grangear mejor el reconocido afecto de la doncella.

Instigado de esta lisonja determina declararse con ella, y luego que se le presentó la ocasión la dixo así:

«Mal se puede disimular, hermosa Florinda, el amor en un pecho ardiente, por más que uno se esmere en sufocar su llama; ni vos misma podéis dexar de conocer tampoco el poder que obtuvieron en mi corazón vuestros apreciables atractivos. Vuestra belleza, superior a todas las demás, avasalló mi afecto, y por ella rendido en nada tengo ni mi corona ni mi reyno. ¡Ah! ¿Qué digo? Toda mi sangre dexara derramar si sólo así pudiera yo merecer vuestra correspondencia, y tener cabida mi afecto en ese casto pecho que aprecio con el más ardiente amor.

Espero, por lo mismo, que no hará vanas las lisonjas de mi afecto vuestra fiera ingratitud, agena de tan amable hermosura y mucho más agena para con un soberano, y soberano amante que tuviera tal vez derecho para ser correspondido. No, amada Florinda, no lo espero de vuestra generosa compasión ni del reconocimiento de vuestro ánimo. Y si el importuno recato, enemigo de la ardiente pasión que os descubro, se opusiese a vuestra correspondencia, no creo que podrá más con vos que mi declaración, que mis obsequios y que mis ruegos, y que este tierno llanto que no se recata de mostraros un monarca que, postrado a vuestros pies, os suplica le deis, ¡ah!, palabra sola de que se verá correspondido».

Aturdida y confusa Florinda al ver al monarca postrado ante ella, no sabía qué hacer ni qué decir, teniéndola la confusión y el respeto encogida y anudada la voz en la garganta. Quisiera ella que la tragara la tierra en aquel instante y la eximiera del terrible embarazo en que la tenía aquel encuentro; mas confortada de su misma inocencia y recato le responde:

«No sé ver, Señor, en mi suma sorpresa y confusión, el motivo que os di para seros ingrata y cruel como decís. El cielo me es testigo del respeto y gratitud que os profeso por los sumos honores y continuas gracias y mercedes con que os dignasteis extender los límites de mi estado y de mi fortuna. Y sí pretendéis de mí nuevas pruebas de mi correspondencia y reconocimiento, postrada aquí a vuestros pies, os las daré con el más afectuoso respeto.

Diciendo esto, se postra de rodillas ante el monarca, que lejos de querer aquella demostración era al contrario importuna a los ardientes ímpetus de la pasión que, luchando con el respeto que le infundía la inocencia y recato de la postrada Florinda, le inducía a tomar del rostro de la misma la prueba que pretendía de su correspondencia. Pero venciendo el

respeto a su osadía logró contener los ímpetus de su pasión, contentándose de imprimir sus labios en la tersa mano de que la asió para obligarla a que se levantase, diciéndola:

«Bello hechizo de mis ojos, no es esa humilde postura la prueba de la correspondencia que de vos y de vuestra gratitud exige mi ardiente amor; antes bien, ella desdice de aquella que quiero tenga la mayor parte en mi grandeza y soberanía.

El amor que llega a unir dos corazones no permite ni sufre entre ellos esos respetos, sino que quiere se enlacen mucho más con toda especie de cariñosas confianzas; y si yo llegara a disfrutar las vuestras y con ellas vuestra singular hermosura y gracias, que hechizaron mi corazón, sería yo el hombre más venturoso de la tierra, aunque por ello debiera perder mi soberanía, la que me es odiosa y pesada sin la correspondencia de vuestro afecto al que yo os manifiesto, así con mis expresiones como con este tierno abrazo».

Rodrigo, impelido de nuevo de su pasión, enardecida de aquel discurso, iba a abrazarla, mas Florinda, llamando en su defensa al decoro de su honestidad, rehúsa prestarse a su ademán, diciéndole con noble atrevimiento y modestia:

«Sufrid, Señor, que os diga que la suerte que os levantó al más alto grado de la tierra no permite a mi estado que se iguale con el vuestro. La reyna me está esperando; permitidme que sin ofensa de Vuestra Magestad vaya a obedecer el orden que me ha dado».

Dicho esto, se ausenta de la presencia de Rodrigo, dexándole resentido y confuso con aquel encontrado expediente con que puso en cobro su asaltada honestidad.

Cobró fuerza su resentimiento reflexionando el padecido desdén, y no pudiendo contener enteramente el ímpetu de su enojo, exasperado prorumpió, semejante al fuego que sale con estrago de la mina reventada, diciendo a Florinda al tiempo que partía:

«Id, ingrata y desleal, a donde os esperan, pero sabréis que no se desdeña impunemente el ruego de quien puede pretender y exigir lo que suplica».

Como león que herido arrastra al monte sus pasos lleno de despecho y de rabiosa indignación, y retraído en la opaca soledad de la selva lame rugiendo su herida cuyo dolor le incita a la venganza, no de otro modo el monarca, resentido y lleno de despecho, lleva sus pasos al real retrete, donde procura desahogar sin testigos el dolor que su ánimo despedaza.

Allí, en su indignación resuelve vengarse del recibido desayre, ni quiere abatirse ya más a ruegos; antes bien, arrojando todo el respeto que le infundía la inocente honestidad de la ilustre doncella, determina violarla a cualquier coste. ¡Ó, Amor, tirano de los mortales corazones, a quien les avasalló la naturaleza después que vio con dolor empañado el candor de su inocencia por la malicia! ¡Por él Rodrigo, olvidado de su reyno y de su real decoro, pervertidos sus generosos sentimientos, se abandona al despecho y enojo de la pasión que su pecho devora y le consume! ¡Aborrece la vida y detesta el cetro y el poder de su grandeza, que realza más a sus ojos su desdicha, no pudiendo conseguir de grado lo que más anhela en su soberanía!

# Libro III

En este infeliz estado se hallaba el rey Rodrigo, rendido al dolor y resentimiento de su pasión, quando llegó Guntrando, ageno de verle en tal abatimiento, cuya causa te descubre inmediatamente diciéndole:

«Ved, Guntrando, la dolorosa situación en que me tiene esa ingrata y desleal Florinda. La manifesté el exceso de mi ardiente amor, lisonjeándome ser a lo menos atendido como monarca, ya que me desdeñase como amante. Mas la altiva doncella, haciendo el mismo caso de la magestad que de mi pasión, halló pretexto para dexarme desayrado, irritando de tal modo mi dolor que estoy resuelto a vengarme de ella a qualquier coste y aunque deba arriesgar mi trono y mi corona, a trueque de dexar satisfecha la pasión que menospreció».

El astuto Guntrando escucha atento el discurso del monarca, manifestando extraordinaria sorpresa; luego, adulando a la descubierta aflicción, agrava el ultraje de Florinda y aprueba la determinación de vengarse de la misma, diciéndole:

«Admiro, Señor, el exceso de vuestra bondad en abatiros a suplicar lo que debíais exigir, mas puesto que ella tuvo la osadía de negarse a vuestra declaración, conviene hacerla sentir la gravedad de su ofensa y los derechos que tenéis a su altiva hermosura, mucho más después de tantas beneficiencias con que os dignasteis honrarla. Lo podéis hacer sin rendir vuestro real ánimo a la aflicción, siéndoos tan fácil disfrutar su hermosura en qualquiera hora y momento que a ello os incline vuestra voluntad. Y si la corte y la demora en Toledo pusiese algún estorbo, tenéis otros sitios fuera de la ciudad y granjas oportunas para el intento, donde la soledad y el retiro de las selvas, con la libertad mayor y ayuda de criadas sobornadas a este fin, podrán satisfacer enteramente a vuestros deseos».

A pesar de este impuro sugerimiento con que Guntrando allanaba el camino a la pasión del rey Rodrigo, sintió éste nacer en su ánimo afligido un voraz remordimiento que le engrandecía el delito y los funestos efectos que había de tener si se arrojaba a cometerle, especialmente si Florinda, violada por él contra su voluntad, descubría su deshonor al conde Don Julián su padre, a quien acababa de confiar la defensa de la entrada en su reyno en el África, que le sería tan fácil de dar a los árabes si, resentido por el ultraje cometido en su hija, quería vengarle con la ruina y pérdida de aquellas provincias, y con ellas de todo su reyno y monarquía.

Sobre todo atemoriza a sus sentimientos y les hace retraer en parte del proyectado delito la fealdad de la acción, tan opuesta a la nobleza del obrar de un soberano, y la traición indigna que iba a cometer si después de haber alejado al conde de Toledo y tomado su hija baxo su patrocinio y palabra real, cometía en ella tal desacato y tan ageno del generoso ánimo de un monarca. Agitado de estas memorias, que le agravaba su remordimiento, tiembla y gime Rodrigo, ni resiste a la oculta fuerza con que le aviva el alma estas ideas y los temores y recelos que de ellas nacían, de modo que, arrepentido y como asustado, se espanta de sí mismo y detesta su pasión, que le iba a llevar a un funesto precipicio.

Abomina, pues, de su amor y comienza a hacérsele sospechoso a su arrepentimiento su consejero Guntrando, el qual, después que dio aquel indigno sugerimiento al monarca, se ausentó de él para ir a ponerle por obra y a facilitárselo sin esperar que fuesen aprobadas sus disposiciones. Antes bien, como asegurado de tal aprobación, daba alma y calor al vil artificio que debía facilitar la violación de la inocente Florinda, y luego que lo tuvo enteramente tramado no se recató de ir a dar parte de ello al rey Rodrigo, lisonjeándose que se lo aprobase y que le diese por ello alabanza. Mas Rodrigo, habiendo cedido entretanto a la fuerza de su arrepentimiento, ajó la ufana complacencia y satisfacción de su ministro mandándole con

generoso esfuerzo que suspendiera todas las tomadas disposiciones, haciéndole saber que quería alejar de la corte a Florinda en aquel mismo día y enviarla a su padre. Tan resuelto en ello que había ya puesto los ojos en las personas de confianza a quienes quería encomendar la doncella para que la acompañasen al África y la entregasen a su padre.

Con tan heroica resolución pareció que triunfasen la piedad y entereza del rey Rodrigo y que devolviesen a su ánimo toda su fortaleza. Mas a tan esforzada determinación sucedió luego la tristeza y el doloroso abatimiento de su pasión que lo combatía, avivándola el Amor, que arrojado por pocos momentos de su pecho se rió de aquel vano esfuerzo de Rodrigo, esperando que la misma aflicción le abriese luego la entrada para apoderarse otra vez de su ánimo. Y llegado este esperado instante, penetró en el pecho del monarca semejante al rayo que, centelleando con rápido sulco por la atmósfera, se abre paso entre las más duras rocas en que penetra, y aplicando entonces la tea, avivada de su enojado soplo, extendió la llama a las entrañas de Rodrigo, haciéndolas reclinar en su venganza.

Siente entonces el ardor en que se abrasa de nuevo, y como Alcides revestido de la túnica de Neso gime y se debate furioso, buscando instrumentos de muerte para abrir con ellos salida a su alma rabiosa y acabar así su vida miserable, pareciendo imposible a su exasperada pasión que pudiese vivir sin poseer la hermosura y gracias de Florinda, que había determinado alejar de sí sin poder ya resolverse a ello, impidiéndoselo el fiero dolor que sentía por su privación, representándosela entonces el Amor a su mente enagenada más reluciente y bella que el sol quando, disipada una tenebrosa tempestad, se muestra a la tierra con más vivo y alegre esplendor, huyendo lejos los vientos y las nubes y sonriendo a su glorioso triunfo las plantas que levantan sus copas aljofaradas entre los gorgeos de las aves que le celebran.

Con tal semejanza consigue el amor borrar enteramente las tristes ideas del arrepentimiento y dolor de Rodrigo y avivar al mismo tiempo el afecto hacia Florinda no menos que la confianza de Guntrando, a quien hace llamar, resuelto a llevar adelante los funestos intentos de su pasión, y le ordena que apresure el artificio y trazas que le había sugerido y abrevie el instante que sólo podía aliviar los fieros afanes y congojas que le roían las entrañas sin dexarle disfrutar momento de sosiego y descanso, que sólo le parecía poder encontrar en la posesión de la hermosa Florinda.

Sonriendo en su interior Guntrando a la súbita mudanza del monarca, pone luego sus órdenes en execución mientras Rodrigo, arrojados todos los torcedores de su remordimiento, cubre su ardiente afecto de disimulo para conseguir mejor su fin, y revistiendo su exterior de indiferencia para con la doncella no dexa asomar a sus ojos ningún indicio de sus traidores intentos. Antes bien, se esmera en disipar del ánimo de la misma todas las sospechas y recelos que hubiera podido infundirle el indiscreto atrevimiento de la declaración de su amor, afectando al contrario esmeros de padre benévolo y cariñoso para con ella y haciendo alarde de evitarla al tiempo que la colmaba de nuevos honores y presentes, con los quales esperaba prevenir todos los funestos efectos que pudiera tener el triunfo de su pasión si lo conseguía a despecho de Florinda.

Para esto debía salir de Toledo y pasar a uno de sus reales sitios en compañía de la reyna, que ignoraba la trama de la maldad, según se lo había sugerido Guntrando para que pudiese ir Florinda sin nota, la qual, sabedora de aquella ida de la reyna y agena de la infeliz suerte que la esperaba, anhelaba el momento de ir a solazarse en los floridos campos a la apacible sombra de las selvas, lejos de la corte y de la ciudad donde le parecía tener agobiada su libertad, semejante a la inocente e incauta paloma que, encerrada en casero recinto, desea salir al campo y a las selvas donde pueda extender sus alas encogidas, ignorando que la espera el milano en asechanza para devorarla.

No lejos de la ciudad de Toledo, a las faldas de deliciosos collados, se alzaba un soberbio edificio, obra real de Chindasvindo, donde el arte tosco todavía aventajaba sin embargo al gusto de la riqueza en los adornos y en el luxo que ostentaba la grandeza. Allí solían ir con freqüencia los reyes godos a recrearse y a aliviar sus ánimos de los cuidados del reyno. Sojuzgaba el vasto edifico, desde un blando otero que oprimía con su inmensa mole, una vega fértil y dilatada, enriquecida de muchas fuentes que entre las sombras amenas de árboles excelsos iban a dar tributo al caudaloso Tajo que las recibía en su ancho vado.

Era hechizo del alma y dulce encanto de los sentidos la hermosura y gala que el arte y la naturaleza ostentaban a competencia en las plantas y flores que se admiraban en diseñados vergeles como también en artificiales bosquecitos que hacían pompa de sus cercenadas copas, y en caídas de fuentes obligadas a salir con ímpetu por historiados surtidores, de donde repartidas en regueros convidaban con su murmullo a las aves, que atraídas de la frondosidad de aquel sitio tenían en él asilo seguro y respetable, y que ellas hacían mucho más delicioso con la armonía de sus diversos cantos.

Éste fue el sitio que Guntrando sugirió al rey Rodrigo para el triunfo de su pasión, y que Rodrigo aprobó en el delirio de la misma, ¡a quántos quán funesta! y había ya conseguido ver en él a Florinda, llegada en compañía de la reyna, que la amaba tiernamente, haciéndose ella acreedora a su cariño ya no tanto por sus dulces gracias y singular hermosura quanto por las adorables prendas de su ánimo y por sus virtudes que competían con su exterior belleza, animándola un suave genio y amable modestia que ennoblecía su delicada y encantadora presencia.

Aunque su edad ya núbil y la naturaleza daban a entrever a su entendimiento los fines del amor, no habían, sin embargo, roto enteramente el velo de la inocencia. Rodrigo mismo en todos los transportes de su ardiente pasión respetó siempre los fueros de su decoro virginal a pesar de su excelso poderío, conteniéndolo el severo pudor de la doncella. La misma, sin embargo, hecha más cauta por las demostraciones afectuosas de su real amante, procuraba evitar las ocasiones en que recelaba podía zozobrar su entereza. Ni contenta con esto resolvió, obligada de aquellos recelos de su modestia, escribir a su padre para que la llamase quanto antes al África y la sacase de la corte.

Aunque no daba ningún particular motivo para ello sino los deseos que se le avivaban más cada día de verle y abrazarle, pero la carta, interceptada, dio motivo bastante al rey Rodrigo para conocer la causa de la pretensión de Florinda y para apresurar la trama que iba entretanto acabando de urdir el que la había sugerido y maquinado. Y a fin de abrir brecha en el corazón de la honesta doncella y de hacerla menos sensible el lance del meditado triunfo, no perdonaba Rodrigo a nuevos placeres y divertimientos, con los quales se lisonjeaba templar el resentimiento, si acaso lo tuviese, de su perdido honor e inocencia.

Siempre confía el amante del empeño de su pasión y de las trazas que a este fin emplea, mas no eran allí en la real granja, como antes en Toledo, los torneos y las justas material de los nuevos y estudiados divertimientos, ni remedaban en lizas los vistosos caballeros las batallas en sus desafíos; antes bien, haciendo servir al intento la libertad que fomentaba el mismo rey, se hacían sacrificios y honores a la diosa del Amor como se pudieran hacer en los bosques del Idalio, vestidos los concurrentes en trages de graciosas pastoras y pastores.

Otras veces remedaban el triunfo del dios Baco y el hallazgo de Ariadna, a quien pudiera dar envidia Florinda que la representaba, obligándola a ello Rodrigo, que iba con ella en el mismo carro tirado de tigres, obedientes al freno y al bozo y precedidos de licenciosos sátiros y de ninfas que celebraban la hermosura de Florinda. Se representaban otras veces los amorosos engaños y mudanzas de Vertumno para rendir a Pomona o se cantaban los zelosos

reproches que solía dar Polifemo en las selvas sicilianas a la esquiva Galatea. Ora también renovaban la tragedia de Iphis y el castigo que dio Venus a la cruel Anaxárete, obligada por la diosa a poner con sus propias manos el fatal lazo a su garganta quando vio muerto a su infeliz amante.

Pero quanto era mayor el empeño del rey Rodrigo en solicitar con tales representaciones la honesta mente de Florinda y avivar en ella la llama del amor, tanto más veía alejarse el fin de su esperado intento hasta perder del todo el fruto de sus trazas. Porque Florinda, echando menos la presencia de su amado Evanio entre los muchos y principales caballeros que concurrían a aquellos divertimientos convidados por el monarca, tuvo ocasión y tiempo para saber el verdadero motivo de la fuga de su esposo prometido y de su interrumpido casamiento, lo que sabido por ella exasperó tanto su ánimo que concibió un odio implacable al autor de la fuga de su amado amante.

No pudo sosegar desde entonces su corazón hasta llegar a concebir temores por su vida, puesto que Evanio salvó sólo la suya con la fuga. Y aunque su padre le dio otros motivos de la tal fuga, no dudaba ya que había sido engañado su padre y alejado del reyno con el fin solo de retenerla a ella en la corte y executar en la misma la traición que llegaban a entrever sus temores, aunque a pesar de ellos no podía creer del todo que se cumpliese. Bastaron, sin embargo, estas sólo lejanas sospechas para conturbar su alma y envolverla de nuevo en la misma aflicción, que la avivaba mucho más la vista y presencia importuna del monarca, cuyas nuevas demostraciones le eran aborrecibles a par de muerte.

La misma magnificencia y ostentación de la corte la causaban terror y asombro, de modo que llegaba casi a recatarse de las mismas demostraciones cariñosas de la reyna, teniendo por infausto el día en que su padre la confió a tan pérfida morada. Quisiera ella huir, mas, ¿a dónde? Esta idea avivaba su desconsuelo y desesperación, ni hallaba otro alivio que el del llanto con que desahogaba, en los momentos que podía, sus concebidos recelos, dando quejas a su suerte y a su mismo padre, por cuya vuelta y vista suspiraba.

No tardó a echar de ver el rey Rodrigo el manifiesto dolor que agravaba de nuevo el ánimo de Florinda, y curioso de saber el motivo y deseoso no menos de devolverla a su perdida serenidad, resuelve preguntárselo y asegurarla de su sincero afecto. Luego, pues, que se le presentó oportuna ocasión, la dice:

«No sé, ni puedo penetrar, Florinda, el motivo que alteró tan impensadamente vuestra amable alegría y sosiego haciendo vanos los esmeros de mi afecto. Y si éste puede merecer de vos la confianza de descubrírmelo, empeñaréis de nuevo mis deseos para aliviar vuestra tristeza, no pudiendo vos dudar quánto me interesa vuestro bien y vuestro contento. No queráis, pues, desdeñar, a lo menos en esto, el afecto de un monarca que lo exige de vos con ruegos».

Florinda, alterada de la presencia del monarca, a quien no podía evitar, escuchó en mudo silencio y con respeto, aunque resentido, el discurso que la hacía, pero apenas le acabó de oír, falta de la debida reserva y cautela de que suele privar al bello sexo el enojo, mucho más a Florinda, inocente y sincera y querida, le responde:

«No estrañaréis, Señor, ni mi justo desconsuelo ni mi sentimiento si llegó a vuestros oídos que, prometida yo en casamiento a Evanio, hijo del rey Vitiza, supe ya tarde que lo perdí por causa vuestra».

Dicho esto prorumpe en llanto, que hizo torcer en las venas el curso de la sangre al rey que la oía, dexándole casi trastornada la mente con tan atrevida respuesta, quedando mudo y

suspenso y mirándola llorar sin atreverse a manifestar su enojo, que era el primer afecto que estaba a punto de desmandarse.

Lo tuvo en freno el amor, y en vez de abandonarse al ímpetu de su resentimiento la dixo, al contrario, con serena mesura:

«Florinda, ese atrevido reproche, que es al mismo tiempo injusto, lo debo perdonar a vuestra enagenada aflicción. No sabía que amaseis tanto a vuestro prometido esposo Evanio, mas el saberlo yo os puede ser más favorable de lo que pensáis, por el deseo que tengo de complaceros en todo. En vez, pues, de ser yo la causa de la fuga de quien tanto amáis y de vuestro interrumpido casamiento, escribiré a vuestro padre para que solicite la vuelta de Evanio. Si os llegáis a persuadir de la sinceridad de estos mis oficios, no pretendo otra prenda de vuestra gratitud a ellos que el sosiego de vuestro corazón y su consuelo. No creo que pueda haber pretensión más desinteresada, y por lo mismo espero que la satisfaréis poniendo fin a vuestro llanto y tristeza».

Sorprendida Florinda de esta respuesta del monarca, que ella no esperaba, se serenó algún tanto; sin embargo le dixo:

«Esa prenda, Señor, que exigís de mi gratitud os la diera de buena gana si pudiera yo recabar de mí misma que mi ánimo recobrase la serenidad y consuelo que manifestáis desear. Mas esto no depende de mi arbitrio ni de mi voluntad, ni será posible que yo recobre el contento perdido mientras perseverare yo en la corte. La ausencia de mi padre es la principal causa de mi aflicción, y mientras ella dure, durará también mi desconsuelo. Puesto, pues, que no puedo dudar de la sinceridad de vuestros deseos, espero que satisfaréis a los míos condescendiendo con ellos, devolviéndome a mi padre o bien, si la distancia pusiese a esto dificultad, enviándome a Oromeda, a mi materno tío el conde Susenando, donde recobraré sin duda la alegría y consuelo que deseáis».

Si fue sensible el monarca al atrevido reproche de Florinda, lo fue mucho más la súplica que le hacía para que la dexase ausentarse de la corte, recelando por ella que hubiese Florinda llegado a penetrar o sospechar de algún modo el manejo de su violación. Le confirma más en este recelo el verla informada de la fuga de su amante, echándosela en rostro sin respeto. Pero así como usó entonces de disimulación, conteniendo su resentimiento, determina disimularle también ahora, y para sosegar sus temores, en caso que los tuviese, la promete que dexará quanto antes satisfechos sus deseos, ora resuelva ir al África a ver a su padre, ora a Oromeda a casa de su tío Susenando.

Mas lejos de querer cumplir lo que la prometía, exasperado qual estaba por los zelos que le acababa de infundir Florinda con el amor manifestado a Evanio, determina no dexar pasar el día venidero sin dexar vengado su amor con el triunfo del honor de la doncella; teniendo ya Guntrando tomadas todas las disposiciones para el intento y el impío altar levantado, esperaba sólo que el indigno ministro arrastrase la víctima inocente al funesto sacrificio.

A corto trecho del real edificio había un brutesco roquedo, en cuyo seno ofrecía una espaciosa gruta donde el arte y la riqueza ennoblecían la tosca desnudez de sus paredes y columnas, las quales servían de mayor seguridad a los banquetes y recreos que allí solían tener los reyes godos. Bullía allí mismo en un formado estanque una fuente, baxo cuyas cristalinas aguas se dexaban admirar los diseños de coloridas chinas, ofreciéndole un delicioso y saludable baño a los que en ella entraban. Recibía copiosa luz toda la gruta de una claraboya que coronaba su techumbre, por donde solían penetrar algunas aves que con sus dulces cantos rompían el silencio que allí reynaba.

Éste era el profano templo que ocultaba el ara levantada para el fatal sacrificio del honor e inocencia de Florinda, y en que Guntrando había apurado los desvelos de su sagaz mente y de sus malvadas miras. Para ello había él sobornado de antemano a una noble doncella, pero libre y lasciva, que servía al atavío y adorno de la reyna, a la qual le fue fácil hacerse confidenta de Florinda, inducida a ello de las promesas de Guntrando. Llamábase Leonilda, y sabedora de la trama fatal en que había de tener la mayor parte y emplear su disimulada astucia, solía acompañar a Florinda a la gruta y bañarse con ella en el apacible estanque, disponiéndola así para el lance meditado, quitando toda sospecha.

Así, llegada la ocasión y la hora determinada, le costó poco inducir a la inocente Florinda a que fuese con ella a la gruta al baño acostumbrado, a que condescendió Florinda, agena de recelar la desventura que la esperaba. Parecía que las plantas y las flores, agitadas del bullicioso viento, quisiesen advertirla y retraerla del riesgo. ¿Pero cómo entenderlas?¡Ó, destino de los mortales! Corremos tal vez gustosos, porque ignoramos lo por venir, a la ruina que no podemos recelar y que por lo mismo no tememos.

Acogía ya la gruta a Florinda y a su torpe compañera, que solicitaba la hermosa desnudez de la casta doncella, y ya desnudas se entregan al estanque. Acechaban entretanto escondidas entre los vecinos árboles otras infames prostitutas en deshonestos trages de ninfas de los bosques, prevenidas de Guntrando e instruidas por él a fin de que pudiesen facilitar el triunfo del avisado monarca. Ellas, pues, qual bandada de hambrientos estorninos que se arrojan a la lozana planta cargada de frutos, acuden a la cueva y con cantares deshonestos entretienen el tiempo que tardaba a llegar el monarca, quedando allí también para impedir a Florinda la salida del baño en caso que lo intentase.

No dio lugar para ello la ardiente pasión de Rodrigo, que se presentó luego en la cueva y a los ojos de Florinda, cubriéndolos de horribles tinieblas. Musa, retrata tú el terror, la confusión y el duelo que oprimieron a una la mente y el corazón de la honesta doncella al verse allí desnuda ante los ojos del odioso soberano, y leyendo en su vista la funesta sentencia de su deshonor. Interesado el eco de la gruta en la terrible situación de Florinda, repitió por dos veces el grito que el espanto y horror le arrancaron de su pecho al verse víctima de tan abominable engaño.

Aunque, casi yerta y aterecida de la confusión y vergüenza, quisiera zabullirse en las aguas y entregarlas juntamente con su vida su honestidad intacta, anegándose en ellas antes que quedar violada por el monarca. Mas fue vana la tentativa de sumergirse en ellas para esconder a lo menos su desnudez, vedándoselo aquellas cohechadas ninfas, que arrebatando con ella la sacaron del estanque sin que sus fervorosos ruegos y sollozos ni su esforzada porfía mereciesen ser atendidos de ellas, y mucho menos de quien, ardiendo en la voraz llama de su pasión, irritada de las desnudas gracias y hermosura sin par, la llevó en sus brazos al ara allí dispuesta con ingenioso artificio.

¡Ó, cielo! ¡Ó, tierra! ¡Cómo permitisteis sin vengar tan funesto delito! Mas el brazo vengador estaba ya extendido y armado de la llama que debía abrasar al trono, al rey y a su monarquía. El sol, horrorizado de aquel hecho, no pudo retraer su curso como en el horrible convite de Tiestes, estando ya vecino a su ocaso. Mas bien sí abrevió su carrera lanzándose de golpe en el seno de Tetis, dexando de repente en tinieblas al suelo asustado en que las aves nocturnas, salidas de sus nidos, iban dando con extraordinarios chillidos funesto agüero. Dio también muestras de su horror la misma profanada gruta, haciendo temblar sus columnas, resonando al mismo tiempo en ella el lúgubre acento del anidado búho.

Poco le duró al monarca la satisfacción de su conseguido intento, convirtiéndosele luego en muda confusión y abatimiento que oprimiendo su pecho hacía brotar en él con fuerza todos

los temores y recelos concebidos de antemano del resentimiento y despecho de la violada Florinda, a quien dexó sin sentidos en las horribles tinieblas del oprobrio padecido, temiendo que descubriera la executada maldad. A este temor sucedió luego el remordimiento de la conciencia que oprimía su ánimo y que, inducido de aquel mismo temor, pensó remediar los funestos efectos haciendo encerrar a Florinda, encargándola al desvelo de aquellas que facilitaron su violación. Así creía Rodrigo eximirse de sus recelos y congojas, de que dio el cargo a Guntrando.

Cubrió entretanto la noche con sus espesas sombras la tierra, y no viendo la reyna comparecer a Florinda pregunta por ella, solícita y ansiosa por la misma, ni quiere entregar sus ojos al sueño si no la veía comparecer o no sabía su paradero. Concebía por ella mil temores sin que ninguno pudiese sosegarla. Leonilda, que era la sola sabedora del indigno suceso, le tenía sepultado en su pecho y el rey estaba bien ageno de descubrirle. Antes bien, con aparente sorpresa y fingido afán fomentaba las congojas de la reyna manifestando estar en el mismo cuidado e incertidumbre que ella por la pérdida de Florinda. Y a fin de sosegarla dando mayor color de verdad a su disimulación, envía en busca de la doncella varios mensageros para que solicitasen su hallazgo.

Pero estando de antemano convenido con Guntrando, hacía desviar los mensageros del lugar en que podían encontrar a la desdichada ya no virgen Florinda, la qual, enagenada del sentimiento de la padecida ignominia, fue llevada antes que volviera en sí fuera del real sitio en brazos de aquellas mismas cohechadas criadas, encomendada por Guntrando al cuidado de una de ellas, llamada Areovinda, a fin que velase sobre ella aquella noche ni le dexase hablar con ninguno mientras se disponía un sitio seguro donde debía ser trasladada y encerrada al siguiente día.

Fuera de las dehesas del real sitio yacía en un valle poco distante la pobre choza de un pastor llamado Amesindo, en la qual puso desde luego los ojos Areovinda como lugar el más oportuno para tener a Florinda guardada aquella noche; y aprobado por Guntrando fue llevada a la cabaña del pastor, cubierta de tinieblas de la noche y a tiempo que, teniendo ya él encerrado un hato de sus ovejas, restablecía las fuerzas de sus fatigados miembros con el pareo sustento que sacaba del esquilmo y de un vecino huerto que cultivaba con sus manos.

Al extraordinario llamamiento de Areovinda no se sobresalta el pastor, asegurado de su misma pobreza contra qualquiera accidente. Bien sí, no dexa de extrañar la vista de la doncella, que vuelta en sí del enagenamiento en que la dexó su padecido oprobrio, imploraba con rabioso llanto y con férvidos sollozos la venganza del cielo contra el violador de su entereza. Deseoso el pastor de saber el motivo del trastorno y llanto de aquella doncella que Areovinda le presentaba, se lo pregunta. Mas Areovinda, astuta y zelosa al mismo tiempo del encomendado secreto, lleva al pastor a otra parte y le confía ser aquello un misterio que ella misma ignoraba, teniendo orden del rey de llevar a su choza aquella doncella, que era noble y de las principales del reyno, recelando por las dolientes expresiones que la había oído que procedían de algún lance muy grave y temible de indagar. Que por lo tanto era forzoso que la tuviese allí en la choza aquella noche, pues al siguiente día recibiría orden para llevarla a otra parte.

Sorprendido el viejo Amesindo al oír esto, la dice algo alterado:

«¿Y desde quándo sabe el rey que existe en la tierra Amesindo? ¿Le faltan por ventura sitios donde enviar a esa doncella sin ocurrirle el perturbar la quietud de un desconocido pastor que no se cura de la vecindad de la corte?»

Sosiega Areovinda al viejo diciéndole que no había en aquel encargo motivo alguno de cuidado ni de inquietud, y que por aquel pequeño disturbio esperarse una generosa recompensa del soberano, en cuyo nombre se la prometía si cuidaba que nada faltase a la doncella en lo que sus circunstancias y pobreza le permitían.

Oyendo esto Amesindo se presta a las circunstancias de Areovinda y acude a dar alivio en lo que podía a la infeliz Florinda, que al verse en la desdichada choza del pastor conoció la nueva violencia que padecía, sin saber qué paradero había de tener su desgracia, por la qual se deshacía en llanto. Mas vencida algún tanto por los esmeros y tierna compasión que Amesindo le manifestaba, respiró su dolor prometiéndose que el mismo la facilitaría escapar de las violencias de aquella infame muger que la tenía en su guarda, sin desistir por eso de sus sollozos mientras el oficioso pastor la aderezaba sobre colmenas la mesa, que cubrió de frutas de su huerto, instando a la doliente y despechosa Florinda para que aceptase aquello que era lo único que podía ofrecerla en su pobreza.

Mas Florinda, abandonada a su furioso dolor, negándose a todo alivio agradece al pastor sus atentos esmeros, rehúsa aceptar ningún alimento; mucho menos el lecho que Amesindo la tenía dispuesto de zaleas y que cariñosamente la ofrecía para que reconciliase el sueño que pondría tal vez tregua a sus dolorosos sollozos y tristeza. La horrible idea del padecido deshonor y el miedo de lo que pudiera hacer Areovinda, representándosele que llevada a aquella solitaria choza y dada en guarda a aquella muger iba a quedar expuesta a la detestable prostitución de quien la había violado, tuvo tanta fuerza en su honesto pecho y agitó de tal modo su ánimo que, a pesar de las tinieblas de la noche, resolvió huir de aquella cabaña a qualquier coste, aunque debiese quedar presa de los voraces lobos o caer de algún derrumbadero. Nada amedrenta a quien prefiere la muerte a su ignominia. Dándole, pues, nuevo aliento su honestidad y el profundo sueño a que vio entregada aquella que debía velarla, comienza a poner en execución su fuga; viendo imposibilitada a su esfuerzo y osadía la salida de la choza, piensa en suplicar al pastor que se le facilitase, mas ignorando el lugar donde descansaba y temiendo despertar a su vela si le llamaba, debió volver a sus sollozos y llanto y tolerar, agitada de mil temores, la pesadumbre de aquella eterna noche, hasta que el día la proporcionase mejor sus intentos.

Rayaron finalmente los albores del anhelado día y las aves comenzaban a saludar la llegada de la aurora, la qual, ahuyentando con su resplandor las tristes sombras de la noche, daba algún consuelo a las esperanzas que su ánimo concebía acerca de los esmeros y compasión que le había manifestado el pastor, el qual, dispertado del canto de las aves, no tardó a llevar al pasto su rebaño sin cuidarse de las que creía estar sepultadas en su profundo sueño. Mas Florinda, desvelada y atenta siempre en su dolor a qualquier momento y ocasión favorable para poder poner en cobro con la fuga su honestidad, conoció luego que Amesindo salía de su choza, y sin detenerse se apresura en llegar al pastor, y hallando la salida libre aviva el paso y le alcanza al tiempo que encamina sus ovejas a una vecina hondura.

Allí, postrándose a sus pies, le conjura con sus sollozos y ruegos para que se apiade de ella y de su horrible desventura, diciéndole ser ella hija del conde Don Julián y sobrina del conde Susenando, que vivía en la villa de Oromeda, señor que era de ella y como tal le daría quanto pudiera desear si la ponía salva en sus brazos. Conmovido el pastor Amesindo de su llanto, y mucho más de la postura humilde y suplicante de la que decía ser hija del conde Don Julián, no pudo contener las lágrimas, y acogiéndola en sus ancianos brazos la levanta y la promete que la daría todo el alivio y consuelo que pudiese. Acordósele en aquel momento el encargo del rey que le dio la noche antes Areovinda, mas venció la compasión a todo temor sugiriéndole que podía conducir a Florinda a la cabaña de otro pastor su vecino, donde encubierta ella con el trage de pastora podía llegar sin peligro a la villa de Oromeda, como mostraba desear la misma.

Aprobada esta ocurrencia la pone luego en execución, acompañando a Florinda a la cabaña del pastor, a quien la dexó encomendada sintiendo no poderla seguir hasta Oromeda, vedándoselo el encargo de Areovinda, que le obligaba a volver a su cabaña para no dar motivo de sospechar que había facilitado la fuga de la infeliz doncella, de quien se despidió compadeciendo su desgracia. Habiendo entretanto dispertado Areovinda, buscó luego con ojos ávidos a la desaparecida víctima, y no viéndola en toda la cabaña, ni al pastor a quien quería preguntar por ella, sale afanada y ansiosa en busca de uno y otro, al tiempo que el pastor Amesindo, vuelto de su piadoso oficio, se había sentado a la sombra de un fresno, teniendo ante sí a su rebaño que pacía.

Habiéndole visto Areovinda, se encamina hacia él y le pregunta por Florinda. Amesindo, asegurado del oficio de su compasión, la responde con desdén mezclado con risa:

«¿Y quién me hizo a mí guarda de doncellas? Lo soy de mi rebaño y no debo cuenta a vos ni a ninguno de lo que no me debe importar. Si deseáis encontrar la doncella, idla a buscar allende, pues ni la vi salir ni sé tampoco dónde para».

Con esta respuesta desenfadada de Amesindo crece más el afán y desasosiego de Areovinda, y torciendo hacia otra parte sus agitados pasos corre en busca de ella de acá por allá, preguntando y dando señas de la misma hasta que, cediendo al cansancio su afanosa diligencia, determina ir a dar luego aviso a Guntrando de su fuga.

Éste, informado, lo hace saber al rey Rodrigo, que sumamente sentido por ello se abandona a mil transportes de enojo. Mas esperando prevenir con la diligencia todas las temibles conseqüencias de aquella fuga, no finge como antes el dar órdenes a los mensageros por el hallazgo de Florinda, mas los duplica y los envía secretamente por todos los caminos que hubiera podido tomar la misma, mandándoles que do quiera que la encontrasen se la traxesen a Toledo.

Mientras Rodrigo impaciente solicita así el hallazgo de Florinda, recobrada ella en la cabaña del pastor donde la dexó Amesindo experimentó todos los piadosos esmeros que podía darla aquella buena gente, compadecida de su estado y de su desgracia, creyendo que fuese otra que la que Florinda ocultaba, ofreciéndola la pastora una hija suya para que la acompañase a la villa de Oromeda, poco distante de allí. Florinda, agradecida a su atención, se quita las joyas preciosas que llevaba por adorno y se las entrega, y desprendiéndose de su rico trage y de todo lo que la pudiera descubrir si era encontrada, se viste un pobre y roto sayo de la doncella que la había de acompañar, para poder llegar desconocida a casa de su tío.

Agradeciendo, pues, a sus huéspedes la favorable acogida que la dieron, tomó el camino de Oromeda con el pobre vestido de la pastorcilla que la acompañaba. Devoraban sus ansias y temores la aspereza de las sendas, sin cansarla y sin amedrentarla la soledad de los valles que atravesaba. Su fiero dolor la infundía aliento igual al deseo de vengar su irremediable ofensa de quien la había violado, y cuyas pesquisas eludió, llegando felizmente a la villa y casa de su tío, donde entró sin que la contuviese ningún reparo ni el mismo pobre vestido que llevaba, con el qual se arrojó a los pies del conde prorumpiendo en sollozos que le impedían el darse a conocer a su tío. Éste, sorprendido de aquella novedad, no conociendo a su sobrina cubierta de aquellos harapos, se esmeraba en preguntarla qué quería y quál era la causa de su sentimiento.

Luego que Florinda pudo proferir su nombre, la levanta del suelo en que ella, postrada a sus pies, se deshacía en llanto, y quiere que le declare el motivo de aquella extraña venida, de su duelo y trage. Contrastaba con el dolor de la doncella la vergüenza y confusión que padecía en descubrir su deshonor. Mas venciendo el deseo de la venganza a la vergüenza le declara,

aunque con mal expresados términos, su desgracia. Sorprendido y atónito Susenando, no acababa de creerla ni de entenderla del todo hasta que ella satisfizo a sus preguntas. No resiste él entonces a la indignación y rabia que se apoderan de su severo pecho, y que llegaron a trastornarle los sentidos. Luego, impelido del encendido enojo, se levanta furioso, y qual tigre que no puede morder la saeta que le queda clavada en el dorso se vuelve y se revuelve en vano contra el dardo qué sigue sus vueltas, exasperando más su fiereza.

Pide entonces armas a gritos, jurando arrancar el alma al detestable forzador de su ilustre sobrina y lavar en su sangre el oprobrio de su familia. Luego, templando un poco a su rabia la compasión y cariño de su sobrina, que lloraba amargamente, la cierra entre sus brazos, y mezclando sus lágrimas a las de Florinda rugía como león y la prometía venganza, la que exasperando de nuevo su pecho corre como frenético a ceñirse el peto y la espada, mandando enjaezar luego los caballos para encaminarse a Toledo y hacer pedazos al rey Rodrigo, acometiéndole do quiera que le encontrase, aunque fuera en su mismo solio.

Le contienen sus allegados y le impiden esta furiosa resolución, en la qual iba a exponer su vida sin llegar a conseguir el intento de su venganza, y aconsejado de los mismos abraza el partido mejor y más seguro de conducir a Florinda a su padre para incitarle más a la venganza y tomarla más segura y oportuna. Resuelto esto apresura la partida, formando una numerosa escolta de algunos de sus valientes criados y vasallos, para mayor seguridad de su persona y de Florinda contra qualquier riesgo que le pudiera acontecer en el camino.

Rodrigo entretanto, viendo que eran vanos todos sus desvelos y esmeros para encontrar la fugitiva Florinda, sin saberle dar razón de su paradero los enviados mensageros, se acuerda de la súplica que ella le hizo para que la enviase al África a su padre o bien a Oromeda, donde se hallaba su tío Susenando. Y sospechando que Florinda hubiese dirigido sus pasos hacia aquella villa, determina enviar gente para que, en caso de que se hallase allí, se la traxesen a Toledo. No contento de dar a qualquiera aquel encargo, quiso que fuese en persona el mismo Guntrando para más asegurarse del hecho.

Aceptó Guntrando aquel encargo, tanto más ufano y satisfecho quanto más seguro y confiado estaba de poder complacer al rey en aquella empresa, para lo qual juntó un lucido esquadrón en que quiso tuviese el segundo lugar su hijo Atanagildo, con quien se encaminó hacia Oromeda, capitaneando él aquella escogida compañía, ni descansó hasta llegar a la villa. Antes de entrar en ella divide su gente para que pudiesen tomar todas las salidas de la villa, reservándose para sí el empeño de llegar a la casa del conde Susenando y de sacar de ella a Florinda para llevarla a Toledo, después que se informó hallarse allí la misma. Mas los hados, que velaban sobre ella y que abreviaban el término de la vida a Guntrando, induxeron al conde Susenando a salir de Oromeda al tiempo que se hallaba ya sobre ella Guntrando.

Iba Florinda montada en un lindo caballo, quanto seguro y obediente veloz otro tanto, y que en caso de un imprevisto accidente pudiera ponerla luego en salvo. La pareaba en un ardiente alazán el conde Susenando, seguido de su gente escogida y ageno de verse tan presto perseguido. Porque apenas llegó a perder de vista las torres de Oromeda, oye el retumbo de las huellas resonantes de los caballos que iban en su busca, y luego vio de lejos la espesa polvareda que levantaban y que impedía conocer quiénes eran y el intento y fin de su marcha apresurada.

Viendo, sin embargo, que relucían entre el polvo los desnudos aceros heridos de los rayos del sol, sospechó que fuese gente del rey que le perseguía, y sin más esperar manda a los suyos que desenvaynasen también las espadas y que acometiesen luego a los que venían si les acometían. A Florinda mandó que se retraxera a un bosque que estaba allí vecino, para que no sirviera de estorbo en la pelea si se trababa y para que, en caso que quedase él vencido con

los suyos, pudiese ella huir y librarse de la persecución del rey; y luego que la vio puesta en cobro, dexándola afanada y temerosa, torció su caballo, y poniéndose con los suyos en ordenanza esperó a los que se acercaban.

Conociendo Guntrando ser aquélla la escolta del conde y que se ponía en defensa, grita que rindiesen las armas a las del soberano. Susenando, oyendo esto, manda a los suyos que embistiesen confiado en su fidelidad y esfuerzo, que manifestaron luego impeliendo sus caballos contra los que les amenazaban, y los desbaratan, trabando confundidos entre sí todos sangrienta riña, que avivan con sus mutuos denuestos e improperios acompañados de estocadas. Sostiene a los suyos Guntrando, acordándoles el justo derecho y la recompensa del soberano por quien combatían. Susenando infunde mayor aliento a los suyos, diciéndoles que sólo podían esperar una muerte ignominiosa si no se eximían de ella con la victoria o muriendo esforzadamente con las armas en la mano.

Era visible la ventaja que dio a los de Susenando su furiosa embestida, derribando de los caballos a algunos de los contrarios que no esperaban de ellos tan resoluta oposición, y continuando con la misma ventaja llegó a temer Guntrando que cediesen enteramente los suyos, a quienes se les hacía especialmente temible el conde, que los apremiaba con terrible denuedo y fortaleza. Para sostenerlos con su exemplo y presencia determina pasar adelante con su caballo y acometer al conde, el qual, reconociendo entonces el infame autor y ministro de la violación de su sobrina, se enciende en deseos de vengar con su muerte el ultraje de Florinda.

El demasiado ardor de la venganza que le animaba le roba la entera satisfacción que hubiera podido tener si hubiese embestido de cerca a Guntrando, hiriéndole sólo levemente por la distancia en que se hallaba. Tuvo así tiempo Guntrando para vengarse de la herida recibida, tirándole una estocada que hubiera decidido de la victoria si no la hubiese reparado el peto de que iba ceñido Susenando, sintiendo sólo el dolor de la contusión del golpe. Concibe entonces esperanzas su encendida indignación de no errar en sus miras y lo consigue, hiriendo a Guntrando en el costado al tiempo que éste se restablecía de la violenta postura que debió tomar, inclinándose sobre su caballo, para poder herir a Susenando.

No sintió en aquel instante Guntrando ser mortal su herida, teniendo todavía esfuerzo para herir de nuevo a Susenando, que se había acercado, pasándole el brazo de parte a parte. Mas le abandonó el aliento en la misma acción, sin quedarle esfuerzo para retirar la espada del brazo traspasado de Susenando, dexándola clavada en él y pendiente de la misma herida, para dexarse caer sobre la cerviz de su caballo, y de allí al suelo. A pesar de la herida quiere Susenando doblar el golpe al tiempo que iba a caer Guntrando, mas se lo veda la pendiente espada atravesada en el mollejo de su brazo derecho, que le embarazó la acción.

En vez, pues, de herir al que caía, debió sacar la clavada espada con la siniestra, con la qual era forzoso que contuviera a su azorado caballo, y no pudiéndolo hacer fácilmente dio tiempo a Atanagildo, hijo del caído Guntrando, para vengar a su padre, que creía haber muerto, embistiendo al victorioso conde a quien cogió al improviso, sorprendiéndole en el acto de arrancar la espada de la herida, y lo hiere cabalmente en el mismo brazo siniestro con que acababa de sacarla. Vuelve entonces sobre sí Susenando, y qual pedernal que batido chispea se enciende en furor su exasperado pecho contra el infeliz mancebo, y sin curarse del dolor y de los ríos de sangre que brotaba su herido brazo, lo impele contra él y le traspasa el seno con la espada teñida en la sangre de su padre.

El herido Atanagildo arroja entonces un grito, precursor del alma, que le desamparó en aquel momento mismo, cayendo el cuerpo sin ella sobre el cuerpo de su padre aún con vida, a quien quiso vengar. Su muerte dio fin a la pelea porque sus sequaces, viéndose sin los dos

xefes, procuran evitar la muerte con la fuga, a la qual entregan sus caballos unos tras otros. Vedó a los suyos Susenando el darles alcance, contento y satisfecho de la obtenida victoria. Y deseoso de certificarse si el caído Guntrando vivía, hizo quitar el cadáver de su hijo Atanagildo, que cayó sobre él. Viendo que todavía sufría las bascas de la muerte quiso complacer a su venganza desatendiendo al dolor de sus heridas, y desde su caballo, aunque animado de la ufana satisfacción de su venganza, dice al semivivo Guntrando, haciéndole sostener de los suyos:

«¿Esperabas por ventura que el esfuerzo y el valor habían de corresponder a tus infames consejos, ministro detestable del deshonor de una ilustre doncella? Tu muerte en el campo consagrado al honor no satisface enteramente ni a mi ultrajada familia ni a mi justa venganza. El cielo, que me hizo vengador de sus ultrajes cometidos por ti, me concede el gozo de borrar con tu sangre y con tu muerte infame el oprobrio impuesto a mi linage».

Sin decir más, por temor que la muerte de Guntrando previniera a los deseos e intentos de su venganza, manda echarle al cuello las riendas de su caballo y ahorcarle con ellas de un árbol. Conoció Guntrando, aunque moribundo, el orden que executaban en él, expresando su fiero sentimiento con los resuellos al tiempo que le arrastraban como animal por el suelo, tirado de las riendas con que le conducían al suplicio que executaron luego en él, dexándole ahorcado y pendiente de un alcornoque. Así acabó infelizmente el que viéndose poco antes en la cumbre de la grandeza y árbitro del reino, le gobernaba a su antojo, haciendo ceder a las miras de su ambición los fueros de la justicia y de la honestidad, tan gravemente violada en el pudor e inocencia de Florinda.

# Libro IV

Ufano y satisfecho entonces Susenando de la obtenida victoria, y mucho más de la muerte de Guntrando, atendió lo primero a reparar de priesa y como podía sus propias heridas y las que habían recibido los suyos en la pelea, encaminándose a este fin al bosque en que había dexado a Florinda encargándola que esperase allí el éxito del encuentro con los que le perseguían. Creyó de hecho encontrarla allí mismo, pero Florinda, apremiada del terror que le causó el trabado combate, no tuvo aliento para contener el ardor de su caballo, que espantado de los gritos de los combatientes partió de carrera, semejante al rayo que discurre por la atmósfera, llevando consigo a Florinda, cuyo ligero peso no sentía. Ni hubiera parado en su fuga enardecida, que tomaba por qualquiera senda que se le presentaba, si no hubiera ido a parar a una selva sin salida donde se metió al tiempo que la noche comenzaba a cubrir de sus sombras los campos y los valles.

Florinda, medio muerta y trastornada del largo camino y de la carrera violenta del caballo, que la llevaba a su antojo, teniéndose asida a su crin para que no la derribase, luego que le vio parado se desprendió de la silla para ganar el suelo, que la recibió en la espesa y florida yerba que criaba aquella selva, sin permitirle el padecido espanto atender a otra cosa que al peligro que había corrido en la ardiente fuga de su caballo. Mas luego que el padecido susto la dio lugar para volver en sí y para fixar su mente en las circunstancias en que se hallaba, viéndose sola y teniendo sobre sí la noche en aquella selva solitaria, y perdido el

amparo de su tío Susenando, se abandonó al espanto y duelo que le avivaban las sombras de aquel bosque en cuyo suelo yacía.

No pudo entonces contener el llanto, y obligada de su dolor exclamó:

«¡Ó, infeliz de mí! ¡Baxo qué funesta estrella recibí un ser tan desdichado! ¡A qué muerte me reserva mi contraria suerte, que arrancándome de los brazos de mi amado padre me expuso a ser víctima de mi forzador, y no contento de haber satisfecho su fiereza en mi deshonra, me priva del solo amparo que parecía haberme concedido el cielo en mi tío Susenando, para arrojarme en este desierto donde quedo expuesta a las garras de los hambrientos lobos que pueden venir a saciar en mi cuerpo su voracidad! Mas, ¡ah, qué importa el acabar una vida aborrecible, si así sólo puede acabar mi ignominia! Venid, pues, venid fieros moradores de las selvas, y destruyan vuestras garras a una hermosura que fue sólo don funesto de mi destino para colmo de mis males y desventuras.

¿Pero deberé morir sin ver antes vengado mi deshonor? ¿Mi enemiga suerte querrá robarme también la satisfacción de ver aniquilado al detestable forzador de mi entereza? ¿Ni podré ver lavado en su sangre mi desdoro? ¡Ó, justos cielos! Si acaso os mueve a piedad mi forzada inocencia, hecha juguete de atroces males, protéjala vuestro poder y merezca mi quebranto en la horrible situación en que me veo, y estas ardientes lágrimas que sulcan mis mexillas, el solo consuelo de ver diferida mi muerte hasta que llegue a ver vengada mi ignominia.

De esta suerte la infeliz Florinda desahogaba las penas de su pecho, acompañando a sus quejas y sollozos el blando susurro del viento, que rebullendo entre las hojas de los árboles las movía sacando de ellas un flébil ruido que, mezclado al murmullo de una fuente que allí cerca se desprendía entre peñas, parecía querer reconciliar el sueño de la desolada doncella, que sentada sobre la mullida yerba y reclinada al tronco de un árbol de aquella selva deshaciéndose en llanto, estaba bien agena de grangearse el descanso. Mas el Amor, que velaba sobre ella y que había encaminado allí el caballo, quiso poner tregua a sus males pidiéndoselo al dios Morfeo, el qual, rociando luego con licor leteo su hermoso rostro, la obligó a cerrar sus ojos al sueño, reparador de las penas y aflicción de los mortales.

Sin pensarlo, pues, y sin quererlo, duerme Florinda agena de esperar el singular consuelo que le tenía reservado el Amor en el siguiente día, después que se sirvió de su hermosura para avasallar el ánimo del rey Rodrigo y conseguir así la ruina de su trono y monarquía, incitando a Florinda a la venganza no menos que al conde Susenando, cuya reconciliación con el rey se la hacía imposible la muerte de Guntrando y de su hijo Atanagildo, para hacerle servir a sus intentos sin que retardase la pérdida de Florinda porque, no hallándola en el bosque en donde la había dexado ni en las cercanías en que la hizo buscar, se lisonjeaba encontrarla en la primera villa adonde aquel camino conducía.

Llegado a ella, como se desvaneciesen sus lisonjas haciéndola buscar y buscándola él mismo vanamente, resolvió, obligado del temor de ser perseguido por el rey, de proseguir su derrota` encomendando a Florinda al cielo protector de la inocencia perseguida, recompensando al dolor que probaba por su pérdida la complacencia que le daba la obtenida victoria de Guntrando. Y a fin de ganar camino se aprovechó de las tinieblas de la noche, como también para eludir las pesquisas de Rodrigo, recelando siempre que fuesen en su alcance los esquadrones que supo de los vencidos quedar en Oromeda, dexados por Guntrando a fin que ocupasen todas las salidas de la villa.

Entretanto Florinda, vencida del sueño, daba treguas a su duelo y congojas, ni pudo recobrar sus sentidos hasta que el sol salido despuntó sobre las peñas que cerraban por todas

partes aquel bosque en que ella se hallaba, quedando sorprendida, apenas dispierta, de la hermosísima vista que la ofrecía aquella selva, con que parecía haber querido remedar la naturaleza un delicioso anfiteatro, cerrándola alrededor de altos roquedos que, coronados de vástagos frondosos y floridos, no dexaban otra entrada que la sola senda que tomó el caballo. Ocupaban el centro de aquel anfiteatro excelsos árboles cuyas pomposas copas impedían la entrada al sol, manteniendo con su opaca sombra el suave horror que difundían sus añejos troncos y el plácido silencio que rompía el murmullo de la fuente, cuyas aguas, quebrantando su curso entre las peñas, iban a dar en un remanso de donde salían divididas en dos arroyos, que besando las flores y verdura de sus márgenes unían su murmullo al canto de las aves que hacían más deliciosa aquella morada.

Embelesada Florinda de aquella vista, iba a dar entrada en su pecho al contento que parecía quererla infundir a su pesar la naturaleza en aquel ameno sitio. Se avivó más este suave afecto de su alma quando vio a su caballo que pacía la yerba de aquel dilatado prado, y que levantando a veces su cerviz fixaba en ella sus ardientes ojos como si, ufano de haberla salvado del peligro, quisiese decirla que estaba pronto para recibirla de nuevo. Lo hubiera executado Florinda si no se lo vedara la incertidumbre en que se hallaba del éxito que tuvo el encuentro de su tío Susenando con los que le perseguían. Y así quedaba allí como atada del temor de ir a dar con sus perseguidores si salía de aquel seguro asilo.

Por otra parte se lisonjeaba descubrir tal vez algún piadoso pastor como el buen viejo Amesindo, y que apiadándose de ella y de sus circunstancias podría informarla del lugar en que se hallaba y del éxito de la pelea de Susenando. Los deseos que de ello sentía la sugieren que sin salir de aquel sitio podía atalayar desde alguna de las más baxas peñas que cercaban aquel bosque si veía gente a quien pudiese confiar su triste situación, para que la ayudasen a salir de ella. Determinada finalmente a esto, iba a moverse al tiempo en que la detiene un ruido repentino que la amedrenta y la hace sobresaltar.

La obliga el mismo temor a torcer la cabeza para conocer la causa, y ve que era un rebaño de ovejas que entraban de tropel en el bosque, por el qual se esparcían a su antojo. Se trocó la turbación de Florinda en más vivo júbilo y consuelo, que casi llegó a borrar en aquel momento la memoria de todos sus males y le infunde segura esperanza de que el humilde xefe de aquel manso y lanudo esquadrón la pudiese consolar y dexar satisfechas sus ansias. Ni tardó a ver al que deseaba, mas en vez del viejo pastor como Amesindo descubre a un gallardo zagal cuya noble presencia parecía que recibiese afrenta del pobre y roto sayo que le cubría.

Sorprendido también él de la vista del hermoso caballo de Florinda, que fue el primer objeto que se presentó a sus ojos, se acerca a él, y parándose a mirarle le contempla con alborozo; luego le palpa y acaricia con familiaridad que denotaba entenderse de su noble manejo y exercicio, y volviéndose a ver si descubría a su dueño descubre a Florinda, habiéndoselo impedido antes los interpuestos árboles. Su hermosa presencia y señoril trage le encogen y confunden, mucho más pareciéndole a él que no eran extrañas a sus ojos las facciones de su rostro, y luchaba con su memoria para recapacitar si atinaba en conocerla. Esto no impidió que la saludase con respeto sin acercarse a ella, como avergonzándose de ser visto de la misma.

Le miraba al mismo tiempo Florinda, pero con sentimiento de ternura y gozo que le infundía la esperanza de que aquel pastor remediase a sus penas. Para ello le dice sin descubrirse:

«Pastor, ¿quién es el dueño de este delicioso sitio?»

El dulce acento de la voz de Florinda aviva las sospechas que su vista le hizo nacer en su mente, y al instante la reconociera por Florinda si no se lo impidiera la circunstancia de verla sola en aquel sitio tan distante y tan ageno de la misma Florinda. Alegrándose, sin embargo, que le hubiese ella dado motivo para poder salir de las dudas en que estaba si era ella como lo sospechaba, le responde:

«Señora, este delicioso bosque pertenece a un rico labrador que vive lejos de aquí, y yo le disfruto conduciendo aquí estas mis ovejas, que me dan el sustento y son el solo bien que me ha dexado la suerte.

Las traigo aquí a pacer antes que a otra parte porque, prendado también yo de la dulce tranquilidad y sosiego que fomenta en el ánimo esta soledad apacible, vengo a gozarla de costumbre. Sentado aquí a estas sombras suelo desahogar sin testigos importunos las penas que apremian a mi pecho desdichado, y lo que peor es, tal vez sin remedio, queriéndolo así mi cruel destino, el qual suele hacer a los hombres juguetes de sus designios. Así paso aquí por lo común mi pobre vida, que aunque lejos del trato de los hombres pudiera ser dichosa si no me viera privado de una sola cosa a la qual aspiraba, y sin ella no es posible que halle alivio mi corazón ni que llegue jamás a probar el cumplido gozo que me grangearía esta misma vida que llevo, aunque rústica y al parecer desagradable».

Conmovida sobremanera Florinda del discurso del pastor, le replica diciendo con tono afectuoso:

«Errada anduve, pues, en mis cuentas. Así experimento que engaña no menos la apariencia pobre que la rica, pues estando yo para envidiar vuestra vida y condición, aunque pobre, por parecerme así feliz y por teneros por dichoso en ella, me manifestáis lo contrario, de donde infiero que no habrá tal vez hombre en la tierra, ora sea pobre, ora rico, a quien dexe ser dichoso la enemiga suerte, pues vos mismo, lejos del trato de los hombres en esta deliciosa soledad, la experimentáis tan adversa y enemiga como decís».

Al oír esto el pastor, suspira diciendo:

«Ah, podrá tal vez haber otros que experimentan contraria a la fortuna, pues no hay ningún hombre que nazca enteramente dichoso ni que pueda llamarse tal; mas tengo par seguro que no habrá ninguno que sea tan infeliz quanto yo lo soy. En esto convinierais vos misma si os contara una sola parte de los males a que me expuso mi destino. Ni dudo que si os los descubriera la envidia que me manifestáis tener a mi pobre estado y a mi pacífica condición se trocaría en compasión dolorosa y tal vez en llanto, y llanto muy acerbo. Pero para colmo de mi desventura, me veda también el descubrirlos mi enemiga suerte, sin poder tener en ellos el pequeño alivio de todos los desdichados que, comunicando a otros sus penas, tienen la satisfacción de ser cumpadecidos, aunque no puedan ser remediados».

Interesada mucho más Florinda en saber las desgracias que el pastor le indicaba sin manifestarlas, le vuelve a replicar:

«No acabo de comprehender cómo pueda seros tan contraria la suerte que llegue a poner impedimento al espontáneo descubrimiento de vuestros males, diciéndolos especialmente a quien, movida a compasión por ellos y hallándose aquí sin testigos, pudiera a lo menos apiadaros; y si el temor de que pudiera redundar en detrimento vuestro os retrae de hacerme una tal confianza, me parece que agraviáis, especialmente en este lugar solitario, a quien, aunque muger, supiera guardaros el debido secreto».

Obligado el pastor del apasionado y tierno interés con que Florinda le manifestaba el deseo de saber sus desgracias, resuelve hacerla la narración de ellas. Mas no estando asegurado que ella fuese Florinda, aunque se le acrecentaron las sospechas de ello, comenzó a decir así, sin descubrir su nombre ni el de su patria y padre:

«No queda ya albedrío para dexaros de manifestar lo que con modo tan atento y compasivo deseáis saber, por más que deba seguírseme mayor daño y perjuicio que el que yo pudiera temer si no me asegurase la palabra que me acabáis de dar de guardarme el secreto, del qual no solamente me asegura vuestro noble porte y la manifestada compasión, sino también la misma entidad de mis desventuras.

Sabed, pues, que roto y pobre qual me veis en este trage rústico y despreciable, recibí el ser infeliz que arrastro por estas selvas de nobles y ricos padres, y crecí en el seno opulento de la grandeza, origen de todas mis desgracias, las que comencé a probar desde que llegué a la edad en que vuestro sexo amable y el amor hacen sentir en el pecho sus primeras y dulces impresiones, prometiéndome en mi rico estado una doncella igual que correspondiera con su afecto al mío, y cuyo dulce genio y hermosura, templando los ardores de la pasión, pudiese poner el colmo a mi dicha con su tierna y suave correspondencia.

Satisfizo a mis deseos la fortuna proporcionándome el casamiento con una doncella en quien concurrían singular hermosura y gracias con honestidad, estado ilustre y riqueza. Quedé tan prendado de ella desde el primer momento que me proporcionaron su vista nuestros padres, que no hallé ya sosiego ni me parecía que le pudiese probar hasta tanto que no llegase a poseerla. Así quedó convenido nuestro casamiento con tan grande alborozo y satisfacción de mi alma que hubiera antes renunciado a los mayores honores y riquezas de este suelo que a su posesión. Mas la suerte, que esperaba verme levantado a la cumbre de mi mayor dicha para hacerme más dolorosa mi caída desde lugar más elevado, me arrebató luego a mi padre, y con su muerte me privó no solamente de mi rico estado y bienes para arrojarme en un abismo de males, sino también lo que a todos mis males excede: me alejó con violencia de mi prometida esposa para perderla tal vez, ¡ah!, para siempre».

Diciendo esto no pudo contener el pastor las lágrimas que le arrancaba la memoria de su perdida esposa, sacándoselas también a Florinda, que le oía con tierna conmoción como si ella fuese la perdida esposa del pastor, el qual, volviendo a tomar el hilo de su narración prosiguió a decir:

«No os parezca que acabe aquí la doliente historia de mis desventuras, pues no contenta la suerte de haberme quitado todos mis bienes llegó a envidiarme también la vida; la vida, don ya sólo funesto y el único que me quedaba, y que yo le hubiera arrojado al rostro con desdén digno de su cruel envidia si no me hubiese contenido la lisonja que alimentó siempre mi pecho de que el tiempo coronaría mi sufrimiento, obligándome a ponerme en salvo con la fuga para eludir así la muerte que quiso darme un señor de los más poderosos del reyno.

Así, triste, perseguido y pobre, perdidos mis haberes y riquezas, me vi obligado a ofrecer estos brazos al rústico destajo, a que no estaban acostumbrados, si quería ganar mi sustento, debiendo también encubrir baxo este roto sayo mi nombre, patria y padres a fin de no ser conocido de ninguno en estas selvas en que arrastro una infeliz vida con este mi ganado, por solo amor de aquella que, olvidada tal vez de mí, infeliz, habrá sin duda puesto sus ojos y afecto en otro más afortunado amante mientras quedo yo aquí penando por ella y suspirando de continuo, pues todavía me merece y merecerá para siempre este llanto que me obliga a poner fin a mi importuno discurso».

Las nuevas lágrimas en que prorumpió el pastor profiriendo aquellas últimas palabras, y la relación de sus desventuras no pudieron dexar de interesar sumamente a Florinda, especialmente cotejando su infeliz estado y trage con su ilustre nacimiento y con sus perdidas riquezas; y echando de ver en su narración que ésta pudiera convenir en todo a las desgracias de su perdido Evanio, llegó a infundirla dudas si lo sería, especialmente por la semejanza de su estatura y presencia, aunque desfigurado de su rústico trage y de la tez de su rostro, tostado de los soles y demudado de los trabajos de aquella rústica vida que llevaba.

Movida por dos veces de estas sospechas que su relación le infundía, quiso interrumpirle para salir de aquellas dudas, y lo hubiera executado si no la contuviera el saber que Evanio había huido al África, como había oído decir, y si no se lo vedara también el llanto que le causaba la conmoción tierna que padecía. Mucho menos lo pudo executar luego que el pastor dio fin a su historia, porque penetrada entonces de los nuevos sollozos del pastor prorumpió ella en otros mayores, de modo que conmovido el pastor del grande duelo que ella manifestaba la dixo:

«Señora, ese vuestro extraordinario quebranto penetra mi corazón, y el motivo tal vez que lo causa pudiera interesar más a mi pecho que mi misma suerte, aunque tan desdichada; ¿pudiera yo saberlo, por ventura? Lo deseara no por otro motivo que para remediar vuestro desconsuelo, pues a las veces recibimos también alivio de aquellos de quienes menos lo esperamos, y un desdichado puede darlo también al mismo que le mira con desprecio».

Debió esperar un rato el pastor que Florinda satisfaciera a su pregunta, vedándoselo sus continuados sollozos, los que acallados por un poco le respondió:

«No os parezca que este mi quebranto proceda sólo de la relación de vuestras desgracias, pues nace también de la memoria que me renováis de las mías, no inferiores tal vez a las vuestras. ¡Ah! Si supierais, pastor, el exceso de los males que padezco, tal vez os causarían tan gran duelo que llegaríais a borrar la memoria de los vuestros, pues sin padre, sin esposo, que como vos apenas prometido debió salvar su vida con la fuga, perseguido de su adversa fortuna, me hallo aquí sola y perseguida, sin saber cómo poner en cobro una hermosura que fue el origen de mis desgracias».

Oyendo esto el pastor, no pudo dexar de interrumpirla diciéndola:

«Perdonad, señora, si rompo el hilo de vuestro discurso, pues lo que acabáis de proferir me interesa más de lo que podáis pensar, especialmente lo que insinuáis acerca de vuestro esposo, que apenas prometido debió salvar su vida con la fuga; ¿por ventura pudiera yo saber su nombre? Porque si es el que vuestra relación y presencia me hacen sospechar, tal vez tuvieran fin vuestros males y los míos».

Florinda, conmovida de estas palabras del pastor y del tono con que las decía, pareciendo que quisiese significarla ser él Evanio, exclamó:

«¿Cómo? ¿Qué me queréis decir? ¿Acaso sois vos Evanio, hijo de Vitiza?»

Penetrado del sumo consuelo que le infundía al pastor su proferido nombre, que le hacía reconocer del todo a Florinda, se arroja a sus pies diciendo con lágrimas:

«Yo, yo soy, hermosa Florinda, el feliz Evanio, poco antes el más infeliz de los hombres y ahora el más venturoso». Conmovida también sobremanera Florinda del descubrimiento del pastor que se postraba a sus pies profiriendo su nombre, exclama enternecida:

«¿Qué veo? ¡Cielos! ¿Vos Evanio? ¡Ó, gozo que llega casi a sufocar mi pecho!»

Dicho esto manifiesta a Evanio con sus demostraciones el sumo alborozo que le causaba su increíble y no esperado hallazgo, obligándole a que se levantase del suelo en que estaba a sus pies de rodillas, y rogándole le contase cómo era que se hallaba en aquel desierto y no en África, según la había dicho su propio padre.

Obligado de las instancias de Florinda se levanta Evanio, y sentándose junto a ella satisface a su pregunta contándola su salida de Toledo con Eudas y su determinación de vivir escondido en aquel desierto, donde le pareció quedar seguro de las pesquisas del rey Rodrigo, fomentando en su corazón la esperanza de reverla algún día y de poseerla.

«Mas a vos, Florinda, continuó a decirla Evanio, ¿qué deidad tan propicia os encaminó acá, a esta selva y desierto? ¿Cómo es que os veo sola, sin ninguno que os acompañe? ¿Quáles son esos males y desgracias que tanto encarecéis y que afligen tanto a vuestro pecho? ¿Qué es de vuestro padre? ¿Ese caballo qué significa? Contadlo todo, pues ansío profundamente el saberlo»

Florinda exclamó entonces:

«¡Ó, quánto mejor fuera que pudiesen quedar sepultadas en eterno olvido mis desgracias y con ellas mi vida, que no el manifestarlas por mí misma! Mas, puesto que tanto deseáis oírlas y es forzoso el complaceros, fortaleced de antemano, Evanio, vuestro corazón contra el más funesto rayo tal vez con que hará prueba nuestra enemiga suerte del temple y constancia de vuestro amor. Pues si debo haceros la relación cumplida de mis desventuras, deberé decir lo que a vos será más sensible de oír y a mí más vergonzoso de contar. Y aunque fuera sin duda más discreto el callarlo, temiendo yo sin embargo que la fama me usurpe el mérito de una justa confianza que pudiera echar menos un esposo prometido, venceré mi rubor, que nada os dexará oculto. Oídlo.

No me detengo en deciros quál fue mi sentimiento quando, esperando tocar el término de mis esperanzas y deseos con nuestro casamiento por dos veces interrumpido, me llegó la nueva que habíais desaparecido repentinamente de Toledo sin saberse el motivo de vuestra fuga. Agitada y ansiosa acudí a mi padre para saber la causa y él, queriendo sin duda templar el dolor que debía causarme la verdad si me la descubría, la disimuló diciéndome que ibais al África enviado por el rey, pero que habíais de volver quanto antes, acabada la comisión, para efectuar el casamiento.

En estas lisonjas y confianza quedaba yo, aunque afligida, quando improvisamente veo comparecer al rey Rodrigo en el jardín de mi casa, donde me hallaba yo con otras amigas mías. El motivo de su extraordinaria venida fue el querer que mi padre aceptase el gobierno de las provincias africanas, durante el qual dijo que la reyna quería tener la satisfacción de que yo quedase en su compañía y de mirar por mí como mi difunta madre. Lisonjeado mi padre de tantos honores y promesas del soberano, no dudó en aceptar el ilustre empleo que el rey le ofrecía, ni de dexarme encomendada al cariño de la reyna, como lo hizo.

Mas yo eché de ver luego que el rey, prendado de mí, acechaba a mi honestidad, pensando él avasallarla a sus ricos presentes y magníficas promesas, hasta que viendo que no era tan vil y baxo mi recato me declaró su pasión con porfía de rey y de rey amante, que porque mucho puede quiere poder también quanto se le antoja. Lo desengañó mi honor y él, resentido por tal desengaño, quiso sin duda vengarse de mi constancia con la violencia. Se valió para ello de una dama de la reyna, llamada Leonilda, con la qual solía ir a bañarme

freqüentemente en el estanque de la gruta del Tajo que sabéis, pues me vi allí sorprendida del monarca, que cubrió mis ojos de funestas tinieblas, presintiendo yo mi desgracia.

Para evitarla quise anegarme en las aguas y salvar así mi decoro con la muerte, pero lo intenté en vano, debiendo ceder todos mis esfuerzos a la violencia de la traición tomada de antemano para que no la pudiese yo evitar, como sucedió para mi mayor desventura viéndome trasladada en brazos de mugeres deshonestas que me arrebataron del baño al tálamo de mi ignominia, pues a despecho de mis sollozos y de mi rabiosa desesperación triunfó la fuerza de mi honor y de mi inocencia. ¡Ó, Evanio! ¡Ó, cielos! ¡Ó, día el más funesto para mí!»

Diciendo esto prorumpe Florinda en amargo llanto que la vedó proseguir el discurso, dexando a Evanio atónito y enagenado del fiero dolor de noticia tan funesta, que lo tuvo absorto en silencio semejante al que precede a la tempestad; mirándola con ojos preñados de llanto que indicaba el furor de su sentimiento, mas sin manifestárselo todavía, la rogó que continuase su narración. Ella prosiguió diciendo:

«En tan horrible estado, en que quedé privada de sentidos, me trasladaron, no sé cómo, a la cabaña de un pastor fuera del real sitio, guardándome allí a vista, no sé por que, una de aquellas mugeres infames que facilitaron al rey el triunfo de mi decoro.

A pesar de los desvelos de la misma, el piadoso pastor me proporcionó llegar salva a la villa de Oromeda y a casa de mi tío Susenando, a quien conté mi funesta desgracia. Él, indignado sumamente de tal agravio, jura vengarse de mi forzador y resuelve a este fin llevarme al África a mi padre, partiendo los dos de Oromeda escoltados de gente fiel y escogida. Iba yo en ese caballo, mas apenas perdimos de vista a Oromeda nos dio alcance un esquadrón que sin duda nos perseguía, lo que conocido por mi tío, resuelve ponerse en defensa con su gente, y me manda a mí que me escondiera en un bosque vecino, aconsejándome a ponerme en salvo en caso que él quedase vencido.

Mas apenas se trabó entre ellos la pelea quando azorado de sus gritos mi caballo, parte de carrera y me arrebata el freno de las manos, viéndome precisada a asirme de su crin para poderme sostener en el asiento. No paró, caminando toda aquella tarde hasta que, habiéndose encerrado él mismo en esta selva, encaminado sin duda por alguna favorable deidad, me dio lugar para desprenderme de la silla y ganar el suelo deseado, donde pasé la noche reclinada a este tronco hasta que el cansancio y el sueño, venciendo mis temores, mi llanto y mi desesperación, me dexaron disfrutar del descanso, dispertando amanecido ya el día el más fausto para mí, en que el cielo, compadecido de mi desgracia, quiso darme el mayor consuelo que podía yo esperar con vuestro hallazgo».

Así dio fin a su narración Florinda, quedando Evanio mirando fixo al suelo en tétrico silencio que indicaba el rabioso dolor que roía sus entrañas al verse defraudado de la joya de la entereza de su prometida esposa, por más que excusase a tal pérdida la violencia y el poder del tirano, pues quedaba su hermosura sin el mayor quilate en el concepto de los zelos de un amante, cuyo despecho se encendía al paso que se entibiaba la ternura de su amor, dexando enteramente sufocado el alborozo que acababa de probar con el encuentro de la misma. Y no pudiendo tener más en freno el llanto, brotó al fin por sus ojos, como río que contenido en la represa sale furioso y se dilata aborbollando, luego que le dan salida las alzadas compuertas.

No dexó de conocer Florinda en el mismo fiero silencio de Evanio el interior tumulto de afectos que le causó su sincera confesión. Y luego que lo vio confirmado con los sollozos y gemidos en que prorumpía el mismo, le dice con severo semblante:

«¿Cómo? ¿Lloráis, Evanio, en el momento en que yo esperaba ver arder en llamas vuestro enojo contra mi forzador? ¿Vencí yo acaso mi vergüenza y mi rubor y me sobrepuse a mi propia confusión para merecer sólo vuestros sollozos y tal vez vuestro injusto desprecio? ¿Vuestros zelos serán por ventura más poderosos que mi ultrajada inocencia, la qual tiene en su abono y defensa la espontánea confesión de mi desgracia? Sabed, pues, que os la hice, Evanio, para incitaros a vengar mi ofendido honor; si esto no obtengo de vos nada me importa que el himeneo defraude a mi frente la corona que desdeño si no me la ciñe por vuestra mano la venganza».

Este discurso de Florinda, animado del severo tono con que lo profería, dio una sofrenada al dolor de los rabiosos zelos de Evanio y trocó de repente su sentimiento en compasión por la misma y en enojo contra el violador de su honestidad, de modo que poniendo tregua a sus sollozos y al llanto que le quedó cuajado en sus ojos encendidos, la dice:

«Vano fuera el quereros encarecer, Florinda, el fiero dolor que me causó la relación de vuestra desgracia. La entereza de vuestra honestidad y la constancia de vuestro afecto deben ser siempre preferibles a la entereza de vuestra hermosura, que queda siempre expuesta a contrarios accidentes que la pueden deslindar. Y si ésta padeció quiebra, fue sin menoscabo de vuestro decoro, pues no hay deshonor donde la voluntad a ello no concurre.

Sin embargo queda la ofensa por vengar, y van a quedar satisfechos vuestros deseos. En esta deuda os queda mi amor, y para hacer más solemne esta mi obligación juro en esta mano que amo de vengar vuestro padecido ultraje aunque deba arriesgar mi vida. Quiera aquella misma propicia deidad que me dio a probar el mayor gozo y consuelo en vuestro hallazgo, quiera, digo, proporcionarme la satisfacción de hartar mi enojo en la sangre de Rodrigo, vertida por esta mano. Por vos sólo, Florinda, mantenía en estas selvas la vida que os tenía prometida, y por vos la expondré a qualquier riesgo. No hay, pues, para qué se difieran aquí vuestros deseos y los míos, ni para perder la ocasión de alcanzar a vuestro tío Susenando, pues así podremos llegar juntos y más seguros a vuestro padre. Ahí está el caballo; montad en él, os seré guía y defensa hasta que mi venganza saque el hierro humeante de las entrañas del detestable tirano que osó agraviar de tal modo la hija del conde Don Julián y la esposa prometida del hijo de Vitiza».

El enojo y la indignación con que profirió Evanio estas palabras merecieron no solamente la recobrada confianza de Florinda sino también el que ella condescendiese luego a proseguir con él el camino del África que tomaron juntos, ayudándola Evanio a montar en el caballo cuyo huello ardiente y gallarda lozanía indicaban la satisfacción con que llevaba aquella hermosa carga. A su lado iba Evanio a pie, templando el ardor de su concebido enojo la complacencia de servir de guía y de amparo a su recobrada Florinda; y sin cuidarse más de su rebaño, que abandonó en el bosque a la ventura, apresuraba el camino para poder encontrar a Susenando.

Afligido éste y desesperado de poder recobrar a su Florinda, prosiguió su derrota semejante al tigre que, evitando las lanzas de los cazadores que le persiguen después de haberle obligado a soltar la presa, huye, sí, mas de modo que, asegurado de su propia fiereza, tuerce parado sus sañudos ojos para ver si puede recobrar el tierno cervato que escapó de sus feroces garras. Y aunque se había adelantado a Florinda por haber caminado toda aquella noche, el atajo que tomó Evanio suplió al largo rodeo que debió hacer Susenando, el qual, para dar algún descanso a sus fatigados caballos y a sí mismo y para atender con mayor seguridad a la cura de sus heridas, se había retirado con su gente a un valle algo distante del camino y que les ofrecía un seguro asilo con pasto abundante para los caballos.

Allí, como en tiempo de guerra, puso sus atalayas para no ser sorprendido, descubriendo desde uno de los collados que cerraban el valle largo trecho de campo raso, mientras otros atendían a la cura de los heridos, estándolo la mayor parte de la gente y en especial Susenando, que tenía los dos brazos traspasados, cuyas heridas se resentían de la cura diferida. Ni tardó una de las velas en avisar que descubría a lo lejos una dama a caballo acompañada de un hombre que parecía servirla de guía. Alborozado Susenando con este aviso, quiere ir él mismo en persona a ver si era Florinda, y lo executa subiendo al collado desde donde, reconociendo a su caballo y por él a su sobrina, envía en su encuentro uno de los suyos para que la encaminase al valle en que él se hallaba.

A los ademanes y voces del desalado mensagero se paró Florinda, oyendo que la nombraba, para ver lo que quería, y enterada por él que su tío la esperaba vuela hacia él, que la recibió en sus brazos con lágrimas de alborozo, que le impidió reconocer a Evanio que la acompañaba hasta que ella le descubrió ser aquél el hijo del rey Vitiza, cuyo hallazgo le había proporcionado el cielo aquella misma mañana. Enternecido Susenando de su vista le abraza y le besa, y desea saber del mismo la relación de su fuga. Satisfizo Evanio a su deseos contándole su salida de Toledo y la vida rústica que había llevado entre los bosques apacentando su ganado. Lo que dando motivo para hacer recaer sus discursos sobre el rey Rodrigo, causa de tantos males, avivó en ellos el deseo de la venganza y de proseguir a este fin el comenzado camino, que tomaron con mayor gozo y animosidad luego que comenzó la noche a cubrir de sus sombras la tierra.

# Libro V

Tardó poco a saber el rey Rodrigo la funesta muerte de Guntrando y de su hijo Atanagildo, abandonándose por ello a todos los transportes de su enojo, que exasperó en tanto grado su pecho que, no contento de poner precio a la cabeza de Susenando, le confiscó todos sus haberes y haciendas y envió contra el mismo varios cuerpos de caballería a fin de impedirle el intento de conducir a Florinda al África y de que llegase él mismo a ella, y de eludir los funestos efectos que pudiera tener el resentimiento del conde Don Julián si llegaba a saber el ultraje cometido en su hija.

Perece por su mismas miras y medios el malvado consejo. Así lo experimentó el rey Rodrigo en el encargo que dio al conde Don Julián, confiándole las puertas de su reyno como empleo el más honorífico a fin de lograr el tener a su hija Florinda en su palacio, sin prever entonces las fatales conseqüencias que pudieran tener los intentos de su pasión, las que, vistas ahora por él mismo, quisiera impedir sus fatales efectos poniendo todos los posibles estorbos para que no llegase a oídos del conde la violación de su hija, temiendo que si esto sucedía no dexaría el mismo de vengar el agravio de su hija abriendo la entrada en el reino a la armas del Miramamolín Ulit, que aspiraba a su conquista, hallándose en la mayor pujanza de su gloria y fortuna.

Y recelando por lo mismo Rodrigo la llegada al África del conde Susenando, envió contra él mucha caballería para que se lo impidiese ocupando todos los caminos, mientras enviaba al conde Sintila, cercano pariente de Guntrando, para que llegado al África hiciese degollar secretamente al conde Don Julián, quedando él con el gobierno de aquellas provincias en vez del muerto. Era preciso reparar el yerro cometido y prevenir sus temibles efectos, ni se podía prevenir sino con la crueldad y tiranía. Así el amor, sufocando los

piadosos sentimientos en el pecho del rey Rodrigo, le induxo a ser cruel y tirano con el padre de la violada Florinda, sin haberle ofendido en cosa alguna.

Y no eran solos los temores de la venganza del conde los que aquejaban el ánimo de Rodrigo. El delito mismo cometido en su hija no le dexaba disfrutar sosiego alguno, remordiendo de continuo su conciencia por más que se esmerase en arrojar de sí tan importunas memorias buscando a este fin recreos y divertimientos que divagasen su agitada fantasía. Mas do quiera llevaba consigo el cruel torcedor que avivaba siempre sus congojas sin poderlas aliviar, bien así como el ciervo que, llevando clavada en los ijares la saeta, busca en vano remedio en las yerbas de los montes y de los valles que recorre en su dolor.

Se le añadió, al contrario, nuevo motivo de mayores afanes en los divertimientos mismos que buscaba, aconteciéndole un accidente que, llevando visos de prodigio, parecía que el cielo quisiese advertirle con él del castigo que amenazaba a él, a su nación y monarquía; mas cegado en su delito le menospreció como indigno de que se le prestase atención y creencia. Porque siendo uno de sus más freqüentes divertimientos y que más empeñaba su afición la caza de los ciervos, le aconteció que, fatigando en vano los montes vecinos a que solía ceñir su caza, resolvió alejarse más de Toledo y de sus sitios para hallarla abundante.

Iba acompañado de algunos de sus grandes, con los quales fue a parar a un delicioso valle formado de frondosos montezuelos, en donde descubrió una manada de seis grandes venados que allí en tropa pacían con paso sosegado y tranquilo. No pudo disimular Rodrigo la ufana complacencia que le infundió aquel hallazgo, y dio orden a sus monteros para que dispusiesen todo lo necesario a fin de dar luego alcance a la caza descubierta. Y ahora los unos contienen a la traílla los denodados perros que luchan y se debaten por soltarse, ahusmadas ya las fieras, ahora los otros empuñan el cuerno y el clarín mientras disponen otros las lucientes jabalinas hasta que, prevenido ya todo y dada la señal, arrancan todos a una dando suelta a los anhelantes sabuesos y rienda a los caballos, que volaban por el ancho valle, azorando su ardor los ladridos de los perros y los sones de los clarines y bocinas.

Ansioso cada qual de haber la presa en que puso su mira, la persigue en alas de su caballo, al qual no detiene opuesto matorral ni arroyo, mas salta sobre él y vuela en el alcance de los venados, que azorados de los gritos y sones de sus perseguidores se entregan a la fuga semejantes a párticas saetas, extendiendo sus denodados flancos y rayendo el suelo con sus pechos palpitantes, y por donde el pavor les abría la senda deseada por allí les seguía cada uno de los cazadores, tan empeñados en su alcance que, olvidados unos de otros y de los monteros, no reparaban en las distantes y diversas veredas que tomaban, según las tomaba la ojeada fiera.

Tras la suya iba también solo Rodrigo en su veloz caballo, casi seguro de ofrecer su testuz por presente a la diosa de las selvas. Se le avivó más esta confianza viendo que el perseguido ciervo se refugiaba entre las ruinas de un antiguo edificio, cercado todo de espesos matorrales y plantas enmarañadas, entre las quales se lanzó el ciervo, y tras él los perros. Mas no pudo penetrar en ellas el cansado caballo de Rodrigo, atascando a su ardor los enredados arbustos. Ansioso el rey de teñir su preciosa lanza en la sangre de la fiera, se derriba del caballo y trepa a pie entre las espesas matas que le impedían la entrada.

Así llegó a penetrar en un antiguo templo, casi del todo destruido, que parecía haber sido del dios Marte, como lo indicaban algunos vestigios de las medio caídas paredes y de las columnas sepultadas en parte entre los escombros del mismo edificio, sobre los quales se había entronizado el zarzal y se cimbraba el estéril jaramago. No mereció tal vista la atención de Rodrigo por tener empeñados a sus ojos los perros que le precedieron, y que parados delante de la boca de una obscura gruta que había en el fondo del mismo templo parecía que

no osasen entrar en ella, dando muestra de su temor al entrado rey, hacia el qual torcían ladrando sus cabezas sin moverse de aquel sitio.

Sobresaltado algún tanto Rodrigo de aquella novedad, se para. Mas luego, confiado en la lanza que empuñaba, cobró aliento, e impelido de la curiosidad se acercó a la gruta determinado a entrar en ella, donde suponía haberse refugiado el ciervo. Mas al tiempo que lo quiere executar comparece en la boca un viejo venerable por cuyo pecho y espalda le caían las largas y espesas canas de la cabeza y barba, como la nieve que cae deshecha en arroyos por los bombos y espaldas del Pirineo. Se sobresalta Rodrigo al verle comparecer, infundiéndole temor su vista repentina y la opaca magestad del templo, sin permitirle proferir palabra.

Fue el primero el anciano en romper su severo silencio, diciendo a Rodrigo:

«Mortal, ¿qué buscas? ¿Qué es lo que pretendes empuñando esa profana lanza? ¿Eres tú por ventura el que perseguías a mi ciervo, mi sola compañía en esta soledad en que sólo me empleo en impedir la destrucción que los hados amenazan a la goda monarquía?»

La severa autoridad y el tono asegurado con que el anciano profirió aquellas palabras turban no poco al rey Rodrigo, al paso que le aseguran no ser algún espectro, como le pareció a primer vista el que así le hablaba. Confortado de esta persuasión y de la confianza que le daba su real carácter, le responde con imperio:

«Sí, yo soy el que a tu ciervo perseguía. Mas tú, ¿quién eres, que te atreves a decir estar aquí empleado en diferir la destrucción que los hados amenazan a la monarquía goda?»

Se reporta el anciano al oír esto y queda por un poco en silencio, pero luego con semblante más severo le dice:

«De mi ser, de mi estado y de mi vida no te debo razón ni cuenta alguna, ni aunque yo te la dé seré creído. Pero ya que te atreviste a pretenderlo, sabe que mi nombre es Adenulfo, y que hace ya dos siglos que aquí vivo sin otro alimento que las yerbas cuya virtud, de pocos conocida, regenera mi ser y le preserva de los males destructores de la vida. Mi empleo es velar el sagrado depósito que me confió el respetable Andelfo, que le tenía en su guarda quando llegué a este templo sin saber yo que existiera. Mas él previó mi llegada y me dixo estarme destinada en vez suya la guarda de la urna de cuya conservación dependía la de la nación goda.

No debes, pues, extrañar si te dixe que me empleo en diferir la destrucción del reino de los godos, pues en el instante en que llegue a abrirse la urna que yo guardo, perecerá la nación y el rey, y con él la monarquía».

Esto dixo Adenulfo, con rostro que parecía asegurar lo que decía. Mas Rodrigo comenzó a reír en su interior de aquel embuste que por tal reputaba, sintiendo al mismo tiempo ardientes ansias de ver aquella urna objeto de los desvelos y cuidados de dos Néstores, a la verdad extraños en aquel tiempo. Y a fin de poder satisfacer sus deseos y de que el viejo le introduxese en la gruta, determinó comedirse con él encubriéndole su incredulidad y diciéndole:

«Atónito me tienen las cosas que me acabáis de decir, ni debéis extrañar si las mismas me encendieron las ansias de ver esa urna milagrosa cuya guarda se os ha confiado. Espero, por lo mismo, no me negaréis este favor a que puedo mostrarme agradecido».

Quedó otra vez Adenulfo en silencio después que Rodrigo le manifestó sus deseos, pareciendo estar dudoso si atendería a su súplica; luego le dice:

«Venid, pues, y seguidme».

Animado Rodrigo de su condescendencia, y mucho más de su curiosidad, entra armado qual estaba de su lanza y sigue a Adenulfo, que le precedía mostrándole las brutescas paredes y las excavadas columnas que sostenían la peñascosa techumbre de aquella cueva lóbrega, que servía de paso a otra más profunda donde estaba la urna que conservaba el fatal secreto. Alumbraban aquella caverna tres lámparas que ardían de continuo sin consumirse, alimentadas no del licor de la paladia oliva mas de cierto xugo de yerbas que extraía el mismo Adenulfo con arte portentosa, y que pendían del techo de la cueva.

El sacro horror que respiraba el sitio y la urna misma, en que se veían entallados mil confusos objetos, como de bichos y de esfinges, terribles a la vista, hubiera amedrentado a otro qualquiera para hacerle desistir de su empeño si no hubiese sentido, como Rodrigo, una vehemente e invencible curiosidad de descubrir lo que la urna contenía, haciéndole sobreponer al terror que aquel aparente sagrario le infundía. Llegado Adenulfo ante la urna la señaló con el dedo extendiendo el brazo, y acompañando a esta acción con enérgico acento y diciendo:

«Aunque se me veda el conoceros, sin embargo, como el trage os manifiesta poderoso quise condescender con vuestros deseos, prometiéndome que respetaríais esta urna sagrada. Vedla, pues, y partid».

Dicho esto calla, esperando que Rodrigo obedeciese a su imperiosa intimación después de haberla contemplado, pero lo esperó en vano porque Rodrigo, quanto más miraba a la urna tantas más vivas ansias sentía de reconocerla, como impelido de una irresistible fuerza interior, y tanta mayor repugnancia de ausentarse de allí sin desmentir aquel embuste, la que le obligó a romper finalmente su silencio diciendo:

«Se habrá tomado a la verdad el cielo el singular cuidado de fiar a esta caverna el destino del reyno y su ruina o conservación. Tan raro privilegio exige que no lo aseguren solamente vuestras palabras si no hace también de ello prueba mi brazo. Voy a verlo».

Mientras profiere esto, extiende el brazo Rodrigo en que empuñaba la lanza en ademán de embestir con ella a la urna con fiera resolución. Al ver Adenulfo su intento le gana la acción, y asiéndole del brazo para impedírsela le dice con rostro ayrado y con indignación:

«¡Loco! ¿Qué vas a hacer? ¡Detente, por tu vida! Desdichado de ti, de la nación, del reyno, si alguna furia infernal te impele a un arrojo tan funesto. Echa de ti esa lanza y respeta lo que quisieras haber respetado».

Pero es flaco el brazo de Adenulfo y mucha menos fuerza tuvieron sus razones y su indignación en el ánimo de Rodrigo, que resuelto a satisfacer su curiosidad, provocando con tal resolución a su destino o impelido tal vez del mismo, aparta de sí el brazo de Adenulfo diciéndole:

«Soy el rey y quiero y debo indagar la verdad de este embuste».

Dicho esto, arremete a la urna con la lanza, a cuyo bote, como si ella fuera de cristal, se hace mil pedazos y arroja de su abierto seno una gran lienzo que, desenrollándose de por sí, expone a los ojos del rey Rodrigo la pintura de un exército de africanos que se cebaba en la

matanza de los godos vencidos y fugitivos. Se estremece Rodrigo, ageno de aquel portento que le cubre de horror; la lanza misma pareció quedar entorpecida en sus manos, y él, deslumbrado, no podía distinguir aquellos extraños objetos que la pintura presentaba a sus ojos. No pudo tampoco sostener tal vista Adenulfo, horrorizado, mas torciendo la cabeza, en que se veían erizadas sus canas, parecía querer apartar de sí, con los brazos extendidos, aquel terrible objeto que tanto decía en su silencio.

Tanto más estremecido él mismo, por ver que era el rey que se le descubría entonces, no pudo dejar de exclamar:

«¡Cielos! ¿Qué hicisteis? ¿Qué funesto genio impelió vuestro brazo? Mas, ¿es verdad lo que oí? ¿Sois el rey, y vos mismo apresurasteis vuestra ruina y la de vuestro reyno? Mas, ah, es forzoso que ceda el mortal a su invencible destino. He aquí el vuestro, cumplido por vuestra mano. Poned, si os atrevéis, los ojos en esa fatídica pintura y leeréis en ella la fatal sentencia que no tardará a cumplirse en vos mismo y en vuestros vasallos. Id ahora y decid que el cielo se toma esos cuidados de hacer depender de toscas piedras la conservación o ruina de los reynos».

Apenas acabó de decir esto Adenulfo, caen desprendidas del techo las lámparas y se quebrantan en el suelo, dexando allí al rey sumergido en profundas tinieblas, sin saber dar un paso atrás ni adelante. La fiera necesidad le obligó a recurrir a Adenulfo, llamándole para que le ayudase a salir de aquella caverna. Mas Adenulfo, llamado, no responde, acrecentando con su silencio el terror y congojas de Rodrigo, que quedaba en aquel abismo de obscuridad sin saber qué expediente tomar. Dio entonces la mayor prueba de su ánimo esforzado venciendo el horrible espanto que acometió a su pecho y a su turbada mente, poniéndose a tantear las paredes para encontrar la salida.

Ni lo pudo conseguir hasta que, desistiendo de su primer empeño, se paró para pensar al expediente que pudiera librarle de aquel pozo de horror en que quedaba metido y envuelto entre terribles tinieblas. Le pareció entonces oír los ladridos de Lampo y Ofiusa, sus fieles perros, que quedaron a la boca de la gruta, vedándoles sin duda la entrada el poder de Adenulfo para librar de ellos al ciervo que estaba recobrado en otros senos de aquel cavernoso silo. Sus ladridos, retumbando por aquellas cóncavas entrañas, le sirvieron de guía para salir de allí, dirigiendo sus pasos hacía la parte por donde el eco llegaba a sus oídos, y así cobró la boca de la gruta y el templo deseado, como playa segura tras el naufragio.

Respiró allí, aliviando a su ánimo la opaca claridad que recibía el templo de sus rotas paredes, y mucho más la vista de su manchado Lampo y blanca Ofiusa, que manifestaban su contento con festivas caricias a su recobrado señor, en cuyo real pecho asentaron a porfía sus manos, levantados sobre los pies, y con vivas miradas expresaban su alborozo, exigiendo en tomo las cariñosas expresiones y caricias con que los sosegó el soberano, el qual, al verse ya libre y seguro del lance de la cueva, que dexaba profundas impresiones en su ánimo, quiso llamar de nuevo a Adenulfo para que le diera razón de su pronóstico y de la manifiesta pintura.

Mas no respondiendo tampoco entonces Adenulfo, llamado repetidas veces por el soberano, resolvió salir del templo para ir a ver si descubría alguno de sus monteros u de los señores principales que le acompañaban a la caza, deseoso de contarles el suceso de la cueva y de que se asegurasen de la persona de Adenulfo, a fin de certificarse de la verdad de su profecía y de su mágico artificio, que por tal entonces reputaba el lance de la urna. Seguido, pues, de sus perros, llega al lugar donde dexó el caballo sin la precaución de arrendarle, robándole esta advertencia el deseo de herir al ciervo, motivo por el qual no encontró a su caballo, buscándole en vano por aquellas cercanías. Crecieron sus afanes al verse solo y

perdido en aquel desierto sin su caballo y sin ninguno de los muchos que antes le acompañaban, y sin descubrir senda para encontrarlos.

Persistiendo, sin embargo, en buscar a su caballo, vino a descubrir un arroyo que precipitándose de altas peñas corría por una amena hondura poblada de acebuches. Lisonjeóse a tal vista que su amado Orelia, aquejado de la sed, hubiese podido ir en busca del agua llevado de su natural instinto. Ni se engañó el solícito monarca, pues no tardó a verle, con sumo alborozo suyo, en la yerbosa llanura de aquel vallecito, en donde penaba por pacer, impidiéndoselo el freno que tascaba. Le puso en libertad la real mano para que paciese a su grado, mientras él descansaba un poco baxo la sombra de un árbol y meditaba más sosegado el suceso de la cueva.

La materia era digna de cuerdo y atento examen para no dexar avasallar su ánimo y fantasía de un embuste o de un embeleco mágico, como lo podía ser, atendidas las circunstancias del caso no menos que las palabras de Adenulfo. Porque, ¿cómo creer, se decía a sí mismo el rey Rodrigo, que se ignorase en un reyno la extraña existencia de dos hombres que contaban siglos, empleados en guardar en aquella cueva una urna cuyo origen se ignoraba, y cuya pintura podía ser obra del mismo Adenulfo, colocándola allí con sumo artificio para que naciese aquella especie de milagro, y a la qual podía darle la antigüedad que se le antojase para grangearle mayor crédito y veneración?

Mientras con estas reflexiones procuraba divagar el rey Rodrigo los temores y congojas que le infundió aquel suceso, oye el eco de los clarines que hacían resonar sus monteros por aquellos valles, afanados y solícitos por su perdido soberano, en cuya busca iban discurriendo por aquel desierto. Al conocido son se azoran Lampo y Ofiusa, los dos perros, que se habían puesto a descansar junto al monarca y responden con sus ladridos. Alborozado Rodrigo al ver cumplidos tan presto sus deseos, monta inmediatamente a caballo, y siguiendo las sendas que le mostraban los perros que le precedían llegó a encontrarse con los que le buscaban, a quienes cuenta el extraño suceso de la cueva y del viejo Adenulfo, y quiere volver de nuevo con todos ellos para poder prender al viejo y obligarle a declarar la verdad de aquella pintura y el artificio con que la había colocado.

Iban todos ansiosos de reconocer aquel prodigio y de ver a Adenulfo, mas llegados al templo y a la boca de la gruta se les truecan los deseos en temores, ni hubieran tenido aliento para registrar la cueva si no los animara el exemplo del monarca, que precedido de dos teas encendidas iba mirando atentamente todos los escondrijos, sin ver indicio ni rastro alguno de la urna ni de las lámparas, quedando sólo el lienzo pintado en el suelo, donde parecía que le hubiese dexado Adenulfo para testimonio de su predicción. Fixó luego en él sus ojos el rey para reconocerle mejor. Pero lo que debía servirle de motivo para persuadirle la verdad del pronóstico, eso mismo sirvió para no dudar que aquella pintura era reciente y hecha a capricho, y puesta allí por Adenulfo para darle visos de milagrosa.

Naciéronle de esta persuasión nuevas ansias de encontrar al viejo, buscándole por todas aquellas cavernas, mas fueron vanos todos sus desvelos, a los quales recompensó el hallazgo del ciervo, a quien encontraron en uno de aquellos senos de la cueva, y que quiso llevar consigo el rey a Toledo, sin poder saber más de Adenulfo ni tener de él noticia alguna a pesar de todas sus diligencias y pesquisas, con lo qual quedó mucho más persuadido haber sido todo embuste y ficción con que aquel viejo mago quiso asombrar su fantasía.

Pero entretanto los hados iban entrelazando todos los accidentes y circunstancias que debían servir de resortes a la ruina del reyno, la qual había de confirmar la verdad salida de aquella urna, aunque con apariencia de mágica ficción. A este fin combinaron los mismos hados el encuentro de Florinda con su tío Susenando, encaminándoles por sendas en que no

pudiesen ser descubiertos de la mucha gente que, dividida en esquadrones, había enviado contra ellos Rodrigo a fin de impedir su llegada al África, lo que no pudo conseguir por más que uno de los esquadrones, errado el camino que debía seguir, tomó otro opuesto que conducía a un albergue solitario, donde descansaba la comitiva de Susenando quando estaba para llegar a la playa donde había de embarcarse para pasar al África.

Avisado Susenando de la llegada del esquadrón enemigo, que descubrieron de lejos las velas que tenía puestas mientras descansaba, como viese ser imposible entonces la resistencia, con lo qual iría tal vez a perder el fruto de sus trabajos padecidos, quiso tomar expediente de los que le seguían para librarse del peligro inminente. Entonces Azasuldo, deudo suyo, le aconseja a huir con Florinda y Evanio antes que llegasen los contrarios, diciéndole que él y los demás de los suyos quedarían allí, ofreciéndosele un expediente con que se lisonjeaba eludir las miras de los que venían en su busca.

Se determina Susenando a seguir el consejo de su deudo Azasuldo y huye con Florinda y Evanio, tomando un barranco que había a las espaldas del albergue y que iba a parar a la playa donde esperaba encontrar barco para pasar al África, o en caso que no lo encontrase había de esperar escondido baxo las rocas de la playa el éxito del encuentro de la gente de Rodrigo con Azasuldo, de que le dixo éste le daría luego aviso en caso que le saliese felizmente la traza. Fue ésta el mandar a la mayor parte de los suyos que fingiesen emplearse en trabajar los vecinos campos como si fueran labradores, y a otros llevar todos los caballos en pelo a una vecina dehesa, donde podían remedar una yeguada que pacía, después que hizo sepultar en un pozo todos los aderezos y jaeces.

No contento con esto, para más asegurar su expediente toma el mismo Azasuldo trage de pordiosero y se atreve a ir al encuentro de los que iban en su busca y les espera sentado en el ribazo del camino. El xefe del esquadrón, que tomaba siempre lengua e indicios de los fugitivos a quantos encontraba, luego que vio al fingido pordiosero le pregunta si había encontrado gente de a caballo, diciéndole el número y las señas. El sagaz Azasuldo le responde que si quería dar luego con aquellos por quienes preguntaba, que picase y los encontraría seguramente tomando la senda que había dexado a la derecha, por donde les había visto encaminar.

Engañado el xefe con esta respuesta, la cree de contado y sin más indagar vuelve grupa y a rienda suelta corre a tomar el camino que le acababa de indicar Azasuldo, enteramente opuesto al que seguía Susenando, a quien libró del peligro con esta ingeniosa estratagema mientras él caminaba a la playa con Florinda y Evanio, ansioso de llegar a unas rocas que a lo lejos veía, y que extendiéndose dentro de la mar le prometían formar alguna ensenada donde hallaría tal vez el barco para el intento deseado. No le salieron vanas sus lisonjas, hallando una pequeña barca, de cuya vista alborozados todos tres apresuran el paso llegando a tiempo que Alcilo, dueño de aquel barco, iba a retirarse a su vecina habitación, estando ya para esconderse el sol en el horizonte.

Susenando, resuelto a servirse de aquel barco para pasar al África, luego que llegó al dueño le declara sus deseos y le promete recompensar colmadamente su servicio. Alcilo, temiendo entregar su barco viejo y cascado a las olas, mucho más estando ya inminente la noche, no se dexa vencer de las promesas de Susenando y le responde:

«Jamás fui codicioso del oro a grado de exponer por él mi vida. Contento con lo que me rinde mi trabajo, no me dexo deslumbrar de magníficas promesas, porque, ¿de qué me servirán éstas si me anego? Id, pues, allende a convidar a otros con ellas, que no soy tan loco que quiera aventurar mi vida con ese barco que apenas puede ya servir para ganar con él mi sustento y el de mi pobre familia».

Alterado el impaciente Susenando por la respuesta de Alcilo, le replica con rostro ayrado:

-Comoquiera conviene que ahora cedas a la necesidad en que me pone la suerte de pasar ese estrecho. Hazlo pues de grado, antes que me obligues a usar de la fuerza, a la qual ceden hasta los mismos reyes. No hay tiempo que perder; entra en un barco y obedece a tu destino, si no este alfange...»

Al ademán con que el fiero Susenando acompañó estas palabras, poniendo mano en su alfange, baxó la cabeza el amedrentado Alcilo y entró en el barco, en el qual se hallaban dos hijos suyos que recogían las redes, y con ellos adereza la vela y vuelve a poner el timón para la forzosa partida.

No espera Susenando que acaben sus maniobras, mas haciendo entrar a Evanio y a Florinda entra tras ellos y corta con su alfange el cable, sin el qual siguió el barco el impulso del viento, que hinchendo luego la vela le aleja de la playa quando ya la noche comenzaba a extender sobre sus cabezas el estrellado manto, dirigiendo su rumbo hacia el puerto de Tingis, donde esperaban ser ellos los primeros portadores al conde Don Julián del ultraje de Rodrigo. Mas entretanto previno a sus lisonjas Endigilda, madre de Florinda y muger del conde Don Julián, ya difunta, que quiso dar en sueños a su marido anuncios de la desgracia de su hija y avisarle de la pronta llegada de la misma al puerto, para que pudiese librarla del peligro que corría de caer en manos de Sintila, enviado por el rey Rodrigo.

Ageno el conde Don Julián de tal desventura de su hija, dormía plácidamente quando se le aparece en sueños Endigilda, envuelta en la funérea mortaja. Mas en vez de conservar su semblante la entereza de las facciones, como quando acabó de espirar, se veía al contrario casi todo roído de los gusanos, acrecentando el horror que inspiraba el mismo, aunque todavía conservaba la semejanza por más que le desfigurase en parte la concavidad de sus mexillas y la de sus ojos, de los quales manaba grueso llanto que recogía en la mortaja misma, alzándola ella con sus descarnadas manos hacia el rostro al tiempo que le decía, con voz cascada y hueca de acento:

«¡Ó, conde desdichado! ¡Ó, solo amparo de tu infeliz Florinda! ¿No sientes, por ventura, el horror de la ignominia con que manchó el rey el honor de tu linage? Rehúsa la doliente expresión de llegar a los labios, mas es forzoso arrojarla en tus oídos para que vengues a tu hija violada por el tirano. No contento de haber satisfecho en ella su luxuria, la persigue para quitarla la libertad a fin de impedir su llegada al África. Mas velé yo sobre ella y la encamino salva a Tingis, donde no tardarás a verla. Álzate, conde, y defiéndela de las asechanzas de Sintila».

Apenas acaba de decir esto Endigilda, desaparece haciendo estremecer la estancia y el lecho en que dormía el conde, el qual, impelido del espanto y del horror que le infundía aquella visión y su funesto anuncio, despierta congojado y ansioso sin poder creer el sueño, que parecía imposible a su mente consternada y a sus ojos abiertos en las tinieblas, reputando aquella triste visión un sueño vano a pesar del asombro y de la agitación que sentía, y a que quiso sobreponerse para reconciliar de nuevo el sueño.

Mas qual ave nocturna que, quedando encerrada en alumbrada habitación vuela en torno de la luz en cuya llama chamusca sus agitadas alas, ni desiste de su importunidad hasta que se le da la salida al libre cielo, tal la funesta visión asalta de nuevo la fantasía del conde sin permitirle cerrar los ojos al sueño, hasta que cediendo a sus repetidos impulsos se levanta resuelto a probar si por ventura confirmase el hecho al anuncio del sueño, de que suele servirse tal vez el cielo para dar verídicos anuncios a los mortales. Y aunque se le hacía

increíble el desacato cometido por el rey en su hija, mucho más increíble se le hacía la llegada de su hija a Tingis y el encargo dado a Sintila.

Cediendo, sin embargo, a los tristes recelos de su mente, no esperó la luz del siguiente día para salir de la penosa agitación e incertidumbre en que quedaba, sino que dispierta inmediatamente a sus criados y les manda llevar orden al puerto para que se apresten quanto antes las naves más ligeras para una comisión secreta. Fue inmediatamente él mismo en persona a nombrar el xefe de aquella expedición, mandándole que amparase a una nave en que tal vez hallaría a su hija Florinda, y que si encontraba otra en que estuviese Sintila se apoderase de ella y de él, aunque fuese con la fuerza, y atado se lo traxese preso a Tingis sin oírle.

No rompen el silencio de la noche con sus voces los marineros, mas apresurando calladamente sus maniobras salen del puerto, presente el conde a su partida. Ni satisfecho de esto, sale él mismo de la ciudad quando ya despuntaba el día, y fue a ocupar un vecino collado desde donde descubría la extensión del estrecho, para ver si podía anticipar a sus ojos alguna prueba de la verdad de la visión. No tardó a descubrir a lo lejos una pequeña vela que el viento favorable hinchía, pero cuya pequeñez no quitaba al conde las dudas, por más que veía encaminarse hacia ella sus naves luchando con el viento y con las olas que tenían contrarias, hasta que se acercó a ellas el barco en que iba Florinda, de que certificado el xefe puso luego en el mástil la señal que le había encargado el conde en caso que encontrase a su hija.

No pudiendo dudar ya más el conde del cumplido anuncio, se dexa apoderar del rabioso dolor que sucedió a sus afanadas dudas, y semejante al infeliz Egeo quando vio la triste señal en la nave de su hijo Teseo, sintió como él impulsos de arrojarse en las olas y evitar así con la muerte el dolor del oprobrio, antes que verle confirmado por boca de su propia hija. Contuvo, sin embargo, el amor a su furioso arrojo, y dexando el otero se encamina otra vez al puerto donde en breve le presentan las llegadas naves a Florinda, a Susenando y a Evanio, cuya vista no esperada pareció al conde un nuevo sueño, que revolvió en su seno un tumulto de afectos encontrados que le tenían en amargo desasosiego.

Lo contiene sin embargo el conde, obligado del concurso del curioso pueblo, y pareciéndole que no podía dudar del aviso de Endigilda sobre Sintila, puesto que veía confirmado el de su hija, manda salir de nuevo al xefe de las naves para que execute el orden que le había dado sobre Sintila. Acompaña entretanto a su casa a su hija, a Evanio y a Susenando, después de haberles abrazado con demostraciones de afecto que se resentían de su fiera indignación, teñida del rabioso llanto con que acompañaba sus expresiones. Mas luego que, encerrados todos bajo su techo, descargó su ánimo Susenando del peso del funesto secreto pronosticado al conde por Endigilda, no resiste el furibundo padre al impulso de la indignación que suscitaba en su pecho la verdad del todo confirmada.

El fiero sentimiento le obliga a desenvaynar el puñal, y teniéndole suspenso en alto, como perplexo si le había de teñir primero en la sangre de su hija o bien en la suya, le iba a descargar en el seno de su hija para poder después borrar también su muerte el padecido oprobrio, al tiempo que Susenando, horrorizado del advertido intento, se apodera del brazo, y arrancado el acero de la mano le dice, mostrándoselo en la suya:

«¿Qué es lo que intentáis? ¿Quál es la víctima a quien este acero amenazaba? ¿Por ventura la muerte borrará el ultraje padecido? ¿Es ésta la recompensa que me prometía yo de todos los riesgos encontrados por defender y amparar la vida de esa infeliz hija vuestra, para que la viese espirar degollada por vuestras manos?

No es ésta, conde, la venganza que exige de vos el honor; la muerte, sí, del forzador que, abusando de su poder y de su autoridad, os alejó del reyno so la honrosa apariencia del empleo que encargó a vuestra fidelidad, para abusar también de ésta y haceros a su salvo el más indigno ultraje. ¿Y pensaréis ahora vengarle con vuestra muerte o con la de vuestra hija? ¡Vive Dios! ¿Mas, qué digo? Compadezco el transporte del fiero sentimiento de un ilustre padre, pero en vez de tan desacertado consejo espero que tomaréis más digno expediente para satisfacer a vuestra justa venganza, aunque con riesgo de vuestra propia vida. Yo satisfice ya en parte a la mía sacrificando al honor, con este brazo, al infame Guntrando y a su hijo Atanagildo. Ved, pues, lo que os toca hacer a vos».

Dicho esto, arroja lejos de sí el puñal en el suelo. Vuelto entretanto en sí el conde de su trastorno, prorumpe en llanto y en sollozos, que desahoga abrazando a su hija Florinda, atemorizada y llorosa; y estrechándola a su seno la decía:

«¡Ó, sola prenda de un malogrado amor! ¡Hija infeliz del más infeliz padre, que te adora! ¡Florinda desventurada! ¡Ah! Dexa que sufoque tu padre en estos abrazos su furiosa intención, y que acrisolándose en ellos mi justa rabia y furor aviven mi venganza de tal modo que la pueda saciar en las abiertas entrañas de aquel monstruo que osó violar tu entereza y tu inocencia.

¿Mas cómo podía ya dar crédito al funesto anuncio que me hizo tu madre en sueños de tal ultraje? Puesto que lo veo confirmado, no hay tiempo que perder; sosiega, hija mía, tu sentimiento, vas a quedar vengada».

Dicho esto se desprende de los brazos de Florinda que sollozaba, y retirándose con Susenando y Evanio a parte más secreta tratan del expediente que debían tomar para vengarse del rey Rodrigo. Susenando entonces le habló de esta manera:

«Conde, quedan ya echadas las suertes con la muerte de Guntrando y con la llegada de Florinda. Dado este primer paso, no conviene parar en el segundo; la venganza, que pudiera ser culpable tal vez en otro lance, dexa de serlo en el presente, en que pierde toda la culpa y odiosidad que se le quiera dar.

La venganza del honor es forzosa, el honor mismo la justifica aunque deba usar del medio de la traición; no hay tal nombre donde reynan los infames tiranos. Sólo será culpable aquel consejo y expediente que errará en el fin a que debe aspirar la justa venganza. Supuesto esto, conviene que busquemos medios para asegurar nuestro empeño y para coronarle. Vuestras fuerzas no son bastantes, pero tenéis a la mano las de los árabes victoriosos. Implorad, pues, el brazo de Ulit, aunque debamos reconocerle por nuestro rey. A quien nace súbdito poco le debe importar quién sea a quien debe obedecer; No hay, ciertamente, que escoger entre dueños, mas entre ellos debe ser siempre preferido el que sea el primero en patrocinar nuestra venganza. Si aprobáis mi consejo no debéis diferir a mañana el ponerle en execución. Hágase ahora mismo».

El conde Don Julián, oído este discurso, le dice:

«A la verdad no nos dexa la suerte otro medio más seguro para escoger que el que me proponéis. Imploremos, pues, las fuerzas del victorioso califa Ulit; mas para ello conviene hallar persona digna que haga tal encargo, y ninguno mejor que vos le pudiera llevar a Damasco, donde se halla el califa. Espero, pues, que le querréis aceptar juntamente con Evanio, que tan oportunamente llegó al África, y con su hermano Sigiberto, que se halla en la vecina Útica, acogido por el califa y distinguido por él en sus reynos dándole un honroso

cargo en sus exércitos. Será fácil hacerle llamar, y entretanto daré orden que se dispongan las naves con todo lo necesario para vuestra partida».

Aprueba Susenando el parecer del conde y admite de buena gana el encargo de la embaxada. Aprobóle también Evanio y se ofreció a ir en compañía de Susenando, mas como ninguna cosa le interesase tanto quanto la deseada posesión de Florinda, por la qual había llevado una vida tan infeliz entre las selvas, quiere primero efectuar su casamiento con ella. No se opone a su demanda el conde, antes bien la aprueba y solicita, pero desea también que la fidelidad que se deben jurar los esposos sea no en las aras de la diosa Lucina, sí en las de la venganza, a la qual determina levantar en su misma casa un altar para que hagan más solemnemente el juramento y para que lo hicieran también todos los interesados en la ofensa de su honor, jurando de lavar sus manos en la sangre del rey Rodrigo y de derribarle del trono de los godos, que tan indignamente poseía.

# Libro VI

Determinado el casamiento de Evanio con Florinda y la embaxada al califa, se emplearon luego las artes en el rico aparejo para la pompa y ostentación que debían ennoblecer a uno y otro, quedando secreta entre ellos la determinación de la embaxada al califa, en la qual confirmó mucho más al conde Don Julián la vuelta de las naves con el preso Sintila, en quien vio con nueva admiración verificado también el pronóstico del sueño. E informado a más de esto por otro de los que acompañaban a Sintila que iba enviado por el rey Rodrigo para quitarle el gobierno con la vida, manda traerle preso ante sí.

A pesar de las fuertes ataduras que tenían aseguradas sus manos por la espalda, y a pesar también de la funesta suerte que no dudaba le había de tocar, se presenta Sintila ante el ayrado conde sin desmentir el fiero ceño de su rostro la braveza del ánimo, digna de la comisión que le había dado Rodrigo. El despecho y la rabia centelleaban en sus ojos encendidos, manifestando con altivez el dolor de su malogrado encargo. Viéndole ante sí, el conde le dice:

«¿Quál es el motivo de vuestra venida al África, y quál es el encargo que traíais? Aunque me han asegurado de ello, deseo sin embargo saber de vos mismo la verdad, no pudiendo persuadirme que hayáis podido aceptar la honra de ser mi verdugo».

Sintila le responde: «Si os han asegurado de ese encargo, ¿para qué exigís mi confesión? ¿Acaso para tener la complacencia de verme temeroso ante vos? Pero para que veáis que no dexo envilecerme de ningún temor, sabed por mi espontánea declaración que mandado por el rey venía al África no a ser vuestro verdugo, mas a obtener el empleo que como igual a vos, o tal vez superior, podía sostener con mayor fidelidad, sin ser como vos traidor a la patria y al soberano».

Aunque se alteró sobremanera el conde al oír esto, se reporta queriendo antes convencer a Sintila, y a este fin le vuelve a preguntar:

-¿Y quál es el motivo por que me llaméis traidor a la patria y al soberano?»

«No lo sé, responde Sintila, ni debe el vasallo indagar las razones de los soberanos; reo debéis de ser quando el rey por tal os condena».

Iba a proseguir Sintila, pero ayrado el conde, no pudiendo sufrir más tiempo la convencida arrogancia, desenvayna su alfange y de un golpe le separa de los hombros la cabeza.

Cae sin ella el cuerpo sin alma, echando ríos de sangre por las cortadas venas y haciendo estremecer el pavimento con el golpe de su caída. La cabeza, lejos del tronco, respiraba por los ojos, aunque inmobles, la misma arrogante ferocidad que antes los animaba. Vuelto entonces el conde Don Julián a Fruela, que era el principal de los sequaces de Sintila, y que preso también ante él temblaba de miedo y de horror a vista del cadáver, se lo señala con el mismo alfange ensangrentado y le dice:

«Esa cabeza debe ser llevada al rey Rodrigo; a este fin se os perdona la vida. Le diréis que se la envía el que sobrevive al asesino de que se sirvió como tirano contra quien, ofendido gravemente, comienza a tomar la debida venganza de su tiranía».

Aceptado este encargo por el palpitante Fruela, que no esperaba suerte tan propicia, manda llevar el indignado conde a otra parte aquellos objetos espantosos a la vista, y entrega la cabeza a Fruela, a quien hizo luego embarcar para que cumpliera con su comisión. Dado este principio a su venganza, apresura las disposiciones para la embaxada del califa y el casamiento de Florinda con Evanio. Para ello especialmente hace erigir el altar a la venganza como lo tenía determinado, y poner en él la efigie de la diosa vestida de roxo manto, sosteniendo su diestra levantada un buido puñal. Coronaba un ramo de laurel teñido de sangre a su altanera frente, sobre la qual se erizaba su cabellera, que estando suelta la caía esparcida por el cuello y espalda. Centelleaba el furor en sus ojos torcidos, y en su fiero semblante se veían expresadas las intenciones de su mente.

Hizo también entapizar de escarlata la estancia en que estaba el altar levantado y que le servía de templo, en el qual se negó la entrada a la luz del día; lo alumbraban sólo encendidas antorchas, a cuyo esplendor debían hacer todos el solemne juramento, difiriéndole al día del casamiento de los esposos, esperando sólo para celebrarlo la llegada de Sigiberto, que sabida la venida de su hermano Evanio apresuró su viage, pudiendo así presenciar sus desposorios y unir su juramento al de los demás, animado como ellos del rencor de la venganza que alimentaba su pecho contra el rey Rodrigo, no menos que su hermano Evanio, el qual dio a su casamiento infausto agüero no queriendo que adornasen la frente de su esposa ni la suya las acostumbradas guirnaldas de alegres flores, mas en vez de la hermosa rosa y del risueño jazmín se veía en sus frentes el tetro mirto y la enlutada viola. Ni el adorno y color de sus vestidos, aunque preciosos, degeneraban del espíritu de la venganza, ante cuyo altar se presentaron para proferir el juramento.

Les acompañaban el conde Don Julián, Susenando y Sigiberto, seguidos de algunos de sus deudos y fíeles criados, teniendo todos sus espadas desenvaynadas; y luego que los esposos se dieron las manos para votarse al himeneo, desenvaynó también Evanio su acero, sobre el qual poniendo Florinda su mano dixo así en voz alta Evanio, dirigiéndola hacia la efigie de la venganza:

«Sagrada defensora de la justicia, que tienes en freno los vicios y las maldades y que con tu poder conservas los fueros de las sagradas leyes, concédenos tu favor y protege nuestros brazos contra quien, violando en el solio los derechos del honor, mereció tu castigo. Éste juramos solemnemente: caiga derribado por nuestras manos del solio el que tan indignamente le ocupa, y haz que saquemos de sus entrañas traspasadas este acero que te consagramos».

Este mismo juramento profirieron los demás, y acabada la ceremonia pasaron a solemnizar el nupcial convite, en que también la venganza se llevó los parabienes debidos al amor en su alegre solemnidad. Por lo qual indignado el hijo de Citerea juró desde entonces la muerte de los dos esposos, especialmente de Florinda, a manos del mismo rey Rodrigo, agenos ellos de ver malograda tan presto la dicha de su unión, que se prometían duradera en la flor de sus años, sin poderla apenas disfrutar, impidiéndoselo desde luego la forzosa ausencia de Evanio en la embaxada a Damasco, que se efectuó pocos días después de su casamiento, no sin llanto de Florinda, que veía arrancarse tan presto de sus brazos el esposo apenas poseído.

Ignoraba el pueblo el motivo de aquella extraordinaria expedición, que procuró tener oculta el conde Don Julián hasta que tuvo ganados con promesas y con dinero los ánimos de aquellos que podían impedir sus intentos, lo que le fue fácil de conseguir habiéndose apoderado del oro recaudado de los tributos de aquellas provincias africanas, con el qual hizo pagar al soberano el desacato cometido en su hija, y con el mismo pudo apresurar su ruina y la de la nación, determinada por los hados que, empeñados en ella, facilitaban todos los caminos y medios que podían llevarla al cabo, sirviéndose especialmente de la fortuna, que obediente a sus determinaciones quitaba todos los obstáculos que la podían retardar.

Y ella, queriendo ahora que los vientos fuesen favorables también a la embaxada de Susenando, de los hijos del rey Vitiza al califa, rogó al Noto que impeliese las naves ya fuera del puerto; él, condescendiendo a las instancias de la diosa, llenó al instante de su fresco soplo las velas. Ni satisfecha de esto, la fortuna quiere también ser la guía de las naves hacia Damasco para mover el ánimo del califa y empeñarle en la venganza del conde determinándole la conquista de la España, a que él mismo aspiraba después que la victoria extendió sus conquistas hasta la Mauritania Tingitana, que hacía parte de la monarquía de los reyes godos, de la qual esperaba apoderarse con el tiempo, manteniendo a este fin en el África un numeroso exército baxo sus dos valerosos generales Muza y Tarif, que esperaban allí ocasión para tentarlo.

Ésta le proporcionó al califa la fortuna, que precedía a este fin por el cielo a las naves sirviéndose por carro de una nube sobre la qual tendió su manto, y asegurando baxo su planta el remate de él sostenía el otro cabo con su izquierda, dándola a hinchir el viento en semejanza de la vela de una nave. Empuña su diestra el látigo imperioso con que ahuyentaba las tempestades y las nubes, y su suelta y tendida cabellera, llevada a grado del mismo viento, parecía querer huir de su frente, tremolando sobre ella como flámula de mástil que ondea en el ayre, sirviéndole la misma de símbolo de la inconstancia de que se precia hacer alarde.

Llevaba sólo por adorno en su cuerpo desnudo inestimables diamantes, que encadenaban su cuello y brazos y que relucían mucho más que los rayos del sol en la mar trémula, y cuyos quilates aventajaban a todos los tesoros de la tierra. Llegada de esta manera a Damasco, penetra en el palacio del califa al tiempo que éste acallaba en sus brazos el duelo de la hermosa Alamir, la más bella de todas las cautivas de la Siria que le presentó la victoria en la conquista de aquel reyno. Sorprendido de la vista de la diosa el gran califa, la acata al tiempo que ella con ayre imperioso así le dice:

«Ulit, abre tu ánimo al consuelo por los nuevos favores que vengo a ofrecerte. Mi poder te levantó al solio más rico de la tierra, en que te veneran las naciones que sujeté a tu imperio. Otro más glorioso señorío mi querer te destina. La Europa y el Asia no pueden gloriarse de terreno más rico ni que tribute a sus soberanos más preciosos tributos que aquel cuya posesión te tengo reservada.

Allí los ríos llevan por parias a la mar el oro de que abundaban las entrañas de la tierra, a la qual hizo la naturaleza su erario, con que Roma acrecentó su poder y su grandeza no menos que su rival Cartago. Allí macizarás suntuosos serrallos y mezquitas con los preciosos jaspes que la misma engendra. Ni para tu recreo ni para las batallas y carros de triunfo te ofrecerá tierra alguna más veloces y ardientes caballos que los que aquélla alimenta en sus pastos, ni más bravos y feroces toros para los espectáculos del circo. Aquel elisio que promete a sus sequaces tu profeta, donde las más bellas y graciosas ninfas serán el premio eterno de su creencia, es el retrato de las más fértiles provincias de la Iberia, que es el reyno que a tu poder destino.

Hizo también allá alarde la naturaleza de su fecundidad, donde la primavera se ciñe de sucesivas flores y la abundancia de perpetuos frutos sin que el invierno despoje los árboles y plantas de sus verdores, sucediendo otras nuevas hojas y frutos a los ya maduros y enriqueciendo sin cesar las manos de los que sólo se fatigan en cogerlos. El trono que ahora allí ocupa el rey Rodrigo le haré servir de peaña al que yo levantaré sobre él, desde donde verás extendida tu gloria por la redondez de la tierra. Ni será sólo ilustre tu imperio por las hazañas de la guerra, mas también por las artes y ciencias que trasladarán contigo los árabes y los egypcios, que dilatando sus luces por la Europa acabarán de ahuyentar las tinieblas de la ignorancia que esparció la barbarie de aquellos toscos godos cuando baxaron de los montes de la Escandia».

Los hados tienen destinada ya la ruina de aquella nación, que yo facilitaré a tu brazo victorioso. El corto estrecho de la mar que divide aquel reyno de la Libia tendrán sólo que vencer tus naves. Ni disipa tan presto el sol nacido las tinieblas de la noche quanto tu presencia los exércitos de aquel pueblo, a quien tratarán tus esquadrones como trata el Austro los médanos arenosos en las playas africanas. De estas mis promesas vendrán a darte luego seguras prendas las naves que yo precedí con estas miras, encaminándolas al puerto de Sidón donde mi favor las conduce».

Dicho apenas esto, desaparece la diosa sin esperar respuesta agradecida del califa, dexándole atónito de su vista y no menos impaciente de ver cumplidas las promesas que le acababa de hacer. Impelido de estos deseos, sin cuidarse más de la hermosa cautiva que tenía en sus brazos, se pone luego en camino del puerto de Sidón para ver por sí mismo si habían llegado las naves que le insinuó la fortuna. Y aunque no tuvo de ellas indicio alguno, no por eso desconfía de las promesas de la diosa, antes bien, como asegurado de ellas, manda partir algunas naves ligeras para que las escoltasen al puerto en donde quedó para esperarlas.

Mas las naves iberas, que no podían igualar en su curso el rápido vuelo de la fortuna, sulcaban toda vía el estrecho tartesiano quando ya la diosa había llegado a Damasco. Dexaron ellas a la siniestra las playas enemigas de la España, que Susenando procuraba evitar como tales, pues el amor de la patria dura sólo en el hombre mientras ella respeta sus fueros y derechos y le asegura en su seno la tranquilidad. Mas luego que se ve arrojado de ella por la injusticia, su natural afecto se trueca en odio y en aversión a la misma. Así, a lo menos, experimentaron Susenando y los hijos del rey Vitiza, los quales, apartando con indignación sus ojos de las costas de España, los ponían con gusto ora en las nuevas torres de Alger que Tarif levantaba, ora en los fértiles campos de Cirta, embelesando a su vista los bosques de altas palmas que amenizaban las playas de Bugía.

Luego se complacen de señalar todos con el dedo el lugar en que otro tiempo torreaba la gran Cartago, cuyas ruinas admiraban, pareciéndoles ver al Tiempo que descansase sobre ellas del empeño y fatiga en acabar de aniquilar aquellos excelsos monumentos. No lejos de ella descubren también las antiguas murallas de Útica, sobre las quales creyó entrever Susenando a la gran sombra de Catón, que con fiero ceño aprobase el intento de su embaxada.

Dexan también atrás a Constantina, y les hace reparar asimismo el piloto la nueva Alzerbe, asiento en otro tiempo de los lotófagos.

Les obligan luego a engolfarse las Sirtes formidables, vedándoles ver de cerca las playas gétulas y las de los masilos y barceos. Mas experimentando siempre constante el viento en su favor, pudieron vencer luego el cabo de Judeca y la mayor de la Sirtes y ver a corto trecho a Tolomita y los campos de Cirene, en donde torreaban antes cinco grandes ciudades, de las quales no se veían ya las ruinas. Las playas marmóricas ofrecieron sólo a sus ojos una perpetua soledad, cuyo triste silencio rompían sólo los fieros rugidos de los leones que osaban llegar a la orilla y mostrar desde ella sus gargantas a los navegantes.

Tan tristes objetos les hicieron parecer más deliciosas las dilatadas llanuras que fertiliza el Nilo, sembradas de villas y ciudades cuyos chapiteles descollaban entre la alta frondosidad de los árboles que hermoseaban las playas y las riberas por donde el mismo magestuoso río arrojaba a la mar el tributo inmenso de sus aguas, que sulcaban también las naves, desde donde pudieron descubrir los restos miserables de la destruida Canope, antiguo emporio del comercio de la gran ciudad de Menfis. Tras esto ven a Damiata y hacia Rafia y a Gaza llevan su curso, pero le dexan a vista de Ascalona, tomando el rumbo por alta mar hacia la ciudad de Sidón, donde el califa les esperaba.

No tardó a tener noticia de ellas por una de las naves que envió a su encuentro, y de los embaxadores que venían en las mismas, los quales quedaron maravillados oyendo que el califa, sabedor de su venida, les esperaba con ansia en el puerto. Parecíales imposible que hubiese podido preceder aviso del motivo de su llegada. Lo vieron de hecho confirmado por las demostraciones que recibieron, festejando su entrada en el puerto las naves que allí tenía el califa, y luego por el magnífico recibimiento que les hizo el mismo, admitiéndoles inmediatamente, estando sentado en un rico solio rodeado de sus más nobles y valerosos confidentes.

Realzaba su magestuosa presencia a la excelsa dignidad de su augusto carácter, condecorado de la hermosura de su rostro, que le grangeó el renombre de Ulit el Bello y que hacía amable a la fiereza que respiraban sus ojos, templándola el suave rayo de la mocedad que cubría ya sus mexillas del negro bozo que hacía resaltar la blanca tez de las mismas. Se levantaba sobre su frente el precioso turbante que la ceñía y en que se veían brillar las más ricas perlas de Eritreo y los más preciosos diamantes del Oriente. Adornaban también ellos, en diseño arabesco, lo largo de su túnica talar y la contera que sostenía el alfange, inestimable don del califa Omar su padre, cuyo heredado esfuerzo y grandeza de alma aventajaba Ulit con más generosos sentimientos, hermanados a una sabia osadía cuyas miras, sostenidas de la perspicacia de su mente, aspiraban a mayores conquistas después que al heredado señorío de su padre había juntado la Siria y parte del Egypto y del África hasta la Mauritania Tingitana, término entonces de sus victorias quando apenas contaba seis lustros.

Llegado ante él Susenando, seguido de los dos hijos de Vitiza, le acató con profunda reverencia, y siéndole concedido el declarar los motivos de su venida empezó a decir así:

«No extrañéis, poderoso Señor, que lleguen a implorar vuestro excelso amparo contra su propio rey unos vasallos descendientes también de reyes, quando oigáis los agravios que han padecido los mismos de su soberano. Veis aquí los dos hijos del rey Vitiza, Evanio y Sigiberto, de los quales el uno, pudiendo evitar la muerte con la fuga, debió a vuestra apreciable clemencia el amparo que esperaba de la misma y el honor de ser agregado a vuestro exército victorioso. Obligado también el otro a evitar la muerte, pudo salvar su vida viviendo oculto entre las selvas, en que llevó una bien infeliz. Dichosos ellos, sin embargo,

que pueden imputar sólo su desgracia a la grandeza del rey su padre que envidió en ellos el rey Rodrigo, que se apoderó de todos sus honores y riquezas.

Su desventura no igualará jamás a la del conde Don Julián, cuyos padecidos ultrajes por el mismo rey no puedo yo declarar sin dolor, participando de ellos como deudo cercano suyo, viéndonos ambos a dos amenazados también de muerte y proscritos no por otro motivo que por ser él padre y yo tío de una doncella violada por el mismo soberano. Paso en silencio los medios infames con que venció la resistencia de su inocente decoro. Ni contento de haber abusado de la misma, intentó privarla de su libertad para hacerla tal vez esclava de su luxuria.

El doliente y ofendido padre, uniendo sus lágrimas a estas mías, hace llegar a vos, poderoso y clemente Señor, sus justas quejas e implora con ellas vuestro poder en la defensa de su vida contra el forzador de su hija, el qual intentó quitársela juntamente con el gobierno de las provincias del África que le confió, enviando a este fin al África el matador. Forzado de estos desafueros apela ante el tribunal de vuestra justicia el conde Don Julián del derecho de su natural libertad, creyéndole tener para reconoceros por su soberano si vos, Señor, os dignáis mirarle como vasallo vuestro, y como tal os hace por mi medio la entrega de las llaves de las plazas que se obligará a defender como vuestras contra aquel que se hizo indigno de poseerlas, aunque intentase el recobrarlas».

Oído esto responde el califa:

«El dios que dio el poder y fuerzas en las manos de Ulit lo hizo para que executase acá en la tierra las veces de su justicia, sirviéndose de él para reprimir las vexaciones de los reyes injustos que atropellan los pueblos miserables. Quedan atendidas, no lo dudéis, vuestras quejas; serán otorgados vuestros ruegos. Perded todo temor, el victorioso brazo de Ulit os protege. Su alfange será vuestro escudo. Y para que tengáis prendas seguras de mi promesa, recibid, Osmán, en mi nombre esas llaves e id a dar inmediatamente orden para que se apresten cien naves y toda la gente de armas de que sean capaces, para que acompañen y protejan a esos mensageros».

Quiso luego que Susenando le informase quáles eran y quántas las fuerzas del rey Rodrigo, quál el estado en que se hallaban las provincias y sus ciudades, y quáles sus terrenos y los tributos que le pechaban los pueblos. Nada quiso Ulit que quedase oculto para los intentos de la conquista de aquel reyno, que le proporcionaba una ocasión tan favorable. Nada tampoco dexa Susenando por desear al califa, avivando con sus informaciones los anhelos de su ambición en una conquista que iba a obscurecer a todas las demás que había conseguido. Ni la Siria y Fenicia ni las provincias del Egypto y las de la Libia, sometidas a su poder, contentaban tanto las ansias de su pecho quanto la que le presenta ahora la fortuna en la prometida posesión de la España, que le facilitaban las plazas africanas ofrecidas por el conde Don Julián.

En esto, pues, emplea sus desvelos, queriendo hallarse presente a la partida de la primera armada, que enviaba con los llegados mensageros y cuyo mando entrega al valiente Sofir, compañero de sus victorias, haciendo antes revista del exército que tenía acampado en los contornos de Sidón. Hecha ésta, sin esperar el viento favorable hace pasar a las naves los esquadrones, y embarcados ya manda poner la señal de la partida, aunque duraba todavía el viento contrario. A él, sin embargo, se hubo de entregar toda la armada, saliendo del puerto semejante a una numerosa torada que sale en confuso tropel hacia el pasto deseado, precediendo a las naves la capitana, la qual desplegó a vista de la ciudad el temible estandarte de Mahoma.

Le acatan con alto mormurio de voces devotas y le inclinan sus turbantes las bárbaras naciones que le siguen, jurando de morir en su defensa. Avivó luego la confianza que alimentaban todos de la victoria el viento mudado de repente en favorable, pareciendo que militase en favor de la sagrada enseña de su profeta. Todas las naves le entregan a una sus velas, llenando de su pomposa magestad la armada aquel golfo que sulca con hermoso curso, despidiendo lejos la movida espuma. Ni tardan a descubrir las cumbres de los montes Reteas que dexan a la diestra, dirigiendo el rumbo entre las costas de Creta y de la Fenicia.

Partida apenas la armada, hace renovar el califa impaciente la asonada guerra en todos sus estados para allegar más numeroso exército que el que acababa de entregar a Sofir, y llenar juntamente con él la meditada conquista de la España, en que resuelve poner el asiento de su Imperio, desamparada el Asia; ésta temía quedar despoblada de sus habitadores según era la muchedumbre de los pueblos que acudían a las banderas del califa. Contábanse en ellas muchas de las naciones de las que adoran al Ganges y de las que beben el rápido Nifates. Los mismos árabes dexaban gustosos el suelo en que veneran las cenizas de su profeta para tener parte en la gloriosa conquista, en que creían extender la veneración y el culto del mismo.

Dexan también los idumeos sus fértiles provincias, y las suyas los más remotos egypcios. Envía también la Judea numerosos esquadrones de sus pueblos, y quieren unir sus armas a las de Ulit los misios y los tarsianos, a los quales se juntan muchos frigios, ni dexaban de verse también entre las banderas del califa algunas de los armenios, llevados del deseo de adquirir gloria y fortuna en aquella celebrada expedición. Sus famosas fraguas ve arder noche y día Damasco, resonando en sus contornos el eco de los majados yunques. Se ven todas las selvas despojadas de sus anexos troncos, que baxan a los puertos de Tiro y de Sidón, donde se transforman en naves. Queda desnuda la gran sierra de Amano, y ostenta el Líbano al cielo el ultraje que padece, defraudados sus hombros de los altos cedros y pinos que hasta entonces habían sido respetados de mil siglos.

Todo cede a los anhelos del califa, que no dexa descansar tampoco a las vecinas y a las remotas islas. Naves pide a los de Creta y Rodas, y junta quantas puede en las Cícladas. Suda el Asia y se afana en la conquista de la España, contra la qual se iba formando tan terrible tempestad, sin temerla ni recelarla el rey Rodrigo, enteramente olvidado de la predicción de Adenulfo y lisonjeado de prevenir con su manejo y diligencia los efectos que pudiera tener la huida al África de Florinda. Pero luego que le llegó la nueva de la funesta muerte de Sintila, acompañada del atrevido mensage que le enviaba el conde Don Julián con la cabeza del difunto, declarándose vengador de la violación de su hija, se le renuevan todos los concebidos temores al infeliz rey, viendo declarado enemigo al que podía serlo el más funesto contra su reyno si llegaba a dar entrada a los árabes en sus dominios.

A fin, pues, de castigar el desacato del conde y de prevenir su venganza, manda juntar inmediatamente todas las naves que tenía esparcidas en distantes puertos, y formando de ellas una competente armada, abastecida de máquinas de guerra y de soldados, espera poder recobrar con estas fuerzas las rebeladas provincias, fiado en el valor del conde Resaredo, a quien dio el mando de aquellas naves. Con ellas se encamina hacia la ciudad de Tingis, que el conde Don Julián tenía ya puesta en defensa. Llegado ante ella Resaredo, amenaza de entrarla a sangre y fuego, tratando a todos como rebeldes si no rendían sus armas a las de su legítimo soberano. Mas viendo sus amenazas despreciadas, resuelve dar asalto a la ciudad y batir sus muros con los ingenios y máquinas de guerra que llevaba en sus naves, a las quales hace cubrir primero de fuertes techos cubiertos de pizarras baxo los quales pudiese abrir brecha el ariete sin daño de los que le movían contra las murallas.

Teniéndolo ya todo dispuesto, hace dar la señal del asalto, dirigiéndole hacia la parte más flaca de los muros y más fácil de escalar. Resuenan a un tiempo los gritos de los combatientes

y de los que defendían la ciudad, mientras intentan los unos aferrar las naves junto a los muros para batirles, y los otros impedírselo y repelerles con los dardos y piedras que arrojaban. Pero a pesar de la multitud de las armas que echaban los defensores desde los muros, consigue Resaredo ancorar parte de las naves que llevaban las máquinas de guerra y disponer los ingenios para abrir brecha, facilitando esta operación los techos de que iban cubiertas las naves y defendiendo a los que acometían las otras naves más gruesas, que con sus continuos tiros tenían despejados los muros, impidiendo que se asomasen a ellos los defensores de la plaza.

Echó de ver el conde Don Julián el temor y cobardía de los suyos, y llevado de su enojo acude hacia aquella parte diciendo a voz en grito:

«¿Esperáis por ventura el perdón de quien viene resuelto a trataros como rebeldes? No, no lo esperéis, aunque le entreguéis la plaza; ni os queda otro arbitrio para salvar vuestras vidas que exponerlas gloriosamente en la demanda».

Decía esto visible sobre el muro, y arrojando al mismo tiempo con sus robustos brazos las más gruesas piedras que había amontonadas allí en la muralla. El exemplo de su intrepidez y valor infunde aliento a los suyos, y vuelve a poblarse el muro de atrevidos defensores que a porfía arrojaban sobre las naves ya amarradas dardos, piedras y haces encendidos.

Éstos, caídos sobre los techos de las naves, ardían sin efecto, ardiendo también con ellos las astas de las flechas y de las lanzas que allí quedaban, mientras llevados de su peso caían rodando por entrambos pendios de los techos las gruesas piedras que dexaban caer aplomadas sobre ellos desde el muro. Se acrecienta el ardor de la pelea y con ella crece el número de los heridos y muertos de ambas partes, sin poder apartar de su intento a los sitiadores el daño mayor que recibían, llegando a abrir brecha en el muro una de las naves que le batían. Lo que sabido de Resaredo, iba a dar orden para que se arrimasen las naves en que iba la gente de desembarco para que se metiesen en la ciudad por la brecha.

Pero en el mismo punto se manifiesta el incendio en una de las naves más vecinas, cuya llama, alimentada de los haces alquitranados que caían sin cesar del muro, burla los esmeros de los que acudían a sufocarla y pone en consternación toda la armada enemiga, rompiendo el intento de Resaredo. En vez, pues, de ocuparse en hacer mayor la brecha, atienden sólo a librar la nave del peligro, y las otras vecinas a ella. Pero el fuego, cebado sin resistencia en las mismas máquinas, acrecienta la confusión, el alboroto y el daño de los que acudían a defenderla y de los que, huyendo del incendio, se arrojan a la mar para acogerse de las naves que acudían a defenderles.

Pueden herir entonces a su salvo los sitiados con los dardos a los que, yendo a nado por la mar, luchaban con las olas para refugiarse en los buques, y a los que desde éstos les alargaban los brazos para sacarles del peligro, acertando en muchos de ellos la misma muchedumbre de los dardos no asestados, quedando clavados algunos en las cabezas que sobresalían en el agua y otros en las espaldas. Quedan tal vez traspasadas de un mismo hierro las manos trabadas del náufrago y del que le socorría, o clavada en el borde de la nave la que se asía de él para salvarse.

No era menor el estrago que experimentaban en las naves que acudían a salvar del incendio a las vecinas, intentando apartarlas de la muralla; mas viendo difícil el remedio con el crecido peligro iban a desistir de su empeño quando acude con su nave Resaredo y amenaza de muerte a los que desistiesen del empeño, que él mismo enardecía con su exemplo haciendo echar cables desde su nave a la incendiada, para poderla sacar a jorro. Mas ella, encallada en el tenaz fondo, resiste a todos los esfuerzos y tentativas. El conde Don Julián, reconociendo

entonces desde el muro a Resaredo que maniobra intrépido sobre su nave, le señala con la mano a los suyos, diciéndoles que asestasen contra él los tiros si querían ver luego el fin del combate.

Resaredo, sin embargo, despreciando la muerte y provocándola entre la lluvia de los dardos y piedras que dirigían contra él, atento sólo a salir del empeño de sacar la nave incendiada, sin tener otra defensa que la de su escudo con que se reparaba de los tiros, aunque logró apartar dos naves de las más inmediatas a las que ardían, fue con gran mortandad de los suyos y a costa de dos heridas que recibió y que le obligaron a retraerse del combate, y luego a ponerle treguas para poder curar a los muchos heridos que tenía en las naves, perdiendo dos solas de ellas, que debieron abandonar a las llamas.

Pudieron así reparar sin estorbo los sitiados la brecha abierta y cobrar mayor aliento para oponerse a los sitiadores. No les dexó, sin embargo descansar largo tiempo Resaredo, porque curada apenas su herida hizo renovar el asalto acometiendo la ciudad por otras partes, reservando para sí la puerta que daba al muelle, aunque defendida de dos baluartes, pretendiendo incendiarla. En esto emplea sus mayores fuerzas, mientras con otras naves hace hacer dar fingido ataque a los muros, a fin de dividir las fuerzas de los sitiados. Con no inferior esfuerzo las reciben éstos, renovándose en diferentes partes el combate. No pueden, sin embargo, impedir los sitiados que Resaredo coloque un ariete contra la puerta, a quien defendía la misma situación del muro, que formando una larga bóveda sobre la misma puerta dexaba sitio bastante para que quedase a cubierto de los tiros el ingenio y los que le manejaban.

Advertido del peligro el conde Don Julián, acude a él y hace tapiar la puerta por la parte de dentro, al tiempo que comienzan a comparecer en la ensenada diversas velas con sorpresa de los sitiados y sitiadores, ignorando unos y otros si eran amigas o enemigas. Estas dudas tuvieron en suspensión el comenzado combate hasta que Sofir, cuya era la armada, hizo desplegar a todas las naves las banderas musulmanas. Su vista cubre de repente de terror los ánimos de los sitiadores y echa a tierra las lisonjas de recobrar la ciudad, mientras convierte las dudas de los sitiados en mayor alborozo y contento que ellos desahogaban con altos gritos, viendo llegar tan oportunamente en su ayuda el socorro no esperado.

No desmaya en tal lance el esforzado corazón de Resaredo, antes bien piensa en sacar partido del mismo riesgo tentando una gloriosa fuga por medio de la armada enemiga, que era el solo expediente que le dexaba la suerte entre la muerte o la esclavitud que hacía inevitables la numerosa armada del califa. Viendo, pues, que Sofir extendía a lo largo en dos cuernos todas sus naves con intención de cerrar en medio y de apresar su inferior armada, resuelve prevenir al consejo enemigo tentando su fuga con las naves más ligeras por medio del centro de la armada contraria, abandonándole todas las demás naves que no podían seguirle.

Para esto manda luego formar dos estrechas filas de todas las ligeras, exhortando a los suyos a que unidos así boguen con ardor y rompan el centro de la armada enemiga sin detenerse en pelear:

«Pues no se gana solamente victoria -les decía- peleando con el enemigo, mas también venciéndole con el ardid. Esta sola victoria nos es sólo concedida con la fuga, que será gloriosa si la conseguimos pues no nos la aconseja el vil temor, huyendo como huyen los vencidos que vuelven al vencedor la espalda; al contrario, vamos a embestir de frente al enemigo para abrirnos camino por medio de sus naves y entre sus armas. Sólo por medio de ellas llegaremos al puerto de Tartesio, donde la libertad y la vida serán el premio de vuestro esfuerzo y osadía; seguidme».

Dicho esto da la señal de partir a sus naves, dispuestas, ya en dos filas, precediéndolas la suya. Hincan a una con ardiente empeño los reinos en la mar los marineros entre la grita y silbidos de los sitiados, que insultaban a su fuga. Gana entretanto camino la fugitiva esquadra, dirigiendo con hervoroso curso el rumbo contra el centro de la enemiga, que contaba por suya la de los godos, pareciendo imposible a todos que pudiesen escapar de la traza de la contraria armada. Echó, sin embargo, de ver luego su yerro Sofir, teniendo en sobrada distancia las dos alas que formaban sus naves y estando éstas distantes entre sí, de modo que no podía cerrar el camino a las naves godas, que en su hervoroso curso se hallaban ya cerca del centro.

Sofir, que le ocupaba con las naves más gruesas, conociendo la intención de Resaredo gritaba desde su capitana a las naves que estaban más vecinas que se apiñasen y cerrasen el paso a los fugitivos. Mas mientras se enfurece y grita y se mueven las naves a obedecerle, previene Resaredo sus órdenes y gana el vacío que dexaban entre sí las naves enemigas, y escabulléndose entre ellas y entre las armas que le disparaban prosigue su audaz fuga y burla la pesadez de los contrarios buques, a quienes su misma grandeza les impedía dar alcance a los fugitivos. Pudieron, sin embargo, apoderarse de las últimas naves de Resaredo, llegando a unirse a tiempo de cerrarles el camino.

Con tan fácil y no esperado triunfo entró Sofir en el puerto y ciudad de Tingis, donde fue recibido con extraordinarias demostraciones de gozo de aquellos ciudadanos, que debían a su llegada el verse libres y enteramente seguros de las armas del rey Rodrigo. Puso también el colmo al contento del conde D. Julián y de Florinda la llegada de Susenando, de Evanio y de Sigiberto, oyendo de ellos el favorable recibimiento con que les honró el califa y las promesas de venir él mismo en persona a tomar la posesión de aquellas provincias y la venganza que le pedían del rey Rodrigo, juntando una poderosa armada para conquistar su reyno y arrojarle del trono.

Deseó por lo mismo el conde Don Julián solemnizar la venida de Sofir con magníficas fiestas, destinando para ellas el circo que formaron los romanos en medio de la ciudad de Tingis, en que quiso renovar los juegos pitios con corridas de caballos, en cuyo manejo desearon mostrar su destreza los dos hijos de Sofir, Alajusef y Tamuz, a ejemplo de Evanio y Sigiberto, que regían cada uno su carro. La nacida emulación entre ellos hizo más solemnes los juegos y más concurridos. Eran magníficos los carros y ardientes los caballos que los tiraban, y no menos vistosos por sus ricos y pomposos aderezos, con que cada qual entró en el circo para ir a ocupar el puesto que le tocó por suertes en el repágulo, donde ya colocados esperan la señal de la partida.

Dada ésta por Sofir, parten a una de carrera los quatro carros cuyos caballos, azorados de la grita de la inmensa muchedumbre que ocupaba el circo, iban a par del viento, envueltos entre la polvareda que levantaban, anhelando cada qual de los conductores preceder a sus rivales en la carrera. Crece con esto el empeño de los mirones y las ansias de las opuestas inclinaciones de los partidos, a que se siguieron luego el disgusto o el placer que probaban según veían perder o vencer a los que favorecían, quedando delanteros o rezagados en la carrera.

De esta suerte dieron felizmente el primer giro a la meta, en que llevaba la precedencia a los demás Sigiberto. A él inmediato iba Tamuz, y en sus alcances el esposo de Florinda, que estaba solícita por él, quedando trasero Alajusef, aunque más que ningún otro importunaba con el látigo a sus caballos; pero le faltaba la destreza del manejo en que aventajaba a todos los otros Sigiberto. Sentía Evanio no tanto que su hermano le venciese quanto que le venciese Tamuz, aunque le quedaban hartas lisonjas de poder precederle en aquel segundo giro. Azora a este fin con la voz y los chasquidos del látigo a sus caballos y los rige más vecinos a la meta, para ganar la vuelta a su contrario, dexándole éste bastante espacio para ello.

Consigue su atrevido intento Evanio y llega a parearse con Tamuz, corriendo con ardiente emulación ambos a dos todo el giro hasta cerca de la meta, en que deseando el joven árabe jugar el mismo lance a Evanio, azota de recio a sus caballos y los tuerce hacia los de Evanio, con quienes iban pareados. Mas ellos, enfurecidos, burlan la destreza de su conductor, llevan al carro contra la misma meta, en que haciéndole mil pedazos arrojan lejos de él al infeliz Tamuz, que maltratado del golpe quedó medio muerto en el suelo y expuesto a ser hollado de los caballos y carro de Evanio, que inmediato le seguía.

Mostró éste entonces su generoso corazón y su destreza en el manejo; haciendo parar de una sofrenada sus ardientes caballos y saltando al mismo tiempo del carro, acude a socorrer al caído Tamuz, el qual apenas daba señal de vida. Este desgraciado accidente trocó el gozo de aquel divertimiento en general sentimiento y pesar, creyendo todos que hubiese muerto el caído. Ni le duró a Sigiberto largo tiempo el gozo y ufanía de su decidida victoria, pues estando para llegar vencedor a la meta en su tercer giro, debió parar los caballos, impidiéndole el paso los carros y caballos de Evanio y de Alajusef, que parados por causa de Tamuz ocupaban el espacio de la carrera.

Fue especialmente sensible aquella desgracia a Sofir, que amaba tiernamente a su hijo Tamuz, no dudando en su dolor de haberle perdido. Pero luego, recibiendo más felices nuevas, cobró aliento y esperanzas de su salud y no pudo dexar de manifestar a Evanio el aprecio que le había merecido con su generosa acción, estrechándole a su seno y agradeciéndosela con lágrimas de consuelo y con los ricos presentes que le hizo. Nombróle a más de esto por xefe del cuerpo de los mamelucos que llevaba en su exército, prometiéndole los mayores honores y bienes en España si llegaba a salir con su conquista, a la qual quiso dar luego mano contra las órdenes del califa, creyendo poder conseguir la conquista de aquel reyno con el exército que le había confiado.

# Libro VII

Escapado entretanto el animoso Resaredo con la mayor parte de sus naves entre la armada del califa, llegó al puerto de Tartesio, donde su malograda empresa puso en consternación todos los ánimos, oyendo la llegada de Sofir, enviado del califa a la conquista de España. Vuela de pueblo en pueblo la veloz fama complaciéndose de abultar esta nueva y engrandeciendo el número y fiereza de las naciones bárbaras que Sofir conducía, especialmente en los oídos del rey Rodrigo, que consternado de tales voces no duda ya ver cumplido el pronóstico de Adenulfo, cuya memoria le renueva vivamente la venida de los árabes.

Echó de ver entonces los funestos efectos de su pasión, dexando apoderar su ánimo de los afanes y congojas que le apremiaban hallándose sin fuerzas que oponer a tan poderoso enemigo, perdida gran parte de su armada y con ella todas las provincias africanas y viendo apoderado su reyno de la consternación, que cobrando cuerpo cubría de luto y duelo a la nación entera. Resonaban las ciudades de las voces lastimosas de sus habitadores, que creían ver inundado el reyno de las fieras legiones que enviaba el califa en su ruina, y que en vez de empuñar las armas para rechazar al enemigo coman en trages de dolor y penitencia a los templos, donde abrazados con los altares o cosidas sus frentes en el suelo imploraban la

defensa del cielo contra la destrucción que les amenazaba, confundidos los nobles con los plebeyos, igualando a todos el temor, que abate y humilla la altivez de los humanos corazones.

Las artes, abandonados sus talleres, recorrían en romerías los santuarios, donde con clamorosas plegarias esperaban grangrearse el amparo y favor de los cielos. Desfallecen los brazos de los tristes labradores sin atreverse a fiar al suelo las semillas, que temen hayan de servir de pábulo a la llama enemiga. Va triste el buey exento de la gamella por el inculto campo, desamparado de su dueño que gime sobre el ocioso arado. Dexan las playas los que las habitan para no ser las primeras víctimas del vencedor acero. Siguen medio desnudos los sollozantes hijos y doncellas a sus medio desnudos padres, llenando a tropas los caminos que hacían resonar de sus lamentos, mezclándose tal vez con los fugitivos pastores y con los ganados, sin saber donde recobrarse, huyendo todos del hierro y fuego de los bárbaros que creen tener a las espaldas.

Pero informado luego el rey Rodrigo de la venida de Sofir y del número de las gentes que conducía, cobra aliento y esfuerzo para oponerse al intento que llevaba de penetrar en su reyno. A este fin manda fabricar otras naves en todos sus puertos y comienza a formar exército de sus vasallos, avivando con su exemplo y con sus exhortaciones el antiguo valor de la nación goda. Fortalecía él mismo sus miembros en las fatigas militares haciendo hacer a sus soldados remedos de batallas en que exercitaba sus bisoñas tropas, mudaba de campamentos y hacía sudar el miedo a sus esquadrones baxo el peso de graves mochilas, levantaba vallados y abría nuevos fosos en defensa de sus reales, con que denodaba sus miembros y los endurecía a los trabajos. Ni olvidaba la defensa de los puertos y plazas principales, en que mandaba rehacer los muros y castillos arruinados o enteramente demolidos por su antecesor Vitiza, a quien debiera atribuir la antigüedad la ruina y pérdida del reyno de los godos antes que a una flaqueza de Rodrigo, aunque ésta hubiese hecho pender la determinación inevitable de los hados.

No satisfecho el rey Rodrigo, pensó en pedir socorro a los cántabros, gente fuerte y aguerrida que encerrada en los términos de sus montes no aspiraba a otra mayor grandeza que a la de conservar su libertad, repeliendo a los que intentaban avasallarles con las armas como lo hicieron con los suevos, que aspiraron al señorío de aquellas provincias, y con los antiguos godos, que quisieron conquistar también aquel reyno hasta que el rey Liuva, creyendo mejor partido tener por amigos y aliados a los cántabros que por enemigos, casó a su hija Emerilda con Rótamo, señor que era entonces de la Cantabria y que la gobernaba sin título de rey, título aborrecido de aquellos pueblos aun después que recobraron su señorío de los romanos que los sujetaron.

Porque aunque entonces eligieron entre ellos un xefe para que les gobernase a exemplo de los reyes godos y suevos sus confinantes, sin embargo no le dieron el nombre de rey sino de principal y señor, sin permitirle el promulgar ninguna ley. Esta autoridad se reservaba la nación, que se juntaba a este fin como también para hacer guerra o alianza con las naciones vecinas o para concederles socorros si los pedían. Y en este mismo derecho se conservaba la nación quando Liuva casó su hija con Rótamo, que tuvo en ella un hijo, llamado Liuvila, a quien sucedió Asturio, que era el que gobernaba los cántabros quando el rey Rodrigo envió a pedir socorro de ellos en el peligro que le amenazaba.

Había tiempo antes perdido Asturio su señorío, y logró recobrarle con ayuda de los godos, habiéndole echado de él Leondo, uno de los descendientes de Rótamo, que se ganó un partido numeroso entre los cántabros, con los quales asaltó el palacio de Asturio, determinado a acabar con toda su familia y especialmente con el hijo aún tierno que Asturio tenía, llamado Pelayo. Pero el destino, que en sus miras insondables movía desde la Siria al califa Ulit para

que destruyese la nación goda y su monarquía, protegía al mismo tiempo al niño Pelayo para hacerle cabeza de otra nueva nación y señorío quitado a los descendientes de aquel mismo califa, salvándole a este fin con particular providencia de las asechanzas y violencia de Leondo.

Porque Asturio, agitado del tumulto y ruido de los que asaltaban su casa cubiertos de las tinieblas de la noche, atendió sólo a salvar su vida con la fuga, desamparando su tierno hijo, que tenía confiado a los desvelos y cuidados de Anselda, muger de corazón varonil que estaba casualmente entonces acallando el importuno llanto del niño. Ella, azorada de las voces de los que se abrían entrada en la casa con las armas y temerosa por la vida del niño que tenía en sus brazos, huye con él hacia el jardín, adonde tenía inmediata la salida para escapar con él. Mas echando de ver que estaban llenas las calles de gente armada, no halló otro expediente para salvar al niño que cubrirle de las hojas de que el invierno había despojado los árboles, tendiéndole baxo un espeso arrayán.

Satisfecha de este piadoso oficio vuelve a entrar con animosidad en la casa para informarse del intento que llevaba aquella gente, al tiempo que ésta, encarnizada en la matanza de quantos encontraban, dan también con Anselda y la matan, quedando el niño Pelayo sin amparo y expuesto a perecer si el cielo no te hubiera protegido. Valióse para ello de un hombre anciano llamado Onildo, que unido a otros muchos del pueblo que seguían el partido de Asturio y que tomaron las armas contra los de Leondo, acudió con ellos para rechazar del palacio a los contrarios. Pero prevaleciendo el partido de los conjurados, con mortandad de los que favorecían a Asturio, dexaron por muerto en el jardín a Onildo, que fingió el estarlo, quedando solamente herido en el rostro junto al arrayán en que Anselda dexó al niño.

Pudo entonces oír el llanto del mismo debaxo de las hojas, y maravillado de aquella novedad acude a satisfacerla, permitiéndoselo los conjurados que se habían dilatado por la ciudad. Y echando de ver por los aseados pañales y ricos dixes que aquel niño pudiera ser el hijo de Asturio, escondido allí por alguna mano piadosa para salvarle de los amotinados, determina huir con él y salvarse o perecer con el mismo. Para hacerlo con mayor seguridad despoja al niño, y desnudo le envuelve en aquella misma hojarasca que le cubría, y haciendo con él un fardo del manto que llevaba lo carga sobre sus hombros para sacarle fuera de la ciudad si le salía bien la tentativa.

Resuelto a esto, atalaya atentamente por todas partes si pudiera ser visto quando salía del jardín, y no viendo a ninguno sale con la carga como si fuera un labrador, y luego por calles desviadas se encamina hacia la puerta de la ciudad, de que no se habían apoderado todavía los conjurados, y sale felizmente de ella, jubilando su corazón por el éxito dichoso de su empresa, y desviándose a remota parte atiende lo primero a dar desahogo al niño, y luego el necesario alimento, que se le proporcionó en una casa de un labrador haciendo pasar al niño por hijo suyo, que había podido salvar desnudo de las armas de los amotinados.

No satisfecho de esto el buen Onildo, como temía caer en sospechas de los enemigos de Asturio si quedaba en aquellas cercanías, resuelve retirarse a los montes, donde podría alimentar al niño con leche de cabra, y así lo hizo mientras el desgraciado Asturio, escapado felizmente de la ciudad, no hallándose seguro en Cantabria mientras viviese Leondo y prevaleciese su partido, determina ceder a la violenta tempestad y refugiarse entre los godos, como lo executó yendo a implorar el favor del rey Vitiza. Mas éste, aunque le acogió en sus estados, no quiso enredarse en guerra con Leondo por causa de un infeliz fugitivo, el qual permanecía entre los godos despojado de su señorío, sin esperanza de recobrarle y sin poder saber si su hijo Pelayo había perecido a manos del usurpador como lo sospechaba.

Tampoco pudo saber Onildo, refugiado en el monte, si Asturio vivía o si había muerto a manos de los conjurados, pero aficionado al niño te criaba con cariño igual al de tierno padre, lisonjeándose siempre de reponerle en el señorío de su padre si llegaba a sobrevivir a Leondo, descubriéndole por hijo de Asturio a los cántabros. Con estas miras procuraba fortalecer los miembros del niño desde sus años más tiernos, haciéndole dormir sobre el duro suelo de la cueva que le deparó la suerte por morada, sin otro alimento que el de las frutas silvestres que recogía por los valles o del esquilmo de sus cabras.

Mas luego que los brazos de Pelayo pudieron sostener el arco comenzó a exercitarle en la caza para fortalecerle y aguerrirle mucho más, como también en la carrera, en que tal vez igualaba a las fieras montesinas que encontraba por las selvas, volviendo cargado de las presas a la cueva en que le servían de sustento y que se complacía de ofrecer a su padre Onildo, pues le reconocía por padre ignorando que fuese hijo de Asturio, lo que el viejo Onildo le ocultaba con las miras de reponerle algún día en el señorío de su padre. A este fin baxaba freqüentemente del monte para informarse si Leondo gobernaba todavía los cántabros.

Viendo salirle vanas sus esperanzas iba temiendo que la muerte robase este consuelo a su edad ya avanzada, no pudiéndose imaginar que la suerte quitase de un momento a otro a Leondo el señorío para devolvérselo a Asturio como sucedió, grangeándose el mismo Leondo esta contraria mudanza. Porque luego que se creyó asegurado en el señorío, así como le había usurpado con la crueldad y violencia, así pensó también poderse mantener con ella, tentando de sobreponerse poco a poco a la nación, alterando sus leyes y costumbres e introduciendo otras que mejor le parecían, y haciendo otras vexaciones y desafueros a los particulares.

Zelosos los cántabros de sus antiguos derechos, sintiendo vivamente el verlos violados por aquel a quien dieron ellos mismos aquella preeminencia de la qual abusaba, determinan matarle, y lo executan asaltando su casa como él asaltó la de Asturio, y eligen a éste de nuevo por su señor. Recibida esta nueva de Asturio vuela a Cantabria, ansioso no tanto de recobrar su perdida autoridad, apetecible siempre al hombre, quanto porque con ella podía certificarse mejor si su hijo Pelayo vivía o si había quedado muerto a manos de los conjurados. Es recibido con extraordinarias demostraciones de gozo de toda la nación, la qual llegó a experimentar en las violencias del tirano quanto más digno era Asturio del señorío.

Repuesto apenas en él tentó todos los medios y caminos para tener alguna noticia de su hijo; viendo desvanecerse todas sus lisonjas cedió a la persuasión de que el niño hubiese muerto como murieron todos los demás de su familia, hasta que Onildo baxando del monte, como oyese que Asturio había sido repuesto en el señorío, transportado del gozo abraza a Pelayo, que consigo llevaba, y le dice que importaba que se encaminasen ambos a dos a la capital. Extrañando el joven Pelayo aquella demostración repentina de Onildo, desea saber de él el motivo por que se la hacía. Se lo tuvo oculto el viejo hasta que llegaron a la ciudad y a casa de Asturio, donde pidió ser introducido a su presencia diciendo que le traía nuevas de gran gozo que quería comunicarle.

Sorprendido Asturio del aviso que recibe de la llegada del viejo con el muchacho y de las nuevas de gozo que le traía, siente renacer en su pecho las esperanzas sobre su hijo, e impelido de ellas los hace introducir inmediatamente en su presencia. Comparece el viejo Onildo apoyando sus tardos pasos a un rústico bastón, seguido del joven Pelayo, vestido como el viejo de pieles de fieras, mostrando en su rostro y presencia la libre selvatiquez y desenvoltura que había contraído en las selvas; y lleno el viejo de la confianza que le daba la gustosa nueva que traía, le dice:

«Si no me engañaron mis lisonjas y los cuidados que tomé en criar a este muchacho que aquí veis, después de haberle librado de la muerte, creo que es hijo vuestro. Ved si lo reconocéis por tal».

Conmovido Asturio del tosco discurso de Onildo, que le presentaba aquel muchacho para que le reconociese por hijo suyo, habiéndole perdido en faxas, y recelando que aquel anciano se valiese de la casualidad de la pérdida de su hijo verdadero para substituir otro en vez suya, reprime los impulsos del excitado gozo y le dice:

«Mas, ¿cómo sospecháis que sea hijo mío este muchacho? ¿Dónde y cómo le librasteis de la muerte? Pues si me dais seguras pruebas de ello, no dudéis que quedarán premiados vuestros cuidados y vuestra fidelidad».

Decía esto Asturio con los ojos empañados de lágrimas, que le hacía asomar a ellos el afecto tierno que ora la vista del muchacho, ora la del mismo viejo le merecía. Onildo entonces comienza a decir de esta manera:

«No es el interés ni deseo alguno de recompensa el que aquí me encamina, como no lo fue tampoco el que me movió a salvar a este muchacho y a criarle como a hijo mío, sino el solo afecto que me movió a tomar las armas en favor vuestro contra Leondo en el funesto día de la conjuración en que quedasteis privado del señorío. Unido yo a los otros que seguían vuestro partido, acometí con ellos a los conjurados, que se hicieron fuertes en este palacio, pero favoreciéndoles la suerte nos rechazaron, dexándome por muerto con otros muchos en el jardín en que penetramos, donde quedando yo tendido junto a las espesas matas de los arrayanes que allí había oí el llanto de un niño, que sin duda pusieron allí para salvarle, cubriéndole de hojarasca.

Tuve tiempo y oportunidad para descubrirle, y reconociéndole por sus pañales y adornos por hijo vuestro, resuelvo salvarle a qualquier coste, y lo executo envolviéndole en las hojas mismas que le cubrían, y haciendo como un fardo de él y de ellas con mi manto, lo cargo sobre mis hombros, y sacándole así felizmente de la ciudad amotinada le llevé al monte donde lo crié con las esperanzas de hacerle reconocer de los cántabros por hijo vuestro luego que Leondo muriese, pues no sabía yo que vivieseis hasta que oí que habíais recobrado el señorío, lo que es motivo para que con mayor gozo os lo presente; y para que no os quede duda alguna sobre la verdad sencilla de mi relación y de que este muchacho es vuestro hijo, aquí tenéis los dixes preciosos que llevaba puestos y que conservé con gran cuidado, y por los quales le acabaréis de reconocer».

A vista de los adornos que Onildo le presenta no puede contener Asturio el exceso del alborozo y ternura que inundó su pecho, y cierra estrechamente al viejo entre sus brazos, prorumpiendo en sollozos, que le causaba su reconocimiento y gratitud a tan grande y desinteresada fidelidad. Luego, abrazando a su hijo desahoga con él todos los afectos que aquel accidente tan impensado le dispertaba, y le hace reconocer a los cántabros por su hijo, a quien el cielo había salvado con tan particular providencia, destinándole para que fuese el libertador de la España y para que, repeliendo los árabes de los límites de su cántabro señorío, destruido ya por ellos el reyno de los godos, procediera de él una nueva serie de ilustres reyes que acabaron de libertar la España del yugo sarraceno.

Grangéose el joven Pelayo el amor de los cántabros, no solamente por las muchas pruebas que dio de singular esfuerzo y de destreza en las armas sino también por su natural eloqüencia, aunque educado siempre entre las selvas, de modo que quando llegaron los embaxadores del rey Rodrigo para pedir socorro a la nación en el inminente riesgo en que se hallaba su reyno de ser acometido de los árabes, no dudaron en elegir por xefe de la gente que

vinieron bien en conceder a los godos de socorro al esforzado Pelayo, aunque sólo contaba entonces quatro lustros.

Entretanto Rodrigo, sabida la salida del África de Sofir con toda su armada, no pudo esperar el socorro de los cántabros sino que, encaminando el exército que había formado de priesa hacia las playas fronteras del África, le distribuyó de modo que pudieran acudir luego los cuerpos divididos para repeler juntos al enemigo en qualquiera parte que intentase hacer el desembarco, dándole tiempo para ello los contrarios vientos que parecían oponerse a las ansias ambiciosas que alimentaba Sofir de aquella conquista, que le parecía fácil atendidas las noticias que tenía de la consternación de los godos y del infeliz estado del reyno. Engañado de ellas no dudó en hacer el desembarco en qualquiera ensenada que se le proporcionase, temiendo perder tiempo en ganar alguna plaza donde pudiese asegurar la retirada en caso de pérdida de batalla.

Llevaba Sofir en su exército los dos hijos de Vitiza, Evanio y Sigiberto, lisonjeándose que pudiese declararse en favor de los mismos parte del reyno. Iba también con Evanio su esposa Florinda, que no quiso desamparar a su marido en aquella empresa en que deseaba y esperaba vengar el ultraje de su honor. Ni Evanio se opuso a sus deseos, antes bien, confiado de la victoria, se lisonjeaba poderla coronar en el trono de su padre Vitiza después de haber derribado de él al rey Rodrigo. Y a fin de llevarla en la armada sin nota de su sexo y hermosura entre aquellos esquadrones bárbaros, mandó hacerle armadura adaptada a su flaqueza, que sólo llevase la apariencia del terror guerrero encubriendo al mismo tiempo sus gracias y belleza.

Aprisionaba su larga cabellera el morrión resplandeciente de oro y plata sobre el qual se veía sentado un armiño baxo el penacho que sobre él ondeaba. La servía antes de adorno que de defensa el ligero peto que encerraba su talle y colmado seno. Ni fatigaba a su delicado brazo la dorada lanza ni el escudo, mas qual suele una beldad remedar por antojo en las fiestas bacanales a Patas Atenea, de peto, morrión y lanza armada sin que puedan desmentir sus gracias la fiera apariencia de la diosa a quien representa, tal Florinda seguía a su marido Evanio en la armada que aspiraba a la conquista de la España.

Más luego que se vio en la nave entre tantas gentes bárbaras que amenazaban a su patria la ruina, casi llegó a arrepentirse de su determinación. Quisiera ella que aquellas naciones bárbaras desahogasen su fiereza en sólo el rey Rodrigo y que perdonasen a los infelices pueblos que ninguna parte tenían en los desafueros de su rey. Esta pena oprimiendo mucho más su ánimo a vista de los montes de su patria, la obliga a descubrírsela a su marido, diciéndole:

«Creo, Evanio, que los deseos de nuestra venganza erraron el medio para conseguirla. Porque, ¿a qué fin introducir en España tantas feroces gentes, que la destruirán enteramente sin que lleguemos tal vez a conseguir con eso los intentos de nuestra justa venganza.

Esta incertidumbre, Evanio, me hace estremecer. Quise, es verdad, seguiros en esta temible empresa, pero el amor y los deseos de aquella misma venganza no me dexaron temer entonces de lejos lo que ahora temo a vista de esas playas y tierra en que recibimos el ser. A nuestra patria llevamos, Evanio, el incendio y la destrucción, y este pensamiento me obliga a rogaros que veáis, mientras tenemos tiempo, de aconsejar a Sofir a que mude la determinación que mi padre y Susenando mi tío le aconsejaron, como arriesgada y expuesta a un éxito temible. Osad también vos el disuadírsela, pues la impresión que me hace la misma a vista del peligro la sentirá también él tal vez, y vuestro consejo podrá tener aquí más fuerza para con él que allí todas las persuasiones con que quiso mi padre apartarle del intento».

Oía atentamente Evanio este discurso de Florinda quando la interrumpe diciéndola:

«¿Qué escucho? ¿Y de quándo acá dexó apoderar su corazón la hija del conde Don Julián del arrepentimiento de su jurada venganza? Porque, ¿qué otra cosa me dan a entender esos temores que me manifestáis con el pretexto de la compasión a la patria y de los males que se la pueden seguir de nuestra empresa? Qualesquiera que ellos sean, se deben adjudicar antes a las maldades y desafueros de vuestro forzador que a nuestras armas, pues no es sola vuestra violación la que vamos a vengar, sino también la traición meditada contra mi vida y la de mi hermano Sigiberto y contra la de vuestro padre. Nuestra determinación lleva consigo los males que teméis, mas éstos son necesarios en la guerra, en la qual usamos del derecho natural de repeler la fuerza con la fuerza, ni queda otro medio y partido que éste a quien quiere vengarse de un tirano que puede hacer desvanecer qualquiera otra tentativa y aniquilar a los agresores.

Vuestro padre y Susenando desaconsejaron a Sofir esta expedición no por ser ella en sí desacertada y temeraria, mas por no tener antes de executarla alguna plaza fuerte donde pueda recobrarse en caso de una siniestra contingencia; pero sabe Sofir lo que puede prometerse de sus feroces tropas y de su consejo, aunque determine hacer el desembarco en la primera playa. Dexad, pues, de rogarme lo que gravemente reprendiera vuestro padre si condescendiera yo con vuestros ruegos, como flaqueza y temor indigno de una hija suya. Él es el que debe merecer todo vuestro afecto y compasión, y no esos montes ni esas playas, ni esa patria que no es ya la vuestra ni por tal la debéis reconocer. Patria es sólo aquella que asegura al hombre la vida, los bienes y la libertad de que fuimos despojados en esa tierra, y que vamos a recobrar con las armas».

Cedieron los temores de Florinda a las razones de su marido Evanio, pero a pesar de ellas sentía la fuerza del afecto y compasión para su infeliz patria; calló, sin embargo, acomodándose con la suerte que hacía ya inevitable aquella expedición que tan funesta había de ser a la misma y a su marido, como también al jactancioso Sofir, que desatendidos los consejos del conde Don Julián se imaginaba salir con la conquista de la España, queriendo usurpar la gloria que de ella le resultaría no solamente a Tarif y a Muza, generales del califa que quedaba en el África con otro exército, sino también al mismo califa, que no le dio aquel encargo, que antes bien le mandó que le esperase en Tingis para entrar en la España con todas sus fuerzas juntas.

Mas él, engañado de su ambición e impelido de la misma, atendió sólo a salir quanto antes con aquella empresa, y para ello resolvió desembarcar su exército en una enseñada que entre Opitusa y Calpe se extendía hacia el oriente, capaz de recibir en su seno toda su armada, que mandó surgir allí, favoreciendo a su intento los callados vientos; y asegurado por los exploradores que envió antes a reconocer la tierra que le hallaba la costa sin defensa y sin gente que pudiera impedirle el desembarco, mandó arrimar luego a la playa las naves que llevaban los puentes e hizo desembarcar sus esquadrones.

¡Quál fue el terror y espanto que se apoderó de los pueblos fugitivos luego que vieron acercarse a las playas tanta vela que amenazaba la destrucción de la España! ¡Quál el sobresalto y confusión quando cundió la voz de su llegada! Avisado de ella el rey Rodrigo y del lugar en que Sofir hacía el desembarco, dexó los reales, que había asentado en medio de la Bética para poder acudir a tiempo a qualquiera parte de sus playas en que desembarcase el enemigo, y movió contra él su exército al tiempo que le llega el aviso de acercarse la tropa que pidió de socorro a los cántabros, y que venía por xefe de ella el joven Pelayo, hijo de Asturio. Consoló y confortó mucho esta noticia al rey Rodrigo, no menos que a los pueblos consternados por la llegada de los árabes, porque desconfiados ellos de sus fuerzas debilitadas con tantos años de paz ponían su confianza en el socorro de los fuertes cántabros y de su

joven xefe Pelayo, de quien se complacía la fama de divulgar maravillas, a que dio motivo el hallazgo del niño por el viejo Onildo y la vida rústica que llevó en el monte y en la cueva en que decían haberle alimentado una loba.

A éstas se añadían otras cosas que, aunque destituidas de verdad, avivaban la confianza de los godos y la curiosidad de ver al mismo, acudiendo los pueblos a honrarle por los lugares por donde se encaminaba a juntarse con el exército del rey, creyendo todos ver en él al restaurador del reyno. No fueron menores las demostraciones con que le recibió el rey Rodrigo y con que quiso manifestar su gratitud a la nación cántabra y a su padre Asturio, que le enviaba su propio hijo, mancebo en cuya fiera y magestuosa presencia concebía el rey Rodrigo seguras esperanzas de la victoria.

Impelido de ellas no dudaba ya de acometer al exército enemigo, contra el qual movió sus reales, pero sabiendo que Sofir había desembarcado su gente resolvió esperarle en sitio ventajoso antes que él pudiese sospechar su llegada, pues creía Sofir que el rey Rodrigo amedrentado, en vez de pensar en oponerse a su intento tenía determinado retirarse a los Pirineos con todos sus tesoros. Engañado de estas voces y de su ufana satisfacción, luego que llegó a ver ordenadas de priesa sus legiones y las naves vacías de todo el aparato de guerra puso el colmo a su arrojo mandándolas zarpar y volver al África, para quitar a sus tropas toda esperanza de refugio y obligarlas así a morir o vencer por desesperación.

Ellas, al contrario, viendo que se les quitaba aquel solo recobro que podían esperar en tierra extraña, comenzaron a murmurar del hecho, a caer del ánimo, manifestando a Sofir su disgusto. Enfurecido éste entonces monta a caballo, y desenvaynando su alfange se muestra a sus esquadrones descontentos, y señalándoles con el mismo alfange las naves que partían les dixo así con sañudo semblante:

«Si vuestro valor y esfuerzo no hubiera cimentado en mi pecho la certidumbre de la victoria, no me hubiera inducido jamás a quitar a las esperanzas hijas del vil temor y de la cobardía el único refugio que pudiera asegurar su despreciable vida a los vencidos, acogiéndose de esas naves que mando partir.

El solo asilo y amparo en que confían los fuertes es su acero y su brazo, ni necesitan de otro los que siguen las banderas del profeta. ¿Desamparasteis por ventura el Asia, con el fin de conquistar esta rica tierra, para dexaros apoderar, llegados a ella, del temor, que es el que os hace confiar en esas tablas fluctuantes? No, otra patria no os queda ya que aquesta, la más rica y fértil de quantas podáis apetecer, en donde os va a grangear vuestro esfuerzo los señoríos, las dilatadas haciendas, los suntuosos palacios, las riquezas y haberes de los que ahora los poseen. Todo lo alcanza el que desprecia su vida por la gloria, mas lo pierde todo el que teme morir en la batalla, ni muere sino el que está destinado que haya de morir, y ése morirá aunque huya, acompañando a su muerte la ignominia y el enojo de su profeta, que le desdeñará ni le dará entrada en su gloria.

Se os hace forzosa necesidad el morir o vencer, mas como conviene que muera o venza el que combate por la gloria. Con ella os abrirá vuestro acero el camino a las comodidades, a los honores y riquezas que os costará poco conseguir; teniendo de antemano vencidos a vuestros enemigos el espanto y el terror de vuestro solo nombre, ¿qué será vuestra fiera vista en el terrible encuentro de vuestras lanzas y azagayas? No queráis, pues, que llegue el lance a desmentirse la reputación de vuestra fiera valentía, mas atropellando en el primer encuentro a los que osaren haceros frente, abríos sobre sus cadáveres la senda a los bienes en que dexaréis heredados a vuestros hijos, habidos en las mugeres que escogeréis a grado entre las nobles cautivas que os ofrecerá este vasto reino».

Este discurso de Sofir sosegó sus legiones, y en vez del abatimiento a que entregaban sus ánimos al ver partir las naves avivó en ellos el corage y la esperanza de las riquezas y bienes que iban a conseguir con la victoria. Lo que conocido por él, sin darles tiempo para ceder a la desconfianza, manda dar la señal de la marcha. Comienzan a desfilar al son de los bárbaros atabales y lililíes los esquadrones sin recelo de ser acometidos, atronando las playas y los campos con las voces y gritos jactanciosos, como si con su llegada quedasen ya dueños de la tierra. Apresuraba Sofir su marcha atendiendo principalmente a quitarles la vista de la mar, y no cuidaba de tenerles en la debida ordenanza, ageno de tener tan cerca al exército godo y mucho más de hallar en ellos la fortaleza y animosidad que había de ser tan funesta a su ambiciosa jactancia.

# Libro VIII

No tardó en saber el rey Rodrigo el desorden y confusión con que dexaba Sofir internarse en la tierra sus esquadrones, que por ella se esparcían para robar y hacer botín en los lugares y aldeas que hallaban vacías de habitantes; y pareciéndole ocasión oportuna para sorprender y derrotar al incauto enemigo, determina poner luego en orden de batalla su exército y envía aviso al conde Endigindo, a quien había destacado antes con gran parte de la caballería para que recorriese las playas, haciéndole saber su determinación y mandándole volver a toda priesa para que, en caso de hallar trabada la batalla, acometiese de lado a los enemigos y los rompiese; y sin esperar su llegada destina la vanguardia a su deudo D. García, mancebo esforzado y de cuya animosidad y consejo se prometía mucho el rey Rodrigo, reservándose el centro para sí y para el joven Pelayo.

Mas éste, echando de ver que quería distinguir el rey a su deudo en preferencia suya, llevado de la noble emulación que excitaba en su pecho el honor del peligro que pretendía para sí y para sus cántabros, sin esperar que se le diera satisfacción por ello resuelve tomársela él mismo, separando los esquadrones de los suyos del exército del rey, resuelto a volverse con ellos a su tierra. Avisado Rodrigo de esta novedad y sorprendido de ella le envía un atento mensage para saber de él el motivo de su determinación, que no comprehendía.

Pelayo, lleno de la natural y fiera franqueza que contraxo en las selvas, responde haber venido voluntariamente los cántabros en su socorro, y que querían ser los primeros en el riesgo de la batalla; que quando no fuese atendido este su honroso deseo se volverían por el mismo camino a sus casas. Conociendo por esta respuesta el rey Rodrigo la pretensión del joven caudillo de sus confederados, resuelve ir en persona a excusar su primera determinación, y lo executa diciendo a Pelayo que había pretendido darle a él y a sus soldados el puesto más honroso y de su mayor satisfacción colocándoles en el centro de su exército, donde iría él mismo; pero que si creía más honroso al esfuerzo de los cántabros el sostener el ímpetu de los enemigos, venía bien en ello, alegrándose de que les naciese de propia voluntad lo que se conformaba también con la suya; que por lo tanto fuese a ocupar el frente del exército, de donde haría retirar a Don García.

Contento y satisfecho Pelayo de la condescendencia del rey, se la agradece y se encamina sobre la marcha a tomar la vanguardia que tenía ya formada Don García. Éste, resentido por ello, quiere oponerse, diciendo a Pelayo con rostro y tono enardecido:

«¿Qué es lo que pretendéis? Debo yo llevar la vanguardia, y no cedo a ninguno el puesto que el rey me dio, el que ya ocupo y que me es también debido».

El fiero joven Pelayo, disgustado ya de la preferencia dada a Don García, viendo que le hablaba el mismo con tono imperioso y ayrado le responde, movido de su atrevida animosidad:

«Encamino mi gente a donde impedirá que no sean vencidos los godos del primer ímpetu del enemigo, y a donde me abriré el paso con este acero contra qualesquiera que osaren disputármelo».

Dicho esto, desenvayna su espada y encara a Don García, que conociendo su acción desenvayna también la suya, al tiempo que le llega el orden del rey de retirarse y de ceder la vanguardia a las cántabros.

Pero como estaba ya picado en lo más vivo de su honor de la respuesta de aquel fiero mancebo, se hace sordo al orden del rey y quiere manifestar a Pelayo su resentimiento poniéndose en ademán de defensa con la espada levantada. Nada contiene entonces al intrépido Pelayo, y le embiste y apremia sin dexarle tiempo su denodado esfuerzo para que le ofendiera, debiendo ceñirse sólo a defenderse de sus estocadas y a ceder poco a poco el campo. Llama aquel extraordinario lance a la curiosidad de todos los soldados presentes, que acuden a ser mirones de aquel espectáculo. Informado de él el rey Rodrigo, acude en persona a separar los dos competidores, gritándoles desde lejos:

«¿Qué es lo que hacéis? ¿Qué furor os anima? ¿No oís al enemigo que se acerca y que os va a sorprender en ese indigno cumbate?»

A pesar de las voces del rey no se contiene Pelayo en su ardiente porfía y llega a herir a su contrario, y aunque no era mortal la herida, regaba la vertida sangre el pecho de Don García, que enfurecido por ello iba a vengarse de su adversario al tiempo que, llegando el rey, le contiene diciéndole:

«¿Así respetáis mis órdenes, Don García? Retiraos, os digo, y ceded el lugar a quien le tengo destinado».Y luego, vuelto a Pelayo, comidiéndose con él le dice:

«Y vos, Don Pelayo, id a formar luego la vanguardia, si no queréis que nos sorprenda el enemigo y nos venza, haciendo vanos los esfuerzos de vuestro valor y consejo».

Lisonjeado Pelayo del atento modo con que le hablaba el rey en cotejo de Don García, le dice que iba a satisfacer sus deseos y lo executa, haciendo pasar adelante a sus cántabros.

Sosegada así felizmente esta competencia, que hubiera podido poner a riesgo de que se perdiera la oportunidad de sorprender en desorden al enemigo, atiende Rodrigo a ganar el tiempo perdido haciendo dar la señal de la marcha. Más antes quiere avivar con su exhortación la animosidad de su tropa, montando para ello en su fiero caballo Orelia, cuyo ardiente y denodado cuello parecía respirar la jactancia de la victoria, tascando el oro del freno que argentaba con la hervorosa espuma de su boca. Iba en él Rodrigo todo resplandeciente con las preseas que adornaban su corto manto, el qual, cayéndole por la espalda a la ligera, dexaba libre el brazo en que sostenía su rica espada; y recorriendo así sus esquadrones les decía:

«Quanto mayor es el riesgo a que la suerte expone a vuestra patria, y con ella a vuestros bienes y familias, tanto mayor debe ser vuestro aliento y fortaleza para superarle, a más de

que saca siempre el hombre mayor gloria del peligro mayor si le vence. Ni es la gloria sola ni el honor los que deben empeñar en este lance vuestra fortaleza; igualmente os deben también interesar vuestros hijos, vuestros padres y mugeres, a quienes dexasteis abrazando los altares e implorando con sus ruegos y llanto vuestra defensa y la suya. Pero el cielo no defiende, por cierto, ni ampara a la cobardía. Antes bien, se hace indigno de su protección el que en defensa del sagrado culto no expone su sangre y vida seguro de hallar así, aunque muriese, corona eterna en la gloria.

Y si el presentimiento que concibe el alma de un suceso feliz suele ser feliz agüero del mismo, el que concibe la mía os promete hoy la victoria. No es un antojo vano el que aviva esta mi confianza, es el desorden con que se acerca el enemigo y el errado consejo de su general, que expone sus soldados al filo de vuestro acero; no os queda más que hacer para ello que sorprenderles en su marcha y matarles como ladrones. Por feroces que os los haya pintado la fama veréis que no resisten a vuestro acometimiento, no estando formados en cuerpo ni sostenidos de la debida ordenanza. En vano, pues, os detengo en acordaros la antigua gloria de la nación que conquistó este reyno del gran poder de los romanos. A vosotros os toca el defenderle de esas toscas y bárbaras gentes, que sacadas de los desiertos de la Arabia y del África no conocen el arte de la guerra ni su disciplina. Id, pues, acometedles sin temor, el cielo asegura hoy a vuestro esfuerzo la victoria».

Acabado este discurso envía aviso a Pelayo que podía acercarse al enemigo, que se hallaba poco distante. Había Sofir puesto en la vanguardia los egypcios y fenicios, la mayor parte sagitarios que tenían por xefe al valiente Jusefit. El alto Alazar regía el centro, compuesto de armenios, de árabes y judíos, entre los quales él descollaba todo su gran turbante. Mandaba el mismo Sofir la retaguardia, compuesta de mamelucos y africanos, y con ellos iban otras naciones allegadas del Oriente, parte misios y licios, llevando cada una de ellas las armas y trages propios según sus usos y costumbres bárbaras. Diez mil caballos formaban las dos alas del exército, de las quales tenía el mando de la siniestra Sigiberto, hermano de Evanio, honrado por el califa con este grado creyendo tener en él un terrible enemigo de su propia patria.

Mandaba Evanio la falange de caballos árabes que llevaba Sofir de retén y junto a sí tenía su esposa Florinda vestida a lo guerrero y montada a caballo, teniendo ya enteramente sufocados el miedo los sentimientos de su venganza. De esta suerte caminaba el exército de los africanos, aunque en gran confusión y desorden, quando el eco de los instrumentos bélicos de los godos llego a herir los oídos de los cuerpos avanzados, que sorprendidos de él se juntan a toda priesa para hacer frente al enemigo. Mas llega a tiempo de sorprenderles Pelayo con sus cántabros en su desorden, y se arrojan sobre ellos semejantes a un rápido torrente que, engrosado de las lluvias, sale de los márgenes y se extiende por los campos arrebatando tras sí en su hervoroso curso techos, selvas, ganados y pastores.

Los sirios y fenicios, acometidos de cerca de las lanzas de los cántabros, no pudiendo servirse de sus arcos ceden a su fiereza y se dexan aterrar de ellos. Jusefit, que mandaba la vanguardia, echando de ver el daño mueve luego los egypcios armados de azagayas para que contuviesen el ímpetu de los cántabros, que se abrían el paso sobre los cadáveres y cuerpos semivivos sin que ninguno les hiciera resistencia. Los egypcios, sostenidos por el valor y exemplo de Jusefit, llegan a contenerles y a disputarles el campo, donde confiaba Pelayo llegar victorioso del primer ímpetu hasta el centro del exército enemigo. Y viendo que Jusefit era el solo que animaba a los suyos y les infundía fortaleza con su exemplo, determina acometerle y lo pone en execución penetrando entre sus mismos cántabros hasta que llegó a encararse con el xefe de los egypcios.

Se echa sobre él entonces diciéndole:

«¿Esperabas que fuese tan fácil ser ladrón de los reynos como de los aduares de tus desiertos?»

Diciendo esto embiste a Jusefit, que nada le responde enfurecido qual estaba en la pelea, y sólo atento entonces en desviar la estocada con que Pelayo le arremetía, recibiendo en su escudo el acero, que lo pasó de parte a parte sin ofenderle. Diole esto tiempo para descargar su cimitarra sobre Pelayo, y que éste reparó también con su escudo, pero baxándose al mismo tiempo so el escudo llegó a herir de punta a Jusefit en el vientre sin que éste sintiese su herida; llevado, sin embargo, del furor y rabia que le animaba, iba a descargar otra vez su alfange sobre Pelayo al tiempo que le sorprende uno de los cántabros, que le atravesó el pecho con la lanza y le derribó muerto en el suelo.

Se alegra y siente a un tiempo mismo Pelayo que uno de los suyos le usurpase aquella victoria, pero ansioso de conseguirla toda entera anima a los suyos diciéndoles:

«Herid ahora y matad a vuestro salvo, pues caído el xefe ninguno de estos bárbaros sostendrá vuestro aliento y fortaleza».

Decía esto Pelayo sin cesar de herir a los enemigos, levantado de pies sobre el gran cadáver de Jusefit, que todavía resollaba. Los egypcios, espantados de su terrible denuedo y de la muerte de su xefe, comienzan a desfallecer, e iban a volver la espalda para entregarse a la fuga quando, avisado Alazar de su desconcierto, mueve todo el centro del exército que mandaba, compuesto de árabes y armenios.

Éstos, llegando de fresco y apiñados entre sí, impiden la fuga a los egypcios y les obligan a sostener el choque. Mientras Alazar repara el desconcierto y flaqueza de la vanguardia y contiene el furioso ímpetu de los cántabros, Sofir, sabida la muerte de Jusefil y el desorden de los egypcios, determina ir en persona a sostenerles con tres mil licios que destacó de la retaguardia. Echando de ver entonces el rey Rodrigo el movimiento de Sofir, hace extender el centro para cubrir más a los cántabros, que fatigados del combate hallaban sobrada resistencia en los árabes y armenios a quienes animaba Alazar que peleaba a su frente, y a quien luego que vio el joven Pelayo anheló llegar con él a las manos para derribarle como lo acababa de hacer con Jusefit. Pero Alazar, viendo empeñados los armenios en el combate, se retiró al centro burlando así los intentos de Pelayo, a quien parecía que alguna invisible deidad infundiese aliento y le defendiese de las armas enemigas.

El rey Rodrigo, viendo reforzado el centro con los licios capitaneados del mismo Sofir, vistoso sobre su caballo por sus ricos adornos, envía a su deudo Don García con seis mil celtiberos para que tentase romper los árabes por la izquierda. Conoce Sofir la intención de Rodrigo y le previene, haciendo adelantar contra los esquadrones que mandaba Don García todo el cuerpo de los mamelucos que tenía de retén, capitaneados por Evanio, con cuya llegada se sostienen los árabes, acometidos ya por Don García y por sus celtiberos, los quales, espantados del fiero aspecto y trage de los mamelucos, comienzan a desfallecer y a cederles el campo, haciendo en ellos estrago las cimitarras enemigas.

Lleno entonces de despecho y de rabiosa confusión Don García, no solamente por las proezas de su rival Don Pelayo sino también por verse acometido con ventaja de Evanio, hijo de Vitiza, que era el que regía a los mamelucos, decía gritando a los suyos:

«Cobardes, ¿qué hacéis? ¿Mientras va de vencida en las demás partes el exército enemigo, vosotros solos habréis de desfallecer y llevar el oprobrio y la confusión de no haber resistido a los enemigos? Oponed a esos alfanges los escudos y morid o venced, como voy yo a vencer o morir».

Dicho esto, se esfuerza en llegar al frente de los suyos y lo consigue, tiñendo luego su espada en la enemiga sangre con que aviva el corage de sus soldados.

Reconoció así luego Evanio a Don García, que le había sido amigo antes de retirarse al África. Y aunque se le acordó entonces su antigua amistad, no por eso dexa de tenerle ahora por odiado enemigo, queriendo vengarse en su sangre de los agravios de su deudo Don Rodrigo, por quien peleaba. Llevado de esta animosidad atiende sólo a cerrar con Don García, haciendo que los suyos le abriesen el paso. Su presencia y vista llama la atención de Don García, que te reconoce también al tiempo que Evanio iba a embestirle con la espada, diciendo:

«Atribuye a las tiranías de tu deudo el que Evanio te sea ahora enemigo y que te lo manifieste».

Elude Don García su estocada y le responde:

«Y tú, Evanio, atribuye a tu alevosía el que yo la repruebe y vengue de ella a la patria».

Dicho esto tienta herir a Evanio sin poderle ofender tampoco, convertida mutuamente su amistad en mayor odio y rencor que animan sus corazones a la venganza. Evanio, instigado de ella, se esfuerza en herir a D. García por debaxo del escudo en que cubría su pecho, y lo llega a conseguir pasándole de parte a parte el muslo, al tiempo que, inclinándose Evanio descuidado de su entera defensa, fue a encontrar su cuello sobre su escudo la espada de Don García, con que le hubiera acabado si la herida no hubiese sido de soslayo. Arrojan, sin embargo, uno y otro ríos de sangre, que en vez de apagar su enojo se lo enardece mucho más, a grado de acabar entrambos con sus vidas.

Así, olvidados uno y otro de sus tiernas esposas, aspiran sólo al bárbaro antojo de matarse. Mas comienzan a sentir luego el dolor de sus heridas y la flaqueza que les causaban las mismas, mas se esfuerzan en sacar de ellas nuevo aliento para acrecentarlas enconados en el combate, en que Evanio logra clavar en las ingles a Don García la punta de su espada. Éste, obligado del dolor de la nueva herida, mientras lleva a ella la mano para aliviarla da lugar al furioso Evanio para que, aprovechándose de su descuido, le atravesase el pecho, al tiempo que el escudero de D. García, que peleaba junto a él, le metió el estoque en el vientre al infeliz Evanio. Caen así uno tras otro los dos animosos xefes entre sus soldados, que empeñados en la batalla no podían socorrerles. Permitiendo, sin embargo, a Don García su herida el sostenerse en el suelo apoyado a su brazo, pudo recibir ayuda de uno de sus soldados, que le sacó de la fila para sobrevivir pocos instantes a su ya muerto contrario, dexando viudas a sus esposas en el primer año de su casamiento.

Iba entretanto el victorioso Pelayo aterrando con sus feroces cántabros los esquadrones de los árabes y armenios, aunque tenía ya recibidas tres heridas, mientras los godos, capitaneados de Don García, ceden enteramente al furor de los mamelucos y de los licios que llevaba Sofir en persona. Debió entonces acudir también a sostener a los suyos el rey Rodrigo con la mayor parte del centro, ni hubiera podido recabarlo si no hubiese llegado luego el conde Endigindo con la caballería, con la qual entra a rienda suelta en la batalla como le había mandado Don Rodrigo, rompe de lado a los mamelucos y pone en desorden a los licios. No desmaya por eso Sofir, antes resuelve aventurarlo todo dando señal a su caballería para que embistiese por una y otra parte a fin de contener la caballería de Endigindo.

Recibida la señal, parten a una como rayos los caballos númidas, barceos y masilos que componían las dos alas, de las quales regía la diestra Sigiberto, que hizo suspender con su llegada el estrago y desorden causado en los mamelucos por Endigindo, cuya caballería se vio

luego envuelta por la africana. Hízose entonces general la matanza del campo de batalla, peleando unos y otros entre sí y confundidos los infantes con los de a caballo. Aunque Sigiberto iba en trage arabesco, le reconoce Endigindo, con quien llegó a juntarse después de haber muerto a quantos godos se le oponían, haciéndose formidable a todos su alfange.

No pudo dexar Endigindo de afearle su traición, de donde procediendo a mutuos denuestos y ultrajes llegan a las manos. Mas el terrible Sigiberto, que peleaba animado de la desesperación y de la rabia que le había avivado Endigindo, lanza contra él su ardiente caballo y al golpe primero de su alfange le divide la cabeza en dos partes, de modo que cayendo cada una de ellas por los hombros quedaron asidas de las extremidades del cuello, hasta donde había penetrado el filo del alfange. Con su muerte pareció desfallecer el aliento con que los suyos acababan de entrar en el combate. Avisado Rodrigo de su muerte, y echando de ver el estrago que hacía la caballería enemiga, se vio precisado a dar señal a la suya para que se opusiese a la africana.

Al son de las trompetas parten de carrera los caballos iberos, que parecían volar por el campo, y llegan a amparar los esquadrones del muerto Endigindo, a quienes aterraba el brazo de Sigiberto. No quedó entonces ocioso ningún acero sino el de Florinda, que a corto trecho del lugar del combate estaba montada a caballo ignorando todavía la muerte de su marido Evanio, a quien luego que perdió de vista se dexó apoderar del desmayo que le sobrevino y que cubrió sus ojos de tinieblas; falta entonces de aliento dexó caer las riendas de la mano, y se dexara caer del caballo si su escudero Flavigildo no la hubiera recibido en sus brazos e impedido así la caída. Siéndole imposible al mismo volverla a reponer en la silla en que no podía sostenerse, y quitándola del caballo, la hubo de reclinar al tronco de un árbol y esperar allí el éxito de la batalla.

Ésta estaba suspensa todavía, durando la horrible confusión de gritos, lamentos, sones y choques de los aceros, sin ceder ninguna de las partes hasta que el fuerte Pelayo consiguió ensangrentar su espada en la sangre de Alazar, que mandaba el centro. Caído éste caen también de ánimo los armenios y comienzan a desbandarse, pero Abenjuluf, a quien Sofir encargó los cuerpos de retén, los hace adelantar e impide la fuga a los armenios. Comenzó entonces Sofir a desesperar de la victoria, pero en vez de abatirse su ánimo a su contraria suerte resuelve tomar el último expediente acometiendo al rey Rodrigo, pues acortadas las distancias con las muertes de los esquadrones que regían se hallaban cerca uno de otro, montados ambos a dos en sus caballos, sobre los quales se hacían visibles a todo el exército.

Impelido, pues, Sofir de su desesperación, hácese lugar entre sus licios y se arroja a los godos, por los quales se abrió camino y campo con su cimitarra. Pero el caballo, deslizando en los cadáveres que hollaba, cae y dobla las rodillas, dexando expuesto al intrépido Sofir a las lanzas de los godos. Mas éstos, aturdidos y amedrentados de su arrojo y cimitarra, no se atrevían a acometerle, pareciendo Sofir un jabalí que, erizando las cerdas de su dorso y echando fuego por sus ojos, muestra sus fieros colmillos a los perros que le ladran entorno sin osar ninguno embestirle.

El rey Rodrigo, viendo caído al xefe enemigo, mueve luego su caballo, y reprochando a sus soldados la cobardía que manifestaban en aquel lance en que iba a decidir la victoria acomete a Sofir al tiempo que éste, clavando la espuela a su caballo, le hizo levantar enfurecido, de modo que fue a dar de cabeza contra la cabeza del caballo de Rodrigo, que le embestía con igual ardor. Aturdido uno y otro caballo del tope, se paran asombrados, y sostenidos de los que los regían les dan lugar y tiempo para combatir entre sí, siendo el primero Rodrigo en mover su espada contra su contrario. Mas éste, despreciando aquella estocada, tendió su gran cuerpo sobre la cerviz de su caballo para herir de lleno en la cabeza del rey godo, y lo consigue descargando sobre ella su cimitarra.

Le dexa medio aturdido del golpe, pero el león de oro que llevaba sobre el yelmo rechazó la herida y el acero, que cortó parte del penacho que adornaba al yelmo. A pesar de su aturdimiento pudo Rodrigo doblar la estocada, y hiere de punta a Sofir. Impidió el peto que llevaba baxo su rica túnica que fuese mortal la herida, pero penetró bastante para que la salida sangre tiñese su precioso vestido y para que el dolor de ella encendiese el enojo del xefe africano, que movido de él tentó cortar de un revés la cabeza al monarca. Pudo éste desviar el golpe con la espada y hacer vano el intento de Sofir, a quien acometen entonces los godos con sus lanzas, con que le atraviesan su caballo, que cayendo muerto hace también caer a Sofir en el suelo y le apremia con su caída.

Impaciente Rodrigo quiso entonces acabarle, pudiéndolo hacer a su salvo, mas le contuvo su generosidad al tiempo que iba a herirle y mandó a los soldados que se apoderasen de él y le tuviesen prisionero. Mostró entonces la desgracia de Sofir que era su presencia la que sostenía la batalla, porque luego que le vieron los licios en poder de los godos comienzan a desordenarse y a entregarse a la fuga. No tardan a imitarles los árabes a quienes contenía Abenjuluf, y sin cuidarse de sus amenazas y gritos le atropellan en su confusa fuga mientras peleaban todavía los de a caballo.

Los númidas fueron los primeros que, viendo puestos en fuga a los armenios y licios, empiezan también a huir, volando de tropel por la llanura. Quiso contenerlos Sigiberto, que era el solo de los xefes enemigos que quedaba con vida, mas conociendo que le era imposible evitar su adversa suerte prefirió una muerte esforzada a una vergonzosa esclavitud. Quiere, sin embargo, vender su vida a caro precio encarando a los aceros vencedores, mas el furioso tropel con que la caballería goda comenzó a perseguir a los fugitivos le envuelve y le arrastra tras sí como un torrente, en que pereció, quedando vengada su patria del mal ánimo de los hijos de Vitiza.

Viendo el rey Rodrigo declarada en su favor la victoria con la fuga del exército enemigo, quiso alcanzarla enteramente dando él mismo alcance a los fugitivos, gritando a los suyos que no diesen quartel a ninguno, mas que los matasen a todos sin compasión. Ofreció entonces aquella vasta llanura un horrible espectáculo a la vista con la muchedumbre de los cadáveres, ya amontonados, ya esparcidos por ella, resollando todavía el amigo herido junto al amigo muerto, el enemigo sobre el enemigo, revolcados otros en los charcos de su vertida sangre; pedían unos la vida, otros la muerte que no podían evitar ni apresurarla como deseaban, confundidos los gritos y lamentos de los miserables que huían con las voces altaneras de los ufanos vencedores que los perseguían, herían y mataban a su grado.

Flavigildo, el escudero de Florinda, que estaba esperando con ella el éxito de la batalla, luego que vio huir a los árabes y armenios se dexa apoderar del espanto que acometió a su pecho, y confuso y temeroso no sabía si abandonar a su señora o ayudarla a montar a caballo para salvarla. Le contiene ella, vuelta poco antes en sí de su desmayo, preguntándole por su marido Evanio. Flavigildo le responde que sólo era tiempo de atender a la fuga pues se había perdido la batalla, y la insta para que montase a caballo. Impelida ella entonces del miedo y sobresalto, se esfuerza en ganar el caballo, ayudada de su escudero, y lo consigue, ansiosa de evitar no la muerte que imploraba mas el caer en manos del rey Rodrigo, en cuya sangre esperó lavar su ultraje y saciar su venganza.

Mas desvanecida ésta, ponía todo su ahínco en huir entre el tropel de los que anhelaban evitar la saña vencedora y le impedían el camino a su caballo, no cesando de repetir el nombre de su Evanio, cuya vida le interesaba más que la propia. Rodrigo, que iba en su ardiente caballo dando alcance a los fugitivos, como llegase a descubrir a Florinda sin conocerla, antes bien creyéndola uno de los principales enemigos por su penacho y armadura que resplandecía, pone su mira y ahínco en alcanzarla, azorando contra ella su fatigado Orelia. Y luego que lo

consigue, impele con furia su espada, que le atravesó de parte a parte por la espalda y la derriba del caballo.

Arroja un doloroso gemido la infeliz Florinda acompañado del nombre de su amado Evanio, que proferido por ella conmovió al rey Rodrigo y le infundió duda de si sería Florinda. Queriendo salir de su sospecha manda a los que te seguían que quitasen la visera a aquel herido. Lo executan ellos y descubren a los ojos de Rodrigo el rostro de aquella que, violada por él, era causa de aquel estrago. Impelido del dolor que le causa tal vista, se precipita del caballo, y arrojándose en el suelo en que yacía la infeliz Florinda prorumpe en sollozos y lamentos y se esfuerza en sostenerla en su brazo, para merecer así con su llanto y dolorosas expresiones el perdón que la pedía diciéndola:

«¡Ó, Florinda! ¡Ó, eterno amor del más desventurado de los reyes, ora solo dolor eterno del mismo! ¡Florinda! ¡Ó, cielos! ¡Ah! Pudiera yo a lo menos arrancar de esos labios el perdón que os pido, no sólo de mi ciego error, que acaba de destruir el modelo más perfecto del amor y de la naturaleza, mas también del de mi pasión, a quien pudo hacer excusable esa preciosa hermosura. ¡Ó, si pudiese yo resarcir el ultraje con toda mi sangre! Toda, sí, toda ella yo diera para recobrar esa vida, por quien fuera vil precio la mía. ¡Ó, bárbara victoria, te destesto! Tu memoria me será para siempre aborrecible, pues ella engendra el fiero sentimiento que despedaza mis entrañas y que pondrá fin a mi vida. ¡No permitirá mi cruel suerte que yo sobreviva a mi detestable barbaridad ni a ti, Florinda, dulcísimo amor mío, ni a tu muerte! Pueda con la mía aplacar tu odiosidad concebida, y mi alma, exenta del peso de este cuerpo mortal, obtenga contemplar eternamente el dulce rayo de la belleza de la tuya, que disipe las horribles sombras del dolor que me acaba».

Decía esto Rodrigo teniendo en sus brazos a la moribunda Florinda y apretándola a su seno, pareciendo que quisiese infundirle con sus tiernas y ardientes expresiones el aliento vital que iba perdiendo ella por instantes. Mas ella, conociendo que estaba en brazos de su odiado y detestable forzador, manifiestaba con sus flacos esfuerzos que quería evitarle, torciendo a la parte opuesta su rostro e invocando a la muerte para que le arrancase quanto antes de los brazos de aquel que, sobreviviendo a su venganza, hacía su trance mucho más sensible, doloroso y funesto. Así arrojó el último suspiro, continuando Rodrigo, deshecho en llanto, en querer aplacarla.

Pero luego que dexó reclinar la cabeza sin vida se trocaron sus tiernas expresiones en furiosos transportes de dolor, que le obligó finalmente a echar mano de su espada para darse la muerte. Y hallándose sin ella por haberla arrojado de sí teñida en la sangre de Florinda, quiso usar de las de sus capitanes, que atónitos de aquel espectáculo le rodeaban. Ellos entonces, conociendo su furiosa intención, procuraban aplacarle a porfía, ni lo hubieran conseguido si llegando a tiempo el victorioso joven Pelayo, respirando en su cansancio la satisfacción ufana de la victoria, no le contuviera, diciéndole con respeto que se resentía de su natural fiereza:

«¿Cómo, Señor? ¿La muerte de esa muger, enemiga vuestra, merece acaso un dolor tan ageno de la victoria que acabáis de alcanzar? Su hermosura acabó con su muerte».

Pareció en cierto modo avergonzarse el monarca de la presencia y reproche de aquel glorioso mancebo, de cuyo esfuerzo reconocía la victoria, y que cubierto de polvo y manchado con la sangre de los enemigos y de la suya le hacía reconocer su enagenamiento. Sin embargo no dexó de prorumpir en recios sollozos, maldiciendo su suerte y su error en herir y matar a su idolatrado objeto sin conocerle, y de cuyo cadáver no sabía apartarse contemplando su rostro, que apoyado en el suelo sobre su real manto, aunque falto de aquel róseo vigor que animaba sus hechiceras facciones, parecía resplandecer como resplandece el

alba ofuscada de las nubes que celan sus primeros asomos o como el débil rayo de la luna que esclarece a la oscura atmósfera. Todo el exército acudió a satisfacer su curiosidad en aquel admirable dechado de hermosura, hecha triste espectáculo a los feroces ojos de aquellos esquadrones que se enternecían a su vista.

# Libro IX

Debió finalmente ceder el rey Rodrigo, aunque avasallado de su dolor, a la necesidad que le aconsejaba honrar el cadáver de Florinda con los oficios postrimeros, haciendo excavar una peña para colocarle juntamente con el de su marido Evanio, encontrado en el campo de batalla. Y a fin de que quedase perpetua su memoria hizo grabar en la peña misma:

AQUÍ YACE FLORINDA, DECHADO DE SINGULAR HERMOSURA, MUERTA POR EL REY
RODRIGO QUE LA AMO, HIRIÉNDOLA EN LA BATALLA EN QUE VENCIÓ A SOFIR.
COMPADEZCAN SU SUERTE LOS VENIDEROS QUE ESTO LEYEREN.

Satisfecho en parte su sentimiento con este honroso tributo, dio la vuelta a Toledo con todo su exército vencedor, después de haber repartido entre los soldados el rico botín del exército vencido.

Era recibido de todas las ciudades por donde pasaba con aparato de triunfo, que hacía más ilustre el cautivo Sofir, conducido al pie del carro de marfil de que usaban los reyes godos, atado en él con cadenas de oro.

Iba junto al rey Rodrigo el joven Pelayo, ceñidas las sienes de entrambos del laurel de la victoria, resonando todas las ciudades de sus alabanzas por haber librado la España de tan gran peligro. Honraban especialmente a Pelayo con cantares, diciéndole.

«A ti debe la España el gozo y consuelo de que toda ella rebosa. Tu brazo aterró los esquadrones enemigos y los disipó como disipa el torbellino el polvo que levanta. Ni pudo sostener tu esfuerzo el fiero Jusefit, a cuyo orgullo asombró tu terrible presencia, semejante a la del dios de las batallas. En vano esperó también el arrogante Alazar vengar la muerte de su amigo vencido con la tuya. Tu valor hizo desvanecer sus esperanzas derribándole al suelo, que cubrió tu acero de sus derrotados batallones. ¡Ó, eterna gloria de Cantabria y fuerte columna del suelo ibero, que debe a tu aliento el verse libre del yugo bárbaro en que quería avasallarle Sofir!»

Añadían a éstos otros loores que parecían pronósticos de lo que el destino tenía reservado con el tiempo a su valor y brazo. La victoria, divulgada por todas las provincias, trocó su terror y espanto en mayor júbilo, que desahogaban los pueblos con solemnes fiestas y espectáculos, pareciéndoles haber renacido a la vida y a la libertad con aquella victoria, que quiso también solemnizar el rey Rodrigo en Toledo para manifestar a Pelayo su reconocimiento y honrar al mismo tiempo su esfuerzo, haciéndole detener a este fin. Para ello, a más de otras públicas fiestas, propuso una justa con las fieras, con las quales se ofrecieron

luchar algunos esforzados caballeros, en cuyo número quiso también entrar Pelayo. Debían salir, montados en sus caballos y cubiertos de hierro para defensa de sus personas, según salían nombrados por sorteo.

Llenaba el anfiteatro inmenso gentío, deseoso de satisfacer en aquella terrible justa su curiosidad, pues el hombre, quanto es mayor el peligro, tanto más se complace de satisfacerla, aunque a costa de su propio temor y sobresalto. El primer combate había de ser con un león de los que llevaba Sofir en su exército, y luego con las otras fieras que se hallaron en sus reales. Proponía el rey Rodrigo por premio a los vencedores los ricos despojos del mismo Sofir: su alfange joyelado, de que le hizo don el califa, los preciosos aderezos de su caballo y una taza de diaspro engastada en diamantes que él usaba. Salió nombrado primero Turrigindo, deudo de la reyna, gallardo mancebo que se dexó luego ver en el circo montado en un hermoso overo, todo resplandeciente con el oro y plata que le cubría.

Su vista hizo palpitar los corazones de todos los espectadores, cuyo afán creció viendo salir del redil a la animosa fiera, que descubriendo a Turrigindo arremete contra él haciendo estremecer a todo el anfiteatro. El esforzado caballero no espera su llegada sino que impele contra ella su caballo, teniendo él empuñada la espada. Conoce el león su peligro y le conoce también a su terrible vista el caballo, que espantado de su acometimiento, de que no podía huir, lo evita saltando sobre la fiera con el montado caballero y burlando así su fiereza. Mas el león, torciéndose con la presteza del rayo, no dio tiempo al caballero para esperarle de frente, sino que arrojándose sobre las ancas del caballo asienta en ellas sus garras y las ensangrienta sin poder hacer presa, partiendo de carrera el herido caballo.

Aplauden todos al evitado peligro y gritan haber manifestado bastante su animosidad Turrigindo, que podía ceder el lugar al segundo. No dio tiempo para ello la irritada fiera, que persiguiendo en su furor al caballo y caballero obligó a éste a contener el caballo para hacerle frente y matarle como lo esperaba. A este fin cubre con su escudo los ojos del caballo para que no viese el acontecimiento, y se inclina sobre él para herir al león, que le acometía de nuevo. Asestó entonces Turrigindo a la boca que el león abría, pensando meterle la espada en la garganta. Mas el león, mordiendo con enojo el acero, le quebranta, y llevado del mismo ímpetu ásese del caballo y del desarmado caballero, a quien defendió de sus garras la malla que le cubría, quedando despedazado en ellas el caballo, que se hallaba sin defensa.

Viendo el peligro de Turrigindo los jueces destinados a la lucha, y que no podía defenderse sin armas del león que cebaba su fiereza en el caballo a quien despedazaba, hacen salir al segundo caballero sorteado para que defendiera al desarmado Turrigindo, que pudo así retirarse sin daño. Era el segundo caballero sorteado uno de los principales godos, llamado Mazaredo, celebrado por sus fuerzas extraordinarias, y que confiado en ellas fue a provocar luego con la voz y con el acero el león encarnizado en el caballo. El león provocado dexa luego la presa y se arroja con igual fiereza contra Mazaredo, que estando sobre sí y teniendo sujeto al caballo, que rehusaba obedecer, amedrentado del arrojo de la fiera, la mete la espada por la boca que abría y le atraviesa la mandíbula en vez de la garganta, a la qual asestaba el golpe.

Muerde entonces la irritada fiera el hierro, pero en vez de quebrantarle encuentra en sus filos nuevas heridas, sin poder desasirse de él a pesar de sus esfuerzos y rugidos. Ni lo hubiera conseguido si la fuerte mano no le hubiera sacado con violencia para pasar con él el pecho al león y acabarle; mas éste, sintiéndose libre y más embravecido con la herida, sin dar tiempo a Mazaredo para que renovase la estocada hace presa de su pierna, y a pesar del hierro que la cubría se la magulla con sus horribles quixadas. No resiste entonces el herido caballero al dolor que manifiesta con sus gritos y lamentos, de los quales azorado el caballo, que sintió afloxado el freno, parte de carrera y le arranca así de las garras de la fiera.

Ésta, como satisfecha de su venganza, pareció que quisiese atender a curar su herida, que manaba mucha sangre, lamiéndola con su lengua sin cuidarse del caballo que huía con el magullado caballero. Por él mirando, los diputados al combate hicieron sortear luego al tercero. Fue éste el joven Pelayo, que se dexó ver inmediatamente en el circo sobre el caballo que había sido de Alazar, muerto por él en la batalla. Llevaba sus mismos jaeces y el rico estoque que usaba el mismo, sin mudar la nacional sencillez de su vestido según la costumbre de los cántabros, que se resentía de la noble rusticidad en que aquella nación se mantenía y de que se jactaba, despreciando la ostentación y luxo de los godos y la delicadeza de su trage.

Duraba todavía la conmoción que causó a todo el anfiteatro el funesto caso de Mazaredo, pero se trocó de repente en aclamaciones y loores de Pelayo luego que le vieron entrar en el circo. Interesábanse, sin embargo, por el mismo, temiendo que quedase presa del fiero león; decían todos que no expusiese una vida tan gloriosa a tan infructuoso peligro. Mas él, llevado de su animosa intrepidez se encamina hacia la fiera, que no cesaba de relamer su herida, y que provocada de la vista de Pelayo, que iba a acometerla, ruge y se lanza contra él impelida de su rabioso dolor y enojo. Le previene Pelayo presentándole el jaquetillo que llevaba caído del brazo en vez del escudo, en que haciendo presa el león con las dos garras le dio tiempo para pasarle el cuello con el estoque.

Resentido el león de la herida, quiere en su furor desasirse del sayo y lo consigue, rasgándole al tiempo que Pelayo, dando de espuela a su caballo, elude de salto su acometimiento, sin osar seguirle la fiera. Resuena entonces de aplausos el anfiteatro viendo su estoque teñido con la sangre del león, a quien creían herido de muerte. Se convirtieron luego estos aplausos en terror al ver que, dexando Pelayo el caballo, se encaminaba a pie a provocar de nuevo a la fiera, la qual, aunque herida gravemente, no por eso pareció haber perdido su embravecida ferocidad; antes bien acomete a Pelayo con el ímpetu que la vez primera, haciendo aterecer de espanto a todo el inmenso gentío.

El impávido Pelayo no le ofrece como antes el jaque envuelto en su siniestro brazo sino que se lo arroja en los ojos al tiempo que le acomete, y con increíble denuedo y fortaleza se arroja sobre el león, y asiéndole de las guedejas le pasa el pecho con su acero, que llegando a romper el movimiento vital le dexa muerto en el suelo. No acababa de creer aquella inmensa muchedumbre lo que veía, teniéndola todavía enagenada el terror mezclado con la admiración, hasta que Pelayo, asegurado de la muerte del león, fue a montar de nuevo en su caballo, que había desamparado. Atruena entonces a gritos de alborozo el gentío a todo el anfiteatro y la ciudad, mezclándose a ellos los sones de los clarines y trompetas que anunciaban la victoria.

Entre las incesantes aclamaciones de los godos recibe el rey Rodrigo en sus brazos al joven vencedor y le da los parabienes, a que une los suyos la nobleza, admirada de su singular esfuerzo, que parecía participar de sobrenatural. No quiso el rey se pasase a la segunda lucha, en que habían de hacer muestra de su destreza en el arco los sorteados caballeros, difiriéndola para el siguiente día. Mas lo impidió entonces la sobrevenida tempestad que pareció ser agüero funesto de la no esperada noticia que llegó al rey de la venida del califa con una inmensa armada. Creyó Rodrigo haber hecho desvanecer los intentos del califa con la victoria del exército de Sofir, que solemnizaba con aquellos divertimientos.

Mas recibida aquella funesta nueva los hizo suspender enteramente, queriendo atender a la defensa de su reyno, acometido de todo el poder del califa. En medio de las angustias que sentía hallaba el consuelo de tener en los cántabros, y especialmente en Pelayo, la mayor y más segura defensa, mas éste debía restituirse a Cantabria con su gente, no siéndole permitido empeñarse en nueva guerra sin el consentimiento de la nación. Rodrigo, sin embargo, para obligarle a que uniese sus fuerzas a las de los godos, le habló de esta manera:

«Habréis sin duda conocido, ¡ó, glorioso hijo de Asturio, en las demostraciones de gratitud y aprecio que os han hecho todos mis vasallos, la obligación en que os está mi reyno por el socorro que nos quiso dar vuestra nación.

Verdad es que vuestro valor y esfuerzo son acredores a quanto yo y todos mis vasallos podemos hacer y decir para agradecerles; no por eso dexará de conocer vuestro ánimo generoso el general concepto y aprecio que de vos formaron los godos, y que en él en parte se cimenta la gloria de un varón esclarecido. Y los que decimos y creemos que a vuestro esfuerzo y brazo debemos la memorable victoria de Sofir, que eximió la España de la amenazada esclavitud y ruina, amenazados ahora de nuevo de más poderoso enemigo ponemos en vos nuestros ojos y esperanzas, y a una os rogamos que no nos desamparéis en el mayor riesgo. A ello os debe mover no tanto los ruegos de un monarca y de su reconocido pueblo, quanto la gloria que os va a redundar por haber salvado de nuevo a la goda monarquía.

Haced, pues, que alivie yo la consternación en que se halla de nuevo mi reyno con la promesa de vuestro socorro. ¿Qué mayor satisfacción ni más gloriosa complacencia para un héroe que la que debe probar sabiendo que tantos reynos y provincias ponen en él su mayor confianza, y a quien miran como a su deidad tutelar, por quien quedarán sin duda exentos de todos los males que deberán seguir a la victoria de un cruel y bárbaro enemigo? De estos mismos males eximiréis también a vuestra patria militando en nuestro socorro. Porque aunque ella está bastantemente defendida de su misma situación, y mucho más de los pechos de sus pueblos esforzados, pero si nosotros quedamos destruidos deberéis emplear todas vuestras fuerzas contra el terrible vencedor, que intentará acometer la Cantabria sobre nuestras ruinas y ponerla baxo su señorío, y aunque no salga con este intento tendréis para siempre un cruel vecino, que hará tal vez probar a vuestros descendientes el sentimiento de no haber vos empeñado vuestro esfuerzo en el socorro que os pedimos».

Mostró el rey Rodrigo en este razonamiento los afanes de su pecho y la confianza que ponía en Pelayo, el qual, lleno de la dulce satisfacción que le infundían los ruegos de Rodrigo, le responde así:

«Sólo la insinuación de vuestros deseos fuera bastante, Señor, para que debiese satisfacerlos, pues obligado de vuestras generosas demostraciones y de las de todos vuestros vasallos estoy pronto para exponer mi vida y sangre en su defensa y en la vuestra; y por lo que a mí toca os la ofrezco de nuevo, deseoso de encaminarme desde ahora con vos contra el enemigo antes de restituirme a mi patria. Pero sabréis que no depende de mi sola voluntad ni de la de mi padre Asturio lo que vos y vuestros vasallos manifestáis desear, pues es forzoso que deponga en manos de mi nación el empleo glorioso que me confió, sin que lo pueda yo pretender de nuevo si la misma de propio grado no me lo ofrece. Y para que no se difiera por mi parte el socorro que deseáis, me pondré hoy mismo en camino, recompensado bastante de mis servicios con vuestras atenciones, que empeñarán de nuevo mi reconocimiento si la suerte me pone otra vez en la ocasión de manifestarle».

Viendo Rodrigo la imposibilidad de hacer quedar a Pelayo y de lograr su socorro si no le pedía de nuevo a los cántabros, le hizo acompañar de sus embaxadores para pedirlo, enviando con ellos los trofeos obtenidos en la batalla de Sofir para empeñar más los ánimos de aquella nación. Y sin pérdida de tiempo atendió a formar un numeroso exército de todas las provincias de su monarquía para poder rechazar al califa. Pero aconsejado de su misma desconfianza y del temor que los cántabros le rehusasen el socorro, quiso atreverse a ganar el ánimo del conde Don Julián para que le negase al califa la entrada en Tingis, sabiendo que le había obligado la tempestad a refugiarse con toda su armada en otro puerto del África.

Le hizo creer fácil esta reconciliación con Don Julián el conde Ruremundo, pariente de Susenando, hombre eloqüente y que al tiempo que amaba a su deudo desaprobaba su proceder por los males que acarreaba a la España, y se lisonjeaba volverle a su seno sabiendo el dolor y la consternación en que tenía al conde Don Julián la rota de Sofir y de todo su exército, y especialmente la infeliz muerte de su hija Florinda y de su marido Evanio, a que se añadía el temor de no poder sostener su rebelión los intentos de su venganza, destituida de medios para llevarla al cabo y expuesta al resentimiento del victorioso Rodrigo, sostenido de los cántabros y de Pelayo, sin poder esperar tan presto la llegada del califa.

Todo esto avivó las lisonjas del conde Ruremundo y las del rey Rodrigo, que dexó en su manos la comisión, y que partió inmediatamente con ella y con todos los poderes para recabar su efecto. Mas los hados, que texían y destexían infinitas combinaciones con que apresuraban la ruina de la nación goda y de su monarquía, ponen estorbo a la llegada al África de Ruremundo, suscitando una furiosa tempestad contra la nave en que iba y que, hallándose ya cerca de la costa de África, fue a dar contra un baxío, en que hecha pedazos entregó a las olas todos los que iban en ella, pudiéndose salvar la mayor parte para caer en manos de los que guardaban las costas, y que los llevaron presos a Tingis.

Fue allí puesto como los demás Ruremundo en una estrecha prisión, en que quedó hasta que consiguió hacerse reconocer de Susenando, que sabida la sincera comisión que traía le sacó de la cárcel y le presentó a Don Julián, de quien estando presente Susenando le habló de esta manera:

«Si no tuviera conocida el rey Rodrigo la sinceridad de mis sentimientos, ni me hubiera dado el encargo de haceros saber sus deseos, ni yo, si así no fuera, le hubiera tampoco aceptado. La disimulación fue siempre agena de un corazón honrado, y espero que no necesitaréis de protestas para creerme si os digo que el rey Rodrigo, lejos de fomentar contra vos algún sentimiento de rencor y de disgusto, os conserva la estima que le mereció siempre la nobleza de vuestro ánimo y vuestros honrados servicios.

Puede ser prueba en contrario de lo que os digo su proceder contra vos y contra Susenando, proscribiéndoos del reyno, despojándoos de todos vuestros bienes y tratándoos como rebeldes. Mas en eso mismo creo que disculparéis las intenciones del soberano, no ignorando vosotros quién fuese el consejero que le induxo a lo que repugnaba su voluntad. Verdad es que tuvo origen el daño en la violación de vuestra hija Florinda, violación que en vez de poderla yo disculpar me indigno de hacer mención de la misma, y si yo me hubiera hallado en vuestro lugar hubiera lavado con su sangre mi deshonra a riesgo de exponer la mía, pero jamás me hubiera inducido a vengar en la patria y en la nación entera el ultraje del soberano, y a vengar de un modo que os deberá acarrear eterna infamia sin borrar con ella vuestro deshonor.

Veis el funesto fin que tuvo vuestra venganza con la pérdida de Sofir y de su exército y con la muerte de vuestra hija, dada por su mismo forzador sin conocerla mientras perseguía a los fugitivos después de la batalla. Me hallaba yo presente y fui testigo de los furiosos transportes del dolor a que se abandonó el rey Rodrigo luego que llegó a conocerla, pues le hubimos de quitar el acero de las manos para que no se matase a sí mismo, y dar así a Florinda la venganza que ella pretendía de la padecida violencia. Ni satisfecho de esto y de las honras con que condecoró su sepulcro, deseó también, movido de su sentimiento, devolveros su amistad y confianza con todos vuestros haberes y honores, con los quales quisiera que quedase sepultada para siempre la memoria de todos los pasados yerros, así vuestros como suyos, y en especial la del ultraje a que le induxo la ciega pasión suscitada de las singulares gracias y hermosura de Florinda.

No sé qué más pueda ofrecer un soberano, pues todas las ofensas que os hizo como monarca las recompensa como tal, mientras todos los que compadecieron la desgraciada suerte de vuestra hija abominan de vuestro proceder y le miran con execración, habiendo expuesto a vuestra patria a todo el furor y crueldad de un bárbaro enemigo, que si llega a triunfar de ella la obligará a dar en miserable esclavitud indigno culto a su falsa deidad en los mismos altares y templos en que vuestros mayores y vos mismo profesasteis la religión más pura, lo que sucederá necesariamente si entregáis el señorío de estas provincias al califa. Mas si no renunciasteis enteramente a la gloria de vuestro nombre y de vuestra familia ni a la de la patria, que en nada os ofendió, debo esperar que vuestro corazón la antepondrá a quanto os puedan lisonjear las larguezas de un poderoso enemigo».

Sufrió el oír Don Julián este discurso de Ruremundo, que no hubiera sufrido si la muerte de Florinda y la de Evanio con la rota de Sofir no hubiesen antes enfriado los sentimientos de su venganza, y si no le hubiesen hecho advertir con el arrepentimiento los males que acarreaba a su patria, cuya memoria, renovada por Ruremundo, hizo tan grande impresión en su ánimo que hubiera condescendido luego a las proposiciones del rey Rodrigo. Mas el empeño ya contraído con el califa, a quien tenía jurada fidelidad y obediencia, le retraía, pues si se reconciliaba con la patria y con su soberano se declaraba rebelde al califa, lo que se le hacía temible en las circunstancias de venir éste con poderosa armada.

Combatido de esta incertidumbre en que le dexaba el discurso de Ruremundo, le responde que quería tomarse tiempo para resolver en materia tan importante. Esto aprobó Susenando, que se hallaba presente y a quien igualmente interesaba la resolución. Pero luego que Susenando se vio a solas con el conde Don Julián le habló de esta manera:

«No sé qué efecto hayan causado en vuestro pecho las razones de Ruremundo, pero vuestra respuesta me hace temer que cedan vuestros sentimientos a los especiosos ofrecimientos del rey Rodrigo y a la amistad a que quiere devolveros con la restitución de vuestros honores y haberes. Se esforzó a la verdad Ruremundo en culpar su iniquo proceder para más fácilmente disculparle. Mas, ¿es buena disculpa de sus desafueros el querer darnos a entender que los hizo por ageno consejo? ¿Tiene por ventura el ageno consejo fuerza de ley en un soberano? ¿o pudiera tener efecto si en ello no concurriera su voluntad y sanción?

Sin embargo, pretende Ruremundo echarnos tierra a los ojos como si fuésemos extraños a aquel reyno, y celarnos los fines de sus ofrecimientos como si no conociéramos que el que le aconseja y le induce ahora a haceros tan generosas proposiciones es el temor de la llegada del califa y el de perder su corona. Y para impedirlo recurre a vos por medio de Ruremundo, que a fin de conmoveros os representa los daños que vais a causar a la patria, y en especial la destrucción de sus templos y altares, sobre cuyas ruinas levantará el vencedor el estandarte de Mahoma. ¿Mas qué? ¿Por tan simples nos reputa y por tan faltos de discernimiento que no veamos que la causa principal de los males que amenazan a aquel reyno es el proceder tiránico del rey y sus delitos?

*En su sangre hubiera yo vengado su injuria*, dice Ruremundo, pero que jamás hubiera tomado el partido que vos tomasteis entregando las plazas al califa. Mas si después de la deshonra padecida le hubiera Rodrigo confiscado sus bienes, privádole de todos los honores, ¿hubiera Ruremundo vuelto del África a España para tomar la venganza en su sangre, y esto le hubiera sido tan fácil de executar como de decir? ¿Y a esto no le llama traición, como llama a la vuestra por haber implorado agena fuerza y poder contra la fuerza y poder de Rodrigo en defensa de vuestra vida, proscrita y acechada por el mismo?

No, si no dexaos despojar de vuestros bienes y honores, dexaos perseguir y degollar por ageno capricho, privaos del derecho natural de todo hombre, de todo ciudadano, de todo

vasallo de defender su propia vida, antes que incurrir en la nota de infamia, ¿en el concepto de quién?: del ignorante y supersticioso vulgo, en quien la misma rudeza fomenta sentimientos de esclavo. Pero la nación va a quedar expuesta a un yugo bárbaro, a ver aniquilada su religión y destruida su monarquía. ¿Y bien? Se imputan estos daños a los desafueros de su rey. ¿Le ha de ser a éste permitido abusar de toda ley, de toda justicia, y ha de atribuirse a infamia del vasallo el defenderse de las asechanzas de la tiranía? Ésta es la respuesta que debéis dar a Ruremundo, a no ser que os queráis disculpar con el califa quando llegue, diciéndole que habéis querido reconciliaros con el forzador de vuestra hija y con su matador, y con el que envió a Sintila para quitaros con el gobierno de estas provincias la vida, después de haberos declarado traidor y confiscádoos todos vuestros bienes».

Este discurso de Susenando volvió a fortalecer el ánimo ya dudoso del conde Don Julián, aunque al abatimiento en que le dexó la muerte de su hija y la pérdida del exército de Sofir se añadían los disgustos que comenzó a probar de la dominación del califa, porque éste, resuelto a poner en execución la conquista de España y de apoderarse de las provincias tingitanas, había dado orden a su general Tarif que introduxera varios cuerpos de su exército en las ciudades principales y especialmente en Tingis, con pretexto de defender la persona del conde Don Julián, pero de hecho para asegurarse de su fidelidad y para tener prenda de la misma, queriéndole dexar en el gobierno de aquellas provincias como le dexaba, lo que imposibilitaba en parte su reconciliación con la patria a que se inclinaba, y de este pretexto se valió para dar la respuesta a Ruremundo después que Susenando desaprobó su resolución.

Pero Ruremundo le pondera entonces la dificultad de la empresa del califa en la conquista de tan grande reyno, especialmente teniendo por aliados los cántabros y por su xefe a Pelayo, cuyo admirable valor y esfuerzo sobremanera le encarece, y que si para la defensa del África y seguridad de su reconciliación con su patria quería guarniciones de cántabros en vez de godos, haría que el rey Rodrigo se los enviase, con los quales le sería fácil echar de aquellas provincias y sus ciudades los árabes que el califa había introducido. Lisonjeaban estas proposiciones al conde, mas contenido del temor de la llegada del califa quedaba todavía perplexo, hasta que le hizo inclinar a sacudir su dominio la altanería con que le respondió Macif, capitán de los árabes, perdiéndole el respeto. De lo que gravemente ofendido el conde, determina vengar su ofensa quitando la vida a Macif, con que se iba a declarar enemigo del califa.

Antes de llegar a este paso quiere consultarlo de nuevo con Susenando, a quien habló de esta manera:

«Aunque no tuviera tantos motivos como tengo para apartarme de la amistad del califa, sobraban los desafueros cometidos por su gente en estas provincias, cuyo gobierno parece que se me dio sólo en apariencia. Rendido, sin embargo, a vuestras razones, quise permanecer en la enemistad con el rey Rodrigo, y era ésta la última determinación que mi ánimo abrazaba. Mas el ultraje que acabo de recibir de Macif y la insolencia con que recibió mis representaciones me exasperaron de modo que estoy resuelto a vengarme de él quitándole la vida, y sacudir así el yugo en que nos tiene el califa. Porque, ¿quál es mi autoridad si no puedo remediar ni castigar los delitos de sus soldados? ¿Es ésta la remuneración del califa por haberle entregado estas provincias?

Rodrigo, es verdad, nos trató como tirano, pero ahora desea remediar los males que nos hizo y todas sus violencias, devolviéndonos todos nuestros honores y bienes, dexándome el libre gobierno de estas provincias, y no veo por qué no deba yo preferir su honorífica reconciliación a la sujeción y esclavitud en que nos tiene el califa. Ni temo ya que éste prevenga mi determinación, estando asegurado por Ruremundo que Rodrigo, hecho fuerte con la alianza de los cántabros, enviará quanta gente hubiere yo menester para sostenerme. Vos,

Susenando, usad del derecho de vuestra libertad, seguro de que a diversidad de parecer y partido que abrazaréis no alterará jamás el afecto y la estima que debo a la entereza de vuestros nobles sentimientos».

Oía Susenando este discurso de Don Julián con indignada admiración, pareciéndole que la muerte de su hija hubiese trastornado sus afectos y apagado el antiguo rencor de su venganza. Y estaba resuelto a no oponerse a su declarada resolución, pero viendo el riesgo que corría si la abrazaba le responde así:

«Puesto que estáis resuelto a reconciliaros con Rodrigo, nada tengo ya que oponer sino el temor en que estoy de que el califa no os dé tiempo para poner por obra vuestros intentos, mucho más si queréis dar este paso con la prudencia y cautela que requiere para no aventurarlo todo con la vida. Veo que lo que os mueve a reconciliaros con Rodrigo es la altanería de Macif, el ultraje que acabáis de recibir de él y que pretendéis vengar con su muerte. Pero para efectuarlo, ¿esperáis por ventura el socorro de los cántabros que Ruremundo os promete? ¿Y con ellos os lisonjeáis echar a los árabes de esta provincias?

Sea así, mas antes que llegue ese socorro, ¿quánto tiempo ha de pasar? El que necesita Ruremundo para volver a España y proponer a Rodrigo la necesidad de esta gente para vuestra defensa, y el que es menester para que lleguen a Cantabria los mensageros de Rodrigo y pidan el socorro de aquella nación, la que a su turno deberá tratar si lo ha de conceder; y aun dado caso que lo conceda, ¿quándo llegará al África esa gente? Y si entretanto viene el califa, ¿qué es lo que pensáis hacer? Él se embarcó ya con todo su exército y tardará poco a comparecer ¿Le cerraréis entonces las puertas? ¿Degollaréis los árabes aquartelados en las ciudades? El parentesco y la amistad me obligan a haceros estas reflexiones, las que si os parecen prudentes y justas os obligarán a meditar más el paso que vais a dar. En tan críticas circunstancias fuera mi parecer que sin determinaros a un partido antes que a otro, manifestéis a Ruremundo vuestra inclinación a reconciliaros con la patria y los deseos de que llegue quanto antes el socorro de los cántabros, sin los quales fuera temeridad abrazar esa determinación».

Preponderaron en el ánimo del conde las razones de Susenando, y en fuerza de ellas resolvió seguir su parecer, al tenor del qual dio la respuesta a Ruremundo, que confiado por ella del éxito feliz de su encargo no tardó en embarcarse, ansioso de prevenir con su diligencia la llegada del califa. Mas el destino, que se burla de los consejos y determinaciones de los hombres, previno la del conde Don Julián y le impidió la deseada reconciliación con su patria, cuya ruina estaba ya decretada.

# Libro X

Quando llegó al califa la funesta noticia de la rota de Sofir, no había podido allegar todavía el número de las naves necesarias para embarcar su innumerable exército destinado a la conquista, cuyos designios echaba a tierra en cierto modo y se los imposibilitaba no tanto la pérdida de la gente que pereció en la batalla quanto la temeridad de Sofir y su inconsideración en desamparar la provincias tingitanas, dexándolas expuestas a la invasión de las tropas del rey Rodrigo. A este solo fin había enviado a Sofir con el exército que le confió, y cuya pérdida hizo zozobrar también la confianza que había puesto el califa en las promesas de la fortuna, asegurándole la conquista de aquella monarquía.

A pesar de esto, su ánimo, superior a qualquiera adversidad, y su mente, impertérrita en sus grandiosas miras, no se acobarda enteramente, mas piensa remediar desde luego el desacierto de Sofir enviando orden a su general Tarif para que introduxera parte de su exército en las provincias tingitanas e hiciese ocupar principalmente la ciudad de Tingis, aunque a ello se opusiera el conde Don Julián. Y como tardasen a llegar las demás naves que esperaba, resuelve ir entretanto a La Meca a consultar el santuario de Mahoma sobre el éxito de la meditada conquista. Y a fin de tenerle más propicio lleva consigo las más ricas preseas de su tesoro, para hacer de ellas presente a la deidad según la inveterada opinión de los hombres, que juzgaron siempre a los dioses ávidos como ellos de preciosos dones, y seguido de solos dos de sus más íntimos confidentes, ocultando al exército su partida, sale de la ciudad encubierto de las tinieblas de la noche, y sobre veloces dromedarios prevenidos de antemano por todo el camino vuela sin parar al santuario de La Meca.

En un valle ceñido de alpestres e ingratos montes yacía La Meca, aldea infeliz y sólo conocida de los rudos habitantes que la poblaban antes que en ella recibiese el ser mortal el adorado Mahoma, cuya mente, vasta en su rudeza, aspirando a la gloria de legislador del Oriente, lo llegó a conseguir avasallando la opinión de los toscos pueblos a sus divinizados embustes. Luego, uniendo a la fuerza de las armas el poder del entusiasmo, móviles los más poderosos para sojuzgar las mentes de los ciegos mortales, extendió la autoridad de sus nuevos dogmas y llegó a divinizar la tiranía y la impostura, con que se grangeó supremos honores en vida y de divinidad después de su trance. Su descendiente Alí le erigió aquel santuario en que son adoradas sus cenizas de los pueblos innumerables que le reconocen por su legislador y por el más glorioso profeta.

No desmiente la tosca magnificencia y riqueza de aquel lóbrego templo la veneración de los pueblos que acuden de las más remotas partes del Oriente a cumplir con sus votos otorgados. ¡Tanto poder tuvo siempre en los ánimos de los mortales la opinión recibida de sus mayores y fomentada por el interés de los ministros destinados al culto! Los califas mismos, que heredaron con la sangre del profeta porción de su divinidad, se interesaron en fomentarla para acrecentar el respeto a su adorada tiranía, sujetándose también ellos a la veneración y creencia de aquel de quien reconocen su origen respetable en la tierra.

De esta misma veneración llevado el joven Ulit Miramamolín, fue a consultar el sagrario de Mahoma. Los ministros de aquel templo, sabida la llegada del supremo califa, acuden a rendirle respetuoso homenage y a recibir los preciosos dones que venía a ofrecer a la sacra tumba. Iban todos vestidos de túnicas de blanco lino y cubiertas sus raídas sienes de bonete aturbantado, llevando impreso en sus macilentos rostros el rigor de su vida, y en sus ojos sumisos la devoción de su sacro ministerio. En este trage y compostura, postrando con profundo silencio sus frentes hasta el suelo, reciben y acatan en el lindar del templo al sublime califa, quedando en aquella humilde postura hasta que el mismo les mandó con imperio que se levantasen.

Akala entonces, el principal entre aquellos ministros, venerable por sus años y por la santidad de su vida, después que oyó el deseo del califa de consultar el sepulcro del profeta, usando del derecho de la dignidad de su ministerio le asió de la extremidad de su tendido manto y le presentó al santuario. Elevado sobre el pavimento del templo, se sube a él por diversas gradas cubiertas de preciosos tapices, y de oro y plata las paredes que encierran la sacra tumba, ofreciendo ésta un continuado prodigio a los ciegos ojos de los creyentes, que viendo suspenso en el ayre el enorme peso del sepulcro lo creen efecto del divino y milagroso poder del profeta. La superstición tiene oculto a sus mentes el secreto de aquel portento natural, engendrado de las losas de imán entre las quales queda suspenso, atrayendo con su admirable fuerza al hierro de la tumba, a la qual invisiblemente sostienen con su mutua

atracción. Cien lámparas de oro arden de continuo en torno y acrecientan la veneración a aquellas reliquias.

Allí postrado el Califa Ulit en el lugar sólo a él concedido, mientras humean en los braseros de oro los más preciosos aromas del Oriente, echados de su mano en las brasas, hace esta plegaría:

«Sacro terror y asombro de los mortales, cuyas ciegas mentes vino a ilustrar la tuya, sobre todas las demás privilegiada por el querer del Omnipotente, que te eligió en la tierra por intérprete de su voluntad y por ministro de su justicia, inclina tu oído a los ruegos de Ulit tu descendiente, que vino a implorar tu sublime favor y gracias. Dexa caer un destello de ella sobre mi mente, en que concebí la empresa de una nueva conquista para extender la gloria de tu nombre y de tu culto. Si te complaces en mi determinación, y si no me hice indigno de efectuarla, dame una señal de tu aprobación para que, asegurado de tu favor, execute con mayor confianza mis intentos».

Proferida apenas esta plegaria, se oyó una voz que decía:

«Llegarás y vencerás como deseas; mi poder será tu escudo».

Asombrado el califa y lleno del gozo y admiración que le infundían aquellas palabras, acata con profunda conmoción la tumba, de donde le parecía haber salido aquella voz milagrosa, y agradecido a ella promete de erigir suntuosas mezquitas en todas las ciudades a que extenderá su nuevo señorío. Impelido de las ansias de emprender aquella conquista, aprobada tan manifiestamente del profeta, vuelve a ponerse en camino de Sidón apresurando la carrera a los dromedarios, y se muestra a su exército, que ignoraba su ausencia. Y como hubiesen llegado entretanto las naves que esperaba, manda inmediatamente embarcar toda la gente, de que dexa casi despoblada el Asia, y embarcado con ella hace poner el señal de la partida.

Zarpan a una mil naves que llenan luego de su magestad el golfo creteo, ansiando el califa que el viento, escaso en su furor, se convirtiera en tempestad que impeliera quanto antes a su innumerable armada hacia las playas deseadas. No tardó a ver cumplidos sus deseos el impaciente califa, porque apenas llegaron a sulcar sus naves la altura de las fragosas Sirtes se desprende el solano de los montes de la Libia, que acarreando negras nubes roba con ellas el resplandor al día y cubre de triste obscuridad la atmósfera. Sintieron luego las olas la braveza del viento que las agitaba, y con ellas las naves, que cogidas al improviso nada temen más que el encontrarse entre sí y hallar su mayor riesgo en el número mismo que acrecentaba su confusión.

Se apodera el espanto de toda aquella muchedumbre de gentes bárbaras que iban en las naves, y ceden al horror que les infunde la mar ayrada y el tempestuoso cielo, que encendido del fuego que salía con sonoro estallido del rasgado seno de las nubes amenazaba abrasarles en medio de las aguas o anegarles en ellas, a impulso de la tempestad que a cada instante más se embravecía.

«No es esto lo que yo deseaba, dixo entonces el califa sobre su capitana, pero de qualquier modo están a cargo de la fortuna sus promesas. Ella no me coronó de gloria para sepultarme en las olas. Nadie, pues, tema; aquí navega el califa, en su favor militan los vientos y las ayradas tempestades».

Esto se esforzaba a decir en voz alta el califa desde la popa de su nave, a quien trataban los vientos como a ligera pluma, pareciendo que provocase con su ánimo impertérrito el

peligro que crecía. Cruxen los mástiles y antenas apremiadas del furor de la tempestad, y retumban en los cóncavos senos de las naves los golpes de la mar ayrada, que ora encaramaba las olas a par de excelsos montes, y las naves sobre ellas como si las quisiera estrellar en las nubes o quemar en los rayos que éstas despedían, ora dividiéndolas en profundos valles hacía temer que quisiese sepultarlas en el abierto abismo sin dexar oír los lamentos de tantas feroces naciones, que apremiadas del espanto hacían mil votos a sus respectivas deidades; mas absorven sus plegarias los vientos, los truenos y bramidos de la mar, que tendiendo su rencor del uno al otro cabo de los límites distantes que la encierran hacía juguete de su saña toda la inmensa armada del califa.

Mas su animosidad comienza a ceder a vista del naufragio de dos de sus naves más gruesas, que no pudiendo evitar su encuentro, perdido el gobernalle, se quebrantan entre sí y desaparecen de los ojos del califa con toda su tragada chusma sin poder ser socorridos de los que, trabajados en igual peligro, apenas podían avenirse con la deshecha borrasca que iba cobrando cuerpo. Desesperando entonces el califa de remedio humano, recurre al favor de su profeta, y vuelto hacia la parte que conserva sus reliquias le implora para que le libre de aquel peligro. Hecha apenas esta plegaria le pareció ver levantarse de lejos la sombra de Mahoma a manera de gigante, que empuñando una lanza se encaminaba a largos pasos a encarar los vientos, que amedrentados de su vista, sin esperar su llegada se arrojan en pavor de las nubes que cabalgaban y se entregan a una fuga precipitada.

Libres entonces las nubes sin su freno, comienzan a desbandarse en tímido silencio por la atmósfera y dexan ver en ella los alegres rayos del sol, que con la serenidad restituye al cielo y a la mar el sosiego deseado. Mas no volvió la sombra de Mahoma a su sepulcro, sino que precediendo a la armada del califa, que exento del riesgo padecido dirigía su rumbo hacia el puerto de Cirta, donde quería rehacer el califa las naves de los daños padecidos, la precedió algún trecho hasta que en la continuación de su rápido curso hacia la España desapareció de los ojos del atónito Ulit, que lleno de la sublime satisfacción que le inspiraba aquel prodigio le suplicó con tierna reverencia quisiese continuarle su poderoso amparo en la conquista de aquel reyno, hacia donde parecía que quisiese precederle.

No pudo llegar entonces la armada al puerto de Cirta, porque avisado el califa que algunas de las naves estaban en inminente peligro de perecer, se vio precisado a surgir en la ensenada más vecina. Deseoso allí el califa de asentar el pie en aquel nuevo reyno que le había conquistado el valiente Tarif y unido a su vasto imperio, lo executa llevando consigo el arco y flechas por si acaso se le presentaba alguna caza, como se lo prometía la frondosidad de los oteros que coronaban la playa, en que no veía indicios de población. Iba sólo con el califa su confidente Osmán, con quien llegado al pie del más vecino otero queda embelesado de la amenidad de un valle, poblado sólo de hermosas palmas, por medio del qual corría un arroyo cristalino.

Movidos ambos a dos de la curiosidad de descubrir el manantial, que indicaba estar vecino, siguen el curso del arroyo que les llevaba a una espaciosa gruta, en donde descubren la fuente, y convidados de su plácido mormullo y de la comodidad que la gruta les ofrecía se sientan a descansar y a tratar entre sí de la meditada conquista. Comenzado apenas su discurso, les obliga a interrumpirle la vista de una hermosísima doncella, que asomada apenas a la boca de otra más profunda gruta que allí había se esconde inmediatamente, como asustada de la vista de aquellas dos personas. El califa, que fue el primero que la vio, maravillado de la hermosura de su rostro y del trage nada vulgar y superior a la condición de quien habita una cueva, desea satisfacer la viva curiosidad que le había excitado, y penetra seguido de Osmán en la cueva interior en que se había escondido la doncella.

Más quál fue su sorpresa al ver a la misma como refugiada al lado de una muger algo anciana que manifestaba ser su madre, a quien imploraba, y junto a ella dos muchachuelos, que sentados en el suelo trebejaban con las hojas de las palmas esparcidas en él y que les servían de asiento y de lecho. Recibía luz bastante la cueva de una claraboya formada por la misma naturaleza en su techumbre, con que pudo el califa distinguir aquellos objetos que empeñaban la admiración de su ánimo generoso, en especial la doncella, que a pesar de su desaliño podía sobresalir entre las mayores hermosuras del Asia que servían a los deleytes de su grandeza.

Prendado de ella el califa, y sorprendido no menos de la vista de aquel completo de objetos que excitaban su compasión, dirige la palabra a la matrona, que llevando impresas en su rostro las señales de la tristeza y abatimiento indicaba que las tenía allí escondidas alguna desgracia, y así la dixo:

«Nada tenéis por qué temer a quien, llegado aquí casualmente, halla sin pensar unos objetos que interesan su corazón, y que por lo mismo desea saber quiénes sois, pues vuestro trage parece que desdice de la habitación de fieras en que os veo. Hablad sin recelo alguno, pues tal vez podré aliviar vuestra adversidad, si por ventura la padecéis».

Sosegado en parte el temor que causó a la matrona la vista del califa, a quien no conocía, y animada de su atento y compasivo discurso, le responde:

«Reconocida al afecto y compasión que me manifestáis, os la agradezco. Mas mi desgracia es tal que no puede ser socorrida de vuestra piedad contra la adversa suerte que me reduxo, con estos tres hijos míos que aquí veis, a este estado de miseria que excita vuestra commiseración, y en este albergue de selvages fieras donde sustentamos nuestra miserable vida con los frutos de las palmas y con la caza en que emplea mi marido sus infelices días, siendo así que poco antes... ¡Ah!, perdonad si el llanto interrumpe mi discurso. Sabed sólo que la tierra en que os halláis pertenece al reyno que fue del desventurado Bocchis, rey de los musulmanes, a quien despojó de su señorío el cruel Tarif, general del ambicioso califa Ulit, que hoy le posee mientras su legítimo señor anda fugitivo por las selvas con su familia infeliz».

Dicho esto prorumpe en nuevo llanto, con que infundió sospechas al califa que ella era la muger de Bocchis y aquélla su infeliz familia, como lo manifestaba no solamente su discurso sino también su trage, que aunque en parte consumido indicaba que eran personas de condición las que le llevaban. Acrecentaban también estas sospechas el llamar cruel a Tarif y ambicioso al califa, que la oía. Usando por lo mismo de disimulación para no dar de sí indicio alguno y para descubrir si era ella la muger de Bocchis la dice:

«Vuestras lágrimas interesan mucho más mi commiseración. Siento por lo mismo que vuestra desgracia sea tal que no esté en mi mano el remediarla, como lo sospecháis, aunque a deciros verdad, si supiera yo que sois la muger de Bocchis y ésta su familia desventurada me valiera de esta ocasión para vengarme del califa Ulit con quien estoy en guerra, reponiéndoos a vos y a vuestro marido en el trono de que os privó su cruel general Tarif».

Engañada Zulema, muger de Bocchis, del discurso del califa, de quien él se decía enemigo, y que quería reponerla en el perdido trono, lo cree de contado, y como es natural el deseo en todos los desdichados de manifestar sus desventuras, mucho más a quien se ofrece a remediarlas, echa de sí todo temor y reparo y le dice:

«Puesto que no me dexa motivo de temer el que me ofrece el amparo de su poder, sabed que yo soy la infeliz muger de Bocchis, reducido con esta su familia al estado de miseria en

que nos veis por el despiadado Tarif, sin tener otro motivo para privar del reyno a mi marido que el de acrecentar con él el Imperio del califa con la fuerza de las armas. Contra la qual haciéndose vana toda resistencia de parte de Bocchis, prefirió a la ignominiosa esclavitud el vivir en las selvas y disfrutar de ellas la libertad, aunque infeliz preferible siempre a la servidumbre.

Antes, pues, que Tarif llegase a poner el cerco a la ciudad, huyó de ella Bocchis conmigo y con estos hijos suyos, compañeros de la adversa suerte de su padre, con quien vagando de selva en selva, sin hallarnos seguros en ninguna parte, venimos a parar en esta gruta que nos sirve de habitación y donde pasamos nuestros infelices días con el sustento que arrojan de sí esos árboles vecinos y con la caza que mata mi marido desdichado. Pueda moveros a piedad nuestra desventura, y si sois qual decís enemigo del califa, manifestadlo reponiendo a mi marido en el trono, y restituid sus perdidos bienes a esta su desgraciada familia, que quedará enteramente agradecida a vuestra beneficencia.»

Oída esta narración de Zulema por el califa, que en su disimulación no apartaba los ojos de la hermosura de su hija, que confusa y temerosa también le miraba, la dice:

«La confianza que me acabáis de hacer de vuestras desgracias obliga mucho más mi reconocimiento para que cumpla con mi promesa, pero para ello convendría que se hallase presente vuestro marido, para que como conocedor de la tierra me facilitase la conquista y para que, viéndole sus pueblos protegido de mi poder, puedan con mayor animosidad sacudir el yugo del imperio del califa».

Mientras Ulit decía esto, avivando las ansias de Zulema de que llegase su marido Bocchis, he aquí que el mismo, ocupado en la caza por los vecinos collados, habiendo descubierto la armada acudía azorado a la gruta para avisar a Zulema del peligro que corrían si llegaba a descubrirles aquella gente de guerra.

Y como entrase así agitado en la cueva, queda sorprendido y confuso al ver allí aquellas dos personas principales, como lo parecían en su trage, y ante ellos a su muger que en aquel instante tomaba una postura suplicante para agradecer al califa el favor y protección que la ofrecía. Llamada entonces la atención del califa de la presurosa llegada de Bocchis, tuerce hacia él la cabeza, y viéndole parado y confuso le pregunta a Zulema si era aquél el rey Bocchis su marido. Bocchis, que nada temía más que el ser descubierto, al oír que aquel personage le nombraba se cree perdido, e impelido del temor iba a huir al tiempo que el califa, oyendo que Zulema le confirmaba en la pregunta, le detiene diciéndole con afable sonrisa:

«Venid acá, Bocchis, desde ahora cesan todas vuestras desgracias. Interesado yo en la narración que me acaba de hacer Zulema de vuestra infeliz suerte, resolví volveros a poner en el trono que tan injustamente os usurpó el califa mi enemigo. Pero en reconocimiento de este favor pretendo de vos que me deis por esposa a esta vuestra hija, de la qual oí decir que Tarif la tenía destinada para esclava del califa, pues le estará mejor que reyne conmigo y participe de mi gloria que no que se vea confundida su hermosura entre las otras que se humillan a Ulit.

Asombrado Bocchis de la pretensión y favor de quien le manifestaba poder tan grande sin conocerle, le responde con admirada sumisión:

«Mas, ¿puedo acaso saber en mi sorpresa quién sois vos, a quien tanto interesa mi desventura, y a quién he de deber tan singular beneficio? Porque o debéis de ser alguna deidad encubierta baxo humana apariencia, o descendiente por cierto de los dioses bienhechores de los infelices, para venir de propósito no solamente a sacarme de esta vida infeliz que llevo

sino también, lo que más me maravilla, a reponerme en el reyno que me ha usurpado el ambicioso califa».

«Por ahora, le dice el generoso Ulit, disimulando siempre que era el mismo califa a quien tachaba de ambicioso, os baste saber que soy el xefe de la numerosa armada que llegó a esa vecina ensenada, y atraído de la amenidad de este valle llegué a él para gozarle, sin saber que os hallaseis aquí escondido con vuestra familia, la que interesó de modo mi commiseración que resolví sacaros de estado tan infeliz para devolveros al reyno del qual os ha echado el ambicioso califa, y donde espero merecer la mano de esta bella Zadul».

Enternecido entonces Bocchis, exclama: «¡Ah!, no tengo tampoco otra cosa con que poder manifestaros mi gratitud a tan singular beneficencia que esta hija mía, la que desde ahora podéis reconocer por vuestra, pues esta misma recompensa que exigís por favor tan grande es un nuevo favor con que os dignáis beneficiar a un desdichado. Oxalá pudiera yo saber a lo menos vuestro nombre, para que le ponga mi agradecimiento y veneración junto a los nombres de las deidades bienhechoras de los hombres».

«Puesto que lo deseáis saber y que debo desde ahora reconocer por mía a esta hija vuestra, sabed que el que os la pidió por esposa y el que os prometió devolveros el trono es el mismo califa Ulit.

Al oír esto Bocchis, Zulema y Zadul, que nada menos esperaban que oír el nombre del califa y tenerle presente después de haberle tachado de ambicioso, humillados y confusos se postran a sus pies, sin osar Bocchis levantar su frente sumisa para manifestarle las lágrimas de su arrepentimiento, con que le pedía perdón de su indiscreto agravio. No permitió entonces el magnánimo Ulit que quedasen mortificados aquellos a quienes quería beneficiar, mas asiendo primero de la mano a la bella Zadul la dixo:

«Alzaos, Zadul; el califa os destina por esposa suya».

Y volviéndose hacia Osmán le manda que, guardado el secreto, le haga traer de las naves todos los adornos y vestidos correspondientes para Bocchis y su familia.

Mientras Osmán va a poner en execución el orden del califa, éste se entretiene en confortar a Bocchis, que como enagenado de admiración no acababa de salir de ella y de la confusión en que le tenía el temor de haber tachado de ambicioso al califa, que olvidado de aquel agravio le hallaba recompensado en la posesión de la hermosísima Zadul, con la qual desahogó los tiernos sentimientos que avivaban en su corazón las admirables prendas de la infeliz princesa, hasta tanto que Osmán volvió de las naves seguido de los eunucos y esclavos que traían los vestidos y adornos que le había mandado el califa, y que éste hizo tomar a Bocchis, a Zulema y a Zadul. Luego hizo adornar la gruta en que quiso celebrar su himeneo, mientras se acababan de rehacer las naves.

Pero exigiendo este trabajo más tiempo que el que sufría su corazón, impaciente por la conquista, determina encaminarse por tierra a la ciudad de Cirta, llevando consigo a Bocchis para restituirle el reyno, como se lo había prometido. A este fin manda desembarcar la caballería y tren necesario para su acompañamiento, y poco después de haber celebrado su casamiento con Zadul se puso en camino. Precedió a su llegada la fama de su generosa beneficiencia usada con Bocchis, y avisado Muza de su venida salió a recibir con gran pompa a su soberano, en cuyas manos puso el cetro de la Libia, conquistada por él y Tarif. Le recibió el califa con elevada dignación y agrado y, entró con él en la ciudad entre las exclamaciones del pueblo, que no cesaba de ensalzar su humanidad y munificiencia, mucho más después que restableció a Bocchis en el trono.

Agradecido éste a tan singular beneficio del califa, se ofreció a acompañarle y servirle en la conquista conduciendo a ella seis mil musulanes, gente acostumbrada a las correrías y a inquietar al enemigo con sus repentinos ataques. Aceptó el califa su ofrecimiento, pero no siendo la armada capaz de mayor número de gente debió servirse de las naves que habían transportado el exército de Sofir y que le esperaban en el puerto de Tingis, para donde partió llevando consigo a Zadul, compañera de su tálamo, a quien reduxo la suerte a un estado miserable con sus padres para recompensar su desgracia con mayores ventajas, haciéndola esposa del califa.

Con no menores demostraciones de júbilo fue recibido el califa en la ciudad de Tingis, a donde le siguió inmediatamente todo la armada que había dexado en la ensenada después de la padecida tempestad. La vista del califa y las atenciones que usó con el conde Don Julián hicieron desvanecer los concebidos intentos de su reconciliación con el rey Rodrigo, porque a más de atender a sus quejas sobre Macif le confirmó de nuevo en el gobierno de aquellas provincias, sin exigir de él que llevase las armas contra su patria, porque al tiempo que quena mostrarse reconocido a quien le había facilitado aquella conquista, debía recatarse de servirse en la guerra del brazo del conde, que le era antes sospechoso que necesario. Con lo qual tuvo motivo el conde de complacerse de haber seguido los consejos de Susenando.

Creció entretanto el espanto de los godos y de su rey Rodrigo con la llegada al África del califa, acrecentando la fama el número de las naves y de las naciones bárbaras que traía para la conquista de España. A este temor se juntaba el que daba también a Rodrigo la tardanza de los embaxadores que había enviado a los cántabros para obtener de ellos nuevo socorro, a que parecía no se mostraban inclinados, oponiéndose a ello Olda, uno de los principales ancianos de la nación y el más respetado por sus años y por el concepto de su prudencia. El qual, después de haber hecho diferir la junta en que se había de determinar por votos el socorro, quando no pudo hacerla diferir más tiempo, atendidas las instancias de los embaxadores de Rodrigo, habló de esta manera:

«Lejos de quererme oponer en otras ocasiones a los consejos de los más, cedo freqüentemente mi juicio en materias que no merecen oposición. Mas tratándose ahora de haber de juntar exército, no para defender nuestra libertad ni nuestra patria sino a un reyno ageno y a un rey que, muerto mañana, tendrá tal vez por sucesor otro qualquiera que en vez de reconocer nuestro favor halle motivo en el mismo para hacemos guerra, me parece que exige toda nuestra consideración antes de dar nuestros votos. Porque aunque parezca obvia la reflexión que quien defiende al vecino acometido toma en él su propia defensa, la hace fútil la misma constitución de los godos y la elección de sus reyes que os acabo de insinuar, pudiendo suceder a un amigo de nuestra nación un enemigo astuto que, aprovechándose de nuestra facilidad en enviar nuestra gente a perecer en la guerra, nos la haga después con mayores ventajas.

Algunos, tal vez, de vosotros mirarán lejano este peligro y se reirán de mi reflexión, confiados en el valor de los cántabros y en la aspereza de nuestro terreno; mas si a fuerza de enviar allende socorros despoblamos este mismo terreno, ¿quién le defenderá? ¿Acaso su sola aspereza? ¿Y dónde se abrigará el valor? ¿En los niños, viejos y mugeres que quedan a llorar las muertes de sus hijos, maridos y padres, que enviarnos a perecer en defensa de países y pueblos extraños? De los tres mil cántabros que enviamos últimamente de socorro a los godos, los más han dexado sus huesos en aquella tierras. ¿Cómo reemplazaremos esta pérdida? ¿Acaso la resarcimos con la gloria que nos han grangeado los vencedores? Débase enhorabuena al valor de los cántabros la victoria del rey Rodrigo, mas para grangearnos concepto de guerreros y vencedores, ¿necesitamos salir de nuestras tierras? ¿No es, antes bien, desconfiar de nuestra propia gloria el quererla merecer con nuevas expediciones hechas en agena utilidad, que han de redundar en nuestro propio daño?

No nos dexemos, pues, deslumbrar de un falso resplandor de gloria, antes bien miremos como prudente la negativa del socorro que nos pide el que nos aventaja en gente y en poder, porque quanto menos fuerte es el vecino tanto más quedamos nosotros asegurados. Esto es al opuesto lo que debiéramos desear, y en vez de importarnos que entren los árabes en España miremos con interés la intención de su califa, y sin temor de que vencidos los godos podamos ser también acometidos y vencidos nosotros. Porque antes que esto suceda, ¿quántas batallas se han de dar, quántas ciudades se han de batir, quántos reynos de conquistar? Y si a pesar del socorro que enviemos a los godos quedan éstos vencidos, ¿no nos privaremos de otros tantos brazos que nos pudieran defender, y con ellos perderemos también la gloria que deseamos alcanzar? En fin, mi parecer es que se niegue a los godos el socorro que piden como dañoso a nuestra patria, ora con él venzan los godos, ora queden vencidos».

Sintieron todos la fuerza del razonamiento de Olda, que hizo inclinar los ánimos a su parecer. Mas Pelayo, a quien la victoria obtenida de Sofir le acababa de dar el honor de ser admitido en la junta, donde no se lo permitía su edad, sintiendo perder la ocasión de señalarse de nuevo en la guerra sí se le negaba el socorro al rey Rodrigo en fuerza del discurso de Olda, quiso hacer prueba de su eloqüencia para rebatir sus razones, diciendo así:

«Podrá parecer tal vez atrevimiento de la confianza de mi edad que después de haber dicho el respetable Olda su parecer quiera yo, recientemente admitido en esta junta, oponerle razones contrarias. Pero ya que el honor mismo que os dignasteis concederme me da derecho para ello, usaré de él para manifestar a lo menos mi agradecimiento a la nación goda y al rey Rodrigo, que con públicas demostraciones han declarado deber su libertad al valor de los cántabros que tan oportunamente les socorrieron.

Y por lo mismo sintiera yo ahora que se les negase el nuevo socorro que nos piden, lo que debo temer atendidas las razones de Olda, que a mí mismo me hicieron fuerza; pero atendiendo luego a la entidad de la cosa, me pareció que pudieran tener también lugar otras razones contrarias, pues no creo que os induxisteis a conceder el socorro a los godos por las razones que alegó Olda, sino que sin entrar en sus lejanas miras lo hicisteis sólo movidos de vuestra generosidad de amparar a los que imploran vuestro valor, mucho más siendo antiguos aliados nuestros los que le imploran, y acreedores por lo mismo al favor que nos piden, sin que os deba retraer el temor aparente que Olda pretende infundir de que vais a privar vuestra patria de sus defensores por enviar el socorro que se nos pide. Pues no creo que esté tan despoblada nuestra tierra y tan falta de gente fuerte que por dos o tres mil combatientes que enviéis en socorro de vuestros aliados hayan de quedar sólo en su defensa los niños, los viejos y mugeres, como Olda pretendió persuadiros, pensando sin duda que no supierais las fuerzas que tenéis.

No sé tampoco si acertó el mismo con el motivo que tuvisteis para enviar el primer socorro, atribuyéndole al deseo de adquirir nueva gloria. Vosotros, que lo votasteis y concedisteis, lo sabréis. Pero aunque lo hayáis hecho por eso, ¿sería motivo tan despreciable como Olda os lo pretende persuadir? Confieso que no necesitamos los cántabros de hacer nuevas hazañas para grangeárnosla, ¿mas esto ha de ser motivo para que, contentándonos con la gloria que nos adquirieron nuestros mayores, sobreseamos a la que pudiéramos alcanzar también nosotros, especialmente socorriendo a los que nos proporcionan la ocasión de señalamos en la guerra? Las hazañas que tienen por límites nuestros montes conviene que las publiquemos para que se grangeen el ageno concepto, quitándoles parte la extrangera emulación, mas las que hiciéramos a vista de los extraños y en defensa de los mismos se hacen acreedoras a su estima, a su gratitud y admiración.

Ni es ésta la sola ventaja, en vez de los daños que Olda pretende se nos seguirán si concedieseis el socorro, pues con esta ocasión exercitáis los brazos y las fuerzas que habían

de quedar aquí deshacendadas; se acostumbrarán los cántabros a ver el rostro a un nuevo enemigo y a medir con él sus aceros, y por consiguiente a no temerle lejos de estos montes que nos ciñen y en batalla campal, para rechazarle más fácilmente de estos mismos montes caso que se atreviera a acometemos en ellos, lo que no sé si fuera menos prudencia el esperar que ageno de la magnanimidad de vuestros corazones el desear, esto es, que sean enflaquecidos y vencidos los godos, como Olda pretende, para que no les debamos temer. Mas este mismo consejo, cauto y prudente en apariencia, ¿no se desmiente a sí mismo? Porque, ¿qué otra cosa es el desear que queden vencidos los godos sino el que queden los árabes vencedores? Así, no queriendo tener por vecino a un aliado, desea tener por tal a un bárbaro y cruel enemigo, de quien Olda espera sin duda que triunfará nuestro valor. ¿Pero basta sólo el valor para vencer? ¿La victoria no depende a las veces de imprevistas circunstancias que humillan la jactancia?

No creo, pues, que preferiréis esperar en vuestras casas al enemigo para rechazarle, exponiendo vuestra patria a la incertidumbre de la victoria, a la ocasión de enflaquecerle y combatirle de lejos, pues no podéis dexar de ver quánto más fácil y más temible es el que nos acometa el árabe, si llega a ser vencedor del godo, que éste nos inquiete, envilecido y debilitado del ocio, y que implora por lo mismo ahora vuestro valor y magnanimidad en el peligro que le amenaza. ¿Y vosotros, que podéis librarle de este peligro sin el vuestro, antes bien con ventajas de vuestra gloria, rehusaréis el hacerlo? No puedo persuadírmelo, mucho más viendo en vuestros semblantes vuestra magnánima propensión, no en fuerza de mis razones sino movidos de vuestra innata generosidad y munificencia, que no podéis manifestar mejor que en la ocasión presente, en que las implora una nación entera, aliada vuestra en el mayor peligro que la amenaza, y que amenaza también a la nuestra».

Preponderaron las razones y el discurso del joven Pelayo a las de Olda, e inclinando a ellas los cántabros, votaron el socorro, y a más de esto volvieron a nombrar al mismo por xefe de aquella expedición. Aunque esta noticia causó mucha complacencia al rey Rodrigo y disminuyó en parte sus congojas, sabida la llegada a Tingis del califa y los inmensos preparativos que hacía para entrar en España, y no por eso dexó de atender por su parte a juntar el mayor exército que podía de todos sus reynos y provincias, en que hacía dar asonada de guerra en defensa del reyno y de la religión contra el temible poder del califa. Qual el riesgo, tal fue entonces el general empeño de los godos y el deseo en todos de morir o vencer en la defensa de su patria y de sus templos.

Resonaban todas las ciudades de los lamentos de las madres y doncellas, que se veían desamparadas de sus hijos, hermanos y maridos para acudir a las banderas de Rodrigo. Acuden con armas y caballos los pueblos que divide el Pirineo de la Iberia. Se juntan a los ocitanos los rucinenses. A aquéllos los conducía Alrico, que contaba por bisabuelo al rey Tulga; a éstos Oldemaro. Formaron también numerosos esquadrones los catalanes, que tenían por xefe a Retaredo. Etenigildo capitaneaba todos los cuerpos que allegó de una y otra parte de las tierras que riega el Ebro, y Teulda las bandas que juntó en las fértiles tierras que riegan el Turia y el Segura. Acuden baxo las banderas de Ferrando todos los pueblos de la Bética, que desamparaban las villas y ciudades vecinas a las playas en que temían el desembarco del exército enemigo.

No inferior número de gente junta también la Lusitania y las inmediatas provincias, que jamás dieron a ver a la España tanto número de sus pueblos unidos entre sí para su defensa quantos los que se juntaron entonces baxo las banderas del rey Rodrigo. Destinó éste el centro de la Bética para formar sus reales, a donde acudían todos los cuerpos de los reynos vecinos y lejanos, conducidos por sus particulares xefes nombrados por el rey Rodrigo, el qual se esforzaba a encubrir con su animosa presencia y exterior confianza las congojas interiores que

apremiaban de continuo su ánimo, asombrado más que nunca del pronóstico de Adenulfo, que agitaba su fantasía.

# Libro XI

No ignoraba el califa en Tingis las disposiciones del rey Rodrigo y el exército inmenso que allegaba de todas las provincias en defensa de su monarquía, pero confiado en sus fuerzas y en la fiereza y valor de sus soldados y capitanes despreciaba en su ánimo todos aquellos esfuerzos, que le parecían ser de cuerpo que luchaba con la muerte, atendida la flaqueza de los godos, corrompidos de tantos años del ocio de la paz y de los vicios introducidos por sus mismos reyes, sin experiencia de armas ni de guerra, quando al contrario eran tan aguerridas y feroces las bárbaras gentes que traía consigo, con las quales acababa de conquistar la Siria y la Libia.

Era su ánimo apoderarse primero de la ciudad de Tartesio, para tener en ella un asilo seguro donde pudiera recibir todas las provisiones y vituallas del África en caso que llegasen a faltar a su exército en un país extraño y enemigo. Y para efectuarlo esperaba sólo la llegada de Muza con la caballería que le había dado orden de juntar en todas las provincias de la Libia. Avivó mucho más la confianza de la victoria en el ánimo del califa las cartas de Oppas al conde Don Julián, en que le prevenía haber juntado a su sueldo mas de mil godos y dádoles capitanes aficionados suyos, con los quales tenía determinado pasarse al exército del califa luego que éste se dexase ver en España, y declararse en favor del mismo contra el rey Rodrigo, para vengarse de las muertes de sus sobrinos Evanio y Sigiberto y de los desafueros cometidos del rey Rodrigo contra la familia de su hermano el rey Vitiza.

No era fácil que Oppas hiciese llegar estas cartas al África y a manos del conde Don Julián, pero el deseo de la venganza le hizo encontrar medio, sirviéndose para ello de un fiel criado suyo llamado Gelda, el qual iba de playa en playa en trage de pordiosero, esperando que llegase a alguna de aquellas ensenadas alguno de los muchos piratas africanos que infestaban todas las costas sin temor de oposición por parte de los godos, que se hallaban sin bastimentos para rechazarles. Y encontrando uno de ellos que se había refugiado en una cala de una borrasca, da voces desde la playa para que viniesen los árabes a socorrerle, fingiéndose fugitivo del exército de Sofir y criado de Sigiberto en aquella infeliz jornada, en que tuvo la suerte de escapar valiéndole el conocimiento de la tierra en que había vivido hasta aquel día, alimentándose con las yerbas y raíces de los montes en que se había refugiado.

El pirata Talsif, a quien fue presentado, no fiándose de su relación, antes bien sospechando algún engaño, determina llevarle al África y presentarle al califa; éste, certificado de testigos que aquel hombre no había servido a Sigiberto, entra en sospechas de sus intentos y manda darle tormento para que los declarase. Gelda, amedrentado del peligro y a fin de evitar la muerte, manifiesta las cartas que llevaba de Oppas para el conde Don Julián. Las que vistas por el califa, hace encerrar estrechamente a Gelda para que ninguno, ni aun el conde, pudiera penetrar su mensage. Entretanto hace dar respuesta a Oppas en nombre de Don Julián, que nada sabía, exhortándole a llevar adelante su designio, prometiéndole en nombre del califa restituirle todos los bienes que el rey Rodrigo había usurpado a sus sobrinos y pagarle a más de esto todos los gastos que hubiese hecho en aquella guerra.

Hecha ésta respuesta, hácela entregar al mismo Gelda, con cantidad de oro para él y con promesas mayores si entregaba la carta en manos de Oppas, haciéndole llevar para ello a España y dexarle en el lugar que él hubiese indicado. Así pudo cumplir felizmente con su nueva comisión y entregar la respuesta en manos de Oppas, que alentado de la aprobación y promesas del califa juntó a su sueldo mayor número de gente, haciendo alarde del zelo de la religión y del amor de la patria, a quienes vendía con aquellos mismos preparativos que parecía hacer para su defensa, pero de hecho en favor del califa su enemigo, que sin esperar ya la llegada de Muza comenzó a embarcar todos los africanos que acudían a sus banderas, con los quales resarció la pérdida del exército de Sofir, sirviéndose de las naves que aquél había dexado vacías.

Así salió del puerto de Tingis con su innumerable armada, dirigiendo su rumbo hacia la vecina Tartesio, que Rodrigo había fortificado con tiempo, y encargado su defensa al mismo Ruremundo a quien dio el encargo de ganar el ánimo del conde Don Julián. A más de esto había formado un campo de treinta mil godos lo largo de la playa contigua a la ciudad para impedir el desembarco del califa, mientras él acababa de juntar todos los cuerpos de la gente que le faltaba de las provincias, y especialmente el de los cántabros, en quienes más que en ningún otro confiaba, y que no pudieron prevenir con su llegada la del diligente califa, que no tardó a llegar a la ensenada de Tartesio con toda su armada, cuya vista cubrió de terror a la España y a la infeliz ciudad, y a los reales de los godos que debían oponerse al desembarco.

Ancoradas apenas las naves, va a examinar por sí el impaciente califa la ciudad y los reales enemigos, y sin pérdida de tiempo resuelve acometer uno y otro al siguiente día, dando el encargo a Tarif de embestir la ciudad mientras él desalojaba de la playa a los godos. Para esto hace poner las naves en el orden que pudiera facilitar mejor el desembarco, y concede aquella noche de descanso a todo su exército. Aunque quiso robar al sueño aquella noche para ocupar su mente en los medios de la victoria, vencido de él, entrada ya la noche soñó lo que desvelado meditaba: que acometía con sus esquadrones desembarcados los reales enemigos que, puestos en fuga, le dexaban apoderarse de las trincheras.

Pero dispertándole las mismas ansias y esfuerzo que hacía en sueños, como si de hecho venciese, toma aquel sueño por agüero feliz de la victoria, y sin esperar la llegada del día va a dar parte de su feliz sueño a Tarif, y hallándole que dormía plácidamente le dispierta diciéndole:

«Animoso Abenzarca, acaba Dios de hacerme ver en sueños la victoria, y lleno de la confianza que me infundió vengo a avivar la vuestra, para que con mayor empeño acometáis la ciudad mientras yo doy asalto a los reales enemigos».

Tarif, alborozado de la confianza del califa, le responde:

«Bien necesitamos que vuestro sueño se verifique, para apoderarnos de la ciudad, que de otro modo será imposible rendir por la parte que me habéis señalado, en que vas a exponer la gente necesaria para la conquista».

«Nada, replica el califa, debe arredrar al ánimo de Abenzarca. Un accidente impensado facilita a las veces la más ardua empresa. De hoy en adelante llevará vuestro nombre esa ciudad conquistada, para que permanezca en ella la memoria de vuestro esfuerzo».

Agradece Tarif al califa su generosa atención, y lleno por ella de mayor animosidad acude a disponer las naves y la gente para el ataque, mientras el impaciente califa ordena también las otras naves para el desembarco y para acometer los reales antes que los godos echasen de ver sus disposiciones y le impidiesen o retardasen su intento; mas los godos, lejos

de atreverse a tanto, estaban encerrados en los reales a corto trecho de la playa, y tan penetrados del espanto que les infundió la vista de la innumerable armada enemiga que en vano su general Recesildo les acordaba la victoria obtenida de Sofir y de su grande exército, compuesto de aquellas mismas gentes que el califa conducía en su armada, a las quales podían también vencer del mismo modo.

Era más poderoso el terror que los discursos de Recesildo, que pretendía animar con ellos a sus soldados para sacarles fuera de las trincheras e impedir al califa el desembarco, mas éste le ganó por la mano, teniendo ya aferradas todas las naves a la orilla y echados ya los puentes quando apenas los primeros albores dexaban distinguir los objetos. Pudo, sin embargo, echar de ver Recesildo que comenzaba a apoderarse de la playa la gente salida de las naves, y a fin de trastornar su intento manda salir su tropa de los reales y acometer a los desembarcados. Advertido esto por el califa, que hasta entonces había mandado guardar a los suyos profundo silencio en sus disposiciones, hace sonar a un tiempo todos los instrumentos de guerra, acompañados del alarido general de la chusma y de la tropa, y manda a los esquadrones que habían ya desembarcado que embistiesen a los godos que iban a embestirles.

Éstos, espantados de aquella horrible y repentina confusión de instrumentos, de voces y de alaridos, y mucho más de la presencia de los árabes que les acometían, se dexan apoderar del terror y les vuelven la espalda, desbandándose a todo correr por la playa o acudiendo a refugiarse a los reales, semejante a un ganado que, perseguido del lobo, corre en confuso tropel a la cabaña en donde les retarda el desorden mismo la entrada deseada. No se puede contener entonces en su nave el impaciente califa. Ansioso de dar alcance a los que huían y de aprovecharse de su terror para apoderarse de los reales, no espera que le desocupen los puentes los soldados que desembarcaban, mas se arroja al agua sin reparar en sus preciosos vestidos, y desde el agua, con el alfange desenvaynado gritaba a los esquadrones a quienes seguía:

«Entrad tras esos fugitivos en sus reales, el terror que les apremia no les permitirá defenderse de vuestro esfuerzo. De este lance pende hoy la victoria y la conquista».

Esto decía el Califa al tiempo que salía a la playa para animar a los suyos en el alcance de los godos. Los otros que quedaban en las naves, movidos de su exemplo, se arrojan también al mar, semejantes a furiosos alanos, que impelidos del ardor que enciende en sus corazones la vista de la presa señalada, no les detiene el interpuesto vado, mas trepan por el raudal ansiosos de haber la presa en sus garras. Y hubieran entrado los reales los enemigos si Evila, esforzado capitán, indignado de la cobardía de los godos y no pudiendo impedir su fuga con sus voces y amenazas, no hubiera contenido el ímpetu de los árabes exponiendo su vida por el honor que le animaba en defensa de su patria acometida. Él solo, haciendo frente al esquadrón de los bárbaros que corrían desordenados tras los godos, acomete al primero de ellos, llamado Alazaf, a quien hace morder el suelo en donde su intrepidez le prometía un rico señorío, atravesándole de parte a parte el acero.

Tras él mata también al esforzado Muley y Abenazit, que iban inmediatos a Alazaf, y hiere gravemente al negro Albolox, que iba a herirle advirtiendo la caída de Abenazit. Mas sorprendido y cercado de los muchos que seguían, aunque se defiende con denuedo y valor y hiere a algunos de ellos, no puede evitar el golpe de cimitarra que le descarga Asana sobre la cabeza y con que le derriba en el suelo sin vida, pudiendo así los otros exercitar su venganza en el cadáver, en que teñían a porfía sus armas. El califa, que iba tras ellos, apresurando a voces el alcance para que se aprovechasen del temor de los fugitivos y entrasen tras ellos en los reales, viendo detenidos los primeros en herir al muerto se enfurece contra ellos y les amenaza, señalándoles los reales al tiempo que se encaminaba él mismo hacía ellos para asaltarlos.

Los árabes le siguen, mas habiendo dado tiempo la intrepidez de Evila para que se refugiasen los fugitivos en los reales quedan burladas las lisonjas del califa, que se ve precisado a contener el ímpetu de sus deseos, maldiciendo y amenazando de muerte a los que, amedrentados de un solo godo, habían dexado perder el más oportuno lance de la victoria, y vuelve a dar orden en el desembarco de todo el exército, semejante al cazador que, perdida de vista la caza seguida en vano de sus perros, vuelve con ellos triste para disponerse a otro más feliz encuentro. Era, sin embargo, no poca satisfacción para el califa el apoderarse de la tierra deseada sin que el enemigo se atreviese a impedirle el desembarco, porque lejos de poderse oponer Recesildo, apenas se lisonjeaba con sus exhortaciones y amenazas disminuir el espanto de los godos y recabar de ellos la defensa del real, si el califa le acometía con la innumerable muchedumbre de bárbaros que iban arrojando las naves de sus senos.

Esto le obligó a enviar aviso al rey Rodrigo para que acudiese luego a sostenerle con todo su exército, pues de otro modo era inevitable la pérdida de los reales, atendido el terror que se había apoderado de sus soldados. Dio este encargo Recesildo a uno de sus oficiales que le había merecido su confianza, pero que estando desgraciadamente de inteligencia con Oppas, que le había obtenido el empleo, hizo traición a su patria llevando las cartas al califa, el qual, informado por ellas del estado de los godos y de su terror, apresura el desembarco y pone luego su exército en orden de acometer los reales antes que pudieran ser socorridos del rey Rodrigo. Para esto forma quatro cuerpos de todas sus gentes, y a cada uno de ellos le da su general, reservándose él mandar el uno de los cuerpos para sí; otro le destina a Tarif, haciéndole suspender el asalto de Tartesio; el tercero le da a Almanzor y el quarto a Deiberef, mandándoles que embistiesen a un tiempo los reales por todas las quatro partes.

El sol comenzaba ya a dorar los campos y la playa en que hacía relucir la terrible mies de los aceros que empuñaban todas aquellas bárbaras gentes, que amenazaban la destrucción a los reales y la muerte a los que los defendían, esperando la señal para acometerles, la que dada por el califa no les detiene el foso que rodeaba todo el real, llenándole inmediatamente los bárbaros que a un tiempo por todas las quatro partes anhelaban a porfía asaltar las trincheras, haciendo resonar a los lejanos campos y las playas el eco de sus alaridos y voces, con que se animaban a la victoria. Pareció que la muerte de Evila hubiese infundido esfuerzo a los godos para defenderse, según era el aliento con que rechazaban la muchedumbre de los bárbaros que a un tiempo les acometían por todas partes.

Viendo el califa la vigorosa y no esperada resistencia que hacían los godos y la mortandad que causaban sus lanzas en los árabes que asaltaban las trincheras, corrigió al punto su inadvertencia de no haber puesto a tiro los flecheros para que desalojasen del vallado al enemigo. Tarif entretanto, no pudiendo sufrir que se retardase por su parte la victoria, corre a disputar a los suyos la gloria de asaltar el primero el vallado, y para hacerlo más presto manda amontonar los cadáveres mezclados con faginas para que le sirviesen de cómoda subida, mas al tiempo que puso el pie en ella le traspasa el brazo en que sostenía el alfange un dardo enemigo, que le obligó a desistir de su empeño. No por eso se retrae del lugar de la pelea, antes bien, mientras se presta a la pronta cura insiste en su intento, diciendo a los suyos que se aprovechasen de su exemplo para ganar el real y diesen el gozo a las almas de aquellos cadáveres amontonados de haber contribuido sus cuerpos a la victoria.

De este extraño sugerimiento movido Alcalazaf, de gran corpulencia, se atreve a entrar el primero en el vallado, y lo executa haciéndose cubrir de los escudos de dos compañeros suyos con quienes llega a la trinchera, y ayudado de los mismos sube a ella y aterra con el alfange a quantos godos se le presentan. Siguen otros su exemplo animados de las voces de Tarif y entran tras Alcalazaf, poniendo en horrible consternación a los godos, que amedrentados les cedían la entrada. Avisado Recesildo, que defendía el real en la parte que intentaba entrarle el califa, corre a sostener a los suyos que volvían la espalda al árabe agigantado contra el qual

eran flacos los brazos de los que osaban hacerle frente. No lo fue así el de Recesildo, que llevado del mismo ardor con que exhortaba a sus godos a la defensa se lanza con ímpetu de rayo contra la mole de Alcalazaf, y sin darle tiempo para que descargase el alfange que levantó contra él le mete hasta la empuñadura la espada en las entrañas.

Cayó entonces el árabe, semejante a excelso pino que, cortado en su cepa del golpe de la segur, hace estremecer el suelo con su caída. Tras él embiste Recesildo a los otros africanos que seguían a Alcalazaf y les aterra igualmente, infundiendo aliento a los godos para repeler a los demás que estaban para entrar en el vallado. Apenas comienza a disfrutar Recesildo la satisfacción de esa ventaja de su valor, se la roban los gritos de confusión que advierte en la otra parte del real, cuya defensa acaba de encargar a su hijo Bertarido en vez suya, mientras iba a sostener los godos que huían de los entrados africanos. La defendía animosamente Bertarido contra el empeño del califa, haciendo prodigios de valor contra los enemigos que asaltaban las trincheras, quando clavándosele en la frente una flecha enemiga le derriba en el suelo sin vida.

Con él caen también de ánimo los godos por aquella parte y comienza a desfallecer su resistencia, y no hallándola tan vigorosa los intrépidos árabes se apoderan de la trinchera y acometen a los godos fugitivos, a manera de torrente que por do rompe arrebata tras sí quanto se opone al ímpetu y peso de sus aguas. En vano el animoso Recesildo corre hacia ellos con mayor indignación afeándoles su cobardía, y amenaza con su espada a los primeros fugitivos que encuentra; mas ellos, sintiendo a las espaldas los vencedores enemigos que los apremiaban, atropellan en su desorden y huida al valiente xefe que intentaba detenerlos y le abandonan caído y atropellado al rencor de los victoriosos africanos, que descargan en él su fiereza haciéndole probar igual suerte que la de su hijo desgraciado.

Crece entonces el terror y la mortandad en todo el real, en que resonaban los gritos y voces bárbaras de los vencedores y los gemidos y lamentos de los godos que huían sin saber dónde, viéndose cercados por todas partes del exército enemigo, a quien do quiera encontraban en su fuga consternada, y en ella la muerte que querían evitar con la misma, hasta que, aconsejados de su mismo peligro y de las voces de Idesuedo, se retraxeron con él al centro del real, donde formado un crecido cuerpo en quatro frentes se defendían de los árabes, que dueños del real intentaban acabarles. Mas luego que entró en él el califa victorioso, compadecido de la mortandad y estrago que habían hecho los suyos, quiso perdonar las vidas a los que quedaban con ella en atención al valor de Idesuedo, haciéndole ventajosas proposiciones si rendían las armas. Inducido él de la promesa del califa cedió a la funesta necesidad, viendo que le era imposible defenderse contra la innumerable muchedumbre de bárbaros que le rodeaban.

Distaba todavía el sol del horizonte occidental quando entró el victorioso califa en los reales, y queriendo que sirvieran para su exército hizo llevar al mar los cadáveres de los godos y poner su tienda en el sitio en que se había rendido Idesuedo, desde donde alabó a sus soldados y les exhortó para la conquista de la vecina ciudad, que había resuelto de acometer al siguiente día, y que se prometía rendir igualmente que los reales si peleaban con igual esfuerzo. Supieron luego en ella la victoria del califa y el destrozo que habían hecho los bárbaros en los reales vencidos, lo que acrecentó el terror y consternación de los defensores y ciudadanos, pues ganada la mar y la tierra por el cruel enemigo les era imposible sostener contra su fiereza si no llegaba a tiempo el rey Rodrigo con todo su exército.

Rodrigo, aunque avisado luego de la pérdida de los reales y muerte de Recesildo, en quien mucho confiaba, y aunque se hallaba con gente bastante para oponerse a los intentos del califa, después de aquella pérdida se dexó vencer del consejo de sus capitanes, que le induxeron a esperar la gente que le faltaba y especialmente el socorro de los cántabros. Así los

hados se sirvieron de aquellas tardanzas para apresurar la ruina de aquel reyno y monarquía, impidiendo a Rodrigo el socorrer a Tartesio, lisonjeándole que podría aquella ciudad sostenerse contra fuerzas mayores que las que tenía el califa. Éste, al contrario, que creía depender la emprendida conquista de la presteza de sus primeras disposiciones, a fin de asegurarla más con ellas apenas concedió tiempo de descanso a sus soldados después de la batalla; hácelos dispertar aquella misma noche con la promesa que les daría por descanso todo el siguiente día en la ciudad conquistada y en los lechos de los ciudadanos.

Contra ella movió, pues, todos sus esquadrones antes que amaneciese el día, y envió al mismo tiempo a Tarif con lo restante de la gente para que la acometiese por la parte de la mar, de modo que por una y otra parte pudiese comenzar el asalto, luego que se lo permitiesen los primeros albores. Atendiendo a esto el califa, le llega aviso que un godo que había caído en manos de los cuerpos avanzados decía tener cartas para él y para el conde Don Julián. Era este godo aquel mismo Gelda, mensagero de Oppas, que había pasado al África con cartas para el conde Don Julián, y creyendo que éste se hallase en el exército del califa le enviaba por Gelda nuevas cartas para hacerle saber el mayor número de gente que había juntado, y el señal que llevaría en sus banderas para que fuese conocida entre la del exército del rey Rodrigo, a quien desampararía después de trabada la batalla.

Lleno de mayor confianza el califa con este nuevo aviso de Oppas, le responde que había dejado al conde Don Julián con el gobierno de las provincias de África; que él apreciaba sobremanera su buena voluntad y determinación, no menos que el aviso que le comunicaba sobre el distintivo de las gentes que llevaba asoldadas a la guerra; que deseaba llegase el momento de poderle manifestar su reconocimiento. Y recompensando el atrevido servicio de Gelda, le vuelve a enviar a Oppas con la respuesta. Aunque entretanto cubrían las tinieblas de la noche las disposiciones de los enemigos para asaltar la ciudad por mar y tierra, no las ignoraban los ciudadanos y su desvelado xefe Ruremundo, teniendo dadas todas las providencias para recibirles con animosidad y desbaratar sus intentos, pues aunque se hallaban todos poseídos del terror del inmenso exército del califa y de su reciente victoria, les aseguraba en parte la alteza de los muros y la fuerte situación de la ciudad sobre la falda del monte inaccesible que la defendía.

Mas el califa, a quien nada podía contener en su empresa, luego que comenzó a alborear el día, teniéndolo todo dispuesto para el asalto hace dar la señal, que recibida con gran algazara del exército y de las naves, acometen a un tiempo los muros, arrimando a ellos las escalas inmensas que hizo formar de antemano el califa de enteros pinos, de modo que pudiesen igualar la alteza de los muros. Otras iguales llevaban también las naves para el mismo intento, permitiendo ponerle en execución la mar somera junto a las murallas. Pero en una y otra parte hallan los enemigos fuerte resistencia en los ciudadanos, animados y sostenidos de las voces y presencia del fiel Ruremundo, que opone nuevos ingenios a las escalas enemigas para apartarlas de las murallas, y lo consigue en una de ellas en que hizo la primera prueba, echándola al suelo con todos los árabes que la subían, y luego en otra, desde donde podían los subidos asirse de las almenas; y contra las que no prestaban los ingenios hacía desplomar sobre ellas piedras enormes y arrojar haces encendidos, con que desbarataba los intentos del califa.

No tuvo éxito más feliz el asalto por la parte de la mar, que presenciaba Tarif, que vio caer cascamajados de un peñasco arrojado desde el muro los primeros que se atrevieron a escalarle. Mas no por eso se amedrenta, antes bien, a pesar de la herida que recibió el día antes en las trincheras, llama tras sí a los más atrevidos y emprende subir aquella misma escala, por donde trepa con increíble animosidad al tiempo que, cayéndole sobre el turbante un haz alquitranado, se enreda en él y le pega fuego al velo que lo ceñía. Arde entonces en llamas la cabeza del intrépido Tarif, que queriendo defenderse de aquel incendio arroja de sí

el turbante con el haz encendido, al tiempo que una piedra arrojada a bulto desde el muro llega a herirle de lleno en las sienes y le derriba en la mar, que por somera impidió que quedase muerto de la caída. Pero creyéndole muerto los suyos, acuden a porfía para recobrar su cadáver.

Entre los gritos de alegría que arrojan desde las murallas los sitiados, que creían muerto a Tarif, dirigen todos su tiros hacia la muchedumbre de los africanos, que despreciando la muerte se esmeraban en poner en cobro a su herido xefe, y lo consiguen trasladándole a las naves en sus brazos. Mas bastó este accidente para que los enemigos desistiesen del empeño de escalar por entonces la muralla, faltando el alma que dirigía las operaciones. Impaciente y furioso el califa, hace intimar a los ciudadanos que los pasaría a todos a cuchillo si no se rendían inmediatamente; mas Ruremundo, despreciando sus amenazas, obliga al califa a edificar torres más altas que los muros, y que eludiesen los ingenios con que Ruremundo imposibilitaba servirse de las escalas. Y no dando aquellas vecinas playas y campos madera para edificar las proyectadas torres, hace deshacer algunas de las naves más viejas.

Luego, echando de ver que aquella obra tardaría más de lo que deseaba, aunque en ella empleaba la mayor parte de los brazos de su exército, y que esta tardanza podía dar tiempo al rey Rodrigo para venir a socorrer la ciudad, determina ir a registrar de por sí el monte que defendía la ciudad, para ver si podía facilitarle alguna subida por donde penetrar en la ciudad. Mientras lo va examinando le parece ver de repente sobre la cima del monte la sombra de su profeta, alta, horrenda y terrible qual le pareció verla en el cielo que encaraba la tempestad y los vientos en la altura de las Sirtes. Ella, guardando ahora terrible silencio, le señalaba con la lanza que empuñaba la parte del monte por donde pudiera ver cumplidos sus intentos. Penetrado el califa de sacro horror a su vista, y de la confianza que le infundía su favorable presencia, le acata postrándose en el suelo y le agradece la propia señal que le aseguraba la gloria de aquella conquista.

En esto desaparece de los ojos del califa la sombra de Mahoma, dexándole ardiendo en ansias de poner luego en execución su designio, en que emplea casi todo su exército, haciéndole acarrear arena de la playa y fagina de los campos para llenar el alto vacío que dexaba la escarpada falda del monte, en que empleó también los maderos de las deshechas naves, sin poder presumir los ciudadanos el intento del califa, que les pareciera temerario e imposible aunque lo supieran. Sin embargo, a pesar del ardor y empeño del califa y de los innumerables brazos ocupados en aquel acarreo, en que se hacía peón el mismo califa, no pudo ver cumplidos enteramente sus deseos en dos días consecutivos; pero vencida la mayor parte de la elevación, proporcionaba al atrevimiento de muchos escalar el monte por aquella parte asiéndose de los riscos, de que quiso hacer antes la prueba enviando a Asán y a Durbey, que fueron los primeros que se ofrecieron.

Ellos trepan por las breñas, y aunque con dificultad y peligro llegan a sitio desde donde podían baxar sin tanto riesgo a la ciudad, lo que dan a entender con las señas que se les habían dado. Animados otros de su exemplo, le imitan y facilitan a otros la subida, ayudados del resplandor, aunque escaso, de la creciente luna, con que pudieron ganar las breñas muchos esquadrones sin ser vistos ni sentidos de los ciudadanos, que asegurados por aquella parte de la aspereza y altura del monte, descuidaron de su defensa. El califa envía entonces aviso a Tarif, recobrado de su caída, que arrimase a las murallas quantas naves pudiese y renovase con ellas el asalto antes que amaneciese el día. Esto mismo executa el califa por la parte de tierra, volviendo a arrimar las escalas al muro y a comenzar el asalto con horrible ruido de gritos y de instrumentos, para llamar toda la atención y empeño de los ciudadanos y hacerles descuidar de las espaldas.

Sorprendidos los tartesianos del extraño acometimiento de los enemigos, mientras todavía cubrían al suelo las tinieblas de la noche, acuden espantados a la defensa de los muros, acometidos y casi ganados de los árabes que los habían escalado sin dar tiempo a Ruremundo para disponer los ingenios con que repeler las escalas como antes lo había executado, debiendo oponer entonces valor a valor y fuerza a fuerza para impedirles la entrada. El califa hace dar entonces la señal a los del monte para que acometiesen por aquella parte a los ciudadanos, que espantados de los gritos y voces bárbaras de los enemigos hácenlos advertir unos a otros para que acudiesen a repelerles; mas ellos, animados de la fiera confianza de la victoria, se abren el paso con el acero, pasando a cuchillo a quantos se les oponían.

El fuerte Ruremundo, empeñado más que nunca en repeler sobre el muro a los africanos que por diversas partes porfiaban en entrar, avisado de los lamentos y consternación de los ciudadanos que huían, queda herido gravemente e imposibilitado a la defensa.

Los godos, apoderados entonces del terror que les infunde la entrada en la ciudad, sin saber por qué parte, caen enteramente de ánimo y ceden al furioso empeño de los enemigos, que entrando por todas partes como fieras hambrientas en un redil desahogan en ellos todo el furor de su saña, sin perdonar a sexo ni a edad, quedando regada la infeliz Tartesio de la sangre de sus habitadores y cubierta de su estrago. En tan breve tiempo proporcionaron los hados al califa Ulit la victoria de los reales enemigos y de Tartesio, tan importantes una y otra para la conquista de aquel reyno, cegando al mismo tiempo al rey Rodrigo y deteniéndole para que dexase de acudir a su defensa.

# Libro XII

Apenas acababa de entrar el triunfante califa en la ganada ciudad, quando la fortuna le proporciona también nuevo gozo con la llegada al puerto de la armada en que venía Muza con la caballería recogida en el África, y Bocchis con sus musulanes detenidos en el puerto de Cirta. Determina entonces penetrar en la España sin pérdida de tiempo e ir en busca del rey Rodrigo, para darle la batalla y decidir con ella de la conquista antes que dividir sus fuerzas en ganar otras ciudades, bastándole por entonces la sola Tartesio para la seguridad de sus intentos. Dando, pues, sólo el tiempo necesario para abastecer su exército de todo lo necesario, hizo reseña de él, y confiado en el valor y fiereza de sus soldados antes que en su número, los pone en orden de encaminarse contra el rey Rodrigo, el qual, avisado de la pérdida infausta de la ciudad en que más confiaba, se dexa apoderar del duelo y consternación que tal pérdida le infundía, sin atreverse a sacar su exército de los reales por faltarle todavía el socorro de los cántabros y de Pelayo.

Se hallaba ya éste en camino para ir a juntarse con el exército de Rodrigo y apresuraba su marcha lleno de confianza de la victoria, quando estando para llegar a Toledo ve de repente levantarse del seno de la ciudad la sombra de Ataúlfo, que en forma aérea le representaba al vivo, armada de escudo y lanza; iba a encontrarse contra otra sombra más feroz que hacia ella se encaminaba por el cielo, y cuyos ojos parecían dos ascuas de fuego que chispeaban de enojo en su atezado semblante, empuñando lanza y escudo como la de Ataúlfo; mas éste llevaba impresas en su rostro las señales del dolor y de la tristeza, que hacían parecer sus

aéreos pasos más tardos que los de la sombra enemiga, que en su curso veloz llega a encontrarse con ella y la embiste con la lanza. Opone al bote su escudo la de Ataúlfo e impele al mismo tiempo también su lanza contra la enemiga, haciendo resonar por los campos el eco de sus roncos aullidos, semejantes a dos encontradas nubes que, impelidas de opuestos vientos, atruenan la atmósfera con la explosión del fuego que la sulca.

Atónito Pelayo de aquella extraña vista, echa mano de su espada y alza el escudo sin advertirlo él mismo, como poniéndose en ademán de querer tener parte en aquel combate y tomar la defensa de Ataúlfo, que parecía temer la fiera animosidad de la sombra contraria después que ésta le pasó de parte a parte el escudo, y sin poderse contener, como enagenado de su aliento grita diciendo a Ataúlfo:

«Baxa, ven y te prestaré mi escudo y mi brazo, si fuera menester, contra ese horrible espectro que te apremia y que nada a mí me espanta».

Pero mientras dice esto el animoso Pelayo, al tiempo que Ataúlfo mueve su lanza la del contrario espectro le previene en su enojo y le hiere, y aunque su aéreo cuerpo parecía invulnerable, obró el golpe como si de hecho le hiriera, pues dando horribles aullidos la sombra de Ataúlfo le vuelve la espalda y a largos pasos corre a sepultarse en el seno de la ciudad de donde había salido. Tal el fuerte toro que combatió por el señorío de la vacada se retira herido manifestando en sus bramidos, con que hace resonar la dehesa en que se oculta, la confusión y dolor de su vencimiento.

Quedó la sombra de Mahoma, con fiero continente que manifestaba la jactancia de su victoria, viendo huir a la de Ataúlfo, mas luego que ésta desaparece del suelo tuerce ella su tetro rostro hacia el joven Pelayo, que volvió a fixar en ella sus ojos admirados de aquel espectáculo, anhelando que se le proporcionase vengar a la de Ataúlfo.

No tardó a ver cumplidos sus ardientes deseos, pues movió inmediatamente hacia él sus pasos de gigante el espectro victorioso, y enristra la lanza en ademán de herirle en el vuelo de su carrera. Aunque sorprendido el joven Pelayo de aquel acometimiento, espera su llegada poniéndose en postura de defensa, con que parecía provocarla su atrevimiento, semejante a un joven dragón que espera la llegada del águila que intenta acometerle.

Y teniendo extendido el vigoroso brazo en que empunaba la espada, le dice:

«Llega, y te haré ver que no es mi brazo de niebla y que no soy sombra débil y espantadiza que tema tus hierros y tus armas».

Dicho esto, llega sobre él la sombra y hiere con la lanza el escudo que le opuso al golpe, que pareció impulso de viento impetuoso y de tempestad que arrebata tras sí los troncos que no resisten a su fuerza. Mas a pesar de su violencia, no pudo conmover a Pelayo, que en el sitio mismo en que recibió el golpe hiere a la sombra con su espada, pasándola como si atravesase espesa niebla; mas ella, herida, arroja un doloroso aullido que taladró los oídos de Pelayo, y torciendo a otra parte sus pasos se desvaneció en el ayre dexando aturdido al animoso mancebo y lleno de la admirada complacencia que sacaba de aquella victoria, ageno de imaginarse entonces que hubiesen de extender los árabes su dominio hasta los montes de Cantabria, y que hubiese él de enfrenar no sólo la pujanza de su armas, sino que también recobrasen sus descendientes el perdido señorío de los godos y aboliesen el culto que quería extender y perpetuar en aquel suelo la sombra enemiga que entonces le combatía.

Tan extraña novedad no pudo dexar de contar Pelayo al rey Rodrigo luego que llegó a su reales, la que oída por él agravó la tristeza y sentimiento que le acababa, de causar la reciente

pérdida de Tartesio, no dudando ya de la ruina inevitable de su trono y monarquía, como lo indicaba la huida de la sombra de Ataúlfo y su vencimiento. Nada temía más por lo mismo que el exponerse a la batalla que todos los capitanes le aconsejaban. Pero cediendo a la forzosa necesidad de defender su reyno contra el poderoso enemigo que le acometía, saca su exército de los reales y lo mueve contra el mismo. Se había internado entretanto el califa en la tierra, y deseoso de apoderarse también de la ciudad de Gades, quiso hacer la tentativa para ver si se le rendía. A este fin envió delante a Bocchis con los musulanes para que amedrentasen a los ciudadanos robando y talando los vecinos campos.

Avisado Rodrigo de la marcha del exército del califa y del intento que llevaba de apoderarse también de la ciudad Hercúlea, resuelve ir en su alcance para impedírselo. Esto era también lo que deseaba el califa para poder dar la batalla no lejos de las costas ni de su armada, que hizo detener en el puerto de Tartesio hasta ver el éxito de la batalla. Mas luego que tuvo aviso de haber llegado el exército godo a las riberas del Guadalete, hace adelantar parte de su caballería para mantener con su vista repentina el terror que sabía haberse apoderado de los soldados godos, gente allegadiza y sin experiencia de armas, aunque no inferior en número a la que él llevaba en su exército. Por lo mismo quisiera el rey Rodrigo diferir la batalla, exercitando antes su tropa con escaramuzas y encuentros con los enemigos, mas no le dio tiempo ni lugar para ello el califa, que se presenta con todo su exército quando ya el sol escondía su roxa faz en el ondoso reyno de Nereo, con que hacía inevitable la batalla al siguiente día.

En esto insistían también los capitanes, Pelayo entre ellos, como también Oppas, a quien su carácter y dignidad daban el derecho de decir su parecer en el consejo, para hacer más fea traición a su patria y a la religión de quien era el principal ministro. Tomada la resolución de la batalla, se dio aquella noche de descanso a los soldados. Mas no lo pudo tomar Rodrigo, agitado su ánimo del fatal presentimiento de su ruina y de la de su reyno y monarquía, pronosticádole por Adenulfo y de la deidad del río junto al qual tenía extendidos sus reales, pues en los pocos momentos en que, ya tarde, dexó apoderar del sueño sus sentidos, le pareció ver salir de su fuente al Guadalete, coronadas sus sienes de adelfa y que con semblante triste le decía:

«En ti se cumple el término que tenían establecido los hados a la goda monarquía».

Dicho esto, desaparece rompiendo el ligero sueño de Rodrigo, que dispierto y sobresaltado de aquella visión no podía volver en sí del enagenamiento que le acababa de infundir, sin quedarle aliento para atender al orden en que pondría su exército ni a las demás disposiciones de la batalla. El califa, al contrario, a quien nada se le encubría de quanto pasaba en los reales enemigos, concedidas pocas horas de descanso a sus soldados empleó lo restante de la noche en poner sus esquadrones en orden de batalla, para poder acometer el primero luego que hubiese amanecido el día. A este fin colocó en el frente los árabes, fenicios y sirios, y tras ellos los medos y persas, que todos formaban la vanguardia cuyo mando tenía Tarif. Reservóse para sí el centro, compuesto de árabes escogidos y de licios, y en que llevaba veinte elefantes, y sobre uno de ellos descubría la mayor parte de su exército. Muza cerraba la retaguardia y los lados del exército con la caballería africana.

En este orden se presenta a la vista del exército godo el del califa, luego que el sol disipó enteramente las tinieblas de la noche, cubriendo de terror a los godos mal ordenados todavía, en que entendían a toda priesa los capitanes, pues Rodrigo, enagenado de la visión nocturna y como fuera de sí, no sabía ni podía dar orden en disposición a sus soldados. Pelayo fue el primero en llevar sus cántabros a la frente; Retaredo y Sisigildo, otros cuerpos de godos en número mayor que los cántabros, y que con ellos formaban la vanguardia; Oppas, en vista de su traición, colocó sus capitanes en el sitio que quiso y que le facilitaba su intento,

encubriéndole con el rico trage de su sagrado ministerio que profanaba, y con las insignias de la religión que vendía, y que hacía tremolar en sus banderas. Se hallaba Rodrigo en el centro sobre el rico carro de marfil con que solían los reyes godos ostentar su grandeza en las batallas, y que ocupó entonces llevado de la nobleza que le seguía y que le ladeaba. Mandaba la caballería el Conde Ferrando.

Duraba aún la confusión y desconcierto en el exército godo cuando el califa, después de haber animado a sus soldados, hizo dar la señal de la batalla. Se dilata a un tiempo por aquella vasta llanura que ocupan los dos exércitos el eco de los rústicos atabales y lililíes que incitaban a los bárbaros a la batalla, y que fueron los primeros en cerrarla con fiereza y con estrago de los godos, en quienes hacían riza los alfange enemigos. Con no inferior animosidad reciben los cántabros a los sirios, que les eran opuestos, y ganan terreno sobre ellos derribándolos con sus terribles lanzas. Echó de ver luego Tarif la pujanza de los fieros cántabros en cotejo de los godos que peleaban sin esfuerzo, y creyendo asegurar la victoria si llegaba a apoderarse de Pelayo, pone en execución su intento de atraer a éste al centro y cerrarle en él, haciendo a este fin retroceder a los sirios.

Pelayo, creyendo que cedían, grita a los suyos que les apremiasen y siguiesen la victoria, sin advertir en el ardid de Tarif, que quería atraerle al centro. Los cántabros, animados de las voces de su xefe animoso, siguen combatiendo a los sirios, que no dexaban de hacerles frente. Retaredo, advirtiendo el peligro de Pelayo, se lo hace saber a Rodrigo para que lo sostuviese. El conde Elgida, que mandaba en vez suya, hace adelantar un cuerpo de diez mil godos, mas fue a tiempo que ni podían sacarle del peligro ni sostenerle en él si el mismo Pelayo no lo hubiera hecho con maravilloso esfuerzo, formando tres frentes del cuerpo de sus cántabros contra los enemigos que iban a cerrarles con su muchedumbre por los costados, sosteniendo así el ímpetu de los bárbaros hasta que les cubrieron los godos que llegaban, y que impidieron cerrarles enteramente en el centro enemigo.

Mas los cántabros, que habían de pelear a un tiempo contra tanta muchedumbre de bárbaros que ocupaban luego el puesto de los caídos, iban cediendo a su obstinada fiereza a pesar de su resistencia y valor, sostenidos de su invencible xefe, hasta que Almanzor, capitán de los sirios, llegó a medir sus fuerzas y animosidad con Pelayo, con quien cierra con su cimitarra. Aunque Pelayo le opuso el escudo, no pudo evitar la herida profunda que le hizo en el hombro izquierdo, mas con la presteza con que el tigre acomete a la onza que fe asalta, venga la herida recibida atravesándole de parte a parte su espada. Cae el moribundo Almanzor, pero obliga a Pelayo a retraerse de la batalla, no pudiendo sostener con el brazo siniestro el escudo, lo que advertido por sus cántabros le cubren con sus cuerpos y le sacan de la batalla para llevarle a los reales.

Asalda, sostituto de Pelayo, no puede resistir a la ferocidad de los bárbaros que por todas partes apremiaban los cántabros, y perece con ellos después de larga y obstinada resistencia. El eco horrible y confuso de las voces, sones, lamentos y relinchos de aquella inmensa muchedumbre se asemejaba el ronco mormurio de la mar, que agitada de los vientos va a romperse entre las rocas de las playas. Tarif entonces, que daba por bien empleada la vida de Almanzor por la herida y ausencia de Pelayo, sostituye al no menos valeroso Abenalef por capitán de los sirios, que deshechos de los cántabros embisten con mayor aliento a los godos, mientras los árabes y egypcios opuestos a Retaredo y a Sisigildo tenían ya casi deshecha la vanguardia de los godos, que sin embargo se sostenían a pesar de su destrozo. Mas luego que los sirios comenzaron a extender su furor sobre los godos que fueron a sostener a Pelayo, los bárbaros atropellan enteramente toda la vanguardia y la aniquilan, con la muerte de Retaredo y Sisigildo, que peleaban animosamente.

Éste era el momento que esperaba Oppas para executar su maldad, uniendo sus armas y banderas a las de los bárbaros quando éstos llegaban a combatirlas, dexando expuesto a su bárbara fiereza el centro del exército de Rodrigo. El califa entonces, asegurado de la victoria, hace adelantar y extender todo su centro juntamente con la caballería africana. Mas la indignación que causó a los godos la infame traición de Oppas enciende en sus pechos el valor y esfuerzo en vez de desalentarles, y les obliga a sostener con mayor animosidad el ímpetu de la pujanza de los enemigos, perseverando en su mutuo destrozo y carnicería hasta que la noche, cubriendo de sus tinieblas la tierra, forzó a unos y otros a poner tregua a la batalla, para renovarla en el siguiente y decidir con las armas la suerte del godo señorío.

Los hados, que tenían resuelta su destrucción, y eximir de ella a Pelayo para hacerle el restaurador de la monarquía que determinaban levantar sobre la grandeza del califa y su fortuna, le envían entretanto a los reales en que se hallaba herido un pesado sueño, en que se le presenta Tarif armado. Pelayo, qual estaba dormido y tendido sobre sus pieles, echa mano de la espada y acomete a la sombra vana que huía, y la sigue en sueños fuera de los reales como si estuviera dispierto, hasta que lejos de ellos desaparece de su fantasía, dexándole burlado en un espeso y vasto bosque a donde le había atraído para sacarle del peligro. Dispertando entonces Pelayo, se maravilla de verse allí, en aquella soledad sombría, a la luz del alba que amanecía. Tienta entonces volver a los reales buscando camino por aquel bosque dilatado, perdiéndose siempre en él hasta que dio con unos pastores fugitivos, que oyendo decir que los árabes habían quedado vencedores el día antes huían con sus ganados. Su animosidad, encendida de la indignación que causaba la funesta nueva de los pastores, cede a la imposibilidad de ir a hacer la última prueba de su brazo herido, y a la suerte que daba a los árabes con la victoria el señorío de aquella vasta monarquía, y determina de evitar su furor buscando asilo entre los montes con aquellos pastores hasta que le pusiesen en camino de llegar salvo a su patria, llevando en su ánimo el dolor de la pérdida de sus cántabros, y la confusión de presentarse solo sin ellos a la nación que había puesto en él la confianza de la victoria.

La noche, que puso tregua con sus tinieblas a la mutua carnicería de los dos exércitos, dio tiempo a los godos y a su rey Rodrigo para consultar entre sí sobre el expediente que debían tomar en aquella terrible circunstancia en que, perdida su vanguardia y parte de su centro con la infame deserción del arzobispo Oppas y de los que seguían su partido, quedaban sin fuerzas superiores a las del enemigo. Esto obligaba a juzgar a unos que no convenía exponer al lance incierto de una batalla la pérdida de una monarquía, y que era más asegurado evitarla por entonces retirándose so el abrigo de la noche a lugares eminentes donde no pudiesen sufrir daño de la caballería africana, y dar tiempo a que dividiese sus fuerzas el enemigo. A otros parecía imposible la retirada, estando a tiro del exército enemigo, a quien quedaban superiores en fuerzas a pesar de la pérdida del día antecedente y de la deserción de los traidores. Ser las batallas juego de la fortuna, que solía dar hoy la victoria a los que el día antes se la negaba.

Rodrigo, vuelto un poco en sí de su atónito abatimiento, dexó apoderar su ánimo, combatido de tantas funestas ideas, de una inconsiderada desesperación que le impelía a arriesgarlo todo con la vida, que se le hacía un peso aborrecible, y ateniéndose al consejo de los que sugerían la batalla, le abraza y determina llevarla adelante en el siguiente día, semejante al piloto que, acobardado de la fuerza de la tempestad que trabaja su nave, se abandona a grado de las furiosas ondas que la combaten, antes que emplear el esfuerzo del arte para resistir a su violencia y evitar el peligro que le amenaza. Así, sin poner nuevo orden a su inmenso exercito, anhelaba sólo la llegada del día para salir de las desazones funestas de sus pensamientos con la victoria o con la muerte y ruina de su exército y de su monarquía.

El califa, al contrario, más animoso y ufano con la victoria del día antecedente y con la executada traición de Oppas, pensaba sólo el modo cómo podría decidir quanto antes la

victoria con la rota entera del exército de los godos. Para esto puso en nuevo orden su exército, interpolando los esquadrones de caballería de los númidas sin frenos a la infantería más vigorosa, para que pudiesen romper más fácilmente y más presto los batallones de los godos. Y para más alentar a los suyos, quiso él mismo mandar la vanguardia, poniendo en el centro de ésta el esquadrón de los elefantes, para añadir con ellos mayor confusión y desaliento a los godos. Manda a Muza que luego que vea flaquear el centro enemigo acometa al mismo tiempo con su caballería. De este modo tuvo dispuesto y en vela su exército, ansiando la venida del primer resplandor del alba para dar la señal de la batalla.

El rey Rodrigo, deseoso de ver por sí mismo el orden del exército de los árabes, llegó a las primeras filas de su exército luego que los primeros albores del día le permitían distinguir los objetos. Pero apenas fixa sus ojos en la vanguardia enemiga, como si quedase deslumbrado de un rayo pierde el uso de sus sentidos y de la mente, casi enagenada de aquella vista, habiendo reconocido en aquel orden mismo y trage de los enemigos semejanza perfecta de la pintura del lienzo de la cueva, y cumplido en ella la profecía de Adenulfo. En vano los grandes se afanan por saber la causa de aquel súbito trastorno y quieren remediar la fantasía herida de aquella vista, que le aseguraba su perdición y que le arrancaba del pecho amargos suspiros. Rodrigo, en su atónito dolor y confusión, deseaba sólo la muerte que le amenazaba, y que no tardó a llegar entre los confusos sones de los bárbaros instrumentos y alaridos de los árabes que cerraron con los suyos.

Éstos entonces, atendiendo a repeler el furor enemigo, les oponen sus lanzas y espadas, animados de sus capitanes. Mas luego los esquadrones de la caballería de los númidas, llevados de la libre animosidad de sus veloces caballos, atropellan las primeras filas de los godos contra quienes embistieron, y las desbaratan añadiendo a la mortandad que causaron sus caballos la que ellos hacían con sus armas. Vuelve a resonar otra vez aquella vasta llanura de los alaridos y lamentos de los combatientes, de los heridos y los moribundos, confusos con los sones de los bélicos instrumentos que animaban a unos y a otros a la victoria. Mas ésta, que sigue antes al consejo y al arte del valor que a la muchedumbre, desampara a los godos y a su rey atónito y confuso para favorecer al intrépido califa, que luego que vio cebada su vanguardia en la matanza de los godos no tardó a mover contra ellos todos los elefantes para acrecentar su desorden.

En medio de aquel esquadrón de animadas moles se veía el califa sobre el mayor de los elefantes encender la fiereza de sus soldados con las voces y ademanes mientras entraba en la batalla. Los godos, viendo sobre sí aquellas fieras embravecidas, que hollaban a los que no pudieron resistir al ímpetu de su retardada carrera, les oponen dardos, lanzas y espadas según estaban armados de ellas, y acrecientan con las heridas su braveza, y con ella la confusión que causaban en sus batallones, a quienes impidiéndoles la defensa les exponían a la victoriosa saña de los bárbaros. El califa, advirtiendo entonces que el carro real en que solían ir los reyes godos a la batalla se hallaba vacío y sin el rey y los nobles que le acompañaban, en medio del inmenso exército que cubría aquella vasta llanura, sospecha algún accidente sobrevenido al rey Rodrigo y da la señal a Tarif desde su elefante para que extendiera quanto pudiese las banderas del centro, y empeñase quantos más brazos pudiera en la batalla, a fin de decidirla más presto.

Se ven entonces embestidos los godos por la frente y costados de su exército, que como cuerpo sin alma cede a grado de la fuerza que le impele. La misma muchedumbre, que impedía la fuga a los que la tomaran si pudieran, sirve de pretexto al terror de los postreros del centro para desbandarse y acogerse de las más vecinas alturas y bosques. Lo echa de ver el califa desde su elefante, y da la señal a Muza para que acometiera por los dos lados con toda la caballería. El huello resonante de tanta multitud de caballos en su azorada carrera parecía el eco del trueno que se extiende por la concavidad de los valles, y azora mucho más a los

fugitivos. El conde Ferrando, que mandaba la caballería de los godos, viendo correr a toda rienda la caballería enemiga sin recibir orden ni disposición alguna por parte del rey, impelido de su indignación da la señal para embestir a los caballos enemigos, y unos y otros se atropellan en el encuentro de su opuesta carrera; mas luego los ginetes godos, desanimados del exemplo de los fugitivos y del destrozo que hacían los árabes en el centro, ponen la seguridad de su salvación en la ligereza de sus caballos y desamparan a los que se hallaban ya en la batalla y al mismo conde Ferrando, que peleaba animosamente y que, circundado al cabo de los árabes y traspasado de heridas, cayó muerto de su caballo.

Mientras los más esforzados de los godos contenían el ímpetu de la caballería enemiga a pesar de la muerte de su xefe Ferrando, extendía el califa sus haces vencedores sobre los aterrados esquadrones de la infantería, mezclados los muertos a los heridos y moribundos, lamentos, llanto y voces lastimeras confundidas con los ultrajes y denuestos y con los sones de los choques de las armas, que hacían igual en todas partes la carnicería e inútiles las tentativas de la fuga. Falto de aliento y de animosidad para la resistencia caía el amigo junto al amigo semivivo, hollado sin compasión del bárbaro vencedor que pasaba sobre ellos para aterrar a los inmediatos y llegar al carro real, defendido de la flor de la nobleza que le ladeaba, sosteniéndola sólo en sus filas el honor que la animaba.

Esto era a lo que aspiraba el califa para acabar de decidir la batalla, ofreciendo tesoros desde su elefante a los que matasen al rey Rodrigo, creyendo que se hallase entre los esquadrones de los caballeros. Pero Rodrigo, persuadido del fin funesto que le estaba pronosticado, viendo ceder por todas partes sus soldados, quiso abandonarse a su suerte trocando sus reales insignias, y como uno de sus soldados, mezclado y confundido entre ellos, ofrecer su pecho a los aceros enemigos, sin que se hubiese podido saber quál fue el brazo que hizo caer con él el señorío de los godos. Ignoraba también su muerte toda la nobleza que circundaba al carro real y la retaguardia del exército a quien cubría la caballería, mas luego que toda ella se empeñó en la batalla y le dexó libre el campo para la fuga, se entregan a ella los batallones más lejanos y atraen tras sí a todos los demás cuerpos del exército hasta que Muza y Abenadax, rota la caballería que contenía la suya, se arrojan sobre los cuerpos fugitivos y hacen de ellos nueva carnicería, mientras los nómadas y barceos, cerrando por todas partes el resto del exército que quedaba en el campo con toda la nobleza, apresuraron su destrozo.

Pudo así apoderarse el califa del carro real, disminuyendo en parte a la ufana complacencia que probaba al verse en él coronado por la victoria, la incertidumbre en que estaba de la muerte del rey Rodrigo. Ni salió de esta incertidumbre hasta que se vio dueño sin resistencia de aquella vasta monarquía, reconociéndole por su señor los pueblos que preferían su servidumbre a la muerte y ruina que el acero vencedor les amenazaba si hacían oposición a su pujanza victoriosa, ante la qual doblaban sus humilladas cervices.

FIN